

UC-NRLF



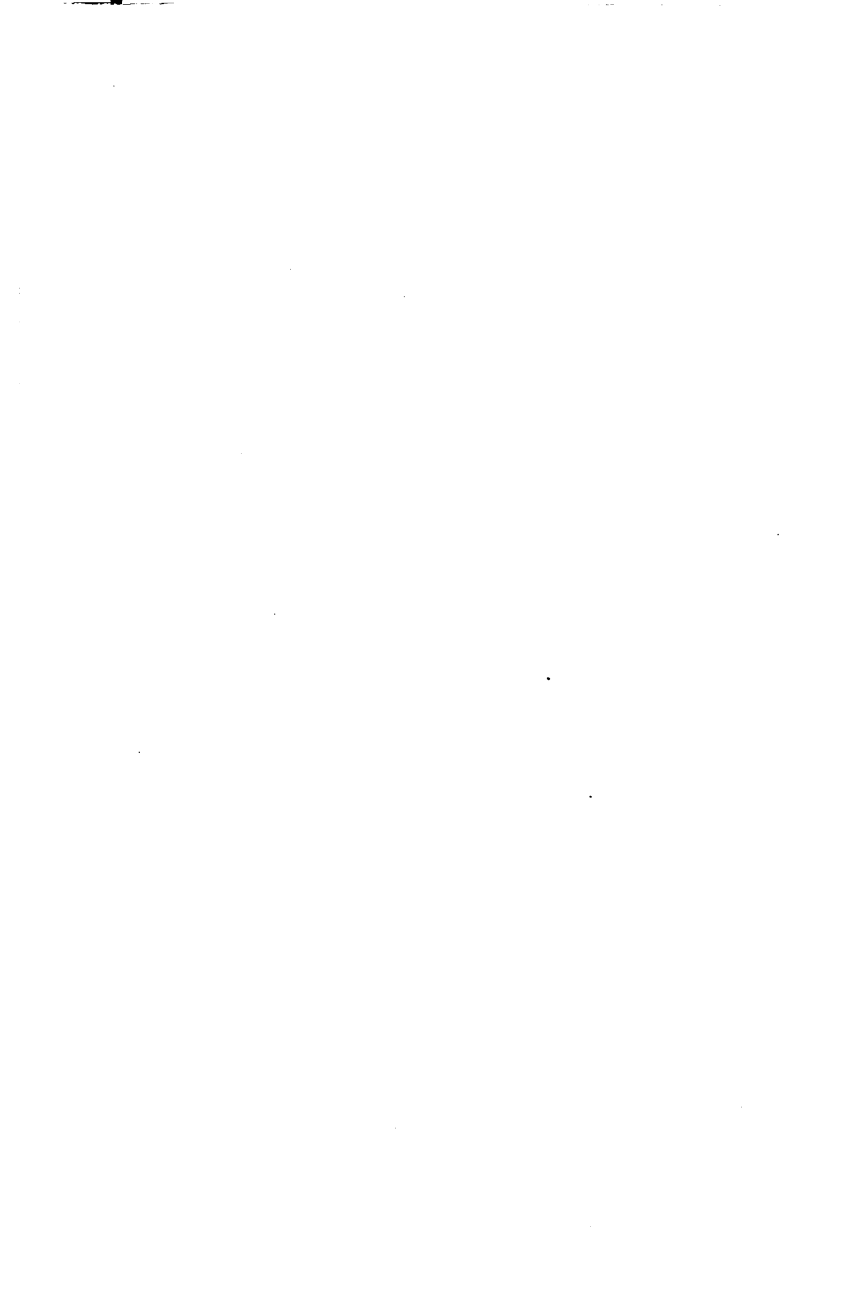
B 4 715 264

LIBRARY

**UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SANTA CRUZ**









VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

[The main body of the page is mostly blank with some faint, illegible markings and noise.]

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO XII

VIDAS

DE LOS

ESPAÑOLES CÉLEBRES

POR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.^ª

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 11.

1914

—
ES PROPIEDAD
—

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

DP
58
655
41
1

PRÓLOGO.

Las vidas de los hombres célebres son, de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formación, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto más la atención, cuanto en ellas se mira á los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Así es que nada iguala al placer que se experimenta le-

yendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote, y las de Plutarco cuando joven: lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazón, más propenso á la virtud, cree con facilidad en la virtud de los otros, y en que, apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heroico, se anima y exalta para imitarlo. Entónces es cuando elegimos por amigos ó por testigos de nuestras acciones á Aristides, Cimon, Dion, Epaminondas; y estos amigos son tal vez, de los que se escogen en aquella edad, los únicos que al fin no hacen traicion á los sentimientos que nos han inspirado. Modélese uno entónces á su ejemplo, y quisiera ansiosamente sembrar como ellos la carrera de la vida con las mismas flores de gloria y de virtud; y aunque despues el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres, resfrien este ardor generoso, no se borran enteramente sus huellas, y siempre queda algo de su fuerza para recurso en las situaciones arduas, y para consuelo en las adversidades. Se puede ciertamente dar la preferencia á los otros modos de escribir historia en su parte económica y política; pero en la moral las vidas les llevan una ventaja conocida, y su efecto es infinitamente más seguro.

El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfeccion que Plutarco ha dado á las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad á todos los que se atrevan á seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso ó importuno en sus digresiones; de creer como una vieja en sueños, oráculos y prodigios; de dar á genealogías las más veces inciertas ó fabulosas, an

valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto, comparado con la animacion que tienen sus pinturas y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse: Plutarco no ha sido igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamás.

Su libro manifiesta ser de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, que no se admira de nada, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltacion; que cuenta y dice de buena fe todo lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes. Se le compara á un caudaloso rio, que se lleva sin ruido y sin esfuerzo por una dilatada campiña, y la riega y fertiliza toda con sus aguas. Pero esto no bastaria á dar á su obra el grande interes que presenta, sin la naturaleza de su argumento, único por ventura en su especie. Vense desde luego luchar en talentos, en virtudes y en gloria las dos naciones más célebres de la antigüedad, una por las artes y el ingenio, otra por su fuerza y grandeza. Se fija despues la vista en los retratos que ofrece aquella vasta galería, y cada uno sorprende por el movimiento que imprime en su nacion. Este la da leyes, el otro costumbres; el uno la defiende de la invasion, el otro la arrebatá á las conquistas; éste quiere salvarla de la corrupcion que la contagia, y aquel enciende la antorcha que ha de ponerla en combustion: todos ostentando caracteres eminentemente dispuestos, ya á la virtud, ya á los talentos, ya á los vicios, ya á los crímenes; y casi todos en esta continua agitacion pereciendo violentamente, porque el movimiento y la reaccion de que son causa producen al

fin el vértigo que los devora á ellos mismos. No, la historia moderna no puede presentar un espectáculo tan enérgico y tan sublime; ninguno de nuestros personajes, por grandes que se les suponga, se ha encontrado en la situacion de Solon, terminando la anarquía de Atenas por unas leyes sábias y moderadas, pedidas por todo un pueblo y obedecidas por él; de Licurgo, arrancando de un golpe á la molicie los ciudadanos de Esparta, y sujetándolos á un régimen de hierro para que no fuesen sujetos de nadie; de Temístocles, burlando en el estrecho de Salamina la arrogante ambicion de Jerges; de Mario, en fin, vencedor de los cimbro, que iban á tragarse la Italia.

Pero aunque el talento no sea igual ni la materia tan rica, no por eso deben desmayar los escritores y abandonar un género tan agradable y tan útil. Es oprobio á cualquiera que pretende tener alguna ilustracion ignorar la historia de su país; y si la pintura de los personajes más ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad comun, aunque se esté muy léjos del talento de Plutarco, y áun cuando los sujetos que hay que retratar no presenten la fisonomía fiera y proporciones colosales que los antiguos.

Y ¿cuál es la nacion que no tiene sus héroes propios á quienes admirar y seguir? ¿Cuál la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal y del mal al bien, que es cuando se crian estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas septentrionales de España el estandarte de la independenciam contra el ímpetu fanático de los árabes. Allí no sólo se mantiene li-

bre de la opresion en que gime el resto de la Península, sino que, adquiriendo fuerzas y osadía, baja á derrocar á sus enemigos de la larga posesion en que estaban. Ningun auxilio, ningun apoyo en príncipe ó gente alguna; dividido entre sí, ya por las particiones de los Estados, imprudentemente establecidas por sus reyes, ya por las guerras que estos Estados se hacian, verdaderamente civiles; al mismo tiempo nuevos diluvios de bárbaros que el Africa de cuando en cuando envía para reforzar á los antiguos; y todo esto junto mantiene la lucha por siete siglos enteros y forma una serie terrible de combates, de peligros y de victorias. Salen, en fin, los musulmanes de España, y entónces, á manera de fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata á lo léjos en luz y en estallidos, se ve el español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarse á mares desconocidos é inmensos, y dar un nuevo mundo á los hombres. Para hacer correr á una nacion por un teatro tan vasto y desigual son necesarios sin duda caracteres enérgicos y osados, constancia á toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heroico y sublime.

La pintura de estos caracteres sobresalientes es la materia y objeto del libro que ahora se publica, excluyéndose de él las vidas de los reyes, que, como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo más conocidas. Se engañaría cualquiera que buscase aquí la solucion de las cuestiones oscuras que á cada paso ofrece nuestra historia por falta de documentos auténticos: en tal

caso, en vez de ser una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que es lo que el autor se ha propuesto, se convertiría en un libro de indagaciones y controversias, propias solamente de un erudito ó de un anticuario. Para sentar la probabilidad histórica de los hechos se han consultado los autores más acreditados; y estando indicados al frente de cada vida los que se han tenido presentes para su formación, los lectores que quieran asegurarse de la exactitud y elección de las noticias podrán buscarlas en las mismas fuentes donde se han bebido. Cuando salgan á luz las infinitas preciosidades que, ó por nuestra incuria ó por una mala estrella, se encierran todavía en los archivos públicos y particulares, se corregirán muchos errores, y se sabrán mil datos que ahora se ignoran y son necesarios para escribir nuestra historia económica y política, que en concepto de muchos está aún por hacer. También entónces nuestros héroes, conocidos quizá mejor, podrán ser retratados por un pincel más diestro y más bien guiado; pero entre tanto la juventud, á quien se destina este ensayo, tendrá lo que hasta ahora nadie ha ejecutado bajo este mismo plan, á lo ménos que yo sepa.

Los retratos de nuestros varones ilustres, publicados con tanta magnificencia por la imprenta Real, han sido dirigidos á diferente fin. En aquella obra la estampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio; y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sujetos, no están igualmente determinados la educación, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas: circunstancias que

son las que constituyen grande un personaje y le hacen sobresalir entre los demas. El celo mismo que emprendió la obra fué causa de dos inconvenientes que hay en ella. Uno es la multiplicacion excesiva de hombres retratados, y que se dan por ilustres: efecto necesario de no haberse ántes de todo fijado los verdaderos límites de la empresa. No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa, y hay hombre realmente grande que se avergonzaria de los compañeros que le han puesto en aquella coleccion. El otro inconveniente es el tono de elogio que reiná generalmente en los sumarios. Nada más contrario á la dignidad y objeto de un historiador: cuando se exagera el bien y se disculpa ó se omite el mal, ó no se consigue crédito, ó se inspiran ideas equivocadas y falsas.

El autor de la presente obra ha procurado evitar estos escollos. Los héroes en quienes ha empleado su trabajo son aquellos cuya celebridad está atestiguada por la voz de la historia y de la tradicion; y no cree que ninguna de las vidas que ofrece ahora al público pueda ser tachada de contradecir al título del libro. *El Cid Campeador*, nombre que entre nosotros es sinónimo del esfuerzo incansable del heroísmo y la fortuna; *Guzman el Bueno*, igual á cualquiera de los personajes antiguos en magnanimidad y en patriotismo; *Roger de Lauria*, el marino más grande que ha tenido la Europa desde Cartago hasta Colon; *El príncipe de Viana*, tan interesante por su carácter, su instruccion y sus talentos, tan digno de compasion por sus desgracias, y que reúne en su destino, á la majestad y esperanzas de un nacimiento real, el ejemplo y la lástima de

un particular injustamente perseguido y bárbaramente sacrificado; *Gonzalo de Córdoba*, en fin, el más ilustre general del siglo XV, aquel que con sus hazañas y disciplina dió á nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costumbres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la ferocidad con el heroísmo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprende este tomo (1), escritas sin odio y sin favor, segun que los historiadores más fidedignos las han presentado á mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la cual quedaria en tal caso reducida á una mera y fria relacion de gaceta. A las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplacion y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atencion nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, aunque ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade á un hecho aumenta la accion y la autoridad para juzgarle imparcialmente: y no sé yo por qué hemos de carecer en el siglo XIX de la facultad y derecho que Zurita, Mariana y Mendoza tuvieron ya en el XVI.

(1) Se alude á la primera impresion de la presente obra, cuyo tomo primero comprendia estas cinco Vidas.

No creo que debo añadir nada sobre el sistema particular de composición que he seguido, formas de narración, estilo y lenguaje de que he usado. Toda recomendación ó disculpa en esta parte sería absolutamente supérflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelación, ó tal vez disimulará los yerros y descuidos del autor, en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas vidas.

Junio de 1807.



VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES

EL CID.

AUTORES CONSULTADOS.—Risco, *Historia del Cid*. Sandoval, *Historia de los cinco reyes*. Mariana, *Crónica general*. Escolano, *Historia de Valencia*. *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por D. José Antonio Conde.

Cuando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe más que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la más diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si después de una prolija indagación se creyere haber descubierto la verdad en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie más ó ménos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un campeón,

cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comunmente *el Cid Campeador*, objeto de inagotable admiración para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relación de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interés. La imaginación hallaba allí un alimento apacible, y veía señalados todos los pasos de este personaje con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafío con el conde de Gormaz, los amores y persecución de su hija, el dictado de *Cid* con que le saludan los reyes moros cautivos, su expedición bizarra á sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del emperador de Alemania: todo preparaba el ánimo á la admiración de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos, adoptados imprudentemente por la historia, han sido confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo, por ser ménos singular en su juventud, no se presenta ménos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Búrgos, hácia la mitad del siglo XI, de D. Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á D. Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, juez de Castilla. Reinaba entónces en esta provincia Fernando I, que, reuniendo en su mano el dominio de Leon, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que despues gozó la nación castellana sobre las demas de la Península. Este monarca tuvo cinco hijos, y á todos

quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual division que hizo su padre, el rey de Navarra D. Sancho el Mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos habia en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos y sumió al Estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la particion Castilla á Sancho, Leon á Alfonso, y Galicia á García; las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, ésta con la ciudad y contornos de Toro, aquélla con Zamora; y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta division y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamás respetada por la ambicion, y nunca ménos que entónces; porque D. Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre revolvió el pensamiento á despojarlos de su herencia y á ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entónces muy jóven Rodrigo Diaz (1065), huérfano de padre; y D. Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al Estado, tenía á su hijo en su palacio y cuidaba de su educacion. Esta educacion seria toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde el rey D. Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le habia armado poco ántes caballero, le hizo alférez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que despues lo fué la dignidad de condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores están discordes sobre á quién de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinion comun, que designa á don

Alfonso como la primera víctima. Sus Estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que éste quisiese atacar ántes al más lejano. La lucha no podia durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla, ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho más grande, con una destreza militar superior á la de todos los generales de su tiempo, debia arrollar fácilmente al de Leon, mucho más débil, muy jóven todavía y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situacion desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrion. Su ímpetu fué tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, léjos de perder el ánimo, aconseja al Rey que, reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á sus vencedores.—«Ellos, le dijo, se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos.» Hecho así, los castellanos, puestos en órden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofender ni á defenderse, y se dejan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrion, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reino y á salir desterrado á Toledo, entónces poseida de los moros.

La guerra de Galicia fué más pronta y ménos disputada (1071), aunque con más peligro de D. Sancho. Su hermano García tenia enajenadas de sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del Rey, á quien habia abandonado toda la administracion, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones y mal avenidos,

no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó D. García á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle ó vinieron á defenderle, quiso probar fortuna junto á Santaren, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio les favoreció: D. Sancho se vió en poder de sus enemigos; y García, dejándole entregado á unos caballeros, voló á seguir á los fugitivos. Entretanto, el Cid con su hueste, aún entera, acometió á la parte donde estaba el rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndose á su frente, salió á buscar á D. García. Volvia éste de su alcance cuando le anunciaron el vuelco que habian dado las cosas, y sin desmayar por ello acometió á los castellanos; pero, á pesar de su esfuerzo, vióse arrancar la victoria que ya tenía, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó del reino y libertad y le envió al castillo de Luna.

Sería mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambicion desenfrenada, que olvida enteramente los lazos más sagrados de la alianza, de la compasion y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de Leon, Sancho II no se consideraba rey si no poseia tambien la corta porcion de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aquí la suerte le tenía guardado el término de su carrera; y el terror de tantos reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca mujer. Cuando más apretado tenía el sitio, Vellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del Rey, y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podia facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera de Zamora. Dicese que Rodrigo, viendo de léjos huir al asesino, y sospechando su ale-

vosía, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle, de lo cual irritado, maldijo á todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas, dejando aparte todas las fábulas que se cuentan de este sitio (1072), luego que fué muerto D. Sancho los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fué llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entretanto, don Alfonso, avisado de aquella gran novedad, partió á toda prisa de Toledo á ocupar los Estados del difunto. En Leon no hubo dificultad ninguna; y en Galicia, aunque D. García pudo escaparse de su prision y trató de volver á reinar, fué arrestado otra vez; y D. Alfonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó á prision perpétua y ocupó su trono. Castilla presentaba más obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su rey, no querian rendir vasallaje á Alfonso mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se habia cometido sin participacion suya. Avinose el Rey á hacer la protestacion solemne de su inocencia; mas ninguno de los grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Sólo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nacion en la ceremonia, y ésta se celebró en Santa Gadea de Búrgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el Rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: «¿Jurais, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni por consejo? Si jurais en falso, plega á Dios que murais de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no caballero.» Otorgó Alfonso el juramento con otros vasallos suyos, y repitióse otra vez; mudándosele en ambas el color al Rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche tambien esta incidencia como una fábula; pero además de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundonor-

sas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razon tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el Rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Diaz, hija de un conde de Asturias, acompañó al Rey en sus primeros viajes, fué nombrado campeon en varios pleitos que, segun la jurisprudencia de entónces, habian de decidirse por las armas, y fué enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las párias que sus príncipes pagaban á Castilla.

Hacíanse entónces guerra el rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venian la vuelta de Sevilla para combatirla, y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su Rey, ellos despreciaron su aviso y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entónces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió á Sevilla, cuyo príncipe no sólo le entregó las párias que debía, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido se volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del Rey, entraron por los Estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo cual sabido por Rodrigo, aún no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habian robado, sino que, revolviendo hácia Toledo, hizo prisioneros hasta 7.000 hombres, con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo á Castilla.

Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo éste y toda su corte llevaron á mal la expedicion del Cid. —«Rodrigo, decian los envidiosos, ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unian con aquella gente, para que irritados con su correría nos cortasen la vuelta en venganza y nos hiciesen perecer.» Alfonso entonces, dando rienda al encono que le tenía, le mandó salir de sus Estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna (1076).

El poder de los moros en aquella época habia degenerado mucho de su fuerza y extension primitiva. Extinguido el linaje de los Abenhumeyas, que dominaron á todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados, por otra parte, con el regalo del clima, y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime que en los primeros tiempos habia espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros principes, al contrario, se extendian y aseguraban, y contemplando la diferente posicion de las dos naciones, se extraña cada vez más que nuestros ascendientes no arrojasen más pronto de la Península á los moros. Pero los reyes y los pueblos que debieran emprenderlo estaban más divididos entre sí que debilitados sus enemigos; y la particion impolítica de los Estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacian: todo contribuyó á alejar la época de una reunion en que estaba cifrada la restauracion de España.

En tal situacion de cosas no es difícil de presumir, á pesar de la oscuridad de los tiempos y la contrariedad de los escritores, cuál fué la suerte del Cid despues de su destierro. Cuando una region se halla dividida en Estados

pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ella caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas, y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los más fuertes. Los régulos que los temen ó los necesitan, compran su amistad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes; los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningun príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones ó inhumanamente robados y oprimidos. Héroe para los unos, foragido para los otros, ya terminan miserablemente su carrera cuando, deshecho su ejército, se deshace su poder; ya, dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo XVII; tales los capitanes llamados *condottieri* por los italianos, en los dos siglos anteriores; y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtud.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daría materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso; las memorias históricas, al contrario, no presentan más que una sucesion de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interes. Su narracion, seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador, sin instruccion alguna ni placer de los lectores. Por tanto, parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se diri-

gió primero á Barcelona, y despues á Zaragoza, cuyo rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos Estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos, Almuctaman y Alfabig. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Alfabig, el rey de Aragon D. Sancho Ramirez, y el conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó miéntras la vida de Almuctaman. Sus enemigos, ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el rey de Zaragoza, cediendo á su campeon toda la autoridad en el Estado, colmándole de honores y de riquezas, aún no creia que acertaba á galardonar tantos servicios.

Así se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel principe; despues se resolvió á volver á Castilla, y el rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer (1088), le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hizole muchas y grandes mercedes; entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribucion los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres; se entró por tierras de Valencia; libró á esta ciudad del sitio que tenía puesto sobre ella el conde Berenguer, y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algun tiempo.

Inundaban entónces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecia que la buena fortuna de los árabes, viéndoles tan humillados en la Península, habia suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucía. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos despues por la ambicion, los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer jefe: entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta

el Estrecho, ocupando á Tánger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolín ó comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el rey de Sevilla, Benavet, la llamó sobre sí, creyendo que con su auxilio se haría señor de todas las provincias que en España poseían los moros.

Era suegro de Alfonso VI por su hija Zaida, casada con el monarca castellano; y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambicion, que ya no cabía en los Estados que pacíficamente le obedecían. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió á Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Alf, capitan valiente, ejercitado en la guerra y localmente ambicioso; y su venida á nadie fué más fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasion ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo Rey fué muerto en la refriega; y Ali, apoderándose del Estado que habia venido á auxiliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallaje á Jucef, y se hizo tambien llamar Miramamolín. Para acabarle de desvanecer la fortuna, en el poco tiempo que lo favoreció dos veces se encontraron los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos: la una en Roda, y la otra en Badajoz, donde el rey Alfonso mandaba en persona. Pero este príncipe, más estimable aún en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes y acometió al usurpador á tiempo que desbandado su ejército no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar á gran precio la paz de sus enemigos y hacerse tributario suyo. Pero ni aún así pudo corregir su mala estrella; porque de allí á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominacion en la An-

salucfa toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el país (1).

Con un ejército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Malaet, llamada *Alid* por los árabes, que hacen mencion de este sitio en sus historias, y hoy dia conocida con el nombre de *Aledo*. Alfonso, que prevenia en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él, y le dió orden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, esta no se verificó, y el Rey con sólo su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que, no contento con desterrar otra vez al Cid de sus Estados, ocupó todos sus bienes y puso en prision á su mujer y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte á retar ante el Rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfaccion no fué admitida; bien que ya más apaciguado el ánimo del Príncipe permitió á doña Jimena y á sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo, el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

(1) Estos primeros sucesos de los almoravides en España, especialmente en lo relativo á las revoluciones de Sevilla y guerras de Extremadura, se cuentan con mucha diversidad en la *Historia de los árabes españoles*, publicada por Conde, tomo II, capítulos 12 y siguientes. Pero como en esta diversidad no hay nada que se refiera á los sucesos de Rodrigo Díaz, se ha dejado subsistir la relacion del texto tal cual se extractó de nuestros escritores, si bien bastante advertirlo aquí para que el lector pueda, si quiere, saltar la obra de Conde y conocer lo que unos y otros dicen.

Ni Alfagid, rey de Denia, ni el conde Berenguer podían perdonarle sus antiguas afrentas (1089): el Conde principalmente hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasión de ello en las tierras de Albarracín. Hechas paces con el rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia, y asistido con un número crecido de guerreros, Berenguer fué á encontrar á Rodrigo, que con su corto ejército se había apostado en un valle defendido por unas alturas. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus Estados, le avisó del peligro que corría. Él contestó que agradecía el aviso, y que esperaría á sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El Conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de donde estaba su adversario, y creyendo ya tenerle destruido con la muchedumbre que le seguía, le envió una carta para escarnecerle y desafiarse.

Decíale en ella que si tanto era el desprecio que tenía hácia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba á lo llano y dejaba aquellos cerros donde estaba guarecido, más confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero?—«Desciende de la sierra, añadia, ven al campo, y entónces creeremos que eres digno del nombre de Campeador; si no lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.» A esto respondió Rodrigo que efectivamente despreciaba á él y á los suyos, y los había comparado siempre á mujeres, largas en palabras y cortas en obrar.—«El lugar más llano de la comarca, le decía, es este donde estoy; aún tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo; aquí te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasión llevaste.»

Con estas injurias enconados más los ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del Conde ocuparon por la no-

che el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el dia embisten atropelladamente dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas, y se arroja á ellos con su ímpetu acostumbrado. Ya ciaban, cuando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos, y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fué entónces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su general, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes: gran número de ellos fueron muertos, cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el Conde y sus principales cabos; y todo el bagaje y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguer fué llevado á la tienda de Rodrigo, que sentado majestuosamente en su silla escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus soldados que le custodiasen fuera; pero tambien mandó que se le tratase espléndidamente, y á pocos dias le concedió la libertad. Tratóse luégo del rescate de los demas cautivos. En los principales no hubo dificultad; pero ¿qué habian de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no sólo los dejó ir libres, sino que les perdonó todo el rescate: accion excesivamente generosa, pues en la situacion á que sus enemigos le habian reducido, su subsistencia y la de su ejército dependia enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrías.

La suerte, al parecer, mejoraba entónces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habian ocupado á Granada y buena parte de Andalu-

cla. La reina doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey y le auxiliase en su expedicion, pues de este modo volveria á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenía reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba, junto á Martos; y Alfonso, oyendo que venía, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó más adelante en lo llano, lo cual al instante fué tenido á mal por el rencoroso Monarca, el cual decia á sus cortesanos:—«Ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detras de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia.» La adulacion respondia que sí; y era por cierto bien triste la situacion de aquel noble guerrero, el cual no podia ni ir detras ni ponerse delante sin que moviese un enojo ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla, siguiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Ubeda (1092), el Príncipe dió rienda á su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras más injuriosas; le imputó culpas que no tenían realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban más á cada momento. Rodrigo, que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprender bien este odio tan enconado y constante en un príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes y bravo por su valor; justo

en su gobierno y atinado en sus empresas; comedido y moderado en la fortuna; firme y esforzado en la desgracia; el primero de los reyes de España, y uno de los más ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia, no sufría junto á sí á un héroe, el mejor escudo de su Estado y el mayor azote de los moros. ¿Era envidia, era preocupacion, era venganza? La oscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias con que esta aversion ha llegado á nosotros la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entónces al Cid por seguir al Rey; y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo, probablemente, de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacateil, le fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí, el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el rey de Aragon, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideracion á Rodrigo hizo la paz aquel príncipe con ella. Despues, ensoberbecido con esta consideracion y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era éste D. García Ordoñez, conde de Nájera, comandante en la Rioja por el rey de Castilla; la segunda persona del Estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el Rey le tenía, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja (1094) como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres; ¿qué culpa tenían estos infelices de los malos procedimientos del Conde? Pero siempre los errores y pasiones de los

grandes vienen á caer sobre los pequeños. El Cid, irritado, no escuchando más que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don García, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias: él esperó; mas las tropas del Conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeon burgalés.

Satisfecho su enojo, y rico con el botin, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que los almoravides se habian apoderado de Valencia; y entónces fué cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo más alegre y el clima más sano y templado de España, era llamada por los moros su paraíso. Pero este paraíso habia sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fué siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenon gobernada por Abubeker con tal madurez y prudencia, que los valencianos, cuando murió este árabe, dijeron «que se habia apagado la antorcha y oscurecido la luz de Valencia.» Hiaya, hijo de Almenon, reinaba en Toledo cuando Alfonso la ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse fué que los cristianos le pondrian en posesion de Valencia, donde se creia que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querria dejar. Pero Abubeker falleció entónces, y Hiaya, siendo admitido pacíficamente á la posesion del reino, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente y es peor obedecido aquel que, perdiendo un Estado, se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas

del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habian salvado de los dos reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero no pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, y mucho más cuando vieron la cabida que daba á los cristianos y los tesoros que les repartia, acumulados á fuerza de tiranía y de vejaciones odiosas. Viendo, pues, ocupado al Cid en su expedicion de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictámen de Abenjaf, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazón habian tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que á pocos dias les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en traje de mujer, y se acogió á una alquerfa. Allí fué hallado por Abenjaf, que sin compasion alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser rey.

Entretanto, la fama de esta revolucion llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situacion, pero mucho más con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío, salió con sus gentes, sentó sus reales junto á la ciudad, destrozó todas las casas de campo y taló las mieses. Los moradores, afligidos de tantos estragos, le pedian que cesase en ellos: él les puso por condicion que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos ó no podian ó no querian, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le habia intimidado insolentemente que no entrase en Valencia; pero Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los reyes, despues de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de Africa de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponia contra él, estrechó el sitio con el rigor más terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y despues embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones, y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entónces el Cid, formando de los suyos un escuadron solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descansar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan rigoroso combate, fué tal la mortandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro á gritar: «Paz, paz.» Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero miéntras los dos arrabales, por su reduccion y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veia reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de allí y entregarse á Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venian socorros del Africa. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde cerró todo el botin que habia cogido, y despues pasó á las tierras del señor de Albarracin, y las estragó todas en castigo de habersele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron, y se desbandaron, dejando á Valencia en el mismo aprieto que ántes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió, y hubo dia en que, precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los afligia era un enemigo más terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella, había mandado que se diese muerte á todos los moros que se saliesen de Valencia, y obligado por fuerza á entrar en la plaza á los que con ocasion de la tregua estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares más viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasion en los enemigos, que cumpliendo el decreto del sitiador inflexible les daban muerte cruel á vista de las murallas para escarmentar á los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia: todos perecian, á excepcion de algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas; al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos

más cultos están exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborrecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas; pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguia. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció tambien trágicamente de allí á pocos dias, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosía hecha á su antiguo amigo (1094) (4).

Así acabó Rodrigo aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades, y mucho más gloriosa al vencedor. Toledo habia sido sojuzgada por el Rey más poderoso de España, con cuyos Estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extranjeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma, socorrida por el Africa, llena de portrechos y de riquezas, fué vencida por un caballero particular sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecia temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fué resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enormes dificultades que lo contradecian. Para ello, lo primero á que atendió fué á establecer una buena policia en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen

(1) Estas muertes trágicas de los régulos de Valencia se cuentan de muy diverso modo en la *Historia de los árabes*. Primeramente son dos los Hiayas de que allí se habla, y no uno solo; y ambos mueren sucesivamente peleando contra los almoravides en defensa de Valencia. La muerte de Abenjaf es harto más triste: el año de la toma de la ciudad por el Cid, y cuando estaba más seguro por las capitulaciones, fué preso de repente con toda su familia, y despues llevado á la plaza pública, donde por mandato de su inhumano vencedor se le enterró hasta la mitad del cuerpo, y así fué quemado vivo, en venganza de no descubrir los tesoros que los Hiayas habian dejado. (Véanse los capítulos 21 y 22 de la *Historia de los árabes*, por Conde.)

bien entre sí. La *Crónica general* contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las fábulas que refiere el Cid. Él prescribió á los suyos el porte cortés y honroso que debian tener con los vencidos, de modo que estos, prendados de aquel trato tan generoso, decian «que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado; ni que tan mandada gente trajese.» Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso más contribuciones que las que anteriormente solian pagar. Dos veces á la semana oia y juzgaba sus pleitos.—«Venid, les decia, cuando quisiereis, á mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mujeres á cantar ni á beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamás podeis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros bien, como amigo á amigo y pariente á pariente.» Volvió despues la atencion á los cristianos; y temiendo que, ricos con la presa que habian hecho, no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fué convertida en catedral, y nombró por obispo de ella á un eclesiástico llamado D. Jerónimo, á quien los historiadores hacen compañero de aquel D. Bernardo que fué colocado en la silla de Toledo despues de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados despues completamente por él y D. Pedro, rey de Aragon, en las cercanias de Játiva. Estas dos victorias, y la rendicion de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años despues de la conquista de aquella capital (1099), que áun se

mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruego de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle; y él, considerada la situación de la ciudad y la imposibilidad de conservarla en su dominio, por la distancia, sacó de allí á los cristianos con todos sus haberes, entregó la poblacion á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dejó el Cid, de su esposa doña Jimena, dos hijas, que casaron, una con el infante de Navarra, y la otra con un conde de Barcelona: algunas memorias le dan tambien un hijo que murió muy jóven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fué sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto á Búrgos, donde aún se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viajeros con admiracion y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna á este caudillo, entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia añadió despues. Todas son guerreras, y su exposicion sencilla basta á sorprender la imaginacion, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamás se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos Estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que adonde quiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador, mio Cid, el que en buen hora nació*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le te-

nian, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más deliciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquía hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO.

AUTORES CONSULTADOS.—Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Mondéjar, *Memorias de Alfonso el Sabio*. Mariana, *Crónicas de D. Alonso, don Sancho su hijo y D. Fernando su nieto*. *Crónica de la casa de Medinastonia*, por Pedro de Medina. *Ilustraciones á la casa de Niebla*, por Pedro Barrantes Maldonado, obra inédita. *Historia de la dominación de los árabes en España*, por D. José Conde.

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del Imperio de Alemania, pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre; Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal; y el arzobispo de Toledo, D. Sancho, que salió con un ejército á encontrar

al enemigo, empeña un combate con más ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquía su salud á la actividad y acertadas medidas del infante D. Sancho, hijo segundo del Rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya D. Lopez Díaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al socorro del Mediodía. Con D. Lope vino entónces D. Alonso Perez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de D. Pedro de Guzman, adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada doña Teresa Ruiz de Castro (1). El señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen y vengó la muerte del arzobispo. Este fué el primer combate en que se halló Guzman; y no sólo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef, lo cual fué gran parte para la conclusion de la guerra, porque vuelto Alfonso de su inútil viaje, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fué el ministro de esta negociacion, pudo con el influjo de Aben Comat, ántes cautivo suyo y ya su amigo, ajustar treguas por dos años con el rey de Berbería (1276).

En celebridad de este suceso se hizo un torneo en Sevilla delante de la corte, donde, del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el Rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido más en ella; á lo que contestaron muchos á un tiempo: —«Señor, D. Alonso Perez es el que lo hizo mejor.—¿Cuál Alonso Perez?» repuso el Rey, porque habia algunos otros del mismo nombre. Entónces D. Juan Ramirez de Guzman, hijo del adelantado D. Pedro, que se habia criado en pala-

(1) Barrantes la llama doña Isabel.

cio, y que despues sucedió a su padre en la casa de Toral, dijo al Monarca:—«Señor, Alonso Perez de Guzman, mi hermano de ganancia.» Pareció mal esta razon á todos, y más que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento, porque entónces llamaban hijos de ganancia á los que nacia de mujeres no veladas, y su madre no lo habia sido. Viéndose, pues, sonrojado así delante de los Reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado:—«Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y sereis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debeis tratarme. Mas no teneis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.» El Rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entónces:—«No habla mal vuestro hermano, que así es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos.—Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, replicó él, cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga: yo lo haré así, y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo y me despido de ser vuestro vasallo.» Quiso reducirle el Rey, mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, en el cual Guzman vendió todo cuanto habia heredado de sus padres y adquirido por sí mismo en la guerra, y se salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta, que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que habia entónces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los Estados de los cristianos. Estaba todavía en Algeciras Aben Jucef, y Guzman

se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiría en todas sus empresas ménos contra el rey de Castilla ó cualquiera otro príncipe cristiano. El monarca berberisco recibió á él y á sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera expedicion en que le ocupó fué la de ir á sujetar los árabes tributarios de su imperio, que, debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas (1). Estos árabes, siguiendo siempre las costumbres de andar divagando, no tenian asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamás sino forzados; y entónces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales, agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hizolo así el Rey, y Guzman, al frente de mil seiscientos cristianos y de algunos moros que tambien le siguieron, salió en busca de los rebeldes, á quienes arremetió y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaques, vinieron al campo cristiano, y no solo ofrecieron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores á fin de que los dejasen en sosiego. Habia muchos en el ejército de Guzman que opinaban por que no se admitiesen sus ofertas; y ensoberbecidos con su fortuna, querian que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el caudillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de Africa consistia en la ne-

(1) La *Crónica del rey D. Alonso XI* y Barrantes Maldonado les dan el nombre de *rehalies*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llamaban *alarbes*.

cesidad que de ellos tuviese el Rey para tener sujetos á los árabes tributarios, no consintió su destruccion, y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta á Fez, y el Rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demas virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponía en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban á Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable había hecho á su padre. A los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus días la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en Córtes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion había sido hecha en perjuicio de los hijos del príncipe heredero D. Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho había defendido el Estado; y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los grandes, de los pueblos, y aún del Rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fué una injusticia, ya estaba hecha, y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Así, cuando el Rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se des-

membrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricos-hombres con D. Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las más de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, ménos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacía más espantoso el peligro y más escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz Monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las ondas y á la fortuna. Mas ántes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al Africa, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entónces fué cuando le escribió la carta citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: La mi cuita es tan »grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueño; »é como cayó en mí, quera amigo de todo el mundo, en »todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio »fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios ami- »gos y de los mios perlados; los cuales, en lugar de meter »paz, no á exceso ni á encubiertas, sino claro, metieron »asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo am- »parador ni valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo »bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fa- »llece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es

»que en la ajena busque quien se duela de mí: pues los do
 »Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo
 »busque los de Benamarin. Si los míos hijos son mis ene-
 »migos, non será ende mal que yo tome á los mis enemi-
 »gos por hijos; enemigos en la ley, mas non por ende en la
 »voluntad, que es el buen rey Aben Jucef, que yo le amo é
 »precio mucho, porque él non me despreziará ni fallecerá,
 »ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé cuánto sodes
 »suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, é cuánto por
 »vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas, sino
 »á presentes; catá quien sodes é del linaje donde venides,
 »é que en algun tiempo vos fará bien; é si lo vos non ficie-
 »se, vuestro bien facer vos lo galardonaré; que el que face
 »bien nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Pe-
 »rez de Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo
 »mio, que sobre la mia corona más averada que yo he, y
 »piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien
 »tuviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la
 »estorbedes, como yo cuido que non faredes; ántes tengo
 »que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí
 »viniere será por vuestra mano; y la de Dios sea con vus-
 »co.—Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los
 »treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas
 »(1282).—*El Rey.*»

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del Monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia.—«Vé, respondió el generoso moro, y lleva á tu señor sesenta mil doblas de oro (1) para que de pronto se

(1) Estas doblas eran probablemente *marroquíes*, que, segun la valuacion que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sujeto muy práctico en estas materias, equivalian á sesenta reales de vellon de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondian al valor de sesenta y uno á sesenta y dos reales; las moriscas al de cincuenta y ocho á cincuenta y nueve.

socorra; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del Rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa.» Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al Rey desvalido el tesoro que le traía. Así cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció, fué la de unirle con doña María Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucía (1). Tenía entónces Guzman veintiseis años, y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el Rey donacion de Alcalá de los Gazules á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al Africa, de donde vino despues acompañando á Jucef, que seguido de grau tropel de jinetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos príncipes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal, diciéndole:—«Siéntate tú, que eres rey desde la cuna; que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser.» A lo que respondió Alfonso:—«No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los

(1) Era hija de Alonso Hernandez Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iñiguez de Aguilar: su dote se componia de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y tambien en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzman no efectuó su casamiento sin pedir permiso á Jucef, que se le dió, añadiendo que sentia no hallarse presente para regocijarse en su boda.

honrados, ni da reino sino al que lo merece; y así Dios te dió reino porque lo merecias.» Tras de estas y otras cortesías trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones.—«Dame un adalid, dijo el moro, que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia.» Diósele, con efecto, el rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde ménos mal hacer pudiesen: cuidado paternal, bien digno del que, despidiéndose públicamente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef.—«Amigos, les dijo, vedes á qué so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mí (1).»

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el príncipe D. Sancho. El moro quiso tentar las vías de negociacion, y envió á D. Alonso de Guzman y á un intérprete á exhortarle al deber y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad y admitidos á la presencia del Príncipe, cuando éste supo que los moros se habian acercado á las barreras y habian muerto algunos peones.—«¿Cómo me venís vosotros con tal mensaje, les dijo irritado, cuando los moros están dando muerte á los míos? Idos pronto de aquí; no esteis un punto más en mi presencia, pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir y arrojaros por encima de los adarves.» Ellos salieron dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el

(1) Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondejar. El lector hallará en estas vidas otras muchas sentencias y aún discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contextura y expresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personajes á que se atribuyen y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

justo motivo de la indignacion de Sancho su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos, los cuales, despues de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el rey de Castilla, que, como tan ultrajado de los hombres, á todos les tenía miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde allí volverse á sus Estados.

Con él se fué al Africa Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español asistió al rey Jucef en todas las guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas á su valor y á su consejo la victoria y ventajas que conseguia. Las expediciones más señaladas fueron las dos que se hicieron sobre Marruecos: en la primera las armas de Jucef ayudaban á Budeluz, un moro principal que se habia alzado contra el miramamolín Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzman, por cuya direccion se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al Miramamolín, á quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fué alzado por rey de Marruecos; pero á poco tiempo, hallándole Jucef ingrato á sus beneficios, y viendo que no queria cumplir las condiciones estipuladas en su confederacion, envió á Guzman contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto á Marruecos, este Estado vino á parar á la dominacion de Jucef. La misma fortuna siguió á Guzman despues en la expedicion contra Segelmesa, que tuvo tambien que sujetarse al imperio de aquel rey. Al leerse estas proezas, segun las cuentan los cronistas de la casa de Medinasidonia, y viéndolas segui-

das de la aventura de la sierpe y del leon, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un paladin, y de su narracion una leyenda caballeresca. Pero aún cuando por ventura haya alguna exageracion en sus *Memorias*, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzman, saliendo de los términos de Africa y de España, llegaba á Italia á oídos del Papa, que le escribía á él y á sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ella. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos; pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenía, llamado Amir, envidiaban su privanza y le aborrecian, siendo de temer que, faltando el Rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron, pues, separarse, aparentando estar desavenidos y no poderse llevar bien viviendo juntos. El Rey creyó el artificio y favoreció la separacion, de modo que doña María Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenía el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenía más freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenía aterrada á Fez y á sus contornos; mas las circunstancias increíbles con que se cuenta esta proeza tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejan-

tes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fué su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruecos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos; mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensajero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y substituyendo otro en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquíes las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á los soldados las pérfidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del Africa y volver á España. Díjoles que ya tenía avisado al general de las galeras de Castilla que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedicion, y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del Rey para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo (1291).

Ya en esta sazón había muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fué á verse con él á poco tiempo de su llegada y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el Príncipe, diciéndole cortésmente «que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus Reyes que no á los africanos.» Informóse largamente de las cosas de aquel país, del poder de sus jefes y de la manera más ventajosa de hacerles guerra. Había en aquellos días ganado nuestra escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban fácilmente en España. No había dinero para la empresa; Guzman lo aprontó, y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto más atendido en los consejos y el brazo más fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brío; pero al cabo la plaza fué entrada por fuerza y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se dismantelase, creyendo imposible mantenerla, por su situación, el maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año, esperando que á ejemplo suyo algún otro caballero se encargaria despues de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo Guzman, pagando el tributo á la flaqueza humana, se dejó vencer del amor. Su edad no llegaba á los cuarenta años; su esposa, doña María Coronel, por indisposiciones que han llegado á nosotros mal disimuladas en el incidente del tizon, se había hecho inhábil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzman de ordinario residia, es á maravilla ocasionado á la galantería y á los amores. Tuvo, pues, de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, á quien se llamó Teresa Alfonso de Guzman. Los festejos y profusiones á que con este motivo se abandonó su

corazon franco y generoso fueron tales, que llamando la atencion de doña María, la hicieron rastrear el secreto, y conocer que si poseia toda la estimacion, respeto y confianza de su esposo, no así su corazon ni su gusto. Disimuló, sin embargo, su desabrimiento, y tomó el partido que convenia á una matrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo en primer lugar traer cerca de sí á la niña, y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano, y la dejó heredada en su testamento. Demás de esto, sin quejarse ni acriminar á su marido, le empezó á insinuar suavemente que sería mejor se fuesen á vivir á algunos de sus lugares ó castillos, á la manera que lo hacian los señores en Francia, pues de este modo ó harian bien á sus vasallos viviendo con ellos, ó desde algun castillo fronterizo harian daño en los moros y servirian al Estado; que la residencia en Sevilla era expuesta á gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al cabo tendrian que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habian adquirido para establecer sus hijos; y solia añadir que las ciudades no se habian hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejóse persuadir D. Alonso, como quien tanto la estimaba y conocia á qué fin se dirigian aquellos consejos; y resuelto á dejar á Sevilla, tomó una resolucion verdaderamente digna de su reputacion y valor. Cumplíase á la sazón el término que el maestre de Calatrava habia señalado á su tenencia de Tarifa; y como ningun otro caballero se ofreciese á sucederle, Guzman tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al Rey que él la defenderia por la mitad del costo que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario, y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante don Juan, uno de los hermanos del Rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entónces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entónces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió, en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le tienen los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con

ellos su tesoro descercarian la villa.—«Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria.» Furiosos los moros, se aprestan nuevamente al asalto, cuando el inicuo Infante acude á otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenía en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entónces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenía, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcadesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion más horrible, pues, con la humanidad y la justicia, violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna.—«No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; ántes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo si acaso les falta arma para completar su atrocidad.»

Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo (1294).

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto, el Infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de dónde nacia, volvió á la mesa diciendo:—«Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oídos del Rey, enfermo á la sazón en Alcalá de Henares. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham; le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona, por su dolencia. D. Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salían á verle las gentes á los caminos; señalábanle con el dedo por las calles; hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos viendo á aquel varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá, salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes:—«Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado.» ▲ estas palabras de favor y de

gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; entonces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo, pues, en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heróica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola más á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas más bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿Y á quién vamos á tachar de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexion con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste que afligieron la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de *Bueno* por su índole bondadosa y compasiva, ántes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroísmo.

El rey D. Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor, su memoria sería más respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido: triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacía esta justicia; y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el

lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba «que era muerto el mejor home de su linaje.» De diez y ocho años salvó el Estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposicion de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo en la infancia se veria expuesto sin defensa alguna á la borrasca que iba á arreciarse con más ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre reina doña María, la nombró por gobernadora, y ántes de espirar dijo á Guzman estas palabras:—«Partid vos á Andalucía, y defendedla, y mantenedla por mi hijo; que yo fio que lo hareis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado.»

Muerto el Rey, todos los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona; el infante D. Juan, desmembrarla, haciéndose rey de Andalucía; el de Portugal, dilatar su frontera; los grandes y pueblos desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personajes, tener parte en el gobierno para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro y una sed tan hidrópica de Estados y dinero, que dificilmente se encontrarían ejemplares de escándalos iguales en las clases más necesitadas ó en las profesiones más viles. A estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo D. Enrique, hermano de Alfonso el Sabio; y habíase acordado en Córtes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este

inante era tan malo ó peor que su sobrino D. Juan: su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Tunez, y desde Tunez á Italia, sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad á que entónces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose gibelino, asistió á los príncipes alemanes en su expedicion contra Cárlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que, al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado del esfuerzo personal, única cualidad brillante que tenía, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela á cuya parte habia sido admitido, incapaz de orden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con el rey de Portugal, con el de Granada y con los grandes sediciosos, engañando á unos y á otros, y destrozando el Estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á España fué un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la Reina oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y la condescendencia; y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencia. Guzman entre tanto, considerado como el principal personaje de Andalucía, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse; porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho

era injusto y lastimoso, y exponía la ciudad á todo el resentimiento de la república genovesa, floreciente entonces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas marítimas. En esta crisis volvió Guzman de su expedición, y propuso á los sevillanos satisfacer á los genoveses los daños que habían sufrido, imponiéndose todos una contribución para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que les llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudiera escarmentarlos; pero confiados en las tramas que urdía con ellos el artificioso Enrique, no seosegaban jamás, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecían por aquella plaza veintidos castillos y pagar todas las pábias atrasadas: el Infante vendía en ello; pero Guzman tenía á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La Reina conocía las malas artes de Enrique, y no se atrevía á hacerle frente; Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daría ni sería en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir si los bárbaros, ayudados del Infante, se ponían sobre la plaza, escribió al rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendría á su nombre hasta que el rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaría en amparar á un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El aragonés alabó mucho su lealtad y su celo, y no envió socorro alguno; mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la in-

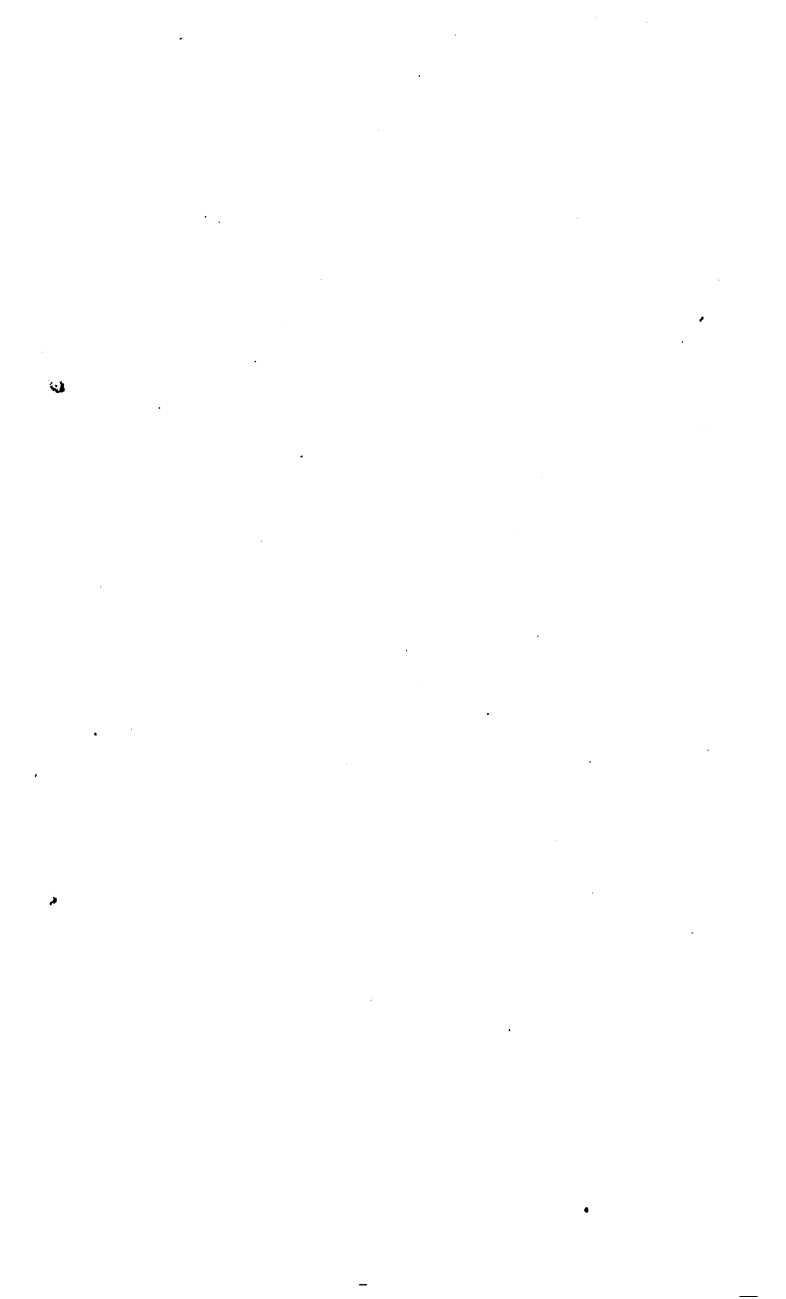
dustria de Guzman fueron más poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el Rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de la casa real, la mayor parte de los grandes, á manera de bandidos, siempre con las armas en la mano y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el Estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La Reina acudia con su prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedia á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que así se procuraba resistia el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa como nunca se habia conocido vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Así castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entretanto, crecia el Rey, y á medida de su edad iba aumentándose el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y miéntras duraba el sitio envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y D. Juan Nuñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros, aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza por la primera vez desde que los sarracenos la tomaron quinientos años ántes. Este fué el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el Rey

á contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las cercanías de Gausin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los había ahuyentado, cuando, adelantándose imprudentemente, cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente á los reales del rey de Castilla, fué despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa más lúgubre y majestuosa. Todos á una vez y llorando le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenía cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fué en vida D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, primer señor de Sanlúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla más que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamás de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que á la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pié cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes más señalados de la antigüedad: un Scipion, por ejemplo, ó un Epaminondas; y su nombre, llevando el sello del más acendrado patriotismo, no es pronunciado jamás sino con una especie de veneracion religiosa.



ROGER DE LAURIA. •

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita, Mariana, Herrera, Gianone, Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori, Muntaner, Deselot, Gelieu, Capmany. Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dicese que, sacándose un anillo que traia al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistia al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus Estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo, y le recor-

• Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo: Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *del Oria*; los catalanes *Luria*, y en su testamento tambien está escrito así; los franceses y los castellanos *Lauria*.

dase el derecho que tenía á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tio natural de Conradino, que, señor de aquellos Estados, habia sido ántes vencido y muerto por Cárlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba más peso á las pretensiones del monarca aragonés, que entónces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderío.

Mas la ambicion de este príncipe quizá se habria ejercitado solamente contra los sarracenos sin la conducta que tuvieron los franceses en el país conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria y apoyada en la persuasion que tenia de la santidad y justicia de su causa, no conociendo límites ni freno, se abandonó á los mayores excesos, y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entónces la indignacion rompió los lazos del miedo, y enseñó á los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocian. Un insulto hecho á una dama por un frances en las calles de Palermo dió ocasion á aquella matanza horrible que se conoce en todas las historias con el nombre de Visperas Sicilianas (30 de Marzo de 1282). Los franceses, sus hijos y sus mujeres, aunque fuesen del país, cayeron á manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia más que un pueblo de corta consideracion, llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al rey Cárlos en medio de los preparativos formidables que destinaba á la conquista del imperio griego, y parecia humanamente imposible que los infelices sicilianos pudiesen resistir á estas fuerzas, que al instante vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, embestida, y á pesar del ardor de sus defensores, conce su flaqueza y trata de capitular; pero el implacable enojo del Rey se niega á todo concierto, y solo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los mecineses entónces juran desesperados comerse primero unos á otros

que entregarse á sus duros opresores, y dan con esto lugar á que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, habia podido confederar entre sí al papa Nicolao III, al emperador de Grecia y al rey de Aragon. Tres años ántes se habia hecho esta alianza en ruina y odio del poderío frances, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo; el Emperador dinero, y el Rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao y la adhesion de su sucesor á los intereses de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III, desde la costa de Africa, donde se habia acercado con pretexto de hacer guerra á los moros, aportó con su escuadra á Palermo, cuando ya los pobres mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonía. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su Rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de almugávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota, estremecido, conoce entónces que la fortuna se le trueca; y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo éstos vencidos, con pérdida de veintidos galeras y cuatro mil prisioneros. Mandaba á la sazón la escuadra aragonesa, como almirante, D. Jaime Perez, hijo natural del Rey: llevado del ardor juvenil, quiso embestir á Regio, contra la órden expresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el Rey, le quitó el mando de la armada, y nombró por almirante de ella á un caballero de su corte llamado Roger de Lauria (1283).

Era nacido en Scala (1), pueblo situado en la costa occidental de la Calabria Superior, y su padre, señor de Lauria, habia sido privado del rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fué traído á España por su madre doña Bella, ama de leche segun unos, y dama segun otros, de la reina de Aragon doña Constánza, á quien vino asistiendø cuando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este príncipe; el rey don Jaime le heredó en el reino de Valencia; y por su educacion y por las mercedes que habia recibido estaba incorporado con la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron para el empleo eminente á que fué elevado, y el diploma del Rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia y de su amor á los intereses de su corona. Así puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció á la curiosidad y al ejemplo, aunque es fuerza confesar tambien que semejante oscuridad está ampliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron á la segunda.

Fué bien glorioso para el monarca aragones que su enemigo, no atreviéndose á hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretextos de la política para alejarle de allí. Carlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debia verificarse en Burdeos, autorizándole el rey de Inglaterra, señor entónces de aquella parte de Francia. El papa Martino IV, tan adicto á los franceses como contrario les habia sido su antecesor Nicolao, descomulgó al rey de Aragon, puso entredicho en sus Estados, y segun el extraño derecho público que reinaba entónces en Europa, le privó de ellos, y dió su investidura á uno de los hijos del rey de Francia. Pedro partió de Sicilia á conjurar esta

(1) Así consta de una carta latina que se conserva en el archivo real de la corona de Aragon, escrita por Roger al rey D. Jaime II en 19 de Julio de 1297.

nube; mas para asegurar á sus nuevos vasallos con la confianza de su proteccion, hizo venir á la isla á la Reina su esposa y á Jaime y Fadrique sus hijos, declaró por sucesor suyo en aquel Estado al primero; y dejando á Lauria la instruccion sobre el órden que habia de guardarse en el armamento de la escuadra que debia defender á Sicilia, se hizo á la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto, y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso más bien esperar el dia para la batalla, y les envió un esquite á decirles que se rindiesen ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia y sólo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizzarria (1283). Eran las galeras enemigas veinte, y la suyas diez y ocho: al rayar el dia embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento como si de aquella jornada dependiese la restitution de la Sicilia. Medio dia era pasado, y aún duraba la accion, cuando el general frances vió que sus galeras cedian y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos. Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia y el furor que los animaba. En medio de su refriega, una azcona arrojada

clava á Roger por un pié á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenía en la mano; entónces el general español, que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que, atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lípari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras habia en la isla, costegó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para más irritarle se acercó á los muros y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Después recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastacion, y ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Carlos no se hallaba allí entónces; mas el príncipe de Salerno, su hijo, á quien habia dejado el gobierno del Estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban, y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y de otra, aunque todos afirman que eran muchas más las enemigas. Roger, viéndolas venir, hizose á la vela, como que rehusaba el combate para alejarlas del puerto; lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de léjos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquite, y recorriendo con él por los buques de

su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el más ilustre de los que hasta entónces se habian dado por mar en aquel tiempo (1284). Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ánsia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponían los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que más pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero, aunque las fuerzas del Príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate cuánta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas que pudieron desasirse tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Enrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenían. Roger desde su navío animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentía flaquear, los amenazaba furioso si dejaban escapar la presa. Entre tanto se peleaba terriblemente alrededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente; allí los más bravos caballeros, unidos, apilados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo, y peleando desesperados contrastaban la industria y es-

fuerzo de los nuestros, y ponian en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera y desfondarla para echarla á pique: entónces el Príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo de Brusson, Guillermo Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: «Vive Roger, muera Cárlos.» Costó mucho afan á los ciudadanos amigos del orden contener esta agitacion, y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero ántes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á dos caballeros de los que se habian rendido, por desertores del partido aragones: ejemplo de rigor que desluce el lustre de su victoria, por más que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Más noble accion fué la de pedir al Príncipe que pusiese en libertad á la infanta Beatriz, hermana de la reina Constanza, custodiada en prision desde la muerte de Manfredo, su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la Reina, que para disminuir al Príncipe la humillacion vergonzosa de su situacion, tuvo la atencion delicada de alejar á los infantes, sus hijos, al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entónces un acontecimiento que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro

de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguia, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecian estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y ántes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos más de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en Córtes generales de la isla decretaron que el príncipe cautivo debia pagar con su cabeza la muerte que su padre habia ejecutado en Conradino. Cuando Cárlos de Anjou hizo morir á este príncipe, estaba bien léjos de pensar que llegaría un dia en que su hijo y heredero se veria tratado con la misma severidad, y que en tal aprieto sólo deberia la vida á la generosa hija de aquel Manfredo á quien despues de vencido y muerto habia tratado tambien con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la reina Constanza hizo entender á los feroces sicilianos que un negocio tan grave no podia tratarse sin conocimiento del rey D. Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero á otra fortaleza más segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Así le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y de la posteridad, al paso que con ella hacia más detestable la conducta sanguinaria del rey Cárlos, condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del legado del Papa se templó algun tanto,

y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los más culpados. Despues, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habian ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el rey D. Pedro le habia enviado para que pudiese hacer treinta á las de Cárlos, se hizo á la vela y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo de Pallerin, y no osando los franceses venir á batalla, el almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicotera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad, que sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo y con igual felicidad saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fué preciso enviar de Sicilia un gobernador que por parte del rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Despues de estas facciones, Roger, dejando aquella costa y acercándose á la de Africa, llegó á la isla de los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los moros, que entónces la poseian, no pudieron resistirle, y se la rindieron (1285). Allí mandó alzar una fortaleza, y dejó un capitan que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina con igual gloria que otras veces.

A principios del año de 1285 murió en Foggia el rey Cárlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tanto más extraños en él, cuanto más se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el rey de Francia, San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes Esta-

dos, y de simple conde de Provenza, se vió rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le habia acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter y de la insolencia de su gente; porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderacion y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un rey de Aragon. Lccion insigne dada á los ambiciosos para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace más felices. Él murió, en fin, y el odio que se le tenía publicó que se habia ahogado á sí mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo elogió mucho sus prendas militares, y dijo que habia muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta, un hijo del príncipe prisionero tomó la gobernacion del Estado, auxiliándole el conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, legado de la Santa Sede.

La guerra entretanto seguia. El rey de Francia, Felipe el Atrevido, habia invadido el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el Papa habia dado á uno de sus hijos de los Estados del rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables: ciento cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, miéntras que las fronteras eran embestidas por cerca de doseientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El rey D. Pedro, excomulgado por el Papa, vendido por su hermano el rey de Mallorca, abandonado del de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rose-

llon, atravesaron el Ampurdan y pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que, de resultas de un choque que hubo entre las tropas del rey D. Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entónces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo frances, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su país. Despidieron además por economía una gran parte de las naves que tenían en Rosas, con lo cual, enflaquecida su escuadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria, que llamado por su rey venía á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando D. Pedro le envió orden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hizolo así, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí fué á encontrar al Rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas, diciéndole:—«Ya sabes, Roger, por experiencia, cuán fácil es á los catalanes y sicilianos triunfar de los franceses y provenzales por mar.» Él con tan buen auspicio salió á buscarlos, á tiempo que sus almirantes, dejando quince galeras en Rosas, se venian con otras cuarenta hácia Barcelona, adonde el rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol cuando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinticinco de las suyas: escapóseles la division, y ántes de que pudiesen las veinticinco reunirse á sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, á quien no creian todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar: cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenían enfrente, y se apercibieron flojamente á la pelea; pero confiados en la oscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros «Aragon,» y ellos repetian

«Aragon;» los buques de Roger llevaban un farol encendido, y tambien le encendieron en los suyos: mezclados así, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro le derribó todos los remos de un costado, cayendo al mar los remeros y gente que allí habia, con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacian los demas buques españoles por su parte; y la ballestería catalana, entónces la más formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que, perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Enrique de Mar, y las demas se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas, por estar en mejor estado que las suyas, éstas las envió á Barcelona, y se dispuso á seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Sólo el almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolucion inhumana; y con fiereza indigna de su gloria mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma, y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos y los envió al campo frances. Corrió despues tras de los que huian, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venia para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se tuviese por comprendido en aquella tregua, y le enviaron al conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni á franceses ni á provenzales la concederia jamás. Motejóle el Conde de

soberbio, y le dijo que al año siguiente pondría su príncipe una escuadra de trescientas velas, y que el rey D. Pedro no podría presentarle otra igual.—«Yo la aguardaré, replicó: Dios, que hasta ahora me ha dado victoria, no me dejará sin ella; y yo fío que no osareis combatir conmigo.» Y creciéndole el orgullo con la contestación:—«Sabed, le dijo, que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna; ¿qué digo galera? los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragon.» Sonrióse el Conde al oír esta jactancia; y mudando de conversación, se despidió de él y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta, los generales franceses, obligados á quemar los buques que tenían en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el Rey, sin embargo que ya tenían ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarse á su país. Pusiéronse en movimiento para ejecutarlo, y el desórden y el estrago que sufrieron en su vuelta (1285) fueron iguales á la presunción y pujanza con que entraron. El monarca aragones, siempre sobre ellos, hostigándoles con encuentros continuos, cortándoles los viveres, no les dejaba ni marchar ni descansar; y aquel ejército que contaba por suya á Cataluña sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su rey del contagio, y con poco aliento en los que se habían salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo á la obediencia de Pedro, el cual, libre de los franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del rey de Mallorca, su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al príncipe don Alfonso, su hijo. En este estado le acometió una dolencia que murió en Villafranca á los cuarenta y seis años de

edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasión, Mallorca castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los aragoneses le dieron el nombre de Grande; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no sólo para distinguirle de los demás reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la extension que habia dado á sus Estados el rey D. Jaime su padre, más grandeza y más gloria hubiera cabido á su sucesor si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reinos para mantenerlas, y estableciendo aquella serie interminable de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con rios de sangre española.

Muerto el Rey, Roger, ántes de volver á Sicilia, exigió de D. Alfonso, su heredero, palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquier enemigo al infante D. Jaime, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla.

Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres dias, y sólo la gran diligencia de los pilotos pudieron salvar la armada, que, compuesta de cuarenta galeras, llegó á Trápana en muy mal estado. El almirante fué por tierra á Palermo, y dió á doña Constanza la noticia de la muerte del rey D. Pedro. Al instante su hijo D. Jaime tomó el título de rey de Sicilia y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver á Roger á España para que manifestase á su hermano el estado de cosas de Sicilia y de Calabria, y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz que media-

ban con el príncipe de Salerno, á quien D. Pedro poco ántes de su muerte habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus Estados y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia; deseábala el Príncipe para recobrar su libertad y disfrutar de su corona; deseábala tambien el rey D. Jaime para cimentarse en su nuevo Estado, que siempre creía le sería asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el rey de Inglaterra á ruegos del Príncipe; pero á pesar de su influjo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del Papa y del rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el rey de Aragon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El almirante Roger en este intermedio armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguas-muertas, corrió la costa de la Provenza, combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grandes presas en ellos, y se volvió á Cataluña (1286) sin que la armada francesa, muy superior en número, pudiese encontrarle ni alcanzarle.

En su ausencia el rey de Sicilia habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los más valientes caballeros de aquel tiempo, el cual, con doce galeras armadas de catalanes, corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y se volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botin inmenso. Estos estragos obligaron á los gobernadores del reino de Nápoles á aprestar una armada y juntar gente para invadir á Sicilia: las atenciones que distraian al rey de Aragon, la ausencia de Roger y la inteligencia que tenían en algunos pueblos de la isla, les prometian buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que

enviaron, el obispo de Marturano, legado del Papa, y Ricardo Murrone; y por almirante un caballero muy estimado entónces, llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó á Agosta, y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger habia ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla; y cuando llegó á ella y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta y á preparar la armada. Los sicilianos, que vieron á los enemigos otra vez dentro de su país y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al Almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza habia abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oídos del Rey aquella odiosa imputacion y calumniarle con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y así como estaba, lleno de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado á palacio, y puesto delante del Rey y de aquellos viles cortesanos:—«¿Quién de vosotros, dijo, es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusacion, yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales teneis vida y tesoros, mostrad lo que habeis hecho y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivis, el lujo que ostentais. Vosotros os divertiais miétras que á mí me oprimia el peso de las armas; ningun cuidado os agitaba miétras que yo disponia mis campañas; ociosos estabais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidio-

sos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afan me consumian, mientras que, nadando en deleites, hallabais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha de ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia, como dolo vuestro peligro si olvidais lo que valgo y me desechais de vosotros.» Vuelto entónces á los que le habian acompañado:—«Id, exclamó, y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del príncipe de Salerno, los despojos de Nicotera, Castrovechio y de Taranto; los de la Calabria cuando hice huir al rey Cárlos de Regio; traed las cadenas serviles de los Gerbes, las insignias del triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza; traedlas, y pues que aún dura y durará la guerra, si entre éstos hay alguno más valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia y defienda el Estado contra sus enemigos.» La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiracion á toda la corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparacion de la armada, que, á fuerza de su increíble actividad y diligencia, á breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos, al mismo tiempo que el Rey, despues de haber asegurado á Catania, que tenia inteligencia con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto uno de los más fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin, siendo mucha gente y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido de que salvarsen las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los tres principales personajes del

armamento enviado anteriormente por los gobernadores de Nápoles, que eran el legado del Papa, el general Murrero y el almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso llamado fray Prono de Aydoná, dominicano, el cual habia traído letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma misión, y cogido, habia sido perdonado generosamente por el Rey, que respetando su estado también mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso más bien estrellarse la cabeza contra un muro que sufrir la confusión de parecer á la presencia del monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componíase esta de ochenta y cuatro velas, y él no tenía más que cuarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Así, luego que llegó á Sorrento envió un esquife al almirante enemigo, diciéndole que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso, los franceses pusieron en órden su armada, en donde iban un número considerable de condes y señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes taridas los dos estandartes del Príncipe y de la Iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en órden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte real, que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballestería, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fué rodeada de cuatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron más velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los condes; y empeñada así la batalla, los franceses se distinguían por el número y la valentía, los nuestros por la osadía y la destreza. Véase á Roger armado sobre la popa de su galera animando á sus capitanes y dirigiendo sus movimien-

tos. A su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban y se estremecian los enemigos. Declaróse, en fin, la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedia á los franceses maniobrar con acierto; y moviéndose tumultuariamente y en desórden, más parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron más la accion, y empezaron á hacer grande estrago en ellos, que, ya desbaratados y confundidos, no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los condes y gente principal, apresadas cuarenta y cuatro, el resto se puso en huida con Enrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió á Mecina las galeras apresadas, con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápeles, que, alborotada con tan grande derrota, se volvió á alterar y aclamar el nombre del almirante español (1287).

En tan gran conflicto, los gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas sería útil para el Rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y la fortaleza de Iscla, que habian cobrado los franceses; pero D. Jaime no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del Almirante, á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dejado ganar por dinero de los enemigos. Él envió un comisionado suyo al rey de Aragon para que la confirmase por su parte; mas tampoco vino en ello este monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaria y guardaria si don Jaime admitiese.

Al año siguiente de 1288 consiguió su libertad el príncipe de Salerno, bajo las condiciones siguientes: que pagase veintitres mil marcos de plata, diese en rehenes á Roberto

y Luis, sus hijos, y alcanzase del Papa y del rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el Príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, Pontifice entónzes, y el rey de Francia no las aceptaron; que el Príncipe fué coronado por el Papa mismo, rey de Sicilia y señor de Pulla, Capua y de Calabria; y que la guerra volvió á encenderse con más furor que nunca. El rey D. Jaime pasó con su ejército á Calabria á reducir los lugares que se le habian revelado en aquella provincia; y con intento de dirigirse despues á sitiar á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de allí el conde de Artois, que habia con un grueso ejército querido hacer frente á los nuestros, D. Jaime se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él, Roger de Sangueneto, que, habiendo sido ántes prisionero del rey de Aragon, por medio del Almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos á la obediencia del Rey, y dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenía. Pudo más con aquel caballero la fe jurada á su primer señor que el amor de sus hijos, y al punto que se vió libre siguió haciendo toda la guerra que podia desde sus posesiones. Fué, pues, combatido con el mayor teson el castillo de Belveder; pero Sangueneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenía en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el Rey, hacía en los sitiadores un estrago terrible. El Almirante, que asistía á D. Jaime en toda aquella expedicion, acudió entónzes á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangueneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la

mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroísmo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre que, sordo entónces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fué enviado al padre; y D. Jaime, no queriendo perder más tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio y envió á Sangeneto el otro hijo que tenía en su poder (1289).

La armada y el ejército se dirigieron despues á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El Rey intimó á la plaza que se rindiese; y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer todos los preparativos del sitio, y comenzó á combatirla. El rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con un ejército poderoso, cifrando los dos monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenía á su favor la compañía de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona; miéntras que al de Nápoles instigaba el ánsia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reinado, y la esperanza que tenía en el brillante ejército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores generales de aquel tiempo, que era el conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada dia aumentándose con auxilios que les venian del partido güelfo en Italia, y los nuestros parecian ya más sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de

ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia; pero el rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al Papa, exhortándole á que procurase algun concierto entre los dos príncipes: el Papa condescendió con los deseos de aquel monarca, y envió un legado á Gaeta, el cual, con el embajador inglés, persuadió á los dos reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Así lo hizo, y tres dias despues D. Jaime se volvió con su armada y su ejército á Sicilia.

Mas á pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices sicilianos iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenían otro escudo ni otros valederos que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y estas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El rey D. Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus Estados por los ricos-hombres, celosos de la conservacion de sus fueros y privilegios, atropellados por el Rey difunto; al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el Estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido güelfo en Italia, tuvo por más conveniente dar la paz y la tranquilidad á sus Estados que sostener sus pretensiones á costa de una guerra á la cual no veia fin. Hizo, pues, la paz con sus enemigos, ofreciendo, entre otras condiciones, renunciar su derecho á los Estados de Sicilia, sacar de allí sus fuerzas y sus generales, persuadir á la reina su madre y á su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla, y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel Príncipe se disponia á celebrar sus bodas con una hija del

rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veintisiete años de edad, en 1291. Su muerte fué generalmente sentida, así por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la cual fué muy señalado y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*; como por haber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano D. Jaime, con tal de que dejase el reino de Sicilia á D. Fadrique, sustituyendo á éste en primer lugar en la sucesion, y despues de él al infante D. Pedro, en caso de que D. Jaime prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para España, y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reinos y señoríos por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria quedarse con los Estados de Sicilia y de Italia, y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de gobernador y general de Calabria á don Blasco de Alagon, hombre de un esfuerzo á toda prueba y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber con su sagacidad y moderacion establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle, retó á los franceses que el rey de Nápoles tenia tambien en Calabria, y los desbarató, haciendo prisionero á su general Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella, y acabó de afirmar la autoridad de D. Blasco. Mas, como nunca faltan envidiosos al mérito cuando se levanta, fué acusado ante el Rey de haber tomado á Montalto quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda, en desdoro de la preeminencia real, Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció y vino

¶ España; pero antes hizo homenaje al infante D. Fadrique, lugarteniente de su hermano en aquellos Estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de Africa, y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por D. Jaime, á ruegos de D. Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este príncipe navegó hácia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo rey; mas luego, por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castilla, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender á Roger. Mas éste, que prevenia siempre los accidentes y vencia las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto acierto, como si tuviesen delante los enemigos. No pudo Estendardo excusar de venir á batalla, la cual fué muy reñida, sin embargo de darse con poca gente (1292); pero herido el general frances, y sacado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger, el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofía, porque siendo gobernador de Cotron por el rey de Aragon, habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla y recogida la gente á la armada, dirigióse hácia Levante, costeó la Morea, entró de noche y saqueó á Malvasia, taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos, dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entretanto las negociaciones de paz entre los príncipes enemigos, y era difícil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estre-

cha entre las casas de Nápoles y Francia; la adhesion de los papas á su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia; el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Cárlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por base la renunciacion de la isla, á ménos de que D. Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesion de aquel Estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho ménos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran D. Pedro su padre. Blandeó, pues, al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y á su hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del rey de Nápoles, y por un artículo secreto le prometió el Papa la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los sicilianos enviaron embajadores á D. Jaime á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el Rey algun tiempo miéntras se terminaba el tratado; y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Cárlos, su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricos-hombres y caballeros que á la sazón se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras:

«Conque en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto teson hemos combatido, nos

entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragon es quien la abandona, teniendo ménos aliento para sostener su buena fortuna, que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia, conquistada la Calabria toda y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un monarca que nos tuviese en más precio y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no sólo abandona á sus más fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de sus enemigos? ¿Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya ántes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas y las vean teñidas aún con la sangre de los suyos! Decid, ¿á quién quereis que nos demos? ¿Será á aquel que, siendo príncipe de Salerno y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel que en un día quitó el reino y la vida al rey Manfredo, su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independenciam. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interes y dinero. Buscamos á la casa de Aragon para que fuese nuestra protectora, la juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragon nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos quereis que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos

hallábamos cuando recibimos por rey á D. Pedro, vuestro padre.»

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el Rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad que habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana, añadiendo que nada les decia acerca del infante D. Enrique, porque éste, como buen caballero, sabia bien lo que habia de hacer (1295).

Ocupaba en aquella sazón la silla pontificia Bonifacio VIII, papa célebre por su ambicion, su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con D. Fadrique; y el infante luego que le vió Papa, le envió una embajada á congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió que viniese á verle con Juan Prochita, Roger de Lauria y algunos barones de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla y tratar del acrecentamiento de aquel príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el Papa viese la gentil disposicion del infante y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines que queria, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse despues á Roger, y considerándole despacio —¿Es éste, dijo, el enemigo tan grande de la Iglesia, y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes?—Ese mismo soy, padre santo, respondió Roger; mas la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra.» Tras de estas y otras pláticas, Bonifacio se separó con Fadrique, y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último emperador latino de Constanti-

no pla, y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El infante admitió la oferta, prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz ajustada entre el rey de Aragon y sus enemigos. Mas cuando los embajadores enviados á este fin volvieron con la respuesta y declaracion definitiva de D. Jaime, sacando fuerzas de su desesperacion misma, los sicilianos en parlamento general del reino, celebrado en Palermo, pidieron al infante D. Fadrique que se encargase de aquel Estado, lo cual consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los barones y señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenía con el rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí á este fin, él fué quien aclamó rey de Sicilia al Infante, y él fué quien probó que esto le era debido por disposicion divina (1296), por la sustitucion que habia hecho en él su hermano D. Alonso y por general eleccion de todos los sicilianos.

El Papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embajadores para estorbarla; pero fueron arrojados de la isla sin ser oidos. D. Jaime publicó un edicto mandando á los guerreros aragoneses y catalanes que estaban en Sicilia se viniesen para él, viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra que ya preveia entre él y su hermano. Algunos obedecieron; pero los más se quedaron en Sicilia á persuasion de D. Blasco de Aragon, que, á despecho de D. Jaime, habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que

antes había dado á D. Fadrique. Este caballero les dijo que, perteneciendo al Infante aquel reino, y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie debía tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de cualquier príncipe. Era D. Blasco uno de los más señalados de aquel tiempo, por su linaje, sus hazañas y sus virtudes; su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas, y puede decirse que su presencia en Sicilia fué lo que más contribuyó á mantener su independenciam en la gran bórrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habiam sido nombrado almirante por D. Fadrique, y le acompañó en su primera expedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fe que le habiam prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entónces defendida por Pedro Russo, uno de los barones más acreditados de Nápoles. Habiam el Rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habiam de embestir ó no á Catanzaro. El Almirante fué de parecer que se acometiese antes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados, los cuales rendidos, la empresa de Catanzaro seria más fácil. En un hombre tan arrojado como Roger pareció extraño que propusiese el partido más tímido, y todos lo atribuyeron al parentesco que teniam con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle, hasta que el Rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa y autorizar sus armas, dijo que si los enemigos los veian acometer las plazas débiles y huir de embestir á las fuertes, menospreciarian su poder, y que por esto conveniam acometer desde luego lo más arduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictámen, y el ejército embistió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de cuarenta dias, á condicion de rendir la plaza si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido, y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanias asentó D. Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que le guarnecian se movió un alboroto y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los sicilianos; y éstos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los franceses, que retirados al castillo creyeron que todo el ejército enemigo venía sobre ellos, y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó á D. Fadrique, desarmado como estaba subió á caballo, y tomando una maza, corrió con algunos caballeros hácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño, y el Rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenía al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger, y su violacion, aunque imprevista, fué para su ánimo orgulloso un desaire á su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del Rey, y renunciando su empleo de almirante, se despidió de él diciéndole «que él no era más famoso por sus servicios y sus victorias que por su exactitud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacía; que esta fama de leal le hacia ilustre entre italianos, franceses, españoles, moros y orientales; que aquella violacion era una

mancha en su fe, la cual mancillaba su buen crédito y disminuía su autoridad; que le diese, pues, licencia para retirarse de su servicio; y que presto llegaria tiempo en que sus émulos, confundidos con el peso de los negocios y defensa de aquel reino, confesarían la sencillez y la fidelidad con que Roger servía á su rey.» Este, alterado con aquella resolucion, le respondió indignado «que se fuese donde gustase, aunque fuese á sus contrarios; porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni ménos conocidos los premios que se le habian dado; sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la cual no queria él sufrir por nada en el mundo.» Hubiera pasado á más la alteracion, á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el Rey, y Roger pidió perdon de su demasía, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el rey de Aragon habia intimado públicamente á Roger que entregase al rey Cárlos el castillo de Girachi, y que de no hacerlo procedería contra él y sus bienes como señor contra vasallo; sabian que, además de este requerimiento público, habia tratos secretos entre el Almirante y D. Jaime, y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dejar el servicio de D. Fadrique.

Mas, sea que estos tratos aún no tuviesen la correspondiente madurez, ó que todavia Roger estuviese de buena fe asistiendo á este príncipe, lo cierto es que despues de este lance él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entónces

abierta y sin defensa; y viendo la oportunidad de su situación y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas y fortalecerla con baluartes. De allí pasó con la armada á Bríndis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del rey Cárlos, mandados por un frances distinguido llamado Godofredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras, fortificó un puesto, y desde él comenzó á tajar los campos y estragar la tierra. Al dia siguiente, como estuviese sobre el puente de Bríndis cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores, éstos se desmandaron; y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos á recogerlos. Al instante los enemigos embistieron al puente, casi indefenso. El puesto fortificado por los sicilianos, y las galeras donde podian recogerse estaban lejos, y solo haciéndose fuertes en el puente podian evitar el riesgo de ser muertos ó presos. Cargaron, pues, unos y otros á aquel punto, en que consistia la salvacion de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el ímpetu enemigo, miéntras que Roger, animando á los suyos con el nombre de Lauria, que repetia á gritos, entró de los primeros en el puente, y cerrando con el general frances, le hirió en el rostro y le hizo caer del caballo. A esta desgracia juntándose el estrago que hacia en los enemigos la terrible ballestería del Almirante, volvieron al fin la espalda, y abandonaron el puente, desde donde los nuestros se recogieron libremente á su campo fortificado.

Cuando Roger dió la vuelta á Mecina halló en ella al rey D. Fadrique y á dos embajadores del rey de Aragon, que venian á pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Iscla ó Prochita. Traian tambien una carta para el Almirante, en que D. Jaime le encargaba persuadiese al rey de Sicilia que consintiese en aquella conferencia. Para tratar este punto se celebró parlamento en Chaza, y en él

Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del rey de Aragon, á quien así don Fadrique como toda la Sicilia debían reconocer por superior. Las razones en que el Almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia, y de la esperanza que podia haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del Rey, saliendo acordado del Parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si D. Jaime venía armado contra su hermano, éste le recibiese á mano armada tambien, y la guerra decidiese su querrela.

Vuelta la corte á Mecina, Roger mostró á D. Fadrique una carta del rey de Aragon, en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecutarlo, ofreciendo delante de Conrado Lanza que solicitaria con aquel monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Dióselo el Rey, y le concedió además dos galeras que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenía en Calabria, ántes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á D. Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedicion á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacía para visitar sus castillos, se habia avistado con los generales del rey Cárlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decian que su cuidado en pertrechar sus fortalezas manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del Rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besársela, y el Rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y D. Fadrique le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo; mándale además que quede arrestado en palacio, y entónces el Almirante, dejándose llevar de la ira, á

que era tan propenso:—«Nadie, exclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el rey de Aragón esté con ella; ni es este el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegarle á él; y respetando al cabo la palabra del Rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palaci, que tenían grande autoridad con el Rey, salieron por sus fladores y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo y se dirigió á una de las fortalezas que tenía en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fladores se habían obligado; y el Rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del rey de Aragón llevaban también el encargo de pedir á la reina doña Constanza y á la infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la Infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Carlos. Vino en ello don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de Lauria, salieron á un tiempo de Sicilia (1297). Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo y como expelidos dejasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo había libertado la isla, y el guerrero invencible que la había defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes eran mortales enemigos. Roger perdía en la separación no sólo los grandes Estados que tenía en Sicilia, sino caudales inmensos que había puesto en poder de mercaderes. El rey D. Fadrique se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro el hijo del Almirante, que desde ellas ha-

bian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragon, el de vicealmirante de la Iglesia, el estado de Concentaina, y el enlace de su hija Beatriz con D. Jaime de Ejérica, primo hermano del monarca aragones, consolaron á Roger de las pérdidas que hacía en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que pareceria más grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel Estado, objeto de tanta porfia, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraido por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y á su fama.

El alma de aquella nueva confederacion era el Papa, y á nombre de la Iglesia se hacía todo. El rey D. Jaime fué á Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el duque Roberto, recibió la investidura del reino de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entretanto, Roger, acaudillando la gente de guerra que le confi6 el rey de Nápoles, entró en Calabria con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia estaban por D. Fadrique. Hallábase ausente D. Blasco de Aragon, general en Calabria por Sicilia, y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse si dentro de treinta dias su rey no enviaba socorro tal que pudiese ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un dia ántes de cumplirse el plazo llegó don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos, y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acudieron á tiempo.

Púsose con los estandartes tendidos en orden de batalla delante de la ciudad; y el Almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas y unos pocos almugávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entónces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con solo oír el nombre de Lauria ya se creían seguros de la victoria; el sol era contrario, y el guerrero que tenía contra sí estaba también acostumbrado á pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabía ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caído y abandonado junto á un valladar, fué salvado por un soldado, que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caída, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los franceses, que huyeron dejando el triunfo y la victoria en manos de los españoles (1297). Este fué el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragones los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel reves, y acusando altamente á los franceses, delante del rey Carlos, de su cobardía y del desamparo en que habían dejado á su general, salió de Italia y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el rey don Jaime navegó á Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la Iglesia, y despues se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fué el armamento más considerable que se hizo en aquel tiempo: Roger tenía la principal autoridad militar en él, y parecia imposible que la isla resistiese á una invasion tan formidable. D. Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de

Iscla para combatir á los aragoneses ántes de su union con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de tentar á la fortuna léjos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto á la isla, se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó á la costa de Patti; y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del Almirante, se dieron al rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba: entretanto, los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del rey don Fadrique, y estrecharon el castillo, guarnecido con tropas de D. Jaime. Este envió á socorrer á los sitiados, por tierra al Almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El Almirante atravesó la isla: á la fama de su venida los sitiadores alzaron el cerco, y despues de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro, visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veintidos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como á traidor, y sentenciado á muerte por la gran corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolítico, y que, pareciendo hecho ménos en castigo de aquel desdichado mozo que en odio del Almirante, anunciaba á éste su destino si algun dia venía á parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colérico é impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto más que, por entónces se le dila-

taba la venganza, pues el rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacía su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco, y como huyendo de su hermano, se fué precipitadamente á Nápoles, y de allí dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseos de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió á Nápoles con Roger y con su armada, convocó á la empresa todos los pueblos de la Italia, y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos reinos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo exponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando, y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron acometer sin orden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su rey las contenia; y siendo puesto el sol cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro dia para la ejecucion de sus furores.

Fué esta batalla (Junio 4 de 1299) sin duda la más escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpacion, ni por interes que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion ajena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los pueblos le habian dado. Apénas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía

de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.

Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzólas con los soldados de los presidios que el Rey tenía puestos en los lugares vecinos de la costa, y luego que rayó el dia hizo desenlazar sus buques y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas cuarenta. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistian al de Sicilia D. Blasco de Alagon, Ilugo de Ampúrias, Vinchiguerra de Palici y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragon acompañaban en la Capitana el duque de Calabria y el príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleóse gran espacio de léjos con las armas arrojadas; mas Gombal de Entenza, impaciente por señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demas de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta medio dia. El calor era tan grande, que muchos soldados morian sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su gatera se rindió; otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una division que Roger habia dejado suelta para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilianos, y el rey D. Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir, y mandó que llamasen á D. Blasco de Alagon, para juntos acometer al enemigo y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacia, rindieron sus fuerzas y le hicieron caer sin aliento. Entónces los-

ricos-hombres que le acompañaban acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que también huían. D. Blasco, que no quitaba los ojos de la Capitana, luego que la vió huir mandó á su alférez, Fernan Perez de Arbe, que moviese el pendon para acompañar al Rey:—«No permita Dios jamás, respondió aquel valiente caballero, que yo mueva, para huir del enemigo, el pendon que me entregaron;» y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mástil del navío, y murió á otro día. No peleó con ménos aliento el rey D. Jaime: clavado por el pié con un dardo á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el ejemplo. Este teson era digno de la victoria que conseguia; y la hubiera merecido con más razon si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Medicina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos; y miéntras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movian á compasion y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo, y los prisioneros fueron llevados delante del Rey. No faltó entre ellos quien echase á los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habian recibido en Sicilia; en fin, su ingratitude con aquellos marinos mismos que en San Feliu y en Rosas habian libertado á Cataluña de la invasion de la Francia. D. Jaime oyó estas quejas con indulgencia, y entre los circunstantes habia muchos que las aprobaban, y aún murmuraban de su victoria.

Con ella las cosas de Sicilia parecian ya desesperadas. El rey de Aragon, creyéndolo así, y que para apoderarse

de la isla no tendrían los napolitanos más que presentarse, dió la vuelta á sus Estados, con gran disgusto del rey Carlos y del Papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo á su hermano de aquel reino. Dejó empero al Almirante para que asistiese al duque de Calabria á tomar la posesion de Sicilia, y con él á los principales capitanes que le acompañaban; los cuales todos se dirigieron á la costa oriental de la isla, y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza, y la variedad que tuvieron los sucesos, dieron al mundo un nuevo ejemplo de que no es fácil poner á un pueblo un yugo que él unánimemente desecha; y que la constancia, la entereza y el horror á la tiranía prestan á las naciones, por desvalidas y abatidas que estén, una fuerza sobrehumana. Los sicilianos, abandonados á sí solos, vencidos completamente por mar, con dos ejércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes al peligro, y le sacudieron de sí. Vuelto D. Fadrique á Mecina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ello á los pueblos; y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó á no desmayar por ella, y todos se apercibieron á la resistencia. El duque de Calabria y el Almirante no pudieron tomar á Rendazo, se dilataron por el Val del Noto, rindiéndoseles de fuerza ó de grado casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Cásaro y Ragusa. Ya un legado del Papa habia venido á aquella parte á reconciliar los pueblos con la Iglesia; y el rey Carlos, para apresurar el suceso, habia enviado otra armada y otro ejército, con su hijo el príncipe de Taranto, á apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron á Trápana, y luego que D. Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir á encontrarse con el príncipe y darle batalla. Él con su ejército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el país que no ocupaban y conteniendo al du-

que de Calabria. D. Blasco de Alagon, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el Rey su persona en aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al Príncipe y vencerle. Pero D. Fadrique, por su ánimo y su constancia, era digno de su elevacion: tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió, pues, en busca del Príncipe, que confiado en la suerte que favorecia su partido, no dudó de aceptar el combate que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fué muy dudoso, y aún adverso á D. Fadrique, y se dice que uno de los barones que le acompañaban le requirió que saliese de la batalla.—«¿Salir yo? respondió el Rey; he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa: huyan los traidores y los que quieran imitarlos; que yo ó he de morir ó he de vencer.» Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte que le tendiese enteramente, y con los que tenia á su lado arremetió el primero adonde el peligro era más grande. Fué herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposicion que D. Blasco de Alagon dió al ejército, y el valor y destreza de los terribles almogávares. El príncipe de Taranto fué hecho prisionero, y el Rey mandó que se le custodiase en el castillo de Celafú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de D. Fadrique y D. Blasco; y su dictámen en el consejo que tuvo el duque de Calabria cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante los dos ejércitos marchasen uno á otro á coger en medio al rey de Sicilia, y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fué tarde; y sabida la derrota y prision del Príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso y la victoria que

junto á Gallano consiguió D. Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses mandados por el conde de Brena, que fué hecho tambien prisionero, los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veintisiete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Nápoles á buscar refuerzos de gente para el duque de Calabria. Era almirante de ellas Conrado de Oria, genoves, muy estimado de D. Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero, ¿quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla, y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y más todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La Capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran carnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfundasen, y como ni áun esto pudiese ejecutarse, determinó que se acostase una galera y la pegase fuego: entónces Oria se rindió, y entregó el estandarte real. Fué esta batalla junto á la isla de Ponza; y Roger, segun su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos, en venganza del daño que le habian hecho. Apénas él habia dado este ejemplo de barbarie tan odioso, Oria y el rey D. Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fué Oria tratado en su prision con todo rigor, y áun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavilla, que tenia en Sicilia: él se negó á la propuesta (1500), diciendo que el castillo era del rey D. Fadrique; y éste, esti-

mando más la persona de aquel caballero, mandó rendir el castillo, sin embargo de la importancia de su posición.

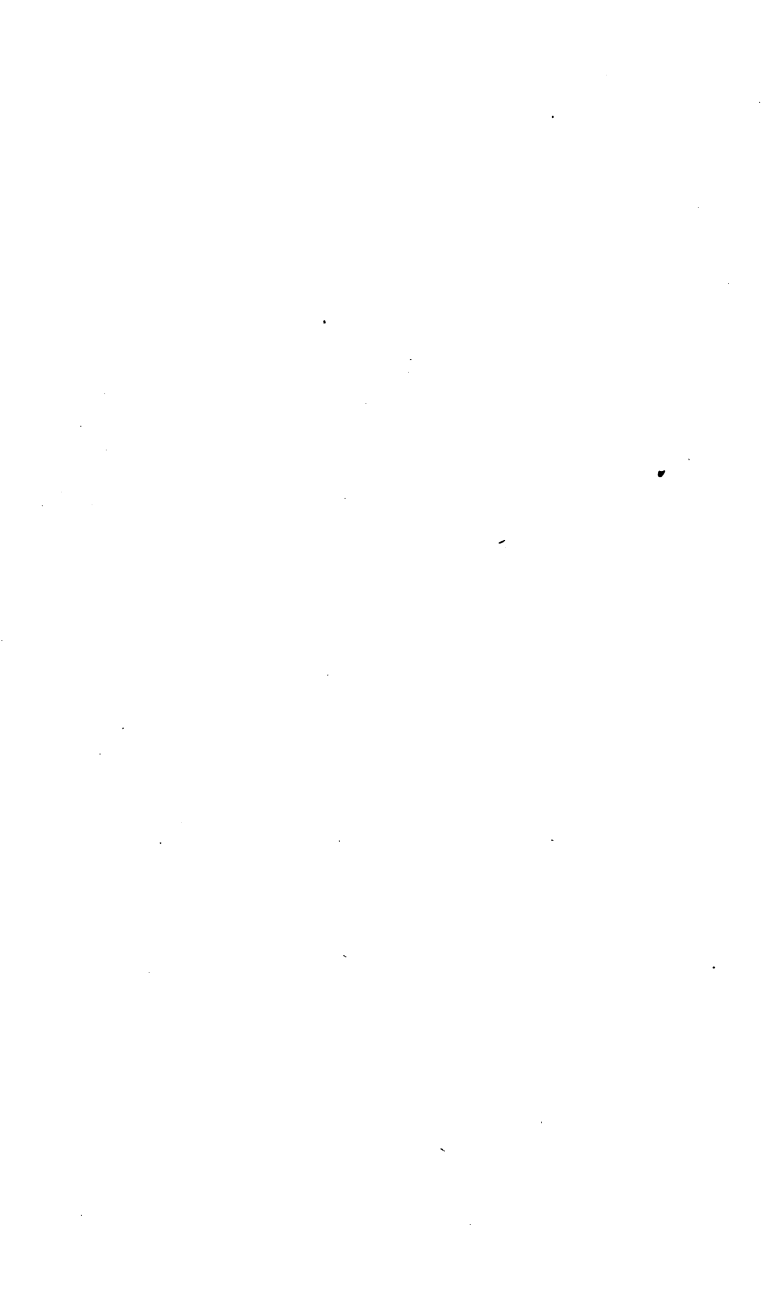
Esta fué la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer y fatigado de triunfos, se avistó con D. Blasco de Alagon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos príncipes. Púdose extrañar mucho en el carácter duro del Almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temia que se le trocase la fortuna. Mas cualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni D. Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años despues se ajustó al fin entre Cárlos y D. Fadrique. Habian sitiado los franceses á Mecina, y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque el hambre y miseria que sufrían los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la duquesa de Calabria, hermana de D. Fadrique; y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el conde de Anjou, hermano del rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. D. Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por D. Fadrique se hallaban en el estado más miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazón del Rey sobrepujó á todo; el conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor no quiso rendirse, y le hizo perder cuarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuía y hostigaba, cuando D. Fadrique, aprovechándose de esta situación, se acercó á los franceses con intención de darles batalla. El Conde, entónces, no queriendo

aventurarse al trance de la pelea ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo más oportuno sería inducir á los príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose D. Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenía en Calabria, y casándose con Leonor, hija del rey Cárlos.

Tal fué el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y en que Roger de Lauria fué el principal y más glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debía con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes Estados que habia perdido en Sicilia ni por los servicios señalados que habia hecho á los reyes de Aragon y de Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que así fuese: el rey de Nápoles perdía á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo rey de la isla D. Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España, y murió en Valencia en 17 de Enero de 1305. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del Orden de San Bernardo, en Cataluña, debajo del panteon del rey D. Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: allí mandó él enterrarse, en el testamento que otorgó en Lérida, año de 1291, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los Estados de Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice así, traducido de la lengua catalana, en que está escrito: «Aquí yace el noble Roger de Lauria, almirante de los reinos de Aragon y de Sicilia por el señor rey de Aragón, y pasó de esta vida en el año de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo 1304, á 16 de las kalendas de Febrero.»

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar más la gloria de Roger, y avergüenza á los que habiendo sido nulos en vida quieren despues engañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepuleros. Ningun marino, ningun guerrero le ha

superado ántes y despues en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura más pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podia igualarle en magnificencia ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas cualidades la dureza bárbara, que las deslucia: su corazon de tigre no perdonó jamás; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacía indigno de las victorias que conseguia. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras, verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entónces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazon era más terrible y más inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fué casado dos veces: la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de doña Constanza, mujer del rey D. Pedro; la segunda con una hija de D. Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragon y Cataluña, todavía dura, conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque, venido á Aragon desde muy niño, aquí se educó, se formó, se estableció; por Aragon combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen.



EL PRÍNCIPE DE VIANA.

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita. *Aleson. Continuacion de los anales de Navarra.*, de Moret. Mariana. *Historia de Poblet. Crónicas de D. Juan II y D. Enrique IV de Castilla.* Nicolás Antonio. Varios manuscritos auténticos del tiempo, comunicados al autor.

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aquí, se hacía ménos horrible con la admiracion de sus hazañas y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo más bárbaro y más vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tinte con los colores que le prestan la indignacion y el dolor.

Nació en Peñafiel á 29 de Mayo de 1421, de D. Juan, infante de Aragon, y doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, el Noble. Ardia en aquella sazón Castilla en guer-

ras civiles, atizadas por la ambicion de los grandes, que, viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan II, querian á porfia apoderarse de la administracion y del gobierno. El Infante hacía un papel muy principal en estas discordias, aunque por entónces favorecia el partido al parecer más justo, que era el de la corte. Aragon sufría la calamidad de la guerra que sostenía su rey D. Alonso en demanda del reino de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas y la invasion de los ingleses. Solo el pequeño Estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida á la prudencia de su rey, y á la habilidad con que habia sabido granjearse el amor de las potencias convecinas, sin chocar jamás con ninguna. Carlos su nieto, que segun los pactos matrimoniales ajustados entre doña Blanca y D. Juan habia de criarse en Navarra, fué llevado á ella por su madre, y puesto bajo la tutela y la educacion de su abuelo. Un año habia cumplido entónces; y el Rey, que tenía puesta en él toda la esperanza de su sucesion y de la felicidad del Estado, quiso condecorarle como su heredero, y erigió en principado el Estado de Viana, para que fuese de allí en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institucion que fué aprobada en Córtes generales del reino celebradas en Olite (1422), al mismo tiempo que el niño jurado solemnemente heredero y rey de Navarra para despues de los dias de su abuelo y su madre doña Blanca.

Don más augusto y más grande que el del principado fué la excelente educacion que recibió, y que si bien no pudo completarse en vida del rey anciano, fué seguida bajo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó á ello: ejercicios varoniles, máximas de virtud, estudios á propósito para enriquecer su entendimiento y formar su corazon; sobre todo, el espectáculo de un reino tranquilo y floreciente bajo una administracion sábia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fué grande en los ade-

lantamientos del Príncipe, cuya conducta y escritos son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas que los pueblos pudieran prometerse fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aún muy niño cuando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veintiun años cumplidos (1442). Nombróle por heredero suyo universal en los Estados de Navarra y de Nemours, según le competía de derecho y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con D. Juan; mas le rogó que para usar del título de rey tuviese por bien tomar la bendición y consentimiento de su padre. Había muerto doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el Príncipe gobernador del reino: encargo en que quedó después con beneplácito de D. Juan. Sus despachos de aquel tiempo manifiestan que el Príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos príncipe de Viana, primogénito, heredero y lugarteniente por su padre: particularidades que, aunque parecen demasiado menudas en la historia, son, sin embargo, necesarias para sentar la justicia del Príncipe en las divisiones que después se siguieron, viéndose por ellas que su moderación y su modestia fueron siempre iguales á su derecho.

Dejaba doña Blanca al tiempo de su muerte, además del príncipe de Viana, una hija de su mismo nombre, casada con el príncipe de Asturias D. Enrique; y otra llamada doña Leonor, que casó con Gaston, conde de Fox. El padre de todos estos príncipes, D. Juan, había empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya corte quería mandar solo. Pudo á los principios conseguirlo, cuando contra su mismo hermano D. Enrique favoreció el partido del Rey; mas después que se alzó con la privanza y el poder D. Alvaro de Luna, hombre que no cedía á ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el rey de Navarra no logró

con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban porque no se iba á mandar y gobernar en sus Estados, y los navarros se resentian de tener que contribuir para sus empresas, de ningun momento ni utilidad para ellos. Cuando murió su mujer, la guerra civil se hallaba algo apaciguada en Castilla, y D. Juan y sus parciales habian logrado el triunfo momentáneo de hacer salir de la corte al condestable D. Alvaro de Luna. Para mayor seguridad se habian convenido todos en mantenerse en igual valimiento con el Rey: convencion absurda, contraria á lo que cada uno de ellos deseaba, é imposible de verificarse, atendida la flojedad y flaqueza de Juan II, el cual era incapaz de mantener su favor en un equilibrio prudente. Advirtió el rey de Navarra que el almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez adelantaba en la confianza del Rey, y como ambicioso, empezó á odiar aquel estado de cosas, recelando que D. Alvaro iba á volver al mando, ó que el Almirante iba á alzarse con él; y aunque éste era parcial suyo, ya le miraba con los ojos de un cortesano desgraciado, y le reputaba delincuente porque el monarca le favorecia. El conde de Castro, su amigo y gran confidente, viéndole desabrido y ocupado de estos pensamientos, despues de manifestarle la injusticia de sus sospechas contra el Almirante, que siempre le habia sido fiel, para acabarle de sosegar le dijo que si queria asegurarse enteramente, estrechase los vínculos que le unian con aquel caballero; y puesto que doña Blanca era muerta, y concurrían en doña Juana Enriquez, hija de D. Fadrique, todas aquellas prendas que podria imaginarse para un enlace digno, la pidiese en casamiento á su padre, y de este modo el nudo de su amistad y alianza sería indisoluble.

No bien fué dado el consejo cuando se puso en ejecucion; y un rey de Navarra, lugarteniente al mismo tiempo por su hermano en los Estados de Aragon, y heredero pre-

suntivo de ellos, despues de hacer en la corte de Castilla el papel de un cortesano intrigante, buscaba la hija de un particular en apoyo de sus pequeñas miras y de su ambicion subalterna. El matrimonio se efectuó; pero ni el Almirante ni D. Juan consiguieron de esta alianza el fruto á que aspiraban; porque, vuelto D. Alvaro de Luna á la privanza, y asistiéndole la mayor parte de los grandes, los infantes de Aragon fueron vencidos en la batalla de Olmedo; y don Enrique, muerto de sus heridas, y el rey de Navarra, huido, perdieron de una vez sus Estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entretanto el príncipe de Viana el reino de Navarra, que disfrutaba de la felicidad consiguiente á los sabios y moderados principios establecidos por Cárlos el Noble. Alguna vez llegaban á él las chispas de la guerra que se hacia en Castilla, pero eran desvanecidas al instante; y aunque en el año de 1451 el rey de Castilla y su hijo D Enrique entraron poderosamente en Navarra y sitiaron la ciudad de Estella, el Príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes á resistir al castellano, tomó la resolucion de irse desarmado á sus reales, y habló á padre y á hijo con tal persuasion, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga union que habia entre los dos Estados, que ellos, convencidos de su razon y movidos de su elocuencia, alzaron el sitio de Estella y se volvieron á Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia tuvo otro fin más político y profundo, y que D. Alvaro de Luna, deseoso de librarse de los continuos tiros que hacia á su poder el rey de Navarra, quiso darle en qué entender en sus propios Estados, para quitarle la ocasion de venir á inquietar los ajenos; y que hizo unirse estrechamente al rey y príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando á éste desconfianzas hácia su padre ó abultando las quejas que ya tenía de él.

Los sucesos que siguieron dan verosimilitud á esta pre-

suncion. El rey de Navarra estaba muy malquisto de sus naturales; ellos eran los que sostenian la mayor parte de los gastos á que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento; ellos sufrieron el amago y áun los golpes de la venganza castellana, y pareciales que nada debian á un rey que sacrificaba su provecho y su quietud al interes de lo que deseaba en Castilla. Sentian que, segun lo pactado anteriormente entre los reyes y con el reino, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, á quien competia por edad, por mérito y por derecho; por último, habian llevado muy á mal que se hubiese casado con la hija del Almirante sin haber dado cuenta de ello ni á su hijo ni al reino, y murmuraban que ningun respeto ni contemplaciones debian á un rey extraño, que no tenia por aquel Estado atencion ni amor alguno.

Estas centellas de descontento tomaron la fuerza de un volcan cuando la venida de su mujer á Navarra, con título de gobernadora, en compañía del Principe (1452).—«¿Con qué derecho, decian, nos envia una mujer extraña á que nos mande, y hace esta injuria á su hijo, que ha gobernado tantos años con tal prudencia y acierto?» Los modales de la Reina, que en vez de ganarse las voluntades con la afabilidad y dulzura propias de su sexo afectaba una arrogancia y un imperio siempre odioso, pero más á ánimos descontentos, acabaron de apurar la paciencia y soplaron la llama de la sedicion. Habia dos parcialidades en Navarra, la agramontesa y beamontesa, nacidas anteriormente de celos de privanza. Toda la autoridad y cuidado de doña Blanca en el tiempo de su gobierno no pudieron extinguirlas, y se volvieron á encender de nuevo con más furia que nunca al darse la señal de la division entre padre é hijo. Habia sido ayo de Carlos, y principal consejero en su gobierno, D. Juan de Beamonte, gran prior de Navarra y hermano de D. Luis, conde de Lerin y condesta-

ble, casado con una hija natural de Carlos el Noble. Estos eran los jefes del bando beamontés; mientras que los agramonteses seguían por caudillo al mariscal del reino D. Pedro de Navarra, señor de Agramont. Declaráronse los primeros por el Príncipe, y los segundos, por ser contrarios á aquel partido, favorecieron el del Rey. Dícese en prueba de ello, que poco ántes del rompimiento, saliendo el Príncipe un día á caza, se encontraron con él D. Pedro de Navarra y su amigo Pedro de Peralta, y le dijeron:—«Sepa vuesa Alteza que os conocemos por nuestro rey y señor, como es razon y somos obligados, y nadie en esto debe pensar otra cosa; pero si ha de ser para que el Condestable y su hermano nos manden y persigan, sabed, señor, que nos hemos de defender con la mayor honradez que pudiéremos; porque nuestra intencion no es de faltar á vuesa Alteza, sino defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren deshacer.» A lo cual respondió el Príncipe:—«Yo no entiendo que el Condestable y su hermano os procuren tanto mal como decís: no penseis en eso; que Dios dará remedio á todo, y proveerá que mi padre y yo conozcamos que sois tan fieles servidores como debeis.»

Rompieron, en fin, padre é hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana como hasta entónces, y el segundo entrar en la posesion de ella, como estaba convenido anteriormente. A cuál de ellos asistia la razon no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido más sano que el Príncipe no apoyase la suya con las armas; porque este partido tenía siempre el mal aspecto de la irreverencia, y el inconveniente y los escándalos de una guerra civil. El rey de Castilla y el de Aragon pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias; y él quizá hubiera adquirido la autoridad á que aspiraba, sin llegar á la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales, pues aunque la más sana parte de Navarra estaba por el Prin-

cipe, casi todas las fortalezas, y el mismo Estado de Viana, llevaban la voz del Rey, que desde que murió su mujer doña Blanca, y mucho más desde su segundo casamiento, habia tenido cuidado de entregar los castillos y las alcaldías á sus servidores más fieles. Si á esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su actividad, su artificio y el largo uso que tenía de la guerra, por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido más justo no era el más fuerte, ni sería tampoco el más feliz.

Negóse el Rey á confirmar los conciertos que su hijo habia hecho con Castilla; y Carlos, ó que ya estuviese cansado de ejercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberana, ó que fuese arrastrado del partido beamontés, dió la señal de la guerra; y ayudado de los castellanos, tomó á Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó despues con sus aliados á sitiar á Estella, donde estaba la Reina, su madrastra. A su peligro voló el Rey, ayudado de las fuerzas de Aragon y contando con las que le habia prevenido la parcialidad agramontesa; mas, sin embargo, hallándose ménos fuerte para entrar en batalla, se volvió á Aragon por nuevos refuerzos, encargando á los suyos que entretuviesen mañosamente á los contrarios. «Engañó á D. Carlos, dice Mariana, su buena, sencilla y mansa condicion;» creyó que la ida del Rey á Aragon era para no volver tan presto; detestaba la guerra, y tal vez no queria hacerse odioso á los navarros teniendo por más tiempo en el reino tropas castellanas. Estas, á persuasion suya, levantaron el sitio y se volvieron á Búrgos, á tiempo que el Rey, nunca más activo que entónces, despues de haber juntado con increíble celeridad las fuerzas que tenía en Aragon, volvió prestamente á Navarra, y se puso sobre Aivar con intento de tomarla.

Acudió el Príncipe á socorrerla, y sentó su campo á vista del de su padre. El Rey quiso dar luego la batalla para impedir que se engrosase el ejército enemigo, á quien

llegaban por momentos nuevas compañías. Pusieronse unos y otros en órden de pelear, cuando algunos eclesiásticos, conociendo la abominacion de semejante contienda, hicieron aquella vez el papel que correspondia á su ministerio; y á fuerza de súplicas, de ruegos y amonestaciones pudieron traer á concierto los ánimos de los combatientes. Dió al instante el Príncipe oídos á la composicion, y propuso á su padre una concordia concebida en los términos siguientes: que recibiese en su gracia á él y á los suyos; se le restituyese el principado de Viana y sus fortalezas, y á los de su partido los lugares y villas que los contrarios les hubiesen usurpado; que él habia de quedar en su plena libertad, y en la de disponer su casa como le pareciese; que habia de gobernar el reino, como hasta allí, en las ausencias de su padre; que aprobase éste los conciertos hechos con Castilla, y se le diese tiempo de avisar á su rey de esta nueva concordia.

No eran estas seguramente proposiciones de un rebelde, puesto que en ellas se dejaba al padre toda la autoridad soberana, por la cual se contendia. El Rey condescendió con algunas, negó y modificó otras; y al cabo el Príncipe, por amor de la paz, cedió á todo, y dijo, que como su padre le recibiese en su gracia, volveria con todos los suyos á su obediencia. Firmóse la concordia primero por él, y despues por el Rey; juróse solemnemente, y á pocas horas de haberse jurado, los dos ejércitos vinieron á las manos. Cuál fuese la causa de esta revolucion tan repentina y tan escandalosa no se sabe, aunque se hace verosímil la sospecha de Aleson, que conjetura que en la enemistad que se tenian las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del Príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del Rey, que aunque compuesta de sus mejores batallones le fué forzoso ciar. Pero hallábase en

ella Rodrigo de Rebolledo, camarero mayor de D. Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acreditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando; á su ejemplo los fugitivos cobraron el valor perdido y volvieron á la pelea. Huyeron de su encuentro los jinetes andaluces que habian venido al socorro del Príncipe; y él, viéndose arrancar de las manos la victoria, redobló su esfuerzo y osadía, y atacó con los que le acompañaban el batallon en que estaba su padre. Ya se hallaba éste acosado y próximo al peligro de venir á las manos del Príncipe, cuando su hijo natural D. Alonso de Aragon voló á socorrerle; y acometiendo por un costado con treinta lanzas á los beaumonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió, y dió lugar á los realistas para que los desbaratasen y ganasen la victoria. El Príncipe, hostigado á rendirse, no quiso hacerlo sino á su hermano D. Alonso, á quien dió el estoque y una manopla (23 de Octubre de 1452), que el otro recibió apeado del caballo y besando al Príncipe la rodilla.

El padre, irritado, no quiso verle; y él tenía la imaginacion tan herida, que temia le diesen veneno en la comida; y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fué llevado, quiso probar bocado alguno si ántes no le hacía la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban más por momentos, y todos los medios de concordia parecian imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado á ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El príncipe de Castilla trataba de quitar por fuerza la gobernacion á su madre; el rey Carlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fué despues Luis XI; y Navarra vió darse a batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el Rey partió á Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las Córtes de Aragon, que iban á elebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen

cuarenta diputados de los que asistieron entónces, y que éstos interviniesen en la expedicion de los muchos y graves negocios que en aquella sazón ocurrían: acuerdo molestísimo á D. Juan, porque conocía la oposicion que en esta comision hallaría para sus miras ambiciosas. Ningun asunto más grave que las discordias de Navarra y la prision de D. Carlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignacion, y ayudados del príncipe de Asturias soplaban con más fuerza el fuego de la guerra civil; se apoderaron de varios lugares, y acometieron las fronteras de Aragon. Lo mismo amenazaba por su parte el rey de Castilla: de modo que los cuarenta diputados trataron seriamente de concordar las cosas de Navarra, para atajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones políticas se allegaba tambien la conmiseracion natural que inspiraba el rigor del Rey con el príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fué llevado al de Mallen, de Mallen al de Monroy, sin que el rencor sospechoso de su padre le creyese asegurado en parte alguna. Los ánimos más templados se ofendian y murmuraban viendo al Príncipe, propietario de Navarra, heredero presuntivo de los Estados de Aragon, y jóven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prision en prision como un vil criminal.

La primera demostracion que los cuarenta hicieron de su disgusto y de su resolucion fué hacer jurar á las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras, que no asistirían al rey D. Juan en la oposicion á su hijo: «Si vos, como rey de Navarra, le decian, y lugarteniente de Aragon, teneis dos guerras, nosotros no queremos tener más que una, y nos basta la de Castilla.» Despues, sabiendo que todas las fuerzas de este reino se juntaban para entrar en Navarra y favorecer el partido beamontés, formaron los capitulos de una concordia, por la cual se habia de poner

al Príncipe en libertad; se le entregaba su Estado de Viana; él había de rendir á su padre á Pamplona y Olite, que seguian su voz; las rentas del reino se dividirian entre ambos; todas sus diferencias se ponian en manos del rey de Aragon, que se hallaba en Italia; demas de esto, el hijo debía disponer su casa á su gusto, y había de concederse perdon recíproco á los parciales de uno y otro bando.

El Príncipe firmó este convenio: el Rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban á su hijo; tales eran la de que no había de ir sin su permiso á verse con el rey de Aragon, su tío, y que su casa se había de componer de sujetos de las dos parcialidades beamontesa y agramontesa. Creía D. Juan que á trueque de conseguir su libertad vendria en cualquier concierto, por duro que fuese; y Carlos, seguro del armamento que en su favor se hacía en Castilla, quería mejorar su partido, aunque fuese á costa de alguna dilacion. Pasábase así el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragon veia amenazadas sus fronteras; su rey ausente no le acudia, y sus diputados no sabian qué hacerse para sacar el reino de aquel conflicto. Enviaron embajadores á Pamplona para tratar de concordia; y la ciudad contestó que sus armas no se movian en daño de Aragon, sino en defensa de su Príncipe, cuya libertad y gobierno querian. Hicieron más los navarros, que fué enviar embajadores á las Córtes de Aragon á asegurar esto mismo y agradecer los buenos oficios que hacian en favor del Príncipe, y ordenaron que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reinos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que en nada se adelantaba en cuanto al Príncipe, nombró una diputacion de tres sujetos principales, para que, auxiliándose de la intervencion de las Córtes de Aragon, se la pidiesen al Rey. Este no pudo ya resistir á los ruegos reunidos de los dos reinos y á la fuerza de las circunstancias; y sacando á su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó á Zaragoza, y

le entregó en la sala de las Cortes en 25 de Enero de 1453. Mas la libertad concedida no era absoluta: habia de tener por prision á Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los cuarenta. Diéronsele treinta dias para que concluyese la concordia: término que no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fué preciso prorogarle por dos veces, queriendo siempre el Rey apretar el rigor de la convencion, y no allanándose su hijo sino á lo que fuese justo. Por último, consiguió su libertad, quedando en poder de su padre, en rehenes de lo pactado, el condestable de Navarra y sus dos hijos D. Luis y don Carlos de Beamonte, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron á ello por ver libre al príncipe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El príncipe de Astúrias D. Enrique, que aborrecia mortalmente al rey D. Juan su suegro, no queria entrar en ajuste ninguno, y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas á la parcialidad beamontesa. Por este tiempo hizo tambien á la princesa su mujer el agravio de repudiarla y enviarla á su padre, pretextando que por algun hechizo oculto era impotente con ella. No habia para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo que haber estragado aquel príncipe su temperamento con los placeres ilícitos é infames á que se dió en la primera juventud. La desdichada Blanca fué arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que despues le ocupase aquella Juana de Portugal, cuya imprudente conducta fué la ocasion de todas las desgracias de Enrique IV. Vivió algun tiempo en Aragon, y despues se fué á Pamplona con el príncipe su hermano, á quien amaba entrañablemente; motivo por el cual vino á incurrir en el odio que su padre tenía á don Carlos. La discordia, pues, siguió en Navarra con el mismo furor que ántes, sin que se remitiese más que el breve espacio de tiempo en que se ajustaban algunas treguas por

las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, justicia de Aragon, enviado por el rey de Navarra al de Castilla á ajustar las diferencias que hubiese, y la reina de Aragon, á quien su esposo, Alonso V, justamente afligido de los males que padecia España, envió desde Italia á componerlas todas. La paz se ajustó al fin con Enrique IV, que acababa de suceder á su padre Juan II, muerto en aquella sazón; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades, y sólo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año (1455), que aunque no muy bien guardadas, todavía excusaban algun derramamiento de sangre.

Mas, cumplido el término de aquella suspension, las hostilidades volvieron con más furor que nunca. Ardia de saña el Rey porque no se acababan de entregar las fortalezas que, segun el pacto hecho cuando la libertad del Príncipe, se habian de poner en poder de aragoneses; amenazaba con hacer morir á los rehenes que tenia; el Príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenía en su poder, de villas que habian tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de D. Carlos en esta ocasion, pues que faltó á lo que él mismo habia firmado y sus apoderados prometido. Pero así él como sus parciales conocian bien el ánimo del Rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la reina de Aragon se habia mostrado duro, inflexible, sin querer ceder nada del rigor y nulidad á que queria reducir á su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el conde de Fox, por la cual éste se obligaba á socorrer al Rey con todo su poder y entrar en Navarra á castigar á los rebeldes, y el Rey á desheredar á sus dos hijos Carlos y Blanca, sustituyendo en su sucesion para despues de sus dias al conde y condesa de Fox. Así este insensato disponia de una herencia que no era suya,

y daba un derecho que no tenía; y añadiendo la barbaridad á la injusticia, se obligaba tambien á no recibir jamás á reconciliacion alguna ni perdonar á sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse á su obediencia.

Ya el Conde habia entrado en Navarra con sus tropas, y unido á los realistas ponía espanto en los parciales del Príncipe, no bastantes en número ni en fuerzas á resistirle. Ya habian sido sitiadas y rendidas Valtierra, Cadreita y Mélda; Rada, famosa por su fortaleza, arrasada; Aivar tambien, que Cárlos habia recobrado, tuvo que rendirse á su madrastra, que en persona la habia cercado y combatido. Aquel reino, que tan floreciente y tranquilo se habia mantenido en los felices dias de Cárlos el Noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolacion y homicidios: frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interes ni la gloria, sino el rencor y la venganza. El Conde instaba por la desheredacion de los dos príncipes, y D. Juan habia nombrado letrados y juristas que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el rey de Aragon, irritado de la entrada de los franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió á decir que pusiese en sus manos la querella que tenía con su hijo, como ya éste lo habia hecho; y que de no hacerlo así, le quitaria el gobierno del reino de Aragon y ayudaria con toda su fuerza el partido y la razon del Príncipe. Temió el rey de Navarra la amenaza de su hermano, y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. D. Cárlos, no sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, á quienes se creia que ayudaria tambien el rey de Francia, no fiando en los socorros del rey de Castilla, tuvo por más seguro irse á poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el cual por sus hazañas, por su mérito personal y por la magnificencia de su corte, era entónces el primer monarca de Europa. Así, dejando encargado el gobierno de la parte de Navarra que le

obedecía á D. Juan de Beamonte, tomó por Francia el camino de Italia (1457).

Desde Poitiers envió á su tío un secretario suyo á que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que á su llegada estuviese bien prevenido á su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial le decia que por dos y tres veces habia enviado á su padre gentes suplicándole que le quisiese tener como hijo, y se compadeciese del pobre reino de Navarra, que tan bien le habia servido en otro tiempo; y que cuando las cosas estaban á punto de concordarse, el conde y la condesa de Fox lo habian estorbado; «los cuales (son sus palabras), como se debia esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empachado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios et vuestra autoridad é decreto, con aquella razon que ha sobre nosotros, no extingue este fuego.»

Mas no sólo habian hecho este]mal los condes de Fox, sino que tambien malquistaron al Principe con el rey de Francia Carlos VII, imputándole que habia favorecido á los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querian con esto ponerle de su parte, y le incitaban á que, haciendo alianza con ellos y el Rey su padre, entrase por Guipúzcoa, y entretuviese así las fuerzas del rey de Castilla, que confederado con el Príncipe se preparaba á socorrer poderosamente su partido. Carlos, que como señor de Navarra y duque de Nemours tenia tantas relaciones con la corte de Francia, siguió su camino á Paris, donde fué recibido por aquel monarca con todo honor y cariño; descargóse de las calumnias levantadas por sus hermanos, y separó al Rey de su rompimiento con Castilla. Hecho este bien á su país, se dispuso á partir á Nápoles, donde ya le llamaba el rey su tío. Era su intento, si no le favorecia, pasar su vida en

destierro para no causar más enojo á su padre, y separarse de la guerra civil, que aborrecia. Por todas las ciudades que pasaba recibia los honores y aplausos que nacia de la estimacion de sus virtudes y talentos y del interes que inspiraban sus desgracias. El Sumo Pontífice, Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió á hacerlo, y de allí partió el Príncipe á Nápoles por la via Apia.

Recibióle el rey de Aragon con las mayores muestras de honor y de cariño; bien es verdad que le reprendió la resistencia que habia hecho á su padre con las armas, diciéndole que aunque la razon y la justicia estaban claramente de su parte, debia obedecer y sujetarse al que le engendró, y disimular su dolor, aunque justo, y así hubiera cumplido con las leyes divinas y humanas. A esto replicó el Príncipe que sus vasallos y buenos amigos habian llevado muy á mal el gobierno de su padre despues de la muerte de su madre doña Blanca; que todos deseaban le entregase á él el reino, que le tocaba segun los pactos hechos, y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él habia dado muestras de conformarse con su voluntad en esta parte; mas que las cosas no habrian llegado á aquel extremo si la hija del Almirante no hubiera venido á gobernar con tanta ofensa suya y de su reino; que así él como sus vasallos habian tenido esto á grande afrenta y mengua de su reputacion, que no podia disimularse. Y concluyó diciendo:—«Cortad, señor, por donde os diere contento: sólo ruego que os acordeis que todos los hombres cometemos yerros, hacemos y tenemos faltas; éste peca en una cosa, aquél en otra. ¿Por ventura los viejos no cometisteis en la mocedad cosas que podian reprender vuestros padres? Piense, pues, mi padre que yo soy mozo, y que él mismo lo fué tambien en algun tiempo.»

Fuera de este cargo, no recibió de aquel monarca sino aplausos y favores. Es cierto que aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unian, y la calidad de heredero de todos los Estados de Aragón y Navarra, que acompañaba á D. Carlos, sola la afición á las letras y buenos estudios que sobresalía en él, y por la cual ya era célebre, bastaba á darle autoridad y consideración á los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasión de este rey por la lectura y la sabiduría, y en esta parte su sobrino debía tener mucho más precio á sus ojos que su hermano, el cual jamás hizo otra cosa que intrigar, alborotar y destruir. Tratólo, pues, como á hijo, pagó todas las deudas que había contraído en el camino, le hizo una consignación para sus gastos ordinarios, y así él como su hijo le daban cada día nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádivas con que á porfía le agasajaban. Escribía Carlos todas estas particularidades á su leal ciudad de Pamplona, con aquella efusión de alegría que tiene un desdichado al ver por la primera vez reír el rostro á la fortuna.—«Presto, les decia, placiendo á Dios, irán tales personas de la parte del dicho señor Rey nuestro tío, que reglarán estos fechos en la forma que cumple... E non danzarán más á este són los que con nuestros daños se festejan.»

Luego que en España se supo la buena acogida que había tenido en Nápoles, su padre mudó de tono y empezó á darle en los despachos el título de «ilustre Príncipe y muy caro y muy amado hijo,» cuando ántes se contentaba con llamarle á secas «príncipe D. Carlos.» Pero los condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesión de Navarra, intrigaron tanto con aquel rey rencoroso, que al fin dió el escándalo de juntar Córtes de su parcialidad en Estella, y desheredó allí (1457) á sus dos hijos D. Carlos y doña Blanca, pasando la sucesión á su tercera hija la condesa de Fox, y por ella á su marido. Acto por su natura-

leza nulo si se atiende á la justicia, pero que de algun modo podia desconcertar el partido opuesto, engañando á los simples, abatiendo á los cobardes y determinando á los indecisos. Mas los parciales del Príncipe, y D. Juan de Beamonte que estaba á su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo á aquel acto otro más justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron á Córtes en Pamplona á los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por rey á D. Carlos con todas las solemnidades legales, en 16 de Marzo del mismo año, llamándole rey de allí adelante en los despachos que emanaban del Gobernador y del Consejo.

Indignése terriblemente D. Juan, llamando desacato y desafuero lo que él mismo habia provocado con su injusta y bárbara desheredacion; y achacando aquella medida generosa y atrevida á las instrucciones que habia dejado su hijo, redoblaba su cólera y su indignacion contra él. En esta posicion le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto; y como es de presumir, no era sazón de recabar cosa alguna. Entretanto, llegó al Príncipe la noticia de su aclamacion, y no pudo dar otra prueba mayor de su inocencia que apresurarse á escribir al Gobernador, á los Consejos y á la diputacion de Pamplona, el sentimiento que le causaba aquella determinacion, y la desaprobacion solemne del acto que se le imputaba. Existe aún la carta que escribió entónces, cuyo contexto puede verse en el Apéndice, y toda ella es una respuesta convincente á la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado despues.

No fué esta sola la gestion que hizo el Príncipe para allanar el camino á la concordia. Escribió tambien á su primo el rey de Castilla, que restituyese las plazas y castillos entregados á él por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedian, al tiempo de los preparativos del conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas

por el amor de la paz, no impedian que en otras ocasiones el Príncipe sostuviese con entereza sus derechos, cuando veia que de abandonarlos habian de resultar inconvenientes. Así, cuando murió el obispo de Pamplona, él presentó al Papa para aquella dignidad á D. Cárlos de Beamonte, hermano del Condestable y del Gobernador. Su padre se dió más prisa, y pidió el obispado para D. Martin de Amatriain, dean de Tudela, que á la sazón estaba en Roma, y el Pontífice se le habia concedido. No cedió el Príncipe, conociendo que la intencion de su padre era poner en Pamplona un obispo de su partido; y así, representó eficazmente al Papa que revocase la gracia; ni cedió tampoco á las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo; y el Papa, vencido de sus instancias, y creyendo que D. Cárlos no estaria tan firme sin la anuencia del Rey su tio, confirió la administracion del obispado al célebre cardenal Besarion.

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del rey de Navarra, sin que las satisfacciones del Príncipe bastasen á calmarle. Rodrigo Vidal, despues de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerian, propuso una suspension de armas entre los dos partidos. Venian en él los beamonteses; pero el Rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal entónces, creyendo que su mision era hacer la paz á cualquier costa, pensó otros medios de conseguirla más favorables al partido del Rey: propúsolos al gobernador Beamonte, quien le preguntó si aquellos artículos se habian propuesto con anuencia del monarca aragonés: respondió Vidal que no; y entónces el generoso navarro:—«Yo no tengo, dijo, órden del Príncipe sino para obedecer lo que el rey de Aragon ordene; y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos expondremos á todo riesgo por obedecerle, ántes que tener paz y sosiego tan infame.»

Por este tiempo (Mayo 1457) tuvieron vistas los reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre sí: vino la corte de Navarra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió tambien el gobernador Beamonte, y propuso que se entregasen en secuestro al rey de Aragón todas las plazas fuertes del reino, así de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y gobernadores de su mano, hasta que el mismo Rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el rey D. Juan venir en este partido: tenía fundadas esperanzas de reducir al rey Enrique IV, así por sus gestiones propias como por las que hacía su mujer doña Juana con la reina de Castilla. Las dos se veían y se festejaban; y es de ver en los momentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los procuradores del Príncipe el lujo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanas. Acostumbrados á la modestia con que se habían presentado siempre la reina doña Blanca y la princesa Ana de Cleves, mujer del Príncipe, no podían ménos de admirar la locura de las damas que acompañaban á la reina de Castilla.—«La una trae bonet, la otra carmagnola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almaizar, la otra á la vizcaína, la otra con un pañuelo; é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victoriosos, de ellas cinto para armar ballesta, de ellas espadas, y áun lanzas y dardos y capas castellanas, cuanto, señor, yo nunca ví tantos trajes de habillamientos.» Así escribía al Príncipe su procurador patrimonial Martin Irurita, añadiéndole al fin:—«Nuevas de acá otras, señor, buenamente no sé qué escriba, sino que tierra de vascos de ocho dias acá está en vuestra obediencia, et todas las montañas, sino Gorriti; é los vuestros se esfuerzan lo más que pueden; mas por Dios, señor, son pocos é pobres, é á la larga no se podrán sostener.»

No era, pues, extraño que el rey D. Juan, fiero con su

preponderancia, se negase á toda composicion que no humillase completamente á su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el rey de Castilla, debieron unirse para este efecto las sugerencias de la condesa de Fox, que tambien se halló en aquellas vistas, y trataria de impedir toda concordia que perjudicase á sus miras codiciosas sobre la sucesion del reino de Navarra. Estaba entónces lisiada de una dolencia que no la dejaria alternar en bizarria con las dos reinas concurrentes, y que hacia decir con gracia á Rodrigo Vidal, escribiendo al Príncipe:—«Dícese, señor, que la condesa de Fox vuestra hermana está cerca de perder un ojo. A la mi fe, señor, no tengais dolor ó penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano bien merece perder un ojo, áun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á más que de paso, é hoy debe entrar en Tudela.»

Así todo se conjuraba en España en ruina del desdichado D. Carlos: su partido desmayaba, el del Rey su padre se hacia cada dia más fuerte en Navarra, sus hermanos atizaban el fuego, y sus aliados le abandonaban; pero el monarca de Aragon creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer á su hermano, y le envió nuevos embajadores que le hiciesen entender su voluntad y abandonar á su decision los negocios de Navarra. Y aunque hasta allí lo habia repugnado mucho, porque así se desvanecian sus tratos con los condes de Fox, malgrado suyo al fin tuvo que rendirse, y firmó á últimos del año 1457, en Zaragoza, el compromiso en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del Rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra, se dió libertad á los prisioneros, y despues, á principios del año siguiente, revocó el rey D. Juan los procesos que tenia abiertos contra el Príncipe y Princesa sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos: reserva inventada por el rencor y mala fe, á

fin de que no le faltase nunca pretexto para perseguirlos.

Mas las esperanzas que el príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del rey de Aragon, que falleció en Nápoles en Junio del año siguiente (1458). Conquistador de un reino, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la Italia, que le debió su sosiego; espléndido en su corte, la más civilizada y culta de Europa; honrador y apreciador apasionado del saber; monarca paternal, buen amigo, hombre amable; rey, en fin, de los reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y á su muerte el sentimiento de los pueblos y de las naciones fué universal. La Italia y la España perdieron á muy mala sazón un moderador, que contenia con su respeto y su autoridad toda la ambicion de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió más que el príncipe de Viana: sus diferencias iban á ajustarse, y segun el amor que le tenía el Rey su tío, era de esperar que fuese muy á satisfaccion suya la sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del partido que iba á formarse; y cesaban al fin aquellos escandalosos debates que ni hacian honor á su carácter y moderacion, ni eran favorecidos de la fortuna, ni podrian venir á parar en otro fin que en destruirle á él y destruir su miserable reino. ¿Cómo ya sin nota de insensatez ponerse á luchar con el poder del Rey su padre, señor, por muerte de su hermano, de todos los Estados de Aragon? Ni ¿qué esperanzas fundar en la proteccion de su primo el heredero de Nápoles, cuyo poder é influjo eran ya tan inferiores?

Si el Príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasion se le presentó en la muerte de Alfonso, cuando mucha parte de los barones y nobles napolitanos se ofrecia á aclamarle rey suyo, no queriendo obedecer á D. Fernando, hijo natural del conquistador. Dicen que él daba oidos á estos tratos, y que por no ver probabilidades

de buen éxito se embarcó prontamente y se dirigió á Sicilia. Mas lo cierto es que nunca se rompió la buena armonía entre él y su primo, y que éste le pagó puntualmente mientras vivió la manda de doce mil ducados anuales, que el rey difunto le dejó en su testamento. El mismo amor y reverencia de los pueblos que se habia granjeado en Nápoles por su moderacion, mansedumbre, sabiduría y prudencia, le siguieron á Sicilia, donde se llevó tambien las voluntades de todos. Su padre, que conocia este atractivo de su persona, sabiendo las aclamaciones y el afecto de los sicilianos, hubiera entónces venido en cederle á Navarra y su independencia, con tal de sacarle de la isla. Y ¿qué hacía él entretanto para dar motivo á estas sospechas odiosas? Declarar en Córtes del reino que su intencion era volver á la obediencia y servicio de su padre; negarse á las repetidas instancias que se le hicieron para coronarle rey de Sicilia; castigar á tres sujetos principales que no quisieron hacerle homenaje en nombre del Rey, y negarse á las gestiones de los barones de Nápoles, que otra vez le convidaban con aquel Estado. Ocupado, además, en leer los excelentes libros de los monjes benedictinos de San Plácido de Mecina, en escribir algunas obras en prosa y verso, y en corresponderse con los hombres eruditos y humanistas de su tiempo, no aspiraba sino á reposar de tantas agitaciones y torbellinos, y volver al seno y amistad paternal.

Para esto, exploró la voluntad del Rey por medio de embajadores enviados por él á darle razon de su conducta y negociar la reconciliacion. Fué contento el Rey de que se viniese á España, y dió la vela desde Sicilia en una armada que se aprestó al efecto; pasó por Cerdeña (1459), donde tuvo las mismas aclamaciones y respetos, y arribó á Mallorca, donde se le aposentó en el palacio real, entregándole el castillo de la ciudad. No se hizo lo mismo con el de Belver, segun se lo habia ofrecido su padre; y esto

le dió á entender que la indulgencia y amistad que le prometia eran inciertas y sospechosas. Escribióle, en fin, una carta, que todos los analistas copian, y cuya sustancia viene á ser reducirse á su obediencia, cederle lo que por él se mantenía en Navarra, pedirle con ahínco la libertad y el perdón de sus parciales, suplicarle que diese estado á su hermana doña Blanca y á él mismo, proponerle que pudiese por gobernador de Navarra un aragonés libre de toda pasión, quitando aquel encargo á doña Leonor su hermana, y pedirle la restitución de su principado de Viana, y ducado de Gandía, quedándose el Rey con los castillos para más seguridad. Entre otras razones, le dice ésta, que pudiera ablandar á otro padre ménos rencoroso y prevenido:—«Y non tema ya usía de mí; ca dejadas las razones que Dios y naturaleza quieren, ya estoy tan farto de males y ansadas de mar, que me podeis bien creer.»

El Rey condescendió con unos artículos, alteró otros, y se negó á algunos; pero al fin el convenio se hizo (23 de Enero de 1460): la parte de Navarra que obedecía al Príncipe se entregó al Rey, con poco gusto de los beaumonteses, que se resistían á ello; el Condestable y demás rehenes se pusieron en libertad, diéronseles sus bienes, al Príncipe se le restituían las rentas de su Estado de Viana, y quedaba desterrado de los reinos de Navarra y de Sicilia, donde su padre no quería que estuviese. Era tal el ánsia que tenía de concluir el ajuste, que hizo venir de Navarra á dos hijos naturales que tenía, D. Felipe y doña Ana de Navarra, y á la princesa doña Blanca, para que estuviesen al lado de su padre: cosa que ponía en gran sospecha á todos los suyos, que decían era entregarlos á sus enemigos para que completasen su pedición.

Hecho esto, dió la vela desde Mallorca y se vino á Cataluña: no había creído que para ponerse en manos de su padre debiese esperar su aviso; pero el Rey llevó á mal esta determinación, como una ofensa hecha á su autoridad.

Temiale donde quiera que estuviese; temia á la correspondencia que seguia en Sicilia y Nápoles, España y Francia; temia á aquel interes que inspiraban sus desgracias, al respeto que se granjeaban sus virtudes, á la seduccion que llevaba en la amabilidad de su carácter y en la moderacion de sus costumbres. El aspecto de estas bellas prendas, y el de las esperanzas que prometian, hacía en la imaginacion de los pueblos una oposicion terrible con los sentimientos que inspiraba el rey D. Juan, hombre de pocas virtudes ó ninguna, ya anciano, gobernado por una mujer ambiciosa y arrogante, que por lo mismo que era nacida particular insultaba á los pueblos con la ostentacion de su imperio y de su tiranía. Llegó á Barcelona, donde sus moradores quisieron recibirle en triunfo: él entró modestamente, pero no pudo negarse á las luminarias, á los vivas y á las diversiones que el contento de verle inspiraba. Tratáronle con la solemnidad de primogénito, y el Rey se ofendió tambien de esto, y ordenó que hasta que él le declarase por tal no se le diesen más honores que los debidos á cualquier infante hijo suyo. Quería el Príncipe verse á solas con su madrastra para terminar los puntos de diferencia: ella constantemente se negó, y en compañía del Rey vino á verle á Barcelona, saliendo el Príncipe á recibirlos hasta Igualada. Al encontrarse con ellos se postró á los piés de su padre, le besó la mano, le pidió perdon de todo lo pasado y su bendicion; con el mismo respeto hizo reverencia á la Reina, y correspondiéndole los dos con muestras de benevolencia y de amor, entraron juntos en Barcelona, que hizo en aquella ocasion muchos festejos públicos en demostracion de su alegría.

Pero no se acaba tan presto rencor tan largo y cebado con tantos agravios, sobre todo de parte de los ofensores. El Rey tenía ya apagado todo cariño hácia su hijo: entregado enteramente á su mujer, no veia sino por ella y para ella; la Reina aborrecia personalmente al Príncipe; el inte-

res de su hijo le aconsejaba su pérdida, y su corazón, ardiente y perverso, no desdeñaba medio ninguno de conseguirla. ¿Qué acuerdo, pues, podía tomarse, ni qué concordia ajustarse, que fuese estable y segura? Faltaba casar al Príncipe y declararle los derechos y prerogativas de primogénito y sucesor. El Rey se negaba á lo último, á pesar de los ruegos que le hacian los Estados de Aragon y Cataluña, que creian ser este el medio más seguro para afirmarse la paz y evitar nuevos disturbios. No estaba tan negado en cuanto á casarle; pero queria fuese con doña Catalina, hermana del rey del Portugal. Accedió el Príncipe á este enlace, viendo que su padre le deseaba, aunque era más de su gusto y de su interes el de doña Isabel, hermana del rey de Castilla: union que estrecharia más los nudos de la larga alianza que habia tenido en aquella corte y de la proteccion que habia hallado en ella. Mas los reyes de Aragon querian á Isabel para su hijo Fernando, y es preciso confesar que esta boda, por la edad igual de los dos príncipes, era más acertada que la de D. Carlos, el cual llevaba treinta años á doña Isabel. Todo entregado á este trato, el rey D. Juan descuidaba el casamiento de Príncipe como una cosa de poca importancia, y repugnaba el declararle su sucesor como si fuera una injusticia.

En este tiempo, los grandes de Castilla, descontentos del gobierno de Enrique IV, conspiraron á reformarle, entrando en esta liga, á ruegos del almirante Enriquez, el rey de Aragon. Esperaba él por favor de los descontentos recobrar los muchos Estados que habia perdido en aquel reino: miserable achaque de hombre, no contentarse con tantos dominios y señoríos como tenía, y aspirar á revolver todavía el dominio ajeno para poseer lo que por sus turbulencias y agitaciones habia perdido. Enrique IV y sus ministros, hábiles esta vez, creyeron conjurar la nube estrechando la confederacion que tenía aquel rey con el príncipe de Viana, y ofreciéndole la mano de la infanta

doña Isabel. Enviaron á este fin un emisario que secretamente se lo propusiese, y el Príncipe dió gustoso oído á este nuevo trato. Cuánta fuese su culpa ó su imprudencia, ó bien su razon y su derecho, en dar la mano á esta negociacion, no es fácil determinarlo ahora; sería preciso para ello tener noticia de todos los chismes, de todas las palabras, de todas las acciones, indiferentes en la apariencia, que llevadas de una parte á otra y exageradas por la oposicion, causan sospechas, incitan á venganza ó á temor, y hacen revivir los odios mal apagados. Lo cierto es que el Príncipe, por la concordia, se habia atado las manos y privado de todos los recursos, sin querer más que las prerogativas de primogénito y sucesor de su padre; y que el Rey, retardando esta declaracion, dilatando el darle estado, y teniéndole alejado de sí y de su cariño, se mostraba más en disposicion de favorecer los intentos de sus enemigos que de cimentarle en su gracia.

Celebrábanse á la sazón Córtes de Cataluña en Lérida, y de Aragon en Fraga. Los diputados de este reino habian pedido la jura del Príncipe, sin poderla conseguir, cuando el almirante de Castilla, que llegó á averiguar el trato secreto que habia entre su rey y el príncipe de Viana, dió aviso de todo á los reyes de Aragon. Dicen que D. Juan no quiso al principio dar asenso á esta noticia, y que fué menester para que la creyese que la Reina se la confirmase, llorando y maldiciendo su fortuna. El consentimiento y aun el poder que habia dado D. Carlos para ajustar su matrimonio con la infanta de Portugal, pudo servir de fundamento á la incredulidad del Rey. Viéndose, pues, engañado, y teniendo á traicion las pláticas de su hijo, determinó arrestarle, y envió á llamarle á Lérida, donde entónces se hallaba celebrando las Córtes de Cataluña. Ibanse estas á concluir, y el Príncipe, viendo que no se trataba de jurarle en ellas sucesor del Rey su padre, mostraba desesperacion y abatimiento, como adivinando lo que iba á sucederle. Mu-

chos de sus amigos y consejeros le advertian que no fuese allá á ponerse en manos de sus encarnizados enemigos. Su médico desenfadadamente le decia:—«Señor, si sois preso, sed cierto que sois muerto, porque vuestro padre no os prenderá sino para haceros matar; y aunque os hagan la salva, os darán un bocado con que os enviarán vuestro camino.» Unos opinaban que debia escaparse á Sicilia, otros á Castilla: todo era propósitos y proyectos; y él, constituido en extrema urgencia, avisaba á varios pueblos de Cataluña que le socorriesen con dinero. Al fin resolvióse á obedecer á su padre, fiado en el seguro que daban las Córtes. Llegó á Lérida, y al otro dia despues de fenecidas, llamado por su padre, se presentó á él (2 de Diciembre de 1460). Dióle el Rey la mano y le besó, segun costumbre de entónces, y al instante le mandó detener preso. A este terrible mandato, el Príncipe se echó á sus piés, y le dijo:—«¿Dónde está ¡oh padre! la fe que me disteis para que vienes á vos desde Mallorca? ¿Adónde la salvaguardia real que por derecho público gozan todos los que vienen á las Córtes? ¿Dónde la clemencia? ¿Qué significa ser admitido al beso de su padre, y despues ser hecho prisionero? Dios es testigo de que no emprendi ni imaginé cosa alguna contra vuestra persona. ¡Ah señor! no querais tomar venganza contra vuestra carne ni mancharos las manos en mi sangre.» A estas añadió otras razones, que el Rey escuchó sin conmoverse, y fué entregado á los que estaba ordenada su custodia.

A la nueva imprevista de esta prision, toda Lérida se alteró, como si de repente fuese asaltada de enemigos. Atónitos al principio y pasmados, no sabian qué creer y qué juzgar, y pensaban si habia alguna conspiracion contra el Rey; mas cuando fueron ciertos de lo que era, y se dijeron los motivos y las circunstancias de aquella novedad, entónces los ánimos, vueltos á la conmiseracion, empezaron casi á gritos á exaltar las virtudes del Príncipe, á

llorar su desgracia y á deprimir al padre inhumano que le perseguía. Los diputados de las Córtes de Cataluña se presentaron al Rey, le recordaron el seguro que daban las Córtes, le pidieron que se le entregase la persona de Carlos: salian por fiadores de su seguridad, y ofrecieron servir al Rey con cien mil florines por esta condescendencia. Las Córtes de Aragon, que aún se tenian en Fraga, enviaron tambien una diputacion reclamando la clemencia del padre para con el hijo, y expresando el interes que todo el reino tomaba en su libertad y seguridad; pedian tambien que se les entregase el Príncipe, y ofrecian condescender con las demandas que el Rey habia hecho en ellas. Negóse ásperamente el Monarca á todo concierto, y por suma gracia concedió á su hijo que le llevaria á Fraga desde Aytona, en donde le habia puesto; pero para ello le hizo renunciar todas las libertades y fueros de Aragon, y le dió á entender que esto se lo concedia á ruegos de la Reina, su madrastra.

Entretanto, mandó que se ordenase de nuevo el proceso que anteriormente habia fulminado contra él. Imputábanle sus enemigos que queria matar á su padre, valido del auxilio que esperaba en los facciosos de todos los Estados que le obedecian; que tenía concertado irse secretamente á Castilla, y para ello habia venido á la frontera gente de este reino, y se hablaba de una carta del Príncipe á Enrique IV, donde estaban las pruebas de su horrible conspiracion. Mas no existiendo tal carta, inventada sólo por el rencor y la calumnia, apelaron los perseguidores á otras pruebas. Habia sido preso al mismo tiempo que el Príncipe su grande amigo y consejero D. Juan de Beamonte, prior de Navarra, aquel que en la guerra civil defendió los intereses del Príncipe con tanto heroísmo y constancia. Este fué llevado á la fortaleza de Azcon, tratado con rigor, y preguntado acerca de los capítulos de acusacion que se hacian contra su señor. Horrorizóse él al oír la inculpacion

de parricidio, y aunque declaró los diversos propósitos en que vacilaba el Príncipe, atosigado de las sospechas y del peligro que le mostraban los procedimientos y el rigor de su padre, todos ellos eran dirigidos á la seguridad de su persona, y ninguno al perjuicio del Rey ni del Estado. Estas declaraciones no contentaban á la ira ni la apaciguaban; y el Príncipe desde Aytona fué llevado por el Rey á Zaragoza, luego á Miravet, y desde allí á Morella, donde al fin le creyó seguro, por la fortaleza de su situación.

Los catalanes, viendo desairadas las representaciones que sobre el caso habian hecho en Lérida las Córtes al Rey, acordaron formar un consejo de veintisiete personas, las cuales, juntas con los diputados de las Córtes, ordenasen todas las providencias y actos concernientes á esto negocio, y enviaron al Rey una diputacion de doce comisarios, y al frente de ellos al arzobispo de Tarragona. Este prelado pidió al Rey que usase de clemencia; le representó los males que iba á causar su repulsa, lo extraño que aquel rigor parecería á los pueblos, todos persuadidos de la inocencia del Príncipe, y le recordó la obligacion en que estaba de mantener en ellos la paz en que se los habia dejado sus antecesores. Respondió el Rey que las desobediencias de su hijo, y no odio ó enojo particular que le tuviese, le habian precisado á prenderle; que el Príncipe estaba continuamente poniendo asechanzas á su persona y Estado; que nada aborrecía más que su vida; que habia hecho liga con el rey de Castilla contra la corona; y al decirlo, máldijo la hora en que le engendró. Viendo los veintisiete el poco progreso que habían hecho estos embajadores, hicieron poner á toda Barcelona sobre las armas, y diputaron otras cuarenta y cinco personas, con un acompañamiento de caballos armados tan numeroso, que más parecía ejército que embajada. El abad de Ager, que iba al frente de ella, representó al Rey que el principado pedía á voces la libertad de su hijo; que solo con ella podían sose-

garse los pueblos, alterados con semejante novedad; que tuviese piedad del Príncipe y de sí; y por si acaso fiaba en los socorros del conde de Fox y del rey de Francia, recordóle que los franceses habian llegado un tiempo hasta Gerona, y se volvieron vencidos, pocos y sin rey á su país; y le amonestó, por fin, que no diese lugar con su tenacidad á los últimos extremos de la indignacion pública. Esto era más bien una amenaza que una súplica; y el Monarca, fiero y temoso por carácter, contestó que él haria lo que la justicia y la obligacion le mandaban; y amenazándoles, añadió: «Acordaos que la ira del Rey es mensajera de muerte.»

En un dietario de la diputacion general del principado, que tengo á la vista, se dice que el Rey no quiso aguardar en Lérida á estos últimos embajadores, y que teniendo miedo á su acompañamiento, salió para Fraga, huyendo á pié, de noche y sin cenar. Otros hacen esta salida posterior, cuando, convertida la amenaza en amago, vió ya la llama de la sedicion arder en toda Cataluña, y la asonada de guerra retumbar en sus oidos.

Con efecto, no esperando ya remedio alguno de la sumision ni de las representaciones, el principado apeló á las armas. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la Diputacion las banderas de San Jorge y la Real, se proclamó persecucion y castigo contra los malos consejeros del Rey, se mandaron armar veinticuatro galeras, se cerraron unas puertas de la ciudad, se puso presidio en otras, y los diputados y oidores se encerraron en la casa de la Diputacion con propósito de no salir de allí hasta la conclusion de aquel gran negocio. Empezáronse á convocar y alistar gentes de armas y ballestería, y los terribles gritos de *via fora somaten* resonaban por todas partes, encendiendo y exaltando los ánimos á la defensa de su príncipe. No habian podido contener esta agitación el maestro de Montesa y D. Lope Jimenez de Urrea.

enviados ántes por el Rey á este fin; el gobernador Galceran de Requesens, á quien tenian por uno de los acusadores del Príncipe, huyó de Barcelona al acto de tremolar las banderas; pero fué preso en Molins del Rey, llevado á Barcelona y puesto en la Veguería. Los capitanes catalanes que estaban en Lérida salieron tendidas sus banderas y se dirigieron á Fraga, de donde el Rey huyó á Zaragoza, y la villa y el castillo se rindieron á los malcontentos. En esta ocasion ya toda España estaba en armas en favor del Príncipe. El rey de Castilla arrimó sus tropas á la frontera de Aragon amenazando; los beamonteses alzaron la frente en Navarra, y su caudillo el Condestable, ansioso de vengar las injurias del Príncipe y las de su familia, revolvió sobre Borja con mil lanzas castellanas; Zaragoza, alterada, pedia también á voces la libertad del primogénito de la corona, y el contagio cundiendo desde el centro hasta las extremidades, los mismos clamores se oían y el mismo daño amenazaba en Mallorca, Cerdeña y en Sicilia.

Triunfaba en su prision el príncipe de Viana de sus viles enemigos, que faltos de consejo, desnudos de recursos, no sabian qué partido tomar. No era entónces como despues de la batalla de Aivar, cuando, socorrido de una faccion y ayudado de sus fuerzas aragonesas, el Rey oprimia la faccion contraria y dictaba leyes á los vencidos: ahora todos los Estados del reino pedian á voces al prisionero, y la conmocion universal y los progresos que hacia la gente armada no dejaban respiro á la agonía ni lugar á la dilacion. Cejó, en fin, y concedió la libertad al Príncipe, dándosela como á ruegos de la Reina su madrastra. Ella se hizo este honor en la carta que escribió á los diputados del principado de Cataluña, avisándoles que ya habia recabado del Rey la libertad de su hijo, y que ella misma iria á Morella para sacarle del castillo y llevarle á Barcelona. Así lo hizo; y el Príncipe dió al instante parte de su libertad á Sicilia, á Cerdeña y á todos los príncipes sus amigos

y confederados. La carta que en aquella ocasion escribió á los de Barcelona es la siguiente: «A los señores, buenos y verdaderos amigos míos, los diputados del principado de Cataluña: — Señores, buenos y verdaderos amigos míos: Hoy á las tres de la tarde ha venido la señora Reina la cual me ha dado plena libertad; y ambos vamos á esa ciudad, donde personalmente os daremos las debidas gracias. Escrita de prisa en Morella el dia 1.º de Marzo.— El príncipe que os desea todo bien, *Cárlos.*»

Estas demostraciones no engañaban á nadie, y ménos á la Diputacion, que envió embajadores á recibir y encargarse de la persona del Príncipe, y á intimar á la Reina que no llegase á Barcelona si queria evitar los escándalos que su presencia iba á ocasionar. Ella se quedó malcontenta en Villafranca del Panadés, y el Príncipe siguió su camino y entró en Barcelona el dia 12 de aquel mes á las cuatro de la mañana. Su entrada fué un triunfo más solemne que el que pudiera celebrarse por una gran victoria sobre los enemigos, y más apacible, siendo inspirado por la alegría y el amor general de todo un pueblo. Desde el puente de San Boy hasta la ciudad, todo el camino de una y otra banda estaba lleno de ballesteros y de gente armada á dos filas: salíanle tambien al encuentro cuadrillas de niños, que armados puerilmente á la manera de los hombres, mostrando gozo por su libertad y venturosa venida, le saludaban gritando: «¡Cárlos, primogénito de Aragon y de Sicilia, Dios te guarde!» Toda Barcelona salió á recibirle en sus diputados, eclesiásticos y nobles, no en congregacion, sino cada cual por sí y á caballo; llevando así el concurso no el aspecto de ceremonia, sino el de regocijo ingenuo y alegría. Las filas de hombres armados estaban tendidas alrededor de la muralla por donde habia de pasar, y la Rambla guarnecida de más de cuatro mil menestrales armados tambien. Barcelona en aquel aparato manifestaba los esfuerzos que habia hecho para conseguir tan buen

dia; y las grandes luminarias que encendió por la noche completaban la demostracion de su contento.

Comenzóse despues á negociar para sosegar los movimientos de guerra que por todas partes amenazaban. El rey de Castilla se hallaba en Navarra con un poderoso ejército, y ya habia tomado á Viana y Lumbierre. Al rey de Aragon, á pesar de su poder, le faltaban fuerzas para acudir á aquel reino, pues no podia servirse de las de Cataluña, y los aragoneses no se prestaban gustosos á ser opresores de los navarros ni á intervenir en lo que no les importaba. Por tanto, necesitaba hacer la paz con prontitud. Las proposiciones que el Príncipe hizo al Rey no eran, seguramente, de hombre orgulloso y desvanecido con su victoria: pedia ser declarado primogénito y sucesor; gozar las prerogativas de tal; que se pusiese en Navarra otro gobernador que la condesa de Fox, dando este encargo á una persona de la corona de Aragon; y las plazas y castillos los tuviesen hombres del mismo reino por el Rey hasta su muerte, quedando despues la sucesion expedita al Príncipe. Tambien negociaba la Reina desde Villafranca, pero los diputados que Barcelona le envió al efecto, quizá en odio de ella, hicieron unas proposiciones tan duras, que más parecian escarnio que composicion. Pedian que se declarasen válidos y firmes todos los actos hechos por ellos sobre la libertad del Príncipe y en defensa de sus privilegios; que se pusiese al instante en libertad la persona de D. Juan de Beamonte; que fuesen declarados inhábiles y destituidos de los empleos todos los consejeros que tuvo el Rey desde que fué hecha aquella prision, sin que pudiesen ser habilitados jamás; que el Príncipe fuese jurado primogénito, y como tal, sucesor de todos los reinos de su padre, y gobernador de ellos; que la administracion del principado y condados de Rosellon y Cerdeña fuese suya, con título de lugarteniente irrevocable; que el Rey no entrase en el principado; que no interviniessen en el consejo

del Rey ni del Príncipe sino catalanes; que en caso de morir D. Carlos sin hijos fuese nombrado al mismo fin don Fernando su hermano, con las mismas facultades: ofrecían heredarle allí, y al Rey, si venía en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron también que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas reales y sus hijos, sin intervencion del principado de Cataluña ó de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y, por último, no contentos con dar la ley en su casa, querían también ordenar las cosas de Navarra, y propusieron que la jurisdiccion y fuerzas de este reino se encomendasen á aragoneses, catalanes y valencianos.

La Reina, asombrada de tales pretensiones, no atreviéndose á concertar nada, se vino á Aragon á comunicarlas con el Rey, y al instante dió la vuelta á Barcelona á dar en persona su contestacion. Mas por segunda vez sufrió el desaire de que la diputacion del principado le intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del odio que la tenían, y perseveraba en pasar adelante, cuando el Príncipe tuvo que enviarle nuevos embajadores, excusándose de aquella necesidad; pero intimándola que no se acercase ni con cuatro leguas á Barcelona, y pidiéndola que declarase á estos mismos la voluntad del Rey sobre los capítulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó á Tarrasa con animo de detenerse allí á comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos, y tocaron las campanas á rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores ó foragidos. Ella con esto hubo de pasar á Caldas, donde comunicó á los catalanes la resolucion del Rey.

¡Cosa verdaderamente extraña! Este monarca, tan temoso y tan fiero, vino en conceder al principado todos los ar-

títulos que se le propusieron, menos la jurisdicción real que se pedía para el sucesor, y la facultad de presidir y celebrar las Cortes; y aún ofrecía, á pesar de la vergüenza y humillación que le costaba, no entrar allí hasta que enteramente se sosegasen las diferencias; pero en lo que no quería consentir de modo alguno era en lo que se le pedía acerca del reino de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en negarse á la condición más justa de las que se le proponían, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embajadores tanto descontento, que ni aún quisieron oír el resto de las declaraciones que llevaba la Reina. Ella, viendo su tenacidad, les dijo que sus poderes para ajustar la concordia eran amplios, y así, que la dejasen entrar en Barcelona, y en el término de tres días compondría las cosas al gusto de la Diputación. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurraba que había en la ciudad quien tenía inteligencias con la Reina, fué tal el tumulto del pueblo y tan grande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse á Martorell, y desde allí pasar á Villafranca.

En esta villa se firmó, al fin, por la Reina el convenio, cuyas condiciones principales eran que el Príncipe fuese lugarteniente general irrevocable del Rey en Cataluña, y que su padre se abstendría de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para celebrarla. El Príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona, y las demás libertades de la tierra: armó en aquel punto caballeros á varios ciudadanos, y salió de la iglesia paseando por las calles con estoque delante de sí, como correspondía á su dignidad, y seguido de las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fué empleado en perseguir y destruir á los que en el proceso de todo aquel gran negocio

habian sido contra él. Galceran de Requesens, ántes gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, y creído uno de los instigadores del Rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demas que tenía por sospechosos y poco afectos á su partido, se contentó con enviar una lista á la Diputacion, rogándola que no eligiesen á ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un dia salió de Barcelona á perseguir en Villafraanca á un revoltoso, y llegado allá, le perdonó.

Mas á pesar de la concordia hecha, como su situacion era violenta y su padre habia venido en aquel ajuste á más no poder, la desconfianza de los dos partidos seguia siendo la misma. Los catalanes, para empeñar más su accion, hicieron al Príncipe juramento de fidelidad como á primogénito, en 30 de Julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Cuando trató de leerse la fórmula no permitió el Príncipe que se leyese, diciendo que ya sabía él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harian más que lo debido, así como sus antepasados lo tenian de costumbre; y cuando los síndicos nombrados, despues de prestar el juramento, fueron á besarle la mano, él con rostro afable y palabras corteses los hizo levantar, alzándose de su sitio, inclinándose á ellos, y poniéndoles las manos sobre los hombros. Toda su confianza la tenía puesta en Castilla; pero su rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podia afianzar más seguridad que la que hubiese en los intereses del marqués de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del rey de Aragon, á cuyo frente estaban el Almirante y el arzobispo de Toledo, procuraba hacer suyo al Marqués, y ponía ya en balanzas los conciertos que despues de libre el Príncipe se habian seguido sobre su casamiento con la infanta doña Isabel. Demas que el rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra,

trataba de volverse á su reino y dejar aquella empresa. En esta incertidumbre, D. Carlos y el principado enviaron al rey de Aragon una solemne embajada para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la Reina, y despues pasase á Castilla á concluir el concierto de matrimonio.

El Rey, que aborrecia este enlace más que la muerte, detuvo á los embajadores bajo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto miéntras el rey de Castilla tenia una guerra tan furiosa contra él. Envió además á Cataluña al protonotario Antonio Nogueras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detencion. Llegó, y presentado ante el Príncipe, éste, despues de haber recibido su salutacion, sin dejarle comenzar su mensaje, y saliendo por entónces de su moderacion y mansedumbre acostumbrada, le dijo:—«Maraviliado estoy, Nogueras, de dos cosas: una de que el Rey mi señor no haya escogido persona más grata que vos para enviarme, y otra de que vos hayais tenido osadía de poneros en mi presencia. ¿No os acordais ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta á examinarme y á entender por vos mismo que yo depusiese sobre las maldades que entónces me fueron levantadas? Quiero que sepais que jamás me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatado de la ira; y sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi señor, de cuya parte venís, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano con que lo escribisteis. No me pongais, pues, en tentacion de más enojo; yo os ruego y mando que os vayais de aquí, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme.» Quería responder Nogueras para satisfacerle; y él le dijo:—«Idos, vuelvo á decir, y no sopleis el carbon que está ardiendo.» Salióse el enviado aquel mismo dia de Barcelona; pero á ruego de los diputados permitió que volviese á en-

trar en ella y les dijese su embajada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el Rey de este caso, y el Príncipe no estaba ménos indignado de la oposicion que su padre ponía á sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potentados de Europa, que ya se correspondian con él como con un soberano. A pesar de esto, siempre se temia de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenían casi vuelto á su favor al rey de Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el celo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse á su obediencia. En este conflicto buscó el socorro del rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder á su padre y con quien habia tenido alianza miéntras era del fin. Quería que le ayudase á cobrar su reino de Navarra contra su padre y el conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel país; y le decia que, pues Dios le habia constituido en tan alto lugar, le ayudase como deudo suyo, por ser su primo, y como mayor y cabeza, por el reino que tenía y descender los dos de una cepa; y decia que casaría con una hermana de aquel rey, ofreciendo tambien unir á su hermana doña Blanca con Filiberto, conde de Ginebra, príncipe heredero de Saboya y sobrino del rey Luis. Con estos enlaces y confederacion pensaba él recuperar su dominio de Navarra y suplir la fuerza que perdía en la desercion del rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del Príncipe, que no habia gozado día bueno desde que salió de la prision de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados é incertidumbre en que todavía veía su suerte; y adoleciendo gravemente á mediados de Setiembre (1464), falleció en 23 del mismo mes. Asistieron á su enfermedad los consellers de Barcelona; y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dijo:—«Mi pro-

ceso va á publicarse.» Despues recibió los auxilios de la Iglesia, y pidió perdon á todos de las molestias y afanes que les habia causado, con una mansedumbre y dulzura tal, que prorumpieron en lágrimas: de allí á poco espiró entre las tres y las cuatro de la mañana. Moviése gran duelo en Barcelona, por el amor que le tenian y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exequias, que fueron celebradas con toda la pompa y majestad dignas de un rey, lo más hermoso y solemne fué el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalian. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el Rey su padre lo mandó llevar á Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteon de los duques de Segorbe.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo, y se empezaron á publicar al instante milagros que Dios habia hecho por su intercesion. Pero sin recurrir á estos medios, que hoy dia la razon y la circunspeccion desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el príncipe más cabal que entónces se conocia. Su padre D. Juan II de Aragon, fuera de sus talentos militares, no puede ser considerado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego; Enrique de Castilla era un imbécil; Luis XI un déspota capcioso y sanguinario; Fernando de Nápoles otro político suspicaz, pérfido y malquisto; Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es solo conocido por sus tristes y malogradas pretensiones sobre Castilla. El emperador de Alemania Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fué el desprecio universal de Italia y Alemania. Todos ellos, á excepcion de Fernando, rudos y bárbaros: todos reinaron; y aquel que recibió de sus mayores la mejor educacion; que criado en costumbres pacíficas se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella

parte de la sabiduría sin la cual los Estados no pueden ser bien fundados ni instituidos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderación y de su justicia; aquel á quien los votos, los aplausos y las aclamaciones de todos los pueblos que le conocían le llamaban al mando y al gobierno; éste acabó desgraciadamente, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido de su padre y despojado de lo que era suyo.

Tenía cuarenta años cumplidos cuando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la cual falleció sin darle sucesión en 1448; de sus tratos y amores con otras mujeres tuvo después á D. Felipe de Navarra, conde de Beaufort, en doña Brianda Vaca; á doña Ana en doña María Armentariz, y á D. Juan Alonso en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fué de estatura algo más que mediana, su rostro era flaco, su ademan grave y su fisonomía melancólica. Su madre, para enseñarle á ser liberal, le hacía distribuir diariamente cuando era niño algunos escudos de oro, y su magnificencia y su generosidad cuando jóven y hombre hecho correspondieron á este cuidado. El estudio fué el consuelo que tuvo en la adversidad y él compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composición de algunas obras en prosa y verso, y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo llenaban aquellas horas que en otros príncipes hubieran sido de aflicción y de amargura ó de crápula y disipación. Entre los hombres de letras con quienes se correspondía, el principal en su estimación fué el célebre Ausias Marc, príncipe de los trovadores de su tiempo. Duraba aún en Sicilia cien años después, cuando el analista Zurita pasó por allí, la memoria de las ocupaciones del Príncipe y de su afición á los libros. Escribió una historia de los reyes de Navarra, tradujo la filosofía moral de Aristóteles, y compuso muchas trovas, que solía cantar a la vihuela con gracia y expresión. Deleitábase

mucho con la música, y tenía particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traía por divisa dos sabuesos muy bravos, que sobre un hueso reñían entre sí: emblema de la porfía que los dos reyes de Francia y Castilla tenían por el reino de Navarra, que con sus contiendas tenían ya casi consumido. Su condicion y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relacion, no amancillada por la parcialidad y la envidia, sino tal cual resulta de los hechos que las Memorias del tiempo nos han trasmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence y han querido dar á su carácter algunos visos de ambición y rebeldía, no pueden dejar de confesar aquel atractivo que la reunion de los talentos, de las virtudes, de la discrecion y de la liberalidad ponía en su persona y arrastraba tras de sí la aficion de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razon con que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: «Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso.»

Cuando sus amigos le vieron cercano á morir quisieron todavía ser fieles á su memoria y no obedecer sino á su sangre: para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con doña Brianda Vaca y legitimase al hijo que de ella habia tenido, D. Felipe. Él no lo consintió, ya fuese por no dar ocasion á más disturbios, ya por no contemplar digna á aquella mujer del honor á que se la queria elevar. Poco satisfecho de su conducta, habíala poco ántes apartado de su hijo, encomendándole al celo de un caballero de Barcelona llamado Bernardo Zapila, y á ella la puso bajo la guarda de D. Hugo de Cardona, señor de Bellpuig.

Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte, hizo jurar heredero del reino de Aragon á su hijo D. Fernando, y la Reina le llevó á Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenaje, segun estaba sentado en los ar-

títulos de Villafranca. No se negaron los catalanes á este acto, pero resistieron constantemente la entrada del Rey, á quien aborrecian. La Reina, ó por ceremonia ó por complacencia, fué á ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del Príncipe, y llegando á él, hizo encima una cruz y la besó. Si el Príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querian, debió entónces con alguna demostracion repeler de sí aquel obsequio, que, por quien le daba y al tiempo que se hacía, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos dias despues falleció su repostero, y se comenzó á decir que su muerte venia de ciertas píldoras que habia gustado de las que se sirvieron al Príncipe en el castillo de Morella. La Reina dió licencia para que le abriesen, y se le hallaron los pulmones podridos, como se habian encontrado los del Príncipe. Estas señales, unidas á la sospecha que ántes ya habian levantado los furoros de la madrastra, y sus condescendencias despues que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo, que de allí á poco tiempo los catalanes, apellidando á su rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad y se pusieron en rebelion abierta contra él. Diéronse primero al rey de Castilla, que aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó á ella ó por moderacion ó por flaqueza. Llamaron despues á don Pedro, infante de Portugal, á quien aclamaron rey de Aragon y conde de Barcelona; y éste murió de veneno. Trataron á su muerte de constituirse en república; pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera, y llamaron á Renato de Anjou, que aunque viejo y cascado, vino á apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que trajo. Su muerte, acaecida de calenturas en lo más próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes, los cuales, despues de una vigorosa resistencia, vinieron al cabo á la obediencia del rey D. Juan, bajo condiciones muy favorables. De este modo los estragos y los

escándalos siguieron en Cataluña diez años despues; y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas que los catalanes consagraron á la memoria infausta del príncipe que fué su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de perlesía, y que la acusacion de veneno es una fábula como la de los milagros y la de la aparicion del alma de muerto pidiendo venganza contra su madrastra, que dicen ellos fueron inventadas para alterar los pueblos y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afirmarse nada sin una circunspeccion prudente; pero estos cronistas eran pagados por el rey Fernando el Católico, que fué el que sacó partido de la ruina de Cárlos: por otra parte, el rencor de la Reina, la ambicion de que reinase su hijo, el enojo del padre, la rabia de tener que soltarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados, el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud despues que salió del castillo de Morella, la costumbre que aquel tiempo hacia de esta alevosía infame, la muerte del repostero, igual á la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion; y si á ellas se añade la manera bárbara con que el Rey trató á la princesa doña Blanca su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.

Tenia esta desdichada contra sí parecerse mucho á don Cárlos, haber seguido siempre su suerte, y ser legitima señora del reino de Navarra despues de sus dias. Habíala envuelto el Rey su padre en la misma proscripcion del Príncipe; y las condiciones con que el conde de Fox vino de Francia á ayudarle en su guerra de Cataluña eran que Blanca habia de renunciar el derecho de sucesion, ó hacerse religiosa ó ser entregada en poder del Conde. Despues de la muerte de su hermano, la habia el Rey tenido custodiada en diversas fortalezas, porque no cayese en poder de los beamonteses; mas cuando ya se resolvió á cum-

plir su inhumano concierto, la anunció que se preparase á pasar los montes con él, para ir á ver al rey de Francia, y casarla con el duque de Berri su hermano. Ella respondió que no queria ser homicida de si misma, y que de ningun modo iria. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazon de fiera, no hicieron más que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para más asegurarla dió el encargo de su persona á Pedro de Peralta, el agramontés más acérrimo y más duro. Este la condujo á Marcilla y la aposentó en su misma casa. Dícese que allí la desventurada le pidió «que se compadeciese, como caballero, de una dama la más afligida y desamparada que se vió jamás; y como buen vasallo, de la hija de su reina doña Blanca, y nieta de don Carlos, á quien él y su familia habian debido su exaltacion; que su padre llevaria á bien esta resolucion cuando la mirase con ojos serenos; que no la sacase de su casa, y no la llevase á Bearne, adonde la acabarian, como en España habian hecho con su hermano.» Aquel hombre bárbaro la arrancó con violencia de allí, y la llevó al convento de Roncesvalles, donde ella tuvo forma de engañar á sus guardias y de hacer una renunciacion de su derecho en favor del rey de Castilla ó el conde de Armeñac; y declarando ser nulas cualesquiera renunciaciones que se viesen de ella en favor de su hermana la condesa de Fox ó del príncipe D. Fernando, porque serian arrancadas por la violencia y el miedo. Sabiendo despues que iba á ser puesta en poder de sus enemigos, y que se trataba no sólo de la sucesion, sino de la vida, volvió á privar solemnemente de su herencia á sus hermanos, é hizo donacion de sus Estados de Navarra y demas que la pertencian al rey D. Enrique IV de Castilla, pidiéndole «que la librase, ó vengase las desgracias suyas y de su hermano, y se acordase de su amor y union antiguos, que aunque desgraciados, al fin habian sido como de marido y mujer. En San Juan de Pió

del Puerto la entregaron, en nombre de los condes de Fox, al capal de Buch, el cual la llevó al castillo de Ortez, donde á poco tiempo fué envenenada de órden de su hermana, y murió en 2 de Diciembre de 1464. Así el camino del trono fué allanado á la iniquidad ambiciosa: por premio de un fratricidio, la condesa de Fox reinó en Navarra; el hijo de doña Juana Enriquez fué monarca de Aragon, de Sicilia y de Castilla; y si sus grandes talentos y la prosperidad brillante de su reinado templaron algun tanto el horror de tantos crímenes, no le han desvanecido enteramente todavía.



EL GRAN CAPITAN.

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita. Mariana. *Crónica anónima del Gran Capitan. Sumario de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar, señor del Salar. Paulo Jovio. Dupoucet. Ayala. Guicciardini. Giannone. Herrera. *Hechos de los españoles en Italia*. Bernaldez. *Crónica manuscrita de los Reyes Católicos. Comentarios de los hechos del señor Alarcon*.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*. nació en Montilla en 1453. Su padre fué D. Pedro Fernandez de Aguilar, rico-hombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enriquez. Dejaron estos señores dos hijos, D. Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa bajo el cuidado de un prudente y discreto caballero llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria y todas aquellas virtudes que despues manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna, pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor D. Alonso de Aguilar, Gon-

zalo no podia buscar poder, riqueza ni consideracion pública sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entónces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se ejercitan con más accion y energía. La incapacidad de Enrique IV habia puesto el Estado muy cerca de su ruina: los grandes descontentos, las ciudades alteradas, el pueblo atropellado, robado y saqueado; el país hirviendo en tiranos, robos y homicidios; las leyes sin vigor alguno, ninguna policia, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo órden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partidos, favoreciendo el uno al infante D. Alonso, hermano de Enrique, á quien despojaron en Avila del cetro y la corona, como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del Infante; y entónces fué cuando Gonzalo, muy jóven todavía, se presentó enviado por su hermano en la corte de Avila á seguir la fortuna del nuevo Rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra.

La arrebatada muerte de este príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba; mas despues fué llamado á Segovia por la princesa doña Isabel, que, casada con el príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la princesa doña Juana, hija dudosa de Enrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su mujer, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba; despues, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí y declarar por hija suya legítima á la que antes habia confesado ajena, y á destrozarse

el Estado con este manantial eterno de querellas y divisiones. Isabel, sostenida por la mayor y más sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entónces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardía de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatava los aplausos; y las voces unánimes de los que le contemplaban le aclamaban príncipe de la juventud. Añadíase á estas prendas eminentes la que más domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites, y una profusion verdaderamente real. Cuando Covarrubias, un doméstico de la Princesa, vino de su parte á decirle que cuánta gente traia consigo, para señalarle larga y cumplida quitacion, «yo, señor maestresala, respondió él, soy venido aquí no por respecto de interes, sino por la esperanza de servir á su Alteza, cuyas manos beso.» Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo más exquisito. Reprendíale á veces el prudente ayo aquella ostentacion, muy superior á sus rentas y aún á sus esperanzas, por magníficas que fuesen; y su hermano don Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entónces le aplaudian.—«No me quitarás, hermano mio, contestó Gonzalo, este deseo que

me alienta de dar honor á nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos; ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos.» Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

Muerto Enrique IV, el rey de Portugal, que habia tomado la demanda de la doña Juana, hija del monarca difunto, sobrina suya, y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reino en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizaje militar bajo el mando de D. Alonso de Cárdenas, maestro de Santiago. Mandaba la compañía de ciento veinte caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba; y empezaba á demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los dias de accion vestir armas comunes para no llamar la atencion de los enemigos; Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacia distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo, y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatia, servirian de ejemplo y de emulacion á los demas nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuhera le granjeó la alabanza del general, quien, dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atencion á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder y necesaria á su política. Ningun medio más á propósito

para aquietar á los grandes, para afirmar su autoridad y ganarse las voluntades del Estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron éstos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada, que duró diez años y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, despues de gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apónas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase. Señalóse entre los más valientes cuando la toma de Tajara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupacion de los arrabales de Loja. Defendia esta plaza en persona el rey moro Boabdil, poco antes cautivo, despues aliado, y últimamente enemigo del rey de Castilla. Loja no podia ya sostenerse, y aquel príncipe, encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse, temiendo los rigores de su vencedor, justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que habia recibido de Gonzalo durante su cautiverio; y esperando mucho de su mediacion, le convidó á que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pidió Gonzalo al instante licencia á su rey para subir. Todos los cortesanos, y Fernando mismo, se lo desaconsejaban, recelando alguna alevosía de parte de aquel bárbaro.—«Pues el rey de Granada me llama, replicó él, para que le remedie per este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho.» Con efecto, subió á la fortaleza y persuadió á Boabdil á que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que sería acogido por el rey de Castilla. Hizolo así, y entregada la plaza á condiciones harto favorables, pudo libremente irse el príncipe moro á sus tierras de Vera y Almería. Rindióse poco despues Illora (1486), lla-

mada el ojo derecho de Granada por su inmediación á aquella ciudad y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasion hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los Reyes de la defensa de Illora; y talando desde ella los campos del enemigo, interceptando los viveres, quemando las alquerías, y aún á veces llegando á las murallas de Granada y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dicese que entónces fué cuando ellos, espantados á un tiempo y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de *Gran Capitan*, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada día Granada veia caer en poder de los cristianos alguno de los baluartes que la defendian. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavía tenía en sí un mal interior, peor que todos estos, para completar su ruina. Dividíanla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos que se llamaban reyes: Albohacen, Boabdil, su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *rey Chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada, despues que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion, es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaicin y otro en la Alhambra, armándose traiciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban á sus intentos tanto ó más que sus armas mismas, y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una es-

tratagemas arrojar de la capital á Zagal, y dejar en ella bien establecido al régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil, desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenía autoridad para mandar, ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, é hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar, por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos así los lazos que le hacian respetar de nosotros, los Reyes se acercaron á Granada y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras (1491). Quiso la Reina un dia ver más de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida; mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal ímpetu, que su osadía pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de enemigos, muerto el caballo y desamparado de los suyos, hubiera perecido á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo cuando se quemó la tienda de la Reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa Doña María Manrique, con quien, por muerte de Doña Leonor de Sotomayor, su mujer primera, se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias (1).

(1) Esta Doña Leonor era hija de Luis Mendez de Sotomayor y de Doña María de Solier de Córdoba, su mujer, señores del Carpio: Gonzalo no tuvo hijos de ella. Así resulta del *Compendio historial de la casa de Aguilar y Córdoba*, por D. Blas de Salazar: obra curiosa, que se conserva inédita en algunos archivos. D. Luis de Salazar y Castro, en sus *Advertencias históricas*, da otro nombre á esta

La magnificencia de las ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel, admirada, dijo á Gonzalo «que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora;» á lo que respondió él cortesaneamente «que todo era poco para ser presentado á tan gran reina.»

Por último, los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra, de parte del rey Fernando; y por Bulcacin Mulch, de la de Boabdil (1). Las llaves de la plaza fueron entregadas el dia 2 de Enero del año de 1492, y el 6 hicieron los reyes su entrada pública y solemne en ella (1492).

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alquería con muchas tierras dependientes, y la cesion de un tributo que el Rey percibia en la contratacion de la seda. Pero, aunque las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, áun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano D. Alonso de Aguilar, el conde de Tendilla, el marqués de Cádiz y el célebre alcaide de los Donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones más importantes y los que ganaron más reputacion. Así es que en las historias generales apénas se hace mencion de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero

señora, llamándola Doña María, y la supone hija de Garci Mendez de Sotomayor, sexto señor del Carpio; pero la razon de los tiempos es'á por la primera opinion.

(1) Gonzalo en esta ocasion entró ocultamente en Granada con el mismo peligro y la misma resolucion que lo habia hecho en Loja seis años ántes.

las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria con que, saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputacion de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra, siguió á la corte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamás estaba más contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurría á su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalía la galantería respetuosa y bizarra de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el ánimo de aquella princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos á sospechar, y áun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reina le dispensaba habria algo más que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debian desmentir las cavilaciones de estos mal-sines, cuya envidia queria más bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocia bien y sabía hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecian se le designaba al Rey su esposo como el sujeto más á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creía así tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, cuando, determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y ejército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho más arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes Estados de Italia, y al cual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho el Moro, gobernaba el Milanesado, ó más bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentines y

los reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Carlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este Estado por las adopciones que Juana I y Juana II habian hecho en diversos príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía podria echarse de Nápoles á la casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia; y sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, más absoluto que el de otro ningun rey de Francia, levantado así á fuerza de fatigas y aún crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Éste, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugieran. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aún más aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unian á esta casa con la de Aragon, podrian ser un contrapeso al peligro inminente; pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al Rey Católico los Estados del Rosellon y Cerdeña, habia exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el rey de Francia se sometió á pagar á Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo

lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar; y segun la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato «llegar á la gloria por la senda del oprobio.»

Cárlos, en fin, baja á Italia con un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos; corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho más careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerle. Pero la Italia estaba dividida, desarmada y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror, y la expedicion de Cárlos pareció más bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Placencia, puestos en respeto los florentines, escarmentado el papa Alejandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente; y su entrada, parecida á un triunfo (21 de Febrero de 1495), segun la majestad y aparato con que la celebró, le hacía tocar la realidad de los sueños que le habian halagado en Paris. Ya con una mano amenazaba á Sicilia, y con la otra al imperio de Oriente, por los derechos que le habia cedido un príncipe de la casa de los Paleólogos, cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los Estados de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia; prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadia otro no ménos grave. Los franceses, por su ligereza, su imprudencia y su libertinaje, se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenian cuenta con

los que, ó por odio á los príncipes aragoneses ó por amor á la casa de Francia, les habian favorecido en la conquista; el Rey, abandonado á sus favoritos, ni sabía gobernar ni mandar; el pueblo, vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito, dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho, y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba menos á los príncipes desposeidos. Noticioso, pues, el rey de Francia de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel Estado, con la otra mitad se abrió paso para su país por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los príncipes italianos habian juntado para cortarle el paso. Así dejó la Italia, hecho la execracion de toda ella, habiendo llevado con su ambicion frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron despues, y no compensando con cualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma, que le hacían un objeto de odio y de desprecio.

Ántes de que llegase á Nápoles con su ejército, ya el rey Alfonso II habia renunciado el reino en su hijo D. Fernando, con lo cual creyó que se embotaria el odio que todos sus súbditos tenían á la casa de Aragon, por ser aquel príncipe muy bienquisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompaña en el peligro á los malos reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara, en Sicilia, á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío, cuando los franceses á las puertas, el Estado en convulsion, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas, pues, desesperadas, y despues de ensayar al-

unos esfuerzos inútiles, Fernando huyó también, primeramente á la isla de Iscla, y después á Sicilia.

Por el mismo tiempo habia arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos (24 de Mayo de 1495): ejército preparado ya de antemano por el Rey Católico, cuya sagacidad preveía la vuelta que habian de tomar los negocios, y el partido que podría sacar de las turbaciones de Italia. En Mecina se abocó el general español con los dos reyes desposeidos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debía seguirse, atendido el estado de las cosas. Quería D. Fernando que se fuese en derechura á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominación francesa. Mas Gonzalo fué de dictámen que debían entrar por la Calabria, en donde Regio estaba por el Rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa, por no haber puesto los franceses presidio en ellas y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase á esta razon la de que aquella provincia, por su inmediación á Sicilia, era más afecta que otra alguna al partido de España, y Gonzalo quería aprovecharse de esta buena disposición. Este fué el partido que se siguió, y el ejército, compuesto de las tropas que habian ido de España y de las que se habian arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Carlos, Everardo Stuart, señor de Aubigni, capitán célebre y experimentado; y era virey de Nápoles Gilberto de Borbon, duque de Montpensier, de la casa real de Francia, general más distinguido por su nobleza que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnición, por haber violado pérfidamente la tregua que se le habia concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimación primera; é interceptado y hecho prisionero

un regimiento enemigo que marchaba á guarnecer á Seminara, esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragones. Aubigni, viendo los progresos de Gonzalo, se adelanta á largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla á su enemigo. La calidad más eminente del caudillo español era la prudencia: no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente á combatir con los mores, no eran iguales todavía en destreza ni á los caballos franceses ni á la infantería suiza, rehusaba la pelea, y no queria comprometer el crédito de sus tropas ni la suma de la empresa al trance de una accion. Pero el rey D. Fernando, como jóven y como valiente, deseaba señalarse, y no queria parecer tímido ni á sus contrarios ni al Estado que deseaba recobrar; fiaba tambien en que el enemigo era inferior en número, y llevó á su opinion la de todos los generales que habia presentes. La batalla se dió, y el éxito manifestó cuán justos eran los recelos de Gonzalo; porque, aunque al principio éste con sus españoles sostuvo y aún rompió el ímpetu de la caballería francesa y de la infantería suiza, los sicilianos se desbandaron casi sin combatir, y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creian segura. El Rey hizo increíbles esfuerzos para restablecer la batalla y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de su persona, que muerto el caballo en que iba, hubiera sin duda ó muerto ó caido en poder del enemigo, si Juan Andrés de Altavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose á hacer frente á los que le perseguian: generosidad que le costó la vida. El Príncipe con esto pudo salvarse y llegar á Seminara, donde tambien Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fué la única accion en que Gonzalo dejó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El general frances, abatido por una dolencia que le afligia, no pudo hacer más que dar las disposiciones para

El combate, el cual ganado, tuvo que apearse del caballo y meterse en el lecho. En tal estado no se atrevió á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos; y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba más que nadie. Este descanso le arrebató todos los frutos de su victoria; porque el Rey se pasó al instante á Sicilia, y en la armada que estaba preparada en Mecina voló inmediatamente á Nápoles, donde áun no se sabia aquel mal suceso, y donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó á Seminara, que no podia defenderse; y retirándose á Regio, se rehizo allí de su descalabro, y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que habia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenia la Calabria mucha semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del país y al corto número de tropas que tenia á sus órdenes. No pasaban éstas de tres mil infantes y mil quinientos caballos, y con ellas se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó de fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del Rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotron, Esquilache, Sibaris y de toda la costa del mar Jonic, veia el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, cuando recibió un mensaje de Fernando, que le llamaba para ir á reunirse con él.

Habia este príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defendien la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse allí sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos si ántes

no les venía auxilio. **Aubigni**, que no quería desamparar lo que restaba en la Calabria, había enviado á Persi con alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del Rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió primeramente á Salerno: entónces el rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para que le viniese á asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacian la guerra el Rey y los franceses. Todo el país intermedio era quebrado y montuoso: los barones anjinos ocupaban las plazas fuertes, y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos que la naturaleza y los hombres le oponian fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria: entró á Cosencia á despecho de los franceses que la defendian, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo dia les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que fiados en la fragosidad de sus alturas y dificultad del terreno se atrevieron á formarle asechanzas y á cogerle los caminos. Por último, sorprendió á todos los barones de la parcialidad anjoína que se hallaban en Laino: ellos, descuidados, no acertaron á defenderse: el principal de aquella facción, Almerico de Sanseverino, murió peleando, y la plaza fué entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó á juntarse con el Rey á tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su general Montpensier, se habían encerrado en Atela,

creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el Rey, el legado del Papa y el marqués de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debian al atrevimiento y felicidad de su marcha y á la reputacion que no sólo llenaba ya la Italia, sino tambien la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecian ser inferiores; y él, por la elevacion de su espíritu, por la prudencia de sus consejos y por la osadía y valor en las acciones, parecía destinado á mandar donde quiera que se hallase. Allí fué donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siempre afecto á su memoria. El Rey, que ántes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al marqués de Mantua, comenzó á manifestar más denuedo y más aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo á batalla, que no fué aceptada; y Gonzalo, considerada la disposicion del sitio, estableció sus cuarteles, y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza.

Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveian de agua los sitiados, y en cuyos molinos se hacía la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posicion con un puesto fortificado y defendido por la infantería suiza, la mejor entónces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrancó los molinos, y con la faccion llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que acosada y fatigada por los continuos asaltos tuvo que capitular, pactando que si dentro de treinta dias no era socorrida por el rey de Francia, se rendiria con todas las demas (Julio de 1496), exceptuándose Gaeta, Venosa, Ta-

ranto y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino, y los franceses, con efecto, entregaron á Atela y todas las demas plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirian sin órden expresa del rey de Francia: circunstancia que dió ocasion al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demas defensores de Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parajes malsanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigni, que con su ausencia se habia vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general frances que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensaje, quejándose de la contravencion que se hacia á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habian sido los franceses, y él en particular, pues habia salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convencion no estaban en su poder; y por lo mismo, que la suerte de las armas, y no el tratado de Atela, era quien habia de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal, que los soláados de Italia se iban á sus banderas y le seguian sin sueldo: las plazas se le rendian sin defenderse; engrosado su campo, vencedor en todas partes, Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia que medirse con el Gran Capitan, el cual en pocos dias la redujo toda á la obediencia del rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disenteria, falleció en Nápoles á 7 de Octubre del mismo año (1496). La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna.

sino por haberse manifestado entónces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Llamósele *mal frances* porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él más que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistían. Algo oscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los ursinos. Estas muestras hacian sospechar á la Italia que despues de afirmarse en el reino más bien quisiese imitar las depravadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condicion de Alfonso V, el fundador de su casa. Pero al fin él murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó á su tio Federico, príncipe amable, ilustrado, más á propósito para regir el Estado en una situacion sosegada que á defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fué reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos dias á saludar á aquel rey, hizo que se le rindiese por la poca esperanza que tenía de ser socorrida. Un dia ántes de la rendicion de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el Rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, queria colmarle de dones y de Estados. Pero su moderacion, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos miéntras no fuese autorizado á

ello por los monarcas de España. Asentadas así las cosas de aquel reino, marchó con su gente á Roma, donde el papa Alejandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, corsario y vizcaíno, hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano y la ferocidad de un bandolero. Éste desde allí hacía una guerra tanto más cruel al Papa, cuanto más proporcion tenía, por el puesto que ocupaba, de afligir con hambre y necesidad á su corte. Todos los navíos mercantes que surtian de víveres y demas géneros á Roma por el Tíber era preciso que se sujetasen ántes á sus rapiñas y contentasen su avaricia, á ménos de exponerse á ser echados á fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestía se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á las proposiciones de Alejandro, insensible á sus excomuniones, insultaba desde allí á la debilidad del Papa, que no tenía fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadía el temor de que, permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses. En tal extremidad, Alejandro recurrió á Gonzalo (1497), el cual, tomando á su cargo la empresa, se acercó con sus españoles á Ostia, é hizo á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza y dar fin á la tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido y se preparó á la defensa, no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiera rendirse sino despues de mucho tiempo, lo que quizá daria lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la fortaleza y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió orden para que se batiese la muralla por una parte con la artillería. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mis-

mo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó el ejército al asalto, acudiendo también allí los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma, que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escalo fácilmente; y los franceses, divididos, no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital fué un triunfo: salió á recibirle y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador; él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas y al són de la música guerrera; los prisioneros con cadenas iban á pié en medio, y Menoldo encadenado también, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto, todavía feroz, manifestaba más despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano y subió á dar cuenta de su expedición al Sumo Pontífice, que, colocado en su trono y rodeado de varios cardenales y señores de Roma, le esperaba. Arrojóse á besarle los piés, y Alejandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, despues de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los Papas solian dar entónces cada año á los que eran más beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo sólo le pidió dos cosas: una el perdón de Menoldo, y otra que los vecinos de Ostia, en indemnización de los males que habian sufrido por la tiranía de aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años: ambas fueron concedidas; y Menoldo, despues de haber sufrido la más severa re-

prension del Papa, tuvo libertad de volverse á su país.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo al tiempo de despedirse fué de un género diferente, aunque no ménos honrosa al Gran Capitan. Dejó el Papa caer la conversacion hácia los Reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocia bien, y que debiéndole muchos favores no le habian hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condicion eran tales, que sola la ambicion de los príncipes cristianos, opuestos entre sí y necesitando alternativamente de él para sus miras, podia mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los príncipes á quienes entónces representaba, contestó al Papa «que sin duda alguna podia conocer bien á los reyes de Castilla, así por natural de estos reinos como por los muchos beneficios que les debia. Que ¿cómo se olvidaba de que las armas españolas habian entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿Quién le habia hecho superior á los ursinos, que ya le afligian? ¿Quién le acababa de conquistar á Ostia?» A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenía de reformar su casa y su corte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestacion de un hombre á quien juzgaba menor estadista que militar, le despidió de su presencia sin estimarle en ménos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del Rey y de los principales de su corte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del Estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sola una vana pompa, le creó duque de San Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. Embarcóse despues para pasar á Sicilia, alterada entónces por las contribuciones que el virey Juan de

Lanuza habia cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, despues de haber tan dignamente ejercido el de guerrero: oyó las quejas, reformó los abusos, administró justicia, contentó los pueblos, fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses y se resistía á sus armas, volvió á tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discrecion. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedicion á Italia; y despedido del monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habian dado, regresó á España (1498) con la mayor parte de las tropas que le habia asistido en la empresa.

Fué recibido en la corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el Rey que la reduccion de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respetado como su gloria merecia, cuando una agitacion que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse más. Habíase prometido á los moros, cuando se redujeron á la obediencia del Rey, que se les mantendria en el libre ejercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos que, habiéndose hecho al principio cristianos, despues habian vuelto á sus ritos. Las diligencias y aun rigor que se usó con estos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo y á hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se habia hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa y en la distraccion de los reyes á las cosas de

Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelion y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo más alto de aquella sierra. Hallábase á la sazón en Granada el Gran Capitan, el cual salió á domar á los rebeldes en compañía del conde de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar á Guejar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantanado, y despues subir por las faldas de la sierra, que eran ágrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumíanse los peones, y entre tanto los enemigos los herian á su salvo y huian. Gonzalo aquel dia, sirviendo más de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fué el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demas soldados entraron tambien, y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo, que fué preciso al rey D. Fernando pasar á aquella provincia, convocar ejército y seguir en persona á los alborotados. Tomó por asalto á Lanjaron; y los infieles, amedrentados, trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocian y veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concierto. Así fué; y Gonzalo les ganó el perdon y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de 1500, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado que pedia á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el rey

de Francia Carlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó también en sus miras ambiciosas sobre aquel país. Carlos había sido llamado allí por Esforcia, y Luis vino á despojar á este usurpador del Estado de Milan: ejemplo insigno á los príncipes débiles, que casi nunca buscan un protector más poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha alianza con el papa Alejandro, con los florentines y con los venecianos, se apoderó del Milanés, y empezó á extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia: el rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba; pero Fernando el Católico quiso más bien entrar á la parto de los despojos, que la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro, y aún con indignacion, ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel príncipe que tres años ántes había sido reconocido y amparado por el rey de España, su tio, á quien no había hecho ni agravio ni injuria: como si lo que se llama alta política entre los hombres atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infantes y seiscientos caballos, salieron en Junio de aquel año y se dirigieron á Sicilia, llevando por general á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo había exaltado la juventud española, y ansiosos de gloria y de fortuna, los nobles habían corrido á alistarse en sus banderas. Con él fueron entónces D. Diego de Mendoza, hijo del cardenal de España; Villalba, que despues se distinguió tanto en la guerrra de Navarra; Diego García de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus fuerzas hercúleas; Zamuudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero más por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se había perdonado gasto alguno en los preparativos; y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bi-

zarría correspondiente á su reputacion, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano D. Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Mecina, salió al instante á unirse con la escuadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadian las islas de la República en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseida de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco tiempo habia por los bárbaros á la dominacion veneciana. Saltó el ejército en tierra y puso sitio al fuerte que habia en la isla, llamado de San Jorge, donde estaba recogida toda la gente de guerra. Hechos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo ántes de empezar envió á requerir á los cercados con un mensaje, en que les decia que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso rey y vencedores de los moros en España, habian venido en auxilio de los venecianos; que por tanto, si entregaban la isla y la fortaleza, podrian retirarse salvos; pero que si hacian resistencia no se libraria ninguno. «Gracias os doy, cristianos, respondió el albanés Gisdar, comandante del castillo, de que seais la ocasion de tanta gloria, y de que vivos ó generosamente muertos nos proporcionéis tal lauro de constancia con Bayaceto, nuestro emperador. Vuestras amenazas no nos espantan; la fortuna ha puesto á todos en la frente el fin de la vida. Decid á vuestro general que cada uno de mis soldados tiene siete arcs y siete mil saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á vuestro esfuerzo ó á vuestra fortuna.» Dichas estas palabras, hizo traer un fuerte arco con un careaj dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia y despidió á los mensajeros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus

enemigos fué igual á esta ostentacion de bizarría. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces; el fuerte bien pertrechado y situado además sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artillería veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacía ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga ni excusar peligro, resistian á los asaltos, ofendian con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veian cubiertas de ellas. Añadíase á esto que estaban enherboladas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenian además ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entónces llaman *lobos*, con los cuales asian los soldados por la armadura, y súbiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo dejándolos caer, ó los atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fué asido Diego García de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla, defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones si eran forzados á rendirse.

Así proseguia la porfia igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenian en continua vela á los sitiadores, y alguna hicieron que á ménos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, fuera grande el estrago y quizá irreparable el daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas, el general español habia dispuesto un bastion, cuyos tiros, alcanzando más que los arcos enemigos, arredraban á sus flecheros. Mandó despues preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y disponer las escalas para asal-

tar el fuerte con su gente. Las minas reventaron, y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenían hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los anemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojadizos, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistían desesperadamente, rompiendo las escalas y arrojando del muro á los españoles que ya habían subido. Fué necesario mandarlos retirar, y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco despues intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros que habían domado los moros en España y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron despues con daño suyo á temerlos y á estimarlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando tambien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería y por los soldados. Puestas á punto todas las cosas, y animado el ejército, dióse la señal, y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro y entraron en la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna, y sólo se rindieron prisioneros ochenta turcos, que debilitados por los trabajos y heridas recibidas no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demas.

Tomada así Cefalonia, y dejándola en poder de su aliado, el gran Capitan, pasados algunos dias en que tuvo que de-

tenerse por causa del temporal, se volvió á Sicilia á principios del año de 1501. A Siracusa le vino á encontrar un embajador de la República, la cual, en demostracion de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de gentilhombre veneciano, y un magnifico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Rehusólo al principio; mas obligado á aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su rey, y él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente «que lo hacía para que sus competidores, aunque fuesen más galanes, no pudiesen á lo ménos ser más gentiles hombres que él.»

Estas satisfacciones y esta gloria fueron entónces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habíanse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversion. D. Alonso de Aguilar fué uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del conde de Ureña, y uno y otro con su nuesta empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en Sierra Bermeja. En todos nuestros historiadores, pero más bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde en que los nuestros, hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus jefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Feri de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios, y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desórden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano don Alonso, D. Pedro su hijo, y el conde de Ureña hacen prodigios de valor; todo es inútil: los nuestros caen ó muertos ó heridos ó derrumbados. D. Alonso de Aguilar combatía entre dos peñas; allí le fué á buscar el Feri, allí se asió á brazos con él. «Yo soy D. Alonso,» decía el cristiano;

«yo soy el Ferí de Benastepar,» replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á Gonzalo á Sicilia, y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de allí á poco á Regio para ejecutar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavía el rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¿Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir á un rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa en pleno consistorio anunció la liga entre los reyes de Francia y España, y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico para que renunciase solemnemente en su nombre los Estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes aún en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á excepcion de Taranto y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados tambien de casi todo lo que les pertenecia en la particion. Federico, despues de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, habia abandonado sus Estados y acogídose á la isla de Iscla, desde donde se concertó con el rey de Francia, y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel Estado, mejor que á los del rey de España su tio, á quien aborrecia mortalmente por su perfidia. Gonzalo, en esta situacion, previendo ya que la union entre dos princi-

pes ambiciosos no podia durar mucho tiempo, y que cada uno querria tener el todo para sí, se aplicó á ganar la afición de los naturales del país y atraer á su partido todas las personas de distincion. Restituyó sus Estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes habia despojado Federico en castigo de su adhesion á la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colonna, jefes de la familia de este nombre en Roma: excelentes militares á quienes dió al instante el mando de las alas de su ejército. A estos siguieron una porcion grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Taranto.

Era esta plaza la más fuerte y la más importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo más estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de Oriente y de Poniente, y á la cabeza de ellos habia dos castillos fortísimos para defenderlos, miéntras que á la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proximidad á los navios. Fiado en esta posicion, y en seis mil hombres de guarnicion que tenía en Taranto, el infeliz Federico habia enviado á ella á su hijo Fernando, duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnacion quizá daria ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo, dudoso si atacaria la plaza á viva fuerza ó convertiria el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó, pues, la ciudad con trincheras por tierra, puso dos fuertes enfrente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen alrededor de la isla y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto. Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependia el fin de la guerra; y

quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado allí un escollo si el poco ánimo de los que dirigian al duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les habia encomendado Federico desempeñaban toda su confianza, aun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu, hicieron proposiciones á Gonzalo pidiendo treguas por dos meses para recibir avisos del rey desposeido. Las treguas se ajustaron, y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorogaron despues por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en tercería por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del Rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad al duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre ó adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con más solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fué entregada conforme al concierto; pero el duque de Calabria, en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fué enviado en una galera á España á padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de Estado (1502). ¿Fué nuestro héroe en esta ocasion un pérfido, un sacrilego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podia anular una condicion hecha sin participacion suya; en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del Duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Esfugios inútiles! ¿A quién persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel principe desgraciado fué traído á España por fuerza, mientras que Taranto, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al

pacto solemne de su rendicion. Dígase lo que se quiera, este es un torpe borron en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda haber al rey de España; y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero; mas á pesar de esta escasez, Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa mandada por el conde de Rabestein, despues de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lésbos, fué acometida en el mar de una tempestad violenta, que echó á pique muchos buques y maltrató cruelmente los demas. Desbaratados y dispersos, arribaron por fin á las costas de Calabria, siendo los más maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se les auxiliase á todos, y él en particular envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia más bien regalo de un rey que expresion de un particular, bastando no sólo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creído eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostracion de bizarría era cuando sus tropas estaban más necesitadas. Empezaron á murmurar altamente los soldados de que su general fuese tan liberal con los extraños y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto.—«Mas le valiera, decian, pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra.» De la murmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropados y ar-

mados se presentan á su general, y en altas voces demandan lo que se les debe, y con su gesto, ademan y armas le amenazan y procuran amedrentarle. Él, desarmado y tranquilo, escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado, fuera de sí, le pone la pica á los pechos, y él desvía blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose:—«Mira que sin querer no me hieras.» Un capitán vizcaíno, llamado Iciar, se arrojó á decirle en ofensa de su hija Elvira palabras que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efecto tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y por lo mismo debió serle tanto más sensible la increpacion del insolente vizcaíno. Mas no dándose por entendido de ella entónces, sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana en castigo de su desacato. Este ejemplo de severidad aterró á los alborotados, que no osaron despues desmandarse; pero el descontento seguia, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de César Borja, hijo del papa Alejandro. Este, habiéndose desnudado del carácter de cardenal, hecho duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los Estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna, llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada, y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó más de cien mil ducados, y con ellos contentó á su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar que á tuerto ó á derecho era preciso buscar con qué mantener los soldados y procurar la victoria, y despues quedaba tiempo de rēcompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados; los cuales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del rey de España. En la particion que los dos monarcas habian hecho de Nápoles se habia expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitanata y Basilicata, que despues cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses en particular decian que la Capitanata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, ó deberia ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España, y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografia; despues los franceses, impacientes, empezaron á apoderarse por fuerza de algunos lugares, y aún quisieron oponerse, aunque en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El duque de Nemours su general, y el Gran Capitan, consultaron á sus soberanos, y éstos lo remitieron á su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita situada entre Melfi y Atela, y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto, pues, que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, despues de haberse dado todas las muestras de estimacion y cortesía, se separaron á anunciar á sus tropas que la parte que tuviese más fuerza ó más fortuna, esa sería señora de todo el reino. Italia, estremecida, vió llegado el tiempo en que, renovadas las antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto los hizo ser más tenaces en la altercacion. Su rey les habia enviado socorros de hombres y dinero, y con estos refuerzos, ensoberbecidos sus ánimos, comenzaron á apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada á España. Sus principales jefes eran el duque de Nemours, virey; Aubigni, segundo en autoridad y primero en reputacion; Alegre y Paliza, oficiales valientes y experimentados. El Virey se puso delante de Gonzalo, y Aubigni marchó con una division á la Calabria, donde su crédito le habia conservado muchos parciales. Luis XII, desde Leon, donde estaba para dar calor á la guerra, pasó á Milan con el mismo fin, y desde allí vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo, con su corto ejército, se habia retirado á Barleta á esperar los socorros que á toda prisa habia pedido á España, confiando entretanto mantenerse en aquella plaza, que, situada en la marina de la Pulla, le facilitaba la comunicacion con Sicilia y le podia sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los oficiales que con sus divisiones cubrian las posesiones españolas no podian, á pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el rey de Francia, que vió ocupada por los suyos la Capitanata, á Aubigni vencedor de un ejército de españoles que se reunió en Calabria á las órdenes de don Hugo de Cardona; y, en fin, superiores por todas partes los franceses, y dueños de toda la tierra, á excepcion de algunas pocas plazas de la costa, dió la vuelta á su país, creyendo ya inevitable la entera expulsion del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del general español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas; y la estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroísmo. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da á esta época un aire de tiempo

heroico, que ocupa agradablemente la imaginacion, como la ocupan en la fábula y en la historia el sitio de Troya ó la circunvalacion de Capua.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que más alentó los ánimos de los nuestros y abatió á los franceses, fueren los dos célebres desafíos que sucedieron entónces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pié; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españolas querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes, 19 de Setiembre (1502), y se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogióronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el más célebre era Diego García de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenía en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos; nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército, y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capi-

tan hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: «que no pudiendo dudar de la justicia de su causa y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debían esperar con certeza la victoria; que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no solo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion y la de sus principes, dependia de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir ántes que volver sin la gloria de la batalla.»

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañados cada cual de su paje de armas, al lugar del desafío. Llegaron ántes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos; al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que, cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pié, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto, un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid; cayó otro frances del caballo, y por matarle ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente á defenderle. Herianse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremeciáanse los circunstantes y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y éstos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pié y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo

y dos á pié, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus jinetes y se negaban á entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder: entónces García de Paredes á voces les decia que se apeasen y acometiesen á pié, que él no podia hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Miéntras él pelcaba así, los franceses movian partido y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podrian salir todos como buenos del campo. A los más de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplieran con su honra sino rindiendo á aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros.

y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla más de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles más esfuerzo, y los franceses más constancia. Entre éstos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el «caballero sin miedo y sin tacha;» entre los nuestros los que más bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habían tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él había reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacían; él fué quien los defendió delante de su general, diciendo que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto á los españoles, no había para qué tener en poco lo que se había hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. «Por mejores los envié yo al campo,» respondió Gonzalo; y puso fin á la contestación.

Quisieron todavía los nuestros apurar más su ventaja, y al día siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que había sido rendido, envió á desafiar al francés á quien había cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con más justa causa que él; y que si otra cosa decía, se lo haría conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el francés el desafío, pero no acudió al día señalado; y Aller le arrastró pintado en una tabla á la

cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego Garcia con un oficial frances llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo y no vino á medirse con el español. Por último, veintidos hombres de armas nuestros retaron á otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de ejército á ejército se verian.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honra exaltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya más parecia que luchaban por la gloria y la reputacion de valor, que no por el imperio del país. Gonzalo procuraba mantener este espíritu generoso, móvil de las bellas acciones; y para acabar con las altercaciones que se movian todos los dias por el rescate de los prisioneros, arregló con el duque de Nemours la cuota que debia pagarse por cada uno, segun su calidad; y con sus consejos y su ejemplo exhortaba á sus soldados á usar de toda humanidad y cortesía con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballería español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero del famoso Bayard y tratado por él con toda urbanidad y cortesía, habia recibido su libertad por un rescate moderado. El español publicaba haber sido tratado por su vencedor dura é ignominiosamente: Bayard, que lo supo, retó al instante á su contrario, diciéndole que mentia. Rehusaba el español, segun se dice, la batalla; pero el Gran Capitán le obligó á aceptarla, diciéndole «que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, ó sufrir el castigo que merecia por ellas.» Tuvo, pues, que salir al campo, donde el frances le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo; el frances, pequeño y delicado, manifestaba más agilidad que fuerza, apocada en aquellos dias por unas cuartanas que padecia. Todos le creian vencido, y más al ver que las armas del combate

eran las de un hombre de armas. Tiró Sotomayor á aturdir á su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español, y á la accion de alzarse éste con toda su furia para vengarse de aquella herida, dejó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increíble le metió un puñal; la sangre salió á borbotones, y Sotomayor cayó muerto con grande alegría de los franceses y sin ningun sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua é indigno proceder.

Entre tanto, los dos generales, observándose recíprocamente, no perdonaban ocasion ni excusaban diligencia para atacarse y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarria de sus soldados. Los franceses habian tomado á Canosa, donde estaba Pedro Navarro, que, no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la habia rendido, pero saliendo de allí, las banderas desplegadas y al són de las trompetas y atambores, con todos los honores de la guerra. En aquella plaza estableció el duque de Nemours su cuartel general, y desde allí molestaba y estrechaba á los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprendiendo las partidas que salian á hacer viveres, y á veces ocupando los lugares vecinos á Barleta; para cerrarla de más cerca. Gonzalo oponia iguales ardides á éstos, igual actividad; pero con más prudencia y más fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenia pedidos para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entre tanto, todos los contornos sufrían los estragos de las correrías de uno y otro campo. Los que más sufrían estos daños eran los infelices pastores del Abruzo, que temiendo que conducir sus ganados á las tierras ocupadas de uno y otro ejército, debían sufrir el vejámen de éstos ó aquéllos, ó de ambos á un tiempo. Creyendo á los france-

ses más fuertes, habian sacado seguro de su general, el cual efectivamente cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de víveres que tenia su ejército, y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacian de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrías, encomendadas casi siempre á D. Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros, en las cuales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos á Nemours, amenazando que se irian á los lugares ásperos del país si no eran mejor defendidos. El Duque se acercó á Barleta con sus gentes, cañoneó el puente del Ofanto con intento de derribarle, y envió un trompeta á desafiar á los nuestros. Gonzalo, que queria quebrantar algun tanto el ímpetu frances con la tardanza, respondió «que él estaba acostumbrado á combatir cuando la ocasion y la conveniencia lo pedian, y no cuando á su enemigo se le antojaba; y así, que aguardasen á que los suyos herrasen los caballos y afilasen las espadas.» Nemours, creyendo haber intimidado á los españoles, dió la vuelta á Canosa; pero apénas habia comenzado su marcha, cuando el Gran Capitan, ordenadas sus haces, salió de Barleta y empezó á inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta á anunciarle que ya iba, y que le aguardase; á lo que contestó el frances, «que ya estaba muy adelantado el dia, y que él no excusaria la batalla cuando los españoles se acercasen tanto á Canosa como él se habia acercado á Barleta.»

En una de las correrías del oficial Mendoza habia sido hecho prisionero La Motte, capitan de la partida francesa con quien se habia peleado. Por la noche, en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistia á él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dejó decir que los italianos eran una triste y pobre gente para la guerra. Un español llamado Iñigo Lopez de Ayala sacó la cara por

ellos, y dijo al frances que habia en el ejército italiano tan buenos caballeros como los mejores del mundo; mantúvose La Motte en lo que habia dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversacion á oídos de Próspero Colonna, el cual, celoso del honor de su nacion, despues que se aseguró de la certeza del hecho y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafio proyectado, con licencia que obtuvo del General. Los combatientes habian de ser trece contra trece, y se pactó que los reñidos, además de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo á los italianos concurrentes toda clase de honras, como si á su valor estuviese fiada la fortuna de aquella guerra; y porque el Duque no queria asegurar el campo, con intento de ver si podia desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dijo que él aseguraba el campo á todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna, y pertrechados de todas armas; llegaron al campo, dióse la señal, y se encontraron unos con otros con tal ímpetu que las lanzas se les quebraron; entónces echaron mano á las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender cuanto podian. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, más diestros, en el espacio de una hora echaron á sus contrarios del campo, ménos uno, que quedó muerto, y otro que, habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado tambien si los jueces no se hubieran interpuesto declarando á los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante, y se presentaron al Gran Capitan, que los hizo cenar consigo aquella noche y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares que se dieron

miéntras su estancia en Barleta. Habia alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, á quien despues de la pérdida de Canosa envió Gonzalo á defender á Taranto. Nemours previno sus gentes para castigar aquel pueblo y ocuparle otra vez; y el Gran Capitan, para distraerle ó para vengarse, anticipadamente con una parte de sus tropas salió en persona á combatir á Rubo. Era esta plaza muy fuerte, defendida por cuatro mil hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses más distinguidos, y comandante en el Abruzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de dia llegaron á Rubo y empezaron á batar el muro con la artillería: luego que fué abierta la brecha, se precipitaron en ella y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el combate siete horas, y todavia se dilatara si Paliza, herido, no hubiera tenido que retirarse y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar y le pusieron á saco: fueron grandes los despojos que allí consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta, sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mujeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexo, y luego que volvió á Barleta dió libertad á las mujeres sin rescate, y á los hombres por un precio moderado; pero á los franceses los trató con más rigor, y los envió de remeros á las galeras de Lezcano. Preguntado despues por esta severidad, contestó que siendo tomados por asalto, el no pasarlos por las armas era una gracia que le debian. Nemours, avisado del peligro de Rubo ántes que pudiese forzar á Castellaneta, voló al instante á socorrerle, y fué doblemente infeliz, porque no ganó la plaza que atacaba y no pudo amparar á la otra del desastre que le vino.

Con estas ventajas, y los socorros que de cuando en cuando les llegaban, ya de Sicilia, ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un

pueblo donde á cada momento estaban apurados por la falta de víveres. Murmuraban, sí, y se quejaban; pero al parecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante majestuoso, la dignidad que sobresalía en su bella figura, y la alegría y serenidad que siempre ostentaba; al oír la confianza con que les aseguraba que pronto se verían en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban tan á tiempo, que la confianza que tenían en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos días que una nave de Sicilia arribó allí con una gran porcion de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestas y demas pertrechos por su ejército con tal profusion, que aquellos mismos soldados que ántes, desnudos y andrajosos, presentaban el aspecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia y del lujo.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entónces á toda prisa: la pérdida de Castellaneta y la de Rubo; Aubigni vencido y preso junto á Seminara por un refuerzo de tropas españolas venidas últimamente á Calabria; las galeras de Lezcano vencedoras de la escuadra francesa delante de Otranto; los dos mil infantes que se esperaban de Alemania llegados á Barleta: todo anunciaba que el viento de la fortuna soplabá en favor de España, y que era tiempo de dar fin á la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse, por la falta de víveres y el peligro de la peste, que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto á abandonar aquel puesto, anunció al duque de Nemours su determinacion, mandó venir á sí á Navarro y Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fué Cánas, tan célebre por la rota que Aníbal dió allí á los romanos; y al otro dia se dirigió á Cirinola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenían grandes repuestos de víveres y municio-

nes. El general frances, sabida la marcha de su adversario, reunió tambien sus tropas y corrió en su seguimiento; á las nubes, acumuladas tanto tiempo sobre Barleta, vinieron á descargar su furia en Cirinola, donde la suerte de Nápoles iba á decidirse sin retorno.

No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel dia (27 Abril de 1593) los nuestros ningun suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del dia grande, y superior la fatiga: cañanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos, sofocados, morian. En vano hallaron pozos con agua: ésta, más propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo habia hecho prevenir á su salida de Cánas, no eran bastantes al ánsia y necesidad que todos tenian: uno y otro auxilio servía más de confusion que de alivio. Conzalo en aquel aprieto levantaba á los caidos, animaba á los desmayados, dábales de beber por su mano, y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los infantes, dió el ejemplo con la órden, subiendo en el suyo á un alférez aleman. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenian conseguida la victoria. Así toda el ánsia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo y esperar allí el ataque de los franceses.

Cirinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto le permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior á manera de rebelin, y guarneciéndole á trechos con garfios y puntas de hierro para inutilizar la caballeria enemiga. Recogieronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ánsia de apaciguar la sed los puso en confusion; de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas

era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en orden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al general. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes y mil y quinientos caballos, entre hombres de armas, arqueros y jinetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles que formaban las viñas: uno de españoles mirando hacia Cirinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba; otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego García de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla; flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna; á Fabricio su primo y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer de cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga que habian sufrido aquel dia hacía dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos, «para ahora, señor, le dice, es necesaria la firmeza de corazon que siempre soleis tener: nuestra causa es justa, la victoria será nuestra, y yo os la prometo con los pocos españoles que aquí somos.» Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, más prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente: pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadía que no podia esto diferirse sin nota de cobardía. A esta increpacion, Nemours, picado vivamente, da la señal de embestir, y éi

se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Segúale Chandenier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba toda la infantería; y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algun más daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hizo volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo: se anuncia este revés á Gonzalo, y él con cara alegre contesta:—«Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria.» El duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacía la artillería, acometieron la lanza en ristre y á toda carrera contra la parte de donde les venía el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro paraje ménos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana que estaba más allá; entónces cayó el general frances muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin jefe y sin orden, comenzaron á huir. El escuadron mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandenier, que por la bizarría y brillo de sus armas y por su arrojado llamaba hácia sí la atencion y los tiros, cayó tambien sin vida; caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desórden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos, queriendo apurar su ventaja, salieron de sus líneas. Paredes al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas

partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los príncipes de Melfi y Bisignano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos y se abandonaron á la fuga. La noche detuvo el alcance y atajó la mortandad. Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general frances, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volvía le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cirinola, que si se regula por el número de los combatientes y por los muertos no se contará entre las más grandes, pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi guales, ó algo superior el de los franceses; de estos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno y el auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria y la hicieron poco costosa, á pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general frances, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hizole llevar á Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

Cerinola, Canosa, Melfi y todas las provincias convecinas se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles, á apoderarse de aquella capital. Llegado á Ater-

ra, salieron á recibirle los síndicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian la obediencia al Rey Católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la persona misma del nuevo monarca: la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo en nombre del Rey les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fué esta entrada á 16 de Mayo (1503). Así en poco más de ocho años los napolitanos habian tenido siete reyes: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el Católico. Nacion incapaz de defenderse, incapaz de guardar fe; entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido si acaso la suerte se declara en favor suyo; sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se les echaban por los extranjeros; el pueblo nulo, y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion de quien deba tenerse á un tiempo lástima y desprecio, esta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamás compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras de ambicion y de concurrencia extraña.

Quedaban, sin embargo, por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnicion numerosa y abastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, ántes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro, y su destreza y su pericia en la construccion de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables que presentaban los castillos en su rendicion. Em-

bistióse primeramente á Castelnovo; y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente, que está ántes, Navarro dispuso sus minas, y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado, se intimó á los sitiados que se rindiesen, y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no solo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta de matarle si volvía otra vez con semejante mensaje. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que dejando una gran boca abierta, con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que había encima vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, embrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fué furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos, jamás los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarve; y los enemigos, que se retrajeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendían, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles; el otro ya habían logrado los franceses levantarle, cuando Pelaez Berrio, gentilhombre de Gonzalo, que estaba allí, asido de un brazo á los maderos y subiendo con ellos, pudo, colgado en el aire, cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos: cayó entónces el puente otra vez, y él entró acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el impetu enemigo hasta que acudieron más españoles, y entre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela y pudieron cerrar las puertas. Entónces el combate se hizo más espantoso: los nuestros, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas, y los franceses, desde arriba,

con cal, con piedras, con aceite, con fuego, con todo lo que el furor ó el temor los suministraba, ofendian á los españoles, que, terribles aumentando siempre su furor y su ímpetu, batian por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo á flaquear y movia ya condiciones de entrega, cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego que los sitiados les arrojaban, embravecidos de nuevo, volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió éste á sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenia atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia, no perdonaron ni áun á las municiones, que el General habia mandado se conservasen. Cuando se los quiso reprimir, dijeron que debiéndoseles tantos dias de paga, y teniendo aquellas riquezas delante ganadas con su sangre y su sudor, querian pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles despues los artículos necesarios; y porque algunos, ménos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habian cogido en el saqueo, su generoso general, «id, les dijo, á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna.» No bien fueron dichas estas palabras, cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alhajado con la mayor magnificencia, y uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble ni cortina ni comestible, desde las salas más altas hasta las cuevas más profundas. Ganado así el castillo, puso en él por alcaide á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los más valientes soldados del ejército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiese el otro castillo, que llaman

del Ovo. Este siguió la misma suerte, pero áun con más daño de los franceses, porque el efecto de las minas fué más espantoso.

La armada francesa, que habia llegado al otro dia de la toma de Castelnuovo, tuvo que retirarse á Iscla, en donde tampoco fué admitida, por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitan, áun ántes de que se rindiese el segundo castillo, reunido el grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendidos San German y Roca-Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que habia llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Cerinola: allí estaban los principales barones que seguian el partido de Francia, los principes de Bisignano y Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros; tenian por suya la mar, y el marqués de Saluzzo, que traía un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un ejército frances. Empezóse á batir la plaza; y aunque Navarro, despues de allanado el castillo del Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardides y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez más orgullosos con su número y la ventaja de su posicion, despreciaban á su enemigo, y ofendian con tal acierto que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos D. Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Así que, despues de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar por entónces el ataque miéntras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta y se retrajo á Castellon, situado no muy lejos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder y juntó tres ejércitos y los escuadras á un mismo tiempo para atacar por todas

partes á su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon, y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigia á entrar en Nápoles por el Milanés, y volverse á apoderar de aquel Estado: de las escuadras, una, mandada por el marqués de Saluzo, habia de sostener esta última expedicion; y la otra se quedaria cruzando el Mediterráneo para impedir la llegada á Italia de los socorros que se enviasen de España. Era tal la confianza que los franceses tenian en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrian á recibir, él respondió «que holgaria mucho de ello;» añadiendo «que daria veinte mil ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Vitervo.» Tuvo el caudillo frances la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo y embajador nuestro á la sazón cerca de la república; á lo que Suarez respondió graciosamente:—«Más hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en la Pulla.»

No pudieron cumplirse los deseos á Tremouille, porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fué forzoso retraerse á Milan. Entónces el rey de Francia dió el mando de sus tropas al marqués de Mantua, que, segun la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecia sus servicios á quien más daba, Compondase el ejército de más de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reino de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo dificilmente resistieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazón muriese Alejandro VI; y el cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen alrededor de Roma para influir en el cónclave y ser elegido papa. El cardenal de la Rovera tuvo maña para desconcer-

tar sus medidas, alejar las tropas y hacer elegir pontífice á Pio III, que al cabo de pocos dias falleció; en cuyo espacio pudo ganar los cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando en consecuencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles; pero el tiempo estaba muy adelantado, y el cardenal de Amboise, despues de subordinar los intereses del Rey á los suyos, ni consiguió ser papa ni aprovechó la ocasion única que se ofrecia de reconquistar aquel Estado.

Era ya entrado el invierno (1503), y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barrizales y las campiñas pantanos, apénas dejaban marchar los hombres, cuanto más el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente que tuvo su tardanza fué que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que habia en Calabria, mandadas por D. Fernando de Andrade y vencedoras de Aubigni, y con un número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron á su campo, dejando las banderas del duque de Valentinois, cuyo poder, despues de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades y llegaron á las fronteras del reiaio; intentaron tomar por fuerza de armas á Roca-Seca; y Pizarro, Zamudio y Villalba, que la defendian, los rechazaron de allí: Roca-Guillerma se les entregó casi por traicion; pero Gonzalo á vista de su ejército lo volvió á tomar sin que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla del Garellano y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que hecho esto, todo el país que hay desde el rio hasta la capital se les allanaria fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su ejército, y tenia la desventaja de que, siendo por allí más baja la orilla, la artilleria enemiga podia hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y made-

ros con el cual intentaban pasar el río, á la sazón invadable, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos, los hacían retroceder. Un día al fin, más afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron á pasar, y ganaron el bastión en que los nuestros se colocaban. Retrajéronse los fugitivos al campo y le llenaron de agitación y tumulto. Llega á oídos del general que el enemigo había echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipítanse los demás capitanes á su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes, ordenan sus huestes y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero que arremete al enemigo, el cual, no bien ordenado todavía, no puede sostener el ímpetu de los nuestros y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacía; mas después que los españoles se mezclaron con los franceses no podía servir, á ménos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército francés estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos que seguían á los primeros. Estos, arrollados, caen desordenados sobre ellos, y los españoles, furiosos, entran también en el puente hiriendo, matando, arrojando al río cuanto hallan por delante. Fuéles, en fin, forzoso á los franceses recogerse á sus estancias y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres más intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba después que no había visto refriega más terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofre-

cian á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel día el lauro del valor entre los oficiales Fabricio Colonna, que fué el primero que con más peligro salió al encuentro al enemigo y le lanzó hácia el puente, y entre los particulares Fernando de Illescas, alférez, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada ésta tambien, cogió la insignia con los codos, y así se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El puente quedó echado y protegido por la artillería que tenía el enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que ántes ocupaba. Diego García de Paredes le dijo:—«Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen mil ó dos mil de ellos, y entónces los acometeremos y quizás podremos ganar su campo.» Gonzalo, todavía irritado de la pérdida del bastion, le contestó:—«Diego García, pues Dios no puso en vos miedo, no le pongais vos en mí.—Seguro está vuestro campo de miedo, respondió el campeón, si no entra en él más que el que yo inspirare.» Picado hasta lo vivo, descendiendo del caballo, y poniéndose un yelmo y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses, que le conocian, creyendo en su ademan que queria parlamentar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos; mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba á hacer prueba de su persona, sacó el montante y empezó á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor áun no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos días despues sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro ejército. Habíase dado á guardar la torre del Garellano á un capitán gallego, y el puesto era tan fuerte que con diez hombres solos podía mantenerse, y tan importante que desde allí, como desde una atalaya, se veían todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y éstos se vinieron á nuestro real, dando por causa de su rendición mil falsedades que se les creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traición, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitán castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entre tanto, la discordia tenía divididos entre sí á los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un general extranjero sin acierto y sin fortuna, que los tenía detenidos allí sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle á gritos los dictados más viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española, ofendido de los libres discursos del ejército y de las increpaciones atrevidas de Alegre, renunció el mando y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía, á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el marqués de Saluzo, á quien dieron el mando despues de ido el marqués de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operación fué fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente, y puso en él su guardia. Mas no por eso había adelantado mucho en su intento de pasar delante: Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde allí impedía la marcha del enemigo. Es verdad

tambien que el invierno, entónces en su mayor rigor, contribuyó mucho á esta inaccion de unos y otros. El Garrellano, saliendo de madre, inudaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada: el campo hecho un lago, apenas podian con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban; los víveres escaseaban cada vez más, las enfermedades picaban y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desmayado y se fueron á Gonzalo á aconsejarle que, pues el enemigo no podia por el rigor de la estacion emprender faccion de momento, diese algun alivio á sus tropas y las pasase á Capua, donde mejor alojadas y mantenidas podrian repararse de los trabajos pasados y estarian á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él, firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada:—«Permanecer aquí es lo que importa al servicio del Rey y al logro de la victoria, y tened entendido que más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno sólo hácia atras.»

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por allí más alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algun reparo contra la humedad; el resto fué repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban ménos sufridos á los rigores de la estacion. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y sólo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrían. Entre tanto, llegó al campo español Bartolomé de Albiano, de la casa de los Ursinos, con tres mil hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y

odiosa igualmente que ellos al papa Alejandro VI y á su hijo César, habian servido contra España hasta entónces; pero al fin fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenía por máxima el atraer las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro, pues, llegó al tiempo más oportuno, y Albiano, que le conducia, era un excelente militar. Él fué quien inspiró ó hizo valer el dictámen de marchar al instante al enemigo, echando un puente más arriba de donde tenían el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra, y Albiano hizo construir cuatro millas más arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendióle en el rio, y todo estuvo dispuesto para la noche del 27 de Diciembre (1503). Al instante pasó la mayor parte del ejército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demas infantería, le guiaba el mismo general; y la retaguardia, que se habia quedado de la otra parte del rio, mandada por Andrade, tenía órden de embestir el fuerte que defendía el puente frances, y pasar por él á juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron; mas despues, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar allí y contrarrestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desampararon apresuradamente el campo y huyen desavoridos hácia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellon. Gonzalo envió á Próspero Colonna y á Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y mu-

niciones. Allí se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseidos tambien de miedo, le habian desamparado y deshecho, puesta en las barcas su más pesada artillería para que rio abajo llegase á Gaeta. Mas este mismo peso fué causa de que no caminasen con la priesa necesaria; y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente y pasar el rio. Entretanto, los franceses huian, pero ordenados; hacian cara á sus contrarios en los pasos difíciles, para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artillería, luego los infantes, y la caballería se retiraba la última, aunque siempre con algun daño. Llegaron así al puente que está delante de Mola, y allí el marqués de Saluzo acordó hacer frente al enemigo y procurar recobrase. Cien hombres de armas mandados por Bernardo Adorno se paran, y peleando valerosamente hacen á los nuestros detenerse y áun retroceder: acuden los fugitivos, y á la sombra de aquel escuadron se ordenan junto á Mola, cobran ánimo y se preparan á la pelea. Mas el centro de nuestro ejército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba allí animando la gente y exhortándola á apresurarse; el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino y cae con su dueño al suelo; acuden á socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesion, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasion semejante dijeron á sus soldados:—«Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.» Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes, con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad, peleaban como leones; no así los franceses, cuyo espíritu, primero sorprendido, despues aterrado, no acertaba ni con la ofensa ni con la defensa, ni á guardar ni á

seguir consejo. Su general en este apuro, no contando ya con la victoria y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo la órden y el ejemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen; pero desordenados y dispersos, abandonando banderas, artillería y bagajes, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose éstos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquéllos á la venganza de los paisanos vecinos, que cogiéndolos dispersos, los degüellan.

Tal fué la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa, y la pérdida irreparable de tan hermoso reino. La Italia, que habia visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecia que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenía delante, le vió á poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posicion, y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponian. Él conocia á los franceses, sabia que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados, veia su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estacion. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida á la capacidad del Gran Capitan, que entónces llenó toda la extension de este renombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres que habian hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinticuatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron, á partido de que fuesen libres todos los prisio-

neros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles: otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el día 1.º del año de 1504, habiendo ántes desfilado los franceses, desmontados los caballeros, y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fué tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fué igual á las muestras de sentimiento que hizo miéntras estuvo enfermo. Siete dias tuvo audiéncia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policia del reino; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aún se tenian por los franceses, y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que más sobresalian en él, los premios que dispensó fueron más propios de un rey que de un lugarteniente. Restituyó á los Colonnas los Estados que les habian usurpado los franceses, á Albiano dió la ciudad de San Márcos, á Mendoza el condado de Mérito, el de Oliveto á Navarro, á Paredes dió

el señorío de Coloneta; en fin, á todos los que se habian distinguido repartió Estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacíanse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exaltar más en él, si la majestad heroica de su persona, la gracia y cortesanía de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria, que la busquen por todos los medios con que se adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocian mayores talentos para la alta poesía, á que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.

Como la pacificación y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo á este objeto. Habia, empero, un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del papa Alejandro VI, y hecho cardenal al tiempo de la exaltacion de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenia el duque de Gandía su hermano mayor. Hizole asesinar una noche; y el Papa, estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí á pocos dias una dispensa para dejar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entónces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pension, le costeó una compañía de cien hombres de armas, y le casó con Juana Albret, hermana del rey de

Navarra y parienta suya. Con semejante apoyo, su ánimo fiero y atrevido se revolvió á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortaleza de la Romaña, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *Aut cesar aut nihil*; sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores más célebres del mundo no emplearon en sus expediciones más esfuerzo, más osadía, más astucia, más perfidia ni más atrocidad que este hombre extraordinario, en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas, se apoderó del ducado de Urbino, hizo dar muerte por la más baja alevosía á las principales cabezas de la casa Ursina; ocupó sus Estados; y Rimini, Faenza, Forli, y todas las plazas y fuertes de la Romaña, tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios, y cuando estos faltaban, el veneno dado á los cardenales más ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que más bien los tratase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. Él de su persona era ágil, esforzado, diestrísimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el más ardiente en el combate. La gentil disposicion de sus miembros era afeada por la terribilidad de su rostro, que lleno de herpes, destilando materia, y con los ojos hundidos y sanguíneos, demostraba la negrura de su alma y daba á entender ser amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio, la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio y la ambicion brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado D. Alonso de Aragon para gozar libremente de su

hermana Lucrecia; abusó feamente de Astor Manfredo, señor de Faenza, y despues le hizo arrojar en el Tíber; mató con veneno al jóven cardenal Borja, porque favorecia á su hermano mayor el duque de Gandía; hizo cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina... La pluma se niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginacion se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los más de los tiranos, que quieren la justicia para los demas y no para sí, la hacía guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometian les hacian desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del papa Alejandro cortó el vuelo á la ambicion de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron; los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas, y el papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó y lo hizo rendir á la Iglesia casi todas las demas. Entónces fué cuando con un salvoconducto firmado por el Gran Capitan vino á Nápoles y se puso bajo el amparo de España. Dícese que el salvoconducto tenía por base que César no haria ningun movimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico: sin duda Gouzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabia estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos, y dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Así fué, y nunca César Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entónces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia, y volverla á encender en guerra. El oro, que aún tenía en abundancia, le daba lugar á conseguir su intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que aún no habia entregado al papa Julio; trató de ocupar el

Estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro y matar al señor de ella; negoció con los Colonas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió orden á un capitán español que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa y estorbase que esta ciudad se pudiese bajo la proteccion de España; alteró á Pomblin, que se alzó por él; negociaba á un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco; y empezó á sonsacar compañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que habia recibido orden del Rey para que echase de Nápoles á César y le enviase á Francia, á España ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle, y de allí á pocos dias fué enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo y se recogió á Navarra, donde sirviendo al Rey su cuñado en la guerra que hacia al conde de Lerin, fué muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borja, eu cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan: es verdad que César era un tizon eterno de discordia, incapaz de sosegar ni dejar sosiego á nadie; es cierto que era un monstruo indigno de todo buen proceder; todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho más por su gloria si no abusara de la confianza que César habia hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista y en mirar por los intereses de su patria y de su rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y á la gloria. Nada habia más opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Ca-

tólico y de Gonzalo: éste franco, confiado, magnífico y liberal; aquél celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartía á manos llenas las rentas del Estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el Rey, que áun no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servía tener un nuevo reino, conquistado sí con la mayor gloria y el esfuerzo más feliz, pero tambien disipado por la prodigalidad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siriestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin órden ni arreglo alguno; los otros que se permitia al soldado una licencia opuesta á toda policia y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas, ¡quién lo creyera! los Colonnas, celosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al Rey que la conducta del Gran Capitan en Nápoles era más bien de un igual que de un lugarteniente suyo.

Miéntras vivió la Reina Católica estas semillas de division apénas produjeron efecto. Los poderes ámplios que tenía se redujeron á las funciones de virey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo: entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fué dado en guarda á Luis Peijoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que más se habia distinguido cuando se tomó; y decia que el que supo ganar aquel castillo tambien le sabia defender. Quiso dejar la habitacion que allí tenía; pero Peijoo á fuerza de súplicas le contuvo. En fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los Reyes que añadiría este servicio á los demas que ya les habia hecho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirles en su corte (26 de Noviembre de 1504). No tuvo respuesta esta representacion; y entre-

tanto murió Isabel, siguiéndola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora había sido. A su magnanimidad, á su actividad y á su constancia se debe la pacificación del reino, entregado cuando ella entró á reinar, á facciones y á bandidos; la expulsión de los moros, la conquista de Nápoles, el descubrimiento de la América. Los errores de su administración, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era más altivo, más rencoroso, más entero que lo que corresponde á una mujer, la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenía á la felicidad y á la gloria de la nación que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gonzalo. Ella había sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando; con su falta iba á ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un príncipe que, desconfiado por carácter, hecho más sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitán, iba á entregarse á las sospechas, para quitarse de encima la obligación del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposición Próspero Colonna, que entonces había venido á España, con sus pérfidas sugerencias; el ingrato Nuño de Ocampo, que también se manifestó su acusador con respecto á la inversión de caudales; el artificioso Francisco de Rojas, embajador de España en Roma, el cual, después de haber auxiliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba que le sacasen de ella; en fin, el virey de Sicilia, Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitán por la justicia que hizo á los pueblos de la isla cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertía por estos malsines envidio-

zos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenían los pueblos y barones principales del reino, la veneracion y respeto de los Estados de Italia.

Hallábase entónces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un político, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos á su hija doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese gobernador el Rey Católico miéntras llegaba á mayor edad Carlos su nieto, hijo mayor del Archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fernando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla: Felipe deseaba venir á administrar el patrimonio de su esposa, y la mayor parte de los grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujecion en que habian estado hasta entónces, favorecian las pretensiones del Archiduque. Este vino con la Reina á España, y fué, en fin, forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel Estado que por tantos años habia gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad más gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le habia asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable. Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivia retirada en un claustro; pero ni aquel rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entónces en la consideracion de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la habia despojado del reino? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con

Luis XII; **contrató casarse con Germana de Fox, sobrina de aquel monarca, y ofreció restituir á todos los barones anjinos los Estados que habian perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convencion era buscar un apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podia con su nuevo himeneo tener herederos á quien dejar sus propios dominios, y destruir así la grande obra de la reunion de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los Estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragon, ofrecian un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando, ó al Archiduque? El Rey Católico temia que Gonzalo, siguiendo los intereses de este príncipe, alzase por él aquel reino y se le entregase. Su mayor ánsia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese; mandóle publicar la paz ajustada, restituir los Estados á los barones desposeidos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitucion de los Estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedian la asistencia de Gonzalo, y más tiempo que el que podia sufrir la impaciencia del monarca receloso. Para activar su salida de aquel reino, se obligó Fernando á conferirle, luégo que llegase á su corte, el maestrazgo de Santiago. Entretanto, negociaban con él el Archiduque, Maximiliano su padre, y el Papa, procurando explorar sus intenciones, y ofreciéndole grandes premios si conservaba el Estado bajo su obediencia. Dícese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado duque de Calabria D. Fernando, restituir á éste en aquel reino como feudatario de Castilla, y dejarle á él allí de gobernador perpetuo.**

Pero él, firme contra las **sugestiones del interes y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quién era Gonzalo de Córdoba; no aceptó las ofertas de**

Maximiliano ni de su hijo; se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se les hacía salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin más causa que la flaqueza del Rey en escuchar á cuatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El Monarca, ya incapaz de sufrir más retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el arzobispo de Zaragoza, con orden de reasumir en sí toda la autoridad y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolucion Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse, y capaz por sí sola de precipitar al héroe á una resolucion desesperada, no se llevó á ejecucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan (2 de Julio de 1506), en que entre otras cosas le decia: «Aunque
»vuesa Alteza se redujese á un solo caballo, y en el mayor
»extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar,
»y en mi mano estuviese la potestad y autoridad del
»mundo con la libertad que pudiese desear, no he de reo-
»nocer ni he de tener en mis dias otro rey y señor sino á
»vuesa Alteza cuanto me querrá por su siervo y vasallo.
»En firmeza de lo cual, por esta letra, de mi mano escrita,
»lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleito homenaje
»como caballero, y lo firmo con mi nombre y selle con el
»sello de mis armas, y lo envio á vuesa Alteza para que de
»mí tenga lo que hasta agora no ha tenido; aunque creo

»que para con vuesa Alteza, ni para más obligarme de lo
»que yo lo estoy por mi voluntad y deuda, no sea neces-
»sario.»

En fin, Fernando, teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles y visitar aquel reino: por el mismo tiempo Gonzalo se habia embarcado en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova (1.º de Octubre de 1506). Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel monarca á quien se suponía tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos, y el mismo Rey dió algunos momentos á la sorpresa que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entónces las viles sospechas que le habian agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiracion, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fué donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El Rey ponía todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia; Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que más bien le habian servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones, y le pedía sus recompensas. ¿Veía entre el tropel de la corte alguno que por encogimiento no osaba llegar al Rey? Él entónces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido á esperar. ¿Tenía otro alguna pretension ardua? Acudía á Gonzalo, y Gonzalo se lo conseguía. Aquel monarca reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo, y se vió con admiracion que nada de lo que le pidió en aquel

tiempo en favor de otros fué denegado por él: como si hubiese tenido á ménos en aquel teatro negar algo á quien se le habia conquistado y defendido. Podian todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas, no se manifestaban, y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiracion y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituia á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó, sin embargo, para que los tesoreros no prosiguiesen, en odio de Gonzalo y por adular al genio del Rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habian amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que habia hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra, y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitirselo, y áun de asistir á la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion, así á ellos como al Rey, de la manera cómo debia tratarse un conquistador. Respondió, pues, que al dia siguiente él presentaria sus cuentas, y por ellas se veria quién era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto, presentó un libro, y empezó á leer las partidas que en él habia sentado: «Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.» Iba leyendo por este estilo otras partidas, tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando, avergonzado, rompió la sesion mandando que no se volviese á tratar más del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer para tachar la ingratitud y avaricia del Rey; pero

los historjadores de aquel tiempo lo aseguran, la tradicion lo ha conservado, se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en esta, en nimiedad y en bajeza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los Estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el Archiduque; el cual, acometido de una dolencia aguda en Búrgos, habia fallecido en tres dias en la flor de su edad y ántes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió, sin embargo, su camino, y en su interior no suspiraba más que por Castilla, donde ya la mayor y más sana parte de los grandes y de los pueblos le llamaban para ponerle al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia; y la cosa más señalada que hizo en los siete meses que allí permaneció, fué la restitution de los Estados confiscados á los barones anjinos, segun lo pactado en la paz con el rey de Francia. Estos Estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando ofrecerles una compensación correspondiente en otros bienes y en rentas. De aquí resultó que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos Estados, que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre, además que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas; los anjinos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia se les coartaba el beneficio de la restitution, pues cuanto menos se les devolvía á ellos, tanto menos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entónces y cedió voluntariamente el ducado de Sant-Angelo con sus dependencias,

dón que le habia hecho el desposeido Federico; y el Rey en recompensa le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio á los ojos del mundo y de la posteridad, de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula que por la singularidad de sus expresiones y de su estilo, superior á la rudeza del siglo y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos, he creido conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba si no sacaba al Gran Capitan de Italia: negóse á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa para que se le dejase por general de sus armas en la guerra que iban á hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el maestrazgo de Santiago luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias; convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos; hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenían para cumplir; y arreglada su casa y séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacia era superior á la casa real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personajes, y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion, como si al salir él de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos Príncipes, que hasta entónces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron entónces de confianza, de estimacion y de amistad: contienda harto más gloriosa que la primera, si estas muestras en los po-

líticos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfia los cortesanos de una y otra nacion su lujo ostentoso y bizarría; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitan, y la majestad de los monarcas se veía deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que, vencidos y rotos tantas veces por él, debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celeridad y astucia increíble con que asaltó de improviso á los barones alojados en Layno; ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste; ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Cerinola; el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las estratagemas con que habia conseguido aquella victoria. La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y por la gravedad y gracia de sus modales (1). Mas nadie le honró

(1) A esta pintura, que se halla en Guicciardini, no será impertinente añadir esta otra, hecha por uno de los camaradas más antiguos del Gran Capitan: «Fué su aspecto señorial; tenía pronto parecer; en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible; tenía claro y manso ingenio; á pié y á caballo mostraba él autoridad de su estado, seyendo pequeño floreció; no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible, y de voz furiosa y recia fuerza; en la paz doméstico y benigno; el andar tenía templado y modesto; su habla fué clara y sosegada; la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablaban. No le vencía el sueño ni la hambre en la guerra, y en ella se ponía á las hazañas y trabajos que la necesidad requería. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras; como quier

más dignamente que el rey Luis: él le hizo sentar á la mesa real y cenar con Fernando y consigo; le hizo contar sus diversas expediciones; llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal general; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos.

Este fué el último dia sereno (30 de Diciembre de 1507) que amaneció al Gran Capitan en su carrera; el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia, y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se dirigió á Búrgos, donde la corte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguiale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos, que no querian separarse de él; á esto se añadia la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrían á verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la más rica, adornados con las más exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello y en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo, deslumbrado con aquel magnífico aparato compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudia y le apellidaba Grande; pero los más prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fer-

que en el campo á sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar decia cosas jocosas; las cuales palabras graciosas, decia él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfeccion en muchos negocios, quanto otro diligente en cabar uno; en tal guisa, que vencidos los enemigos con el esfuerzo, los pasaba en sabiduria.—(Hernan de Perez de Pulgar, señor del Solar, en su *Sumario de las hazañas del Gran Capitan*, fol. 21, edicion de Sevilla de 1527.)

nando, conocian cuánto le habia de ofender aquella ostentacion de poderío. Entre ellos, el conde de Ureña dijo con mucha gracia «que aquella nave tan cargada y tan pomposa necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaria en algun bajío.»

Llegó á Búrgos (24 de Mayo de 1508), y toda la corte para honrarle salió á recibirle por mandato del Rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al cual Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortésmente:—«Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomasteis para vos en las batallas.» Hizo pocos dias despues su pleito homenaje de obedecer á Fernando como regente de Castilla hasta la mayor edad de Cárlos su nieto, y este fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la corte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto traspiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos, el que más parte tomaba en su pena era el condestable de Castilla D. Bernardino Velasco, con quien, para estrechar más la amistad, casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la corte, con tanta más razon, quanto el Rey queria casar con Elvira un nieto suyo, hijo del arzobispo de Zaragoza, para que así entrasen en la familia real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El Condestable habia sido ántes casado con una hija natural de Fernando, y por esto un dia la reina Germana le dijo severamente:—«¿No os da vergüenza, Condestable, siendo como sois tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros á una dama particular, habiéndoos ántes desposado con hija de rey?—El Rey me ha dado un ejemplo digno de seguirse, respondió él, pues habiendo estado ántes casado con una gran reina, despues se ha enlazado á una particular digna de serlo tambien.» Paróse indignada Germana

con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quién era y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que ántes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El Condestable perdió toda la gracia, y no volvió á ser admitido en la corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al Rey. Quería éste que Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jimenez grato oído á esta propuesta, y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito y le exhortaron á la resistencia. De modo que cuando se le volvió á hablar de parte del Rey acerca de ello, contestó que si se le apuraba abandonaríara arzobispado, corte y dignidades, y se volvería á su celda, de donde contra su voluntad la reina Isabel le había sacado. Blandeó el Rey conociendo cuán injuriosa era aquella permuta á la eleccion de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hácia esta época fué cuando Diego García de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba éste mal con aquel campeón porque se había puesto á servir con Próspero Colonna, á quien por las cartas ya dichas Gonzalo aborrecía. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debía á su general. Hallábase un dia en palacio, y en la sala misma del Rey oyó á dos caballeros que decían que el Gran Capitan no daría buena cuenta de sí. Entónces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el Rey, exclamó «que cualquiera que dijese que el Gran Capitan no era el mejor vasallo que tenía, y de mejores obras, se tomase el guante que ponía sobre la mesa.» Puso con efecto el guante: nadie osó contestar, y el Rey, tomándolo y devolviéndoselo, dijo «que tenía razon en lo que decia.» Desde entónces volvió á reinar la buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del Condestable, y de la contradicción que hacian á sus deseos, encontró poco despues la ocasion de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sosegarle á un alcalde de su casa y corte, con órden que intimase al marqués de Priego se saliese de la ciudad. Era el marqués hijo del ilustre y desgraciado D. Alonso de Aguilar, y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, á ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimacion que le hizo el alcalde, y no sólo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes y la administracion de justicia, soltó la rienda á su enojo, y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato más solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes y se dirigió desde Castilla á Andalucía, diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse los grandes, tembló Gonzalo por el Marqués, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvario á su juventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le habia escrito estas precisas palabras: «Sobrino, sobre el yerro pasado, lo que os puedo decir es que conviene que á la hora os pongais en poder del Rey: si así lo haceis, se-reis castigado, y si no, os perdereis.» Obedeció el mozo, y con toda su familia se vino á poner á disposicion del monarca irritado, á tiempo que éste, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la corte, y poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenía, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba, hizo prender al Marqués, fulminó proceso contra él y otros culpados, como reos de

lesa majestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al Marqués, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde habia nacido el Gran Capitan y era el más bello de toda Andalucía, apuraron el Condestable, Gonzalo y los grandes todos los medios del ruego y de la queja; en vano le representaron que debia perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos; en vano, en fin, los embajadores de Francia manifestaban que parecia indecoroso no conceder un castillo al que habia ganado para la corona cien ciudades y un reino floreciente. El Rey se mantuvo inflexible: la fortaleza se demolió, y Gonzalo tuvo que devorar el desaire y la humillacion de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algun tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loja, y aún se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes en caso de que renunciase al maestrazgo que se le habia prometido y no se le conferia. Era ciertamente impolítico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El monarca más poderoso y prudente de Europa, ¿no tenia otros medios de recompensar á un héroe que con una palabra engañosa? Gonzalo, más generoso y más franco, no quiso admitir el dominio de Loja, y respondió fieramente que no trocaria jamás el título que le daba al maestrazgo una promesa real y solemne, «y que cuando ménos, se quedaria con su queja, que para él valia más que una ciudad.» En Loja vivió desde entónces, siendo su casa la concurrencia de todos los señores de Andalucía y la escuela de la cortesanía y de la magnificencia: él era su oráculo; él apaciguaba sus diferencias, y los instruía del

estado y movimientos de toda la Europa y aun de Asia y Africa, en cuyas principales cortes tenía agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que allí se tomó fué el de proteger á los conversos y á los moros de aquellos contornos contra las injurias y los agravios que el odio de los cristianos les acarreaba. Gonzalo creía que debían tratarse con blandura, y atraerlos á la fe y á la amistad con el ejemplo de la buena fe y de las virtudes y con los buenos tratamientos. El Rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo oscuro, que tenía más apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general á la expedicion que aquel prelado hizo á las costas de Africa, ni ménos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habian sentado contra la Francia se le pedian para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos los generales le creían arruinado y sin recurso.—«¿Qué encallada estará aquella nave!» decia el conde de Ureña; lo cual sabido por Gonzalo, «decid al Conde, contestó, que la nave, cada vez más firme y más entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.»

Y así iba á suceder: la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el virey de Nápoles D. Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la necesidad entónces todas las sospechas, recibió la órden y poderes plenos para pasar con tropas á Italia. Aprestóse en Málaga la armada que habia de conducirle, y toda la nobleza española voló á la Andalucía á alistarse en sus banderas y á entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfia y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componian la infantería y guarda ordinaria del Rey, se iban sin su licencia para el Gran Ca-

pitán, siendo de todas partes, pero más del Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecían á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo, con su generosidad y afabilidad natural los recibía, y con celeridad increíble corría de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedición y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró más que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose y de que los franceses no habían sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento y para que el Gran Capitan sobreseyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida, cuando llegaron estas órdenes. Nunca fué recibida con tanto dolor y consternación por ejército ó general ninguno la noticia de una derrota completa y del último infortunio; y aquel héroe que adversidad ninguna, ningun trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas podía disimular en el semblante el negro luto de que su corazón estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegría por la mejora que habían tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al Rey su buena voluntad y los sacrificios que habían hecho en aquella ocasión, y las pidió que esperasen tres días para hacerles alguna demostración de su agradecimiento, por el celo con que le habían querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábase un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad y el empeño en que se metía por ella:—«Dad-lo, contestaba él; que nunca se goza mejor de la hacienda que cuando se reparte.»

Habiendo así cumplido con los soldados, volvió su ánimo

á manifestar al Rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna que en el aprieto en que la batalla de Ravena habia dejado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en aquellos agujeros de las Alpujarras, que así llamaba á Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos, su mayor dolor al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones era creer que las malas sugerencias de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió, pues, al Rey una carta llena de quejas y amargura. Preguntábale «si sus reinos y sus Estados habian recibido por su medio alguna mengua ó deshonra; si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le habia servido, quien más habia acrecentado su poder; que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él habia de pasar *por la grito de tanto desfavor?* Más parecia esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabian con otros medios merecer el lugar que tenian cerca del Rey. Al fin, él, acostumbrado á sufrir, podria llevar esto en paciencia; pero doliale el daño padecido por muchos que habian vendido sus haciendas y desechado buenos partidos por servir en aquella expedicion, los cuales estaban todavía sin gratificacion ninguna. Yo, añadia, no tengo más premio que la obligacion de escuchar las quejas de todos; mas si á ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie estará más premiado que yo, pues por lo que toca á los gastos que he podido hacer con ellos, han salido de las liberalidades de vuesa Alteza, por cuyo servicio expendere todo lo que tengo, hasta quedar *en el fuste de Gonzalo Hernandez.*»

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para

salir de España é irse á vivir á su Estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba más lejos Fernando que de consentirle pasar á Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas con razones suaves, diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del ejército, como se habia obligado; y en cuanto á la licencia, le añadía que llevando unos poderes tan amplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo Príncipe los llevara si allá fuera, no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia ántes de tener arregladas las cosas con aquellos príncipes; que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loja, y que entretanto se tomaria asiento en las cosas de la liga, y le avisaria lo que se determinase. Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al Rey sus poderes, diciendo «que para vivir como ermitaño poca necesidad tenía de ellos;» y añadió «que él se iria á sus agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios.»

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que disipase las siniestras impresiones de Fernando ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la órden de Santiago, y se las negó; y á las cartas que el emperador Maximiliano le envió proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó que en ninguno podia confiarse ménos que en aquel caudillo; del cual tenía por cierto que trataba secretamente con el Papa para pasando á Italia tomar el cargo de general de la Iglesia, y arrojar de aquel país á todos los extranjeros, así españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su capacidad; y Fernando, segun la costumbre de los hombres suspicaces'

daba por supuesto todo lo que en su imaginacion lisiada se presentaba como posible. Decia tambien que los servicios de Gonzalo habian sido públicos, y sus ofensas secretas; sin duda para conciliar el honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponía á su engrandecimiento, con que tenía escandalizada á toda España.

Más fundados quizá fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La grandeza estaba dividida en dos bandos: uno que queria el gobierno de Fernando, á cuyo frente estaba el duque de Alba; otro de los que, descontentos con él, volvian sus ojos y sus esperanzas á la corte de Flandes, y aspiraban á traer á España al Principe heredero para que administrase los reinos de su madre, y lanzar otra vez al rey de Aragon á sus Estados. El alma y cabeza de este partido se creia que era Gonzalo: ya se decia que á la primera ocasion daría la vela desde Málaga y partiría á Flandes para traer al Archiduque y ponerle en posesion de Castilla; por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y aún se añade que ya se habian dado para prenderle (1).

Él, entretanto, doliente y moribundo, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habian mediado desde su última ocurrencia habia permanecido firme en su posicion, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma

(1) En la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo, pueden verse las instrucciones dadas por el Rey Católico sobre este negocio al alcaide de la Peza, Francisco Perez de Barradas. La orden de prision está allí concebida en términos muy generales, y para el solo caso de que el Gran Capitan tratase de embarcarse en unas naves de Niza, que se decia habian de venir á Málaga con este objeto. Estos monumentos son curiosos, y manifiestan bien la agitacion y sospechas que turbaban el ánimo del Rey. Sus fechas son el 14 de Agosto y el 7 de Octubre de 1515.

publicidad que tenía su disfavor. Púsose el Rey malo, y no le fué á ver, diciendo que no queria se atribuyese á lisonja, que era la moneda que ménos queria dar y recibir. Llamóle Fernando para un capítulo de las Órdenes militares que habia de celebrarse en Valladolid, y no quiso asistir, dando por razon que su Alteza tendria á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos dias de amargura y soledad se le oyó decir que sólo se arrepentia de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al duque de Calabria cuando la rendicion de Taranto; otra la de no haber guardado el salvoconducto que dió á César Borja; y la tercera, una que no queria descubrir; creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del Archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna y de la aficion que le tenian los barones y los pueblos, y haberse hecho rey de aquel Estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el dia 2 de Diciembre de 1515. Su muerte apaciguó las sospechas del Rey y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la corte de luto; mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino, y escribió una carta afectuosa, dándole el pésame, á la Duquesa viuda. Celebráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado ántes de pasarle á la de San Jerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del Estado, recordaban á los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan



VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

AUTORES CONSULTADOS.—*Impresos*: Pedro Martir de Anglería, *De rebus Oceanicis et Orbe Novo decades. Relacion de los sucesos de Tierra-Firme*, por el Adelantado Pascual de Andagova, impresa últimamente en el tomo II de *Viajes del Sr. Navarrete*. Francisco Lopez de Gomara, *Historia de las Indias*. Antonio de Herrera, *Historia de las Indias*, décadas 1.^a y 2.^a—*Inéditos*: Algunas relaciones del mismo Balboa. Oviedo, *Historia general de Indias*, libro 29. Juan Cristóbal Calvet de Stella, *De rebus indicis. Noticias historiales de las conquistas de Tierra-Firme*, por fray Pedro Simon. Fray Bartolomé de las Casas, *Historia cronoológica*. Diferentes documentos del tiempo respectivos á Vasco Nuñez y Pedrarias.

Eran pasados ya doce años desde que Colon habia descubierto la tierra firme de América, y todavia los españoles no tenian en ella ningun establecimiento permanente. Aquel gran navegante, que primero en 1498 recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaná, intentó cuatro años despues poblar en la de Veragua. Pero la imprudencia de sus compañeros, ayudada de la ferocidad indomable de los indios, le privó de esta gloria; y aquellos pobladores, desamparando la colonia tan luego

como empezaron á fundarla, tuvieron que abandonar la empresa á otros aventureros más felices.

Ya ántes, en 1501, habia Rodrigo de Bastidas recorrido las costas de Cumaná y Cartagena sin ánimo de poblar, y solo con el intento de comerciar pacíficamente con los naturales (1). Despues, Alonso de Ojeda, aventurero más célebre que Bastidas, compañero de Colon, y uno de los españoles más señalados por la audacia y tenacidad de su carácter, visitó tambien los mismos parajes, contrató con los indios, y no pudo, aunque lo intentó, establecerse en el golfo de Urabá, descubierto anteriormente por Bastidas. Pero los contratiempos que habia experimentado en las dos primeras tentativas no le retrajeron de su propósito, y tercera vez quiso probar fortuna. Él y Diego de Nicuesa fueron á un mismo tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y gobernar en la costa firme de América, señalándose por límites de sus jurisdicciones respectivas, á Ojeda desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, y á Nicuesa desde allí hasta el cabo de Gracias-á-Dios. Las dos expediciones salieron primero de España, y despues de Santo Domingo, casi á un mismo tiempo. Iba delantero Ojeda, que, arribando á Cartagena, perdió en di-

(1) Bastidas, de cuyo viaje hay una sumaria relacion en el tomo III de los publicados por el Sr. Navarrete, no se hizo célebre ni como descubridor ni como conquistador; pero su memoria deba ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando aquel país más bien como un objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquistas. «Siempre le cognosci, decia de él el padre Casas, ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacian agravios blasfemaba.» No es ménos ventajosa la opinion de Antonio de Herrera: «Y en todo aquel viaje no hizo Bastidas ningun enojo á los indios.» dice en el cap. 11, lib. 4.º, década 1.ª Estos principios de moderacion le acarrearón la muerte: estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.

versos encuentros con los indios muchos de sus compañeros, y tuvo que dar la vela para el golfo, en donde entró buscando el rio Darien, célebre ya entónces por las riquezas que, segun fama, llevaba. Mas no siendo hallado entónces, determinó Ojeda fundar sobre los cerros al Oriente de la ensenada un pueblo, que se llamó San Sebastian (1510) y fué el segundo que se asentó por manos europeas en el continente americano.

Su suerte, sin embargo, iba á ser igual á la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar, los españoles no podian mantenerse sino á fuerza de correrías. Recurso incierto, y más que incierto, peligroso, porque los indios del país, naturalmente feroces y guerreros, no sólo se defendian casi siempre con ventaja, sino que, terribles con sus flechas enherboladas, los asaltaban á cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos, desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veian otro término á su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga. La única esperanza de Ojeda era la llegada de Martin Fernandez de Enciso, un letrado asociado á su empresa, que se habia quedado en la isla Española preparando un navio para seguirle. Pero Enciso no llegaba, y los castellanos, descontentos y casi amotinados, precisaban á su capitan á tomar algun partido. Acordó, pues, salir él mismo á activar la venida del socorro, dejando el mando en su ausencia, ó hasta tanto que llegase Enciso, á aquel Francisco Pizarro que despues se señaló con tanta gloria y terror en el descubrimiento y conquista de las regiones del Sur. Dió palabra de volver ántes de cincuenta dias, y les dijo que si no parecia en aquel tiempo despoblasesen y se fuesen adonde mejor les pareciese. Esto dispuesto, se embarcó para la Española, perdió el rumbo y fué á dar en Cuba, y por una serie de aventuras cuya exposicion no es de este lugar,

pasó al fin á Santo Domingo, en donde murió de allí á pocos años pobre y miserablemente.

Entre tanto, los españoles de San Sebastian, viendo pasar los cincuenta dias de plazo sin llegarles socorro alguno, determinaron embarcarse en dos bergantines y volverse á la España. De doscientos y más que eran cuando salieron con Ojeda, estaban entónces reducidos á sesenta. Mas estos sesenta no cabian en aquellos buques, y tuvieron que aguardar á que el hambre y la miseria los redujese á ménos. No tardó esto en suceder, y entónces se embarcaron. El mar se sorbió al instante uno de los dos navichuelos: Pizarro, atemorizado, huyó á guarecerse en Cartagena, en cuyo puerto entraba cuando descubrió á lo lejos la nave de Enciso, que acompañada de un bergantín venía hácia ellos. Esperóla, y Enciso, á quien por el título de alcalde mayor que tenía de Ojeda competia el mando en su ausencia, le reasumió y ordenó dar la vela para Urabá. Resistíanse aquellos infelices á arrostrar otra vez los trabajos y las miserias que habian allí sufrido; pero Enciso, parte con autoridad, parte con halagos, los hizo al cabo ceder á pesar de su repugnancia. Llevaba consigo ciento y cincuenta hombres, doce yeguas, algunos caballos, armas y buena provision de bastimentos. Llegar empero á Urabá y descubrirse al instante con nuevos infortunios que aquel país no consentia europeos, todo fué uno. La nave de Enciso dió en un vajo y fué en un momento hecha pedazos, perdiéndose casi cuanto en ella venía, ménos los hombres, que se salvaron desnudos. La fortaleza y casas que habian ántes construido estaban reducidas á cenizas. Los indios, ciertos ya de su ventaja y de la flaqueza de sus enemigos, los esperaban y los acometian con una audacia y una arrogancia que no dejaba lugar ni á la paz ni á la reduccion. Volvieron, pues, las voces de volverse á la Española: «Dejemos, decian, estas costas mortíferas, de donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan.» Nadie

profería palabras que no fuesen de desaliento, ni otros consejos que de pusilanimidad y de fuga. Segunda vez iba á ser abandonado el establecimiento, y acaso para siempre, si en aquella consternacion general no hubiera aparecido en medio de ellos un hombre que entónces con su aviso volvió á todos el ánimo y la esperanza, y despues con su esfuerzo y sus talentos dió consistencia y lustre á la vacilante colonia.

«Yo me acuerdo—dijo Vasco Nuñez de Balboa—que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte del Occidente saltamos en tierra, donde encontramos un gran rio, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía hierba en sus flechas.» Con estas palabras, como resucitando de muerte á vida, todos toman nuevo aliento, y siguiendo en número de ciento á Enciso y á Balboa, saltan en los bergantines, atraviesan el golfo, y buscan en la costa opuesta la tierra amiga que se les anunciaba. El rio, el lugar y el país se hallaron tales como los había pintado Vasco Nuñez; y el pueblo fuera al instante ocupado por los españoles á no salirles al encuentro los indios, que habiendo puesto en salvo sus mejores efectos y sus familias se situaron en un cerro y animosamente los esperaron.

Eran hasta quinientos hombres de guerra, y al frente de ellos Cemaco, su cacique, hombre resuelto y tenaz, dispuesto á defender su tierra á todo trance contra aquella nube de advenedizos. Temieron los españoles el éxito de la batalla, y encomendándose al cielo, ofrecieron si conseguían la victoria dar al pueblo que edificasen en aquel país el nombre de Santa María de la Antigua, una imágen en Sevilla de gran veneracion. Hizo además Enciso jurar á todos mantener su puesto á muerte ó á vida sin volver la espalda, y hechas estas prevenciones, dió la señal de la batalla. Levantan al instante el grito, y con ímpetu terri-

ble se arrojan sobre los indios, que con no menor ánimo los recibieron. Pero los españoles peleaban como desesperados, y las armas desiguales con que combatian no dejaron durar mucho tiempo la refriega, que fué terminada con el estrago y fuga de los salvajes despavoridos. Los españoles, alegres con su triunfo, entraron en el pueblo, donde hallaron muchas preseas de oro fino y abundancia de provisiones y ropas de algodón. Corrieron despues la tierra, hallaron en los cañaverales del rio todos los efectos preciosos que los indios habian allí ocultado; y hechos cautivos los pocos que no pudieron escapar, sentaron tranquilamente su dominacion. Envió en seguida Enciso por los españoles que habia dejado en la banda oriental del golfo, y todos contentos y esperanzados se pusieron á fundar la villa, que segun el voto hecho ántes de la batalla se llamó Santa María de la Antigua del Darien (1).

La conducta de Enciso en estos principios no era desmerecedora del mando y autoridad que ejercia. Pero doce

(1) El padre Casas, en el cap. 63 de su *Historia cronológica*, dice que en las Memorias viejas que él tenía se hallaba pintada de diferente modo esta guerra con los indios. Segun ellas, los españoles llegaron y fueron recibidos en paz por Cemaco, el cual, sabiendo el ánsia que tenían por oro, les dió voluntariamente hasta ocho ó diez mil pesos. Preguntado de dónde venía aquel metal, respondió que del cielo. Insistieron, y dijo que las piezas grandes se cogian á distancia de veinte leguas, y las menudas en unos rios allí cerca. Dijéronle que fuese á mostrarles los parajes que indicaba: él lo consultó con sus indios, los cuales le retrajeron de su propósito, diciéndole que si los castellanos encontraban oro nunca se irían de allí. Escondióse el Cacique en el pueblo de un vasallo suyo; fueron tras él, le prendieron y le dieron tormento para que descubriese los sitios que buscaban. Vencido de dolor, dijo lo que sabia; y habiéndole soltado, recogió la gente que le obedecia y la de sus amigos, y vino sobre los españoles.

Gomara tambien dice que los indios del Darien no acometieron hostilmente á los españoles hasta que los vieron empezar á edificar casas en su propia tierra sin licencia. (Véase el cap. 53 de su *Historia de las Indias*.)

mil pesos, á que ascendia el oro de los despojados, habian excitado en sus compañeros la codicia y la esperanza, y él imprudentemente prohibiendo con pena de la vida que nadie contratase con los indios, contradecia de un modo extraño estas dos pasiones, las más fuertes de aquellos aventureros.—«Es un avaro, decian, que quiere para sí solo toda la utilidad de los rescates, y abusa en perjuicio nuestro de una autoridad que no le corresponde. Puestos ya como estamos fuera de los límites asignados á la jurisdiccion de Ojeda, el mando de su alcaldía mayor es nulo y nuestra obediencia tambien (1). Señalábase en este bando de oposicion Vasco Nuñez, á quien la traslacion de la colonia habia ganado crédito entre los más valientes y atrevidos. Acorde, pues, la mayor parte en su propósito, quitaron el mando á Enciso y determinaron proveerse de un gobierno municipal, formar un cabildo, crear regidores, nombrar alcaldes, y procediéndose á la eleccion, recayeron las varas de justicia en Martin Zamudio y en Balboa.

Los bandos, sin embargo, no sosegaron con este arreglo. Todavía el partido de Enciso decia que no estaban bien sin una cabeza, y queria que lo fuese él; otros decian que pues se hallaban en la jurisdiccion de Diego de Nicuesa, se le enviase á llamar y se sujetasen á su mando; otros, en fin, y estos entónces eran los más fuertes, insistian en que el gobierno que se habia formado era bueno, y que en caso de dar el mando á uno solo, Balboa era mejor para mandarlos que otro general cualquiera.

En estas contestaciones se hallaban, cuando de repente oyen atronarse el golfo con los tiros que resonaban á la parte oriental de él. Vieron tambien ahumadas como de

(1) «Y no decian mal si verdad era que aquella tierra salia de los dichos términos, como creo sea verdad. Pero cierto mejor dijeran que ni Anciso, ni todos ellos, ni juntado con ellos Ojeda, tenian una punta de alfiler de jurisdiccion,» etc.—Casas, *Historia*, capitulo 64).

gente que hacía señales, y ellos respondieron con otras semejantes. De allí á poco vino á ellos Diego Enriquez de Colmenares, que con dos navíos cargados de bastimentos, armas y municiones, y con sesenta hombres habia salido de la Española en busca de Diego de Nicuesa. Echado por las tormentas á la costa de Santa Marta, donde los indios le mataron bastante número de sus compañeros, con los restantes bajó al golfo de Urabá á tomar lengua de Nicuesa, y como no halló ninguno de los compañeros de Ojeda en el sitio donde pensaba, tomó el arbitrio de disparar la artillería y hacer ahumadas para ver si se le respondia de alguna parte. Las ahumadas y tiros del Darien dirigieron su rumbo á la Antigua, donde preguntando por la suerte de Nicuesa y no sabiéndosela decir nadie, acordó detenerse y repartir con los que allí estaban los bastimentos y armas que traía. Esta liberalidad le ganó los ánimos y le dió en la villa crédito bastante para hacer preponderar el dictámen de los que querian se llamase á Nicuesa para que los gobernase. Así se acordó en cabildo, y en seguida fueron diputados para el mensaje el mismo Colmenares con Diego de Albitez y Diego del Corral, los cuales se embarcaron al instante y se dirigieron á la costa de Veragua en demanda de Nicuesa.

Con cinco navíos y dos bergantines montados de cerca de ochocientos hombres habia salido de Santo Domingo este descubridor muy poco despues que Ojeda, como ya se dijo arriba. Alcanzóle en Cartagena, ayudóle en sus refriegas con los indios, y despues se separaron uno de otro para ir á sus gobernaciones respectivas. Las diferentes aventuras y las plagas funestas que cayeron sobre el triste Nicuesa, desde que empezó á costear las regiones sujetas á su mando, forman el cuento más lastimoso, y al mismo tiempo el más terrible para escarmiento de la codicia y de la imprevisión humana. Pero como no son de nuestro propósito, baste decir que de todo aquel poderoso armamento,

con que parecia iba á dar la ley al istmo de América y á todos los países convecinos, no le quedaban al cabo de pocos meses más que sesenta hombres, los cuales, miserablemente fijados en Nombre-de-Dios, á seis leguas de l'ortobelo, esperaban la muerte por instantes, faltos y desesperados de todo recurso. En tal situacion llegó Colmenares y dió á Nicuesa el mensaje que traia del Darien. El cielo parecia que, apiadado de sus trabajos, queria ponerles un término abriendo aquel camino á su remedio. Su desgracia ó su imprudencia no lo consintió, y aquel llamamiento inesperado fué al fin el dogal funesto con que la fortuna le llevó arrastrando al precipicio.

Las desgracias, que por lo comun hacen prudentes y circunspectos á los otros hombres, habian alterado la noble índole que se conocia en Nicuesa. De festivo, generoso y contenido que ántes era, se habia convertido en temerario, desabrido y áun cruel. No bien aceptó la autoridad que los de Darien le daban, cuando sin haber salido de Nombre-de-Dios ya los amenazaba con castigos, y decia que les quitaria el oro que sin licencia suya habian tomado en aquella tierra. Disgustóse Colmenares, y más se ofendieron Albitez y Corral, á quienes, como pobladores de Darien, tocaban más de cerca las baladronadas del gobernador. Estos llegaron al golfo un poco ántes que Nicuesa, el cual añadió á su loca jactancia el yerro de dejar ir delante á hombres que le anunciassen tan siniestramente. Bramaban los de la Antigua á tal nueva, y la exaltacion subió de punto cuando llegó el veedor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que tambien resentido de él, acabó de encender la discordia en los ánimos irritados, echándoles en cara la locura que hacian, siendo y viviendo libres, en someterse á un extraño.

Con esto levantaron la cabeza los dos partidos de Enciso y de Balboa, y se unieron, como era de esperar, en daño del desdichado Nicuesa. Llegó al Darien, y el pueblo le

salió á recibir para decirle con gritos y amenazas que no desembarcase y que fuese á su gobernacion. Zamudio el alcalde, con otros de su valía, acaudillaba este movimiento, mientras que Balboa, que secretamente los habia excitado á él, en público manifestaba templanza y moderacion. Sintió Nicuesa desplomarse sobre sí el cielo cuando se vió con aquella imprevista contradiccion. En vano les rogaba que ya que no por gobernador, á lo ménos por igual y compañero le admitiesen; y si áun esto no consentian, le metiesen en una prision y le dejasen vivir entre ellos encerrado, pues ménos duro le sería esto que volver á Nombre-de-Dios á perecer de hambre ó á flechazos. Recordóles el enorme caudal que habia expendido en la empresa y los infortunios deplorables que habia pasado. Pero la politica no tiene compasion ni la codicia oídos: el pueblo, cada vez más irritado, no se sosegaba; y él, contra el aviso secreto que le habia enviado Balboa de que no desembarcase sino en su presencia, se dejó engañar de las promesas de algunos, y bajó á tierra, entregándose en manos de aquellos furiosos. Pusiéronle preso, y despues le metieron en un bergantin con órden que saliese de allí al instante y se presentase en la corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometian; insistió en la legitimidad de su autoridad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fué en vano: embarcado en el navichuelo más ruin que allí habia, mal provisto de víveres y acompañado de sólogos diez y ocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia (día 1.º de Marzo de 1511), y se hizo á la mar, sin que ni él ni ninguno de sus compañeros, ni la barca tampoco, hayan parecido jamás.

Arrojado Nicuesa, solo quedaba Enciso que pudiese contrarrestar la autoridad de Balboa en el Darien. Pero el partido de aquel letrado en la villa era muy débil para poder sostenerse. Vasco Nuñez le hizo cargo de haber usurpado

la jurisdicción, no teniendo título para ello sino solo de Alonso de Ojeda; le hizo proceso, le prendió, le confiscó los bienes, y, al fin, dejándose vencer del ruego y de la prudencia, le mandó poner en libertad con la condición de que en el primer navío que saliese se iría á Santo Domingo ó á Europa. Acordaron despues enviar comisionados á una y otra parte para hacer saber los sucesos de la colonia, dar idea de la calidad de la tierra y circunstancias de sus naturales, y pedir socorros de víveres y de hombres. Eligieron para este encargo al alcaldé Zamudio y al regidor Valdivia, uno y otro amigos de Vasco Nuñez y encargados de ganar con presentes la proteccion y favor de Miguel de Pasamonte, tesorero de Santo Domingo, y árbitro casi absoluto entónces en las cosas de América, por la gracia que alcanzaba con el Rey Católico y con su secretario Conchillos. Pero estos presentes ó no llegaron á su poder ó no fueron bastantes á contentar su codicia; porque no hay duda en que los primeros despachos de Pasamonte al gobierno sobre las cosas del Darien fueron todos tan favorables á Enciso como contrarios á Vasco Nuñez, y en este paso mal dado puede fijarse el origen de las desgracias y catástrofe final de este descubridor. Valdivia quedó en la isla á preparar y activar los socorros que necesitaba el Darien, y Zamudio y Enciso vinieron á España á sembrar el uno alabanzas y el otro querellas contra Balboa.

¿Quién era, pues, este hombre que sin título, sin comisión, sin facultades, así sabía influir en sus compañeros, y suplantar á los personajes cuya autoridad era legítima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando. ¿por cuál razon se dejaban guiar y dirigir así por un hombre oscuro, privado, menesterozo como el que más? Era Vasco Nuñez de Balboa natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobre. En España había sido

primeramente criado de D. Pedro Puertocarrero, señor de Moguer; y despues se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedicion de Ojeda se hallaba establecido en la Española, en la villa de Salvatierra, donde tenía algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como los más de aquellos colonos, y ansioso de gloria y de fortuna, quiso acompañar á Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del Almirante, que prohibia salir de la isla á los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente sin conocimiento de aquel comandante en su navío, encerrado en una pipa, ó como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremanera Enciso, amenazándole que le dejaria en la primera isla desierta que encontrasen; pero mediaron ruegos de otras personas. Vasco Nuñez se le humilló, y al fin aplacado, consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agradado semblante (1). No pasaba entónces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacía capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el más firme, su lanza la más fuerte, su flecha la más certera, hasta su lebril de batalla era el más inteligente y el de mayor poder (2). Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslacion de la colonia desde San Sebastian al Darien, debida á su consejo, fué la que empezó á darle crédito entre sus compañeros. Y cuando puesto á su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero

(1) •Era mancebo de hasta treinta y cinco ó poco más años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido y para sufrir mucho trabajo. •
—(Casas, *Hist.*, cap. 62.)

(2) Véase sobre el perro, la cita de Oviedo en el Apéndice.

en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual á la franqueza y á la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos con la equidad más exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo ó su hermano, y conciliar del modo más grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitán con los oficios de camarada y amigo, la adhesión que entónces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno, y todos se daban el parabien de la superioridad que en él reconocían. Pudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podían disputarle el mando. Mas despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservación y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinión pública casi á la par con Colón.

Los contornos del nuevo establecimiento estaban habitados por diferentes tribus, bastante conformes entre sí por las costumbres, pero separadas y divididas, ya por las guerras que continuamente se hacían, ya por la naturaleza del terreno, áspero, fragoso y desigual. Aunque igualmente valientes y belicosos que los indios de la costa oriental, eran, sin embargo, los del Darién ménos feroces y crueles. Peleaban aquellos con flechas enherboladas, no daban cuartel en la guerra, y se comían los enemigos que rendían: éstos preferían pelear de cerca con mazas, macanas ó dardos, no ponían hierba en las flechas de que usaban, y los cautivos que hacían, señalados en la frente, ó con un diente ménos, sufrían la servidumbre, y no la muerte. Dá-

base la nobleza entre ellos al que sabía herido de la guerra; y recompensado con posesiones, con alguna mujer distinguida y con mando militar, era tenido por más ilustre que los otros, y transmitía á sus hijos aquella distincion, con tal que siguiera la profesion de las armas. Obedecian á caciques que, segun las antiguas relaciones, tenian sobre ellos más autoridad que la que generalmente lleva consigo la condicion de salvajes. De médicos y adivinos les servian los que llamaban *tequinas*, especie de embaidores. á quienes consultaban en sus enfermedades, en sus guerras, y generalmente en todas sus empresas. *Tuira* llamaban á la deidad que adoraban, y la supersticion, en partes pacífica y dulce, le presentaba en ofrenda pan, aroma, frutas y flores; en otras cruel y abominable, le ofrecia sangre y víctimas humanas.

Tenian sus asientos junto á la orilla del mar y á las márgenes de los rios, donde hallaban proporcion de pesquerias. Cultivaban un poco y cazaban tambien, pero el pescado era su sustento principal. Sus casas eran de madera y cañas atadas con bejucos y cubiertas de hierba para defenderse de la lluvia. Llamábanlas *bohios* cuando estaban sentadas sobre la tierra, *barbacoas* cuando se construian en el aire, fundadas en árboles, y sobre el agua; y tales las habia entre los principales, que en la desnudez general de la tierra podian pasar por palacios. Nunca sus lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un sitio á otro, segun la necesidad ó el peligro los constreñia.

Andaban los hombres generalmente desnudos, cubierto con un caracol el órgano de la generacion, ó con un estuche de oro. Las mujeres traian unas mantillas de algodón desde la cintura hasta la rodilla, bien que en algunos parajes ni los unos ni los otros se cubrian cosa alguna. Los caciques y principales, en ostentacion de dignidad, traian á los hombros mantos de algodón. Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija ó con tierras de color, prin-

principalmente cuando salian á las batallas; se adornaban las cabezas con penachos de plumas, las narices y orejas con caracolillos vistosos, los brazos y piernas con brazaletes de oro. Dejaban crecer el cabello, que se tendia libremente por la espalda, y por delante le cortaban sobre las cejas con pedernales. Preciábanse mucho las mujeres de la hermosura y firmeza de sus pechos; y cuando por la edad ó los partos veian que faltaban, se los sostenian con barretas de oro atadas á los hombros y sobaco con cordones de algodón. Hombres y mujeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus más grandes placeres.

Sus costumbres eran muy libres, ó por mejor decir corrompidas, si esta calificacion puede convenir á salvajes. Los caciques y señores casaban con cuantas mujeres querian; los demas solo con una. Para divorciarse no era necesario más que la voluntad de entrambos, ó la de un consorte sólo, mayormente cuando la mujer era estéril, que entónces el marido la dejaba, y á veces la vendia. La prostitucion no era infamia. Las mujeres nobles tenian por máxima que era de villanas negar cosa alguna que se les pidiera, y se entregaban de grado á quien las queria, especialmente si los amantes eran hombres principales. Este gusto de libertinaje las llevaba hasta la costumbre inhumana de tomar hierbas para abortar cuando se sentian preñadas, para no perder el atractivo de sus pechos ni suspender sus placeres, y decian que las viejas pariesen, no las mozas, que tenian que divertirse. Sin embargo, estas mujeres tan libertinas y sensuales iban con sus maridos á la guerra, peleaban con ellos, disparaban flechas y morian valientemente á su lado. Otra abominacion conocian, que era la prostitucion de hombres, y los caciques tenian para sus placeres serrallos de mozos, que luego que eran destinados á este inmundo oficio se vestian de mujeres, se ejercitaban en los menesteres que ellas, y estaban exentos

de guerra y fatigas. Sus diversiones públicas se reducian á *areitos*, especie de danza muy parecida á las de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compas del canto, los otros le seguian y le imitaban, y entre tanto otros bebian de aquellos licores fermentados que hacian del dátíl y del maiz: daban do beber á los que bailaban, durando todo horas y áun dias enteros, hasta que, fatigados y beodos, quedaban sin sentido.

Cuando algun cacique moria, sus mujeres y los criados más allegados á su persona acostumbraban darse la muerte para servirle en la otra vida en los mismos términos que antes, creyendo que las almas de los que esto no hacian, morian con sus cuerpos ó se convertian en aire. Daban tierra á los muertos; pero en algunas provincias, luego que el señor espiraba le sentaban en una piedra, y poniéndole fuego alrededor, le enjugaban hasta que quedase la piel y los huesos, y en este estado le colgaban en una estancia retirada que destinaban á este uso, ó le arrimaban á la pared, adornándole de plumas, joyas de oro y áun ropas, y poniéndole al lado de su padre ó antecesor muerto antes que él. Así con su cadáver se conservaba su memoria en la familia, y si alguno de ellos perecia ó se perdia en la guerra, la fama de sus proezas quedaba consignada para la posteridad en los cantares de sus *areitos*.

Por este bosquejo de las costumbres y policia de aquellos naturales, se ve la poca resistencia que harian á la sujecion ó al exterminio si la colonia europea llegaba á consolidarse y progresar. Habíase fundado la villa á las orillas de un rio que los españoles tuvieron por el Darien, aunque no era más que una de sus bocas más considerables. Tenian al Oriente el golfo, que los separaba siete leguas de la costa y tribus feroces de los caribes; al Norte el mar, al Poniente el istmo, y al Sur la llanura cortada por los diferentes brazos del Darien y llena toda de anega-

ciños y lagunas. Para un pueblo que hubiese de afianzar su subsistencia en el cultivo, hubiera bastado el valle que se forma entre las sierras de los Andes y las cordilleras ménos altas que orillean la costa desde la boca principal del rio hasta la punta occidental del golfo, á quien se dió el nombre de Cabo Tiburón. Este val'e, excelente para plantíos, y los recursos de pesca y caza que presentaban el golfo, los ríos y los montes convecinos, eran más que suficientes para contentar y mantener á otros aventureros ménos codiciosos y más quietos. Pero el ánsia de los españoles era descubrir países, adquirir oro, subyugar naciones, y para esto tenian que luchar no sólo con los pueblos indomitos y errantes que poblaban el istmo, sino con la calidad del país, mucho más áspero y terrible que ellos. Y si á esto se añade la guerra que continuamente hacian á la salud y complexion europea el calor y humedad constante del aire y las lluvias grandes y frecuentes, se verá que sólo el teson más incontrastable y la robustez más firme podian bastar á sostenerse y superar tan grandes dificultades.

En el tiempo que duraron las contiendas sobre el marido, iban y venian los indios al Darien, llevaban provisiones y las trocaban por cuentas, cuchillos y bujerías de Castilla. No los llevaba allí solamente la codicia del rescate; iban tambien á espiar, y deseando que los advenedizos les dejasen libre su tierra, les ponderaban la abundancia y las riquezas de la provincia de Coiba, distante treinta leguas de allí, al Poniente. Vasco Nuñez envió primero á descubrir á Francisco Pizarro, que se volvió despues de haber tenido una corta refriega con un tropel de indios acaudillados por Cemaco; y despues salió él mismo al frente de cien hombres en la direccion de Coiba. Mas no hallando en muchas leguas indio ninguno ni de guerra ni de paz, yermo y despoblado el país con el terror difundido á la redonda, tuvo que volverse á la Antigua sin sacar fruto alguno de esta expedicion segunda.

Envió despues dos bergantines por los españoles que habian quedado en Nombre-de-Dios, los cuales á su vuelta tocaron en la costa de Coiba, y allí vieron venir á ellos dos castellanos desnudos y pintados de bija á la usanza india. Eran marineros de la armada de Nicuesa, que en el año anterior se habian salido del navío de aquel desgraciado comandante cuando pasó en demanda de Veragua. Hospedados y regalados por el cacique de la tierra, habian permanecido allí todo aquel tiempo, aprendido la lengua y examinado las circunstancias y recursos del país. Pintáronle á los navegantes como rico y abundante de oro y todo género de provisiones, y en seguida se acordó que uno de los dos se quedase con el Cacique para servir á su tiempo, y el otro se fuese con ellos al Darien á dar noticia de todo al Gobernador.

Bien conoció Balboa cuánto se le venia á las manos con la adquisicion de este intérprete, y así, despues que se hubo informado por él de cuantas circunstancias necesitaba para conocer la gente á quien queria atacar, ordenó que se apercibiesen para la expedicion ciento y treinta hombres, los más vigorosos y dispuestos. Proveyóse de las mejores armas que habia en la colonia, de los instrumentos propios para abrirse paso por las malezas de los montes, y de las mercancías útiles en los rescates, y embarcado en dos bergantines, dió la vela para Coiba. Llegado allá, salta en tierra y busca la mansion de Cáreta, que así se llamaba el Cacique. Cáreta esperóle sabiendo que iba en su busca, y á la demanda que se le hizo de provisiones para la tropa de la expedicion y para los colonos del Darien respondió sosegadamente «que cuantas veces habian los extranjeros pasado por su tierra, tantas los habian provisto de los bastimentos que necesitaban; pero que á la sazón nada podia dar, por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo; que nada habian sembrado, nada cogido, y estaban por consiguiente tan meneste-

rosos como ellos.» Manifestóse Vasco Nuñez, por consejo de sus intérpretes, satisfecho de esta respuesta, bien que no diese crédito ninguno á ella. Tenía el indio á sus órdenes dos mil hombres de guerra, y reputó más seguro venderle por sorpresa que atacarle de frente. Hizo, pues, demostracion de volverse por donde era venido; pero á la media noche revolvió sobre el pueblo, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del Cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones habia en el lugar, lo llevó todo al Darien. Cáreta, así escarmentado, se resignó á su destino y se humilló á su vencedor. Rogóle que le dejase ir libre, que admitiese su amistad, y ofreció dar á la colonia bastimentos en abundancia con tal que los españoles le defendiesen contra Ponca. Estas condiciones no podian dejar de agradar al caudillo castellano, que ajustó así la paz y la alianza con aquella tribu, siendo prenda de ella una hermosa hija del Cacique, que él presentó á Balboa para que la tuviese por mujer, y él la aceptó y quiso siempre mucho.

Con esto los dos aliados se apercibieron para ir contra Ponca, el cual, no osando esperarlos, se refugió á los montes y dejó desierta su tierra, que fué saqueada y destruida por indios y españoles. Pero Balboa, dejando para más adelante la conquista, ó como entónces se decia, la pacificacion del interior, volvió á la ribera del mar, donde para la seguridad y subsistencia de la colonia le convenia mejor tener amigos ó esclavos. Era vecino de Cáreta un cacique á quien unos llaman Comogre, otros Panquiac, jefe de hasta diez mil indios, entre ellos tres mil hombres de pelea. Deseaba él, oida la fama de valientes que tenian los castellanos, tratarlos y conocerlos; y habiéndose presentado como medianero de esta nueva amistad un indio principal, deudo de Cáreta, Vasco Nuñez, que no quiso perder la ocasion de adquirirse un amigo, fué á verle con los suyos. Luégo que el Cacique supo que llegaba, le salió á recibir

seguido de sus vasallos más principales, y acompañado de sus hijos, que eran siete, habidos en diversas mujeres, y todos ya mancebos. Fué grande la cortesía y agasajo que usó con sus huéspedes, los cuales fueron alojados en diferentes casas del pueblo y provistos de víveres en abundancia, y de hombres y mujeres que los sirviesen. Lo que más llamó la atención fué la habitación de Comogre, que, según las memorias del tiempo, era un edificio de ciento cincuenta pasos de largo y ochenta de ancho, fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizamí de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimientos, tenía sus despensas, sus bodegas y su panteón para los muertos, puesto que allí fué donde los españoles vieron por la primera vez secos y colgados, como se dijo arriba, los cadáveres de los abuelos del Cacique.

Hacia los honores del hospedaje el hijo mayor de Comogre, que era el más discreto y sagaz de sus hermanos. Esto presentó un día á Vasco Nuñez y á Colmenares, á quienes por su porte conoció eran los jefes de los demas, setenta esclavos y hasta cuatro mil pesos de oro en diferentes pre-seas. Fundióse al instante el oro y empezóse á repartir el resto, separado el quinto para el Rey. La repartición produjo una disputa que dió ocasion á voces y amenazas. Lo cual visto por el indio, arremetiendo de improviso á las balanzas en que el oro se pesaba, y arrojando uno y otro al suelo, «por qué reñir, les dijo, por tan poco? Si es tanta vuestra ánsia de oro, que por ella desamparais vuestra tierra y venís á inquietar las ajenas, provincia os mostraré yo donde podais á manos llenas contentar ese dèseo. Mas para ello os conviene ser más en número de los que venís, porque teneis que pelear con reyes poderosos, que defenderán vigorosamente sus dominios. Hallareis primeramente un cacique muy rico de oro, que reside á distancia de seis soles; luego veis el mar, que está hacia aquella parte (y

señalaba al Mediodía); allí encontrareis gentes que navegan por él en barcas á remo y vela, poco menores que las vuestras, y esta gente es tan rica, que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciáis.» Estas palabras célebres, conservadas en todas las memorias del tiempo, y repetidas por todos los historiadores, fueron el primer anuncio que los españoles tuvieron del Perú. Maravilláronse de oirlas, y empezaron á indagar del mancebo más noticias respecto de los países que decia. Él insistió en que necesitaban ser mil hombres cuando ménos para subyugarlos, se ofreció á servirlos de guia, y ayudarlos con la gente de su padre, y puso su vida en prendas de la verdad de sus palabras.

A tales nuevas Balboa, exaltado con la perspectiva de gloria y de fortuna que se le presentaba delante, creyéndose ya á las puertas de la India Oriental, que era el objeto deseado del Gobierno y de los descubridores de entonces, determinó volver cuanto ántes al Darien á alegrar á sus compañeros con tan grandes esperanzas, y á hacer los preparativos necesarios para realizarias. Detúvose, sin embargo, algunos dias con aquellos caciques, y la amistad que tenia con ellos se estrechó de tal modo, que uno y otro se bautizaron con sus familias, tomando en el bautismo Cáreta el nombre de Fernando, y Comogre el de Carlos. Volvió en seguida al Darien rico con los despojos de Ponca, rico con los regalos de sus amigos, y más rico todavía con las esperanzas hermosas que le presentaba el porvenir.

A esta sazón, despues de seis meses de ausencia, arribó el regidor Valdivia con una carabela cargada de bastimentos. Traia además grandes promesas del Almirante de socorrerlos abundantemente de víveres y hombres luego que llegasen navios de Castilla. Pero los socorros que trajo Valdivia se consumieron muy luégo; las sementeras, ahogadas con los temporales y avenidas, no les prometian re-

curso ninguno, y volvieron á hambrear como solian. Acordó, pues, Balboa hacer correrías en tierras más apartadas, pues ya estaban gastados y consumidos los contornos de la Antigua, y enviar á Valdivia á la Española á hacer saber al Almirante las noticias que tenía del mar del Sur y de las riquezas de aquellas regiones. Llevó Valdivia quince mil pesos que pertenecian al Rey de su quinto y el encargo de pedir los mil hombres que necesitaba, así para la expedicion, como para sostenerse sin necesidad de exterminar las tribus y caciques enemigos, pues de otro modo, siendo tan pocos, les era preciso, si no querian perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese. Pero estos encargos hechos á Valdivia, con los ricos presentes de oro que los principales del Darien le dieron para sus amigos, se perdieron en el mar, donde sin duda fueron sumergidos el comisionado y la embarcacion en que iba, pues no se volvió á saber de él.

A la partida de Valdivia (1512) siguió inmediatamente la expedicion por el golfo y el reconocimiento de la tierra situada á la extremidad interior de él. Allí estaba el dominio de Dabaile, de cuyas riquezas se hacian grandes ponderaciones, principalmente de un ídolo y de un templo que se suponía de oro. Allí se habia refugiado Cemaco con los indios de su obediencia, y no habia perdido el deseo ni la esperanza de arrojar de su país á los salteadores que se lo usurparon. Montó, pues, Balboa ciento y setenta hombres bien armados en dos bergantines al mando suyo y de Colmenares, y subió con ellos por el golfo arriba, hasta llegar á las bocas del rio. El escaso conocimiento que los españoles tenian aún del terreno y de las circunstancias de aquel gran caudal de agua, les hizo creer que era diferente del Darien, y le dieron el nombre de *el rio grande de San Juan*, por su magnitud y por el dia en que le descubrieron. Pero en realidad el que bañaba la poblacion de la Antigua y aquel no eran más que un solo rio, que naciendo á tres-

cientas leguas de allí, detras de la cordillera de Anserma, á la banda del Sur, corre casi directamente al Septentrion, atropellando con la impetuosidad de su curso cuanto se le pone delante. Va unido con el Cauca hasta llegar á las sierras ásperas y quebradas de Antioquia; pero divididos por ellas, el Cauca va á perder su nombre en el de la Magdalena, con el cual junta sus aguas, miéntras que el Darien, ceñido por las cordilleras de Abaibe más cercanas, y enriquecido con sus muchas aguas y con las que recoge de la parte de Panamá, sigue su curso hasta llegar á las cercanías del golfo. Tiéndese allí por las llanuras formando anegadizos y pantanos, y dividiéndose en diferentes bocas que, ya más, ya ménos, todas son navegables para botes; desagua por ellas en el mar, cuyas ondas endulza por el espacio de algunas leguas. Sus aguas son cristalinas, su pesca abundante y saludable. Llamósele al principio Darien, acaso del nombre de algun cacique que allí encontraron Bastidas ú Ojeda cuando le descubrieron primero: los ingleses y holandeses le han dado en los últimos tiempos el de Atrato; y con las tres denominaciones de Darien, Atrato y San Juan le designan indistintamente la historia y la geografia.

Entrados en él Vasco Nuñez y Colmenares, reconocieron algunos de sus brazos y las diferentes poblaciones que hallaron á sus orillas. Los indios al verlos venir las desamparaban ó eran fácilmente arrollados en su débil resistencia; mas las esperanzas de que la codicia española se alimentaba no se lograron entónces, y tal cual alhajueta de oro y algunos pocos bastimentos fueron los solos despojos que consiguieron en aquella fatigosa correría. Lo más singular que en ella vieron, fueron las barbacoas de la tribu de Abebeiba. Cubierta la tierra de aguas en aquel paraje, no consiente que se pongan habitaciones sobre ella, y los indios habian construido sus moradas sobre las palmas elevadas que allí crecen. Esta especie de edificios dió mucho

que admirar á los castellanos. Nido habia de estos que ocupaba cincuenta ó sesenta palmas, donde podian abrigarse hasta doscientos hombres. Estaban divididos en diferentes compartimientos para dormir, para rancho y para despensa. Los vinos los tenian debajo de tierra al pié, para que con el movimiento no se torciesen. Subíase arriba por unas escalas que pendian de los árboles, á cuyo uso estaban tan acostumbrados, que hombres, mujeres y muchachos andaban por ellas con cualquiera carga encima con tanta agilidad y despejo como por el suelo. Tenian al pié sus canoas en que salian á pescar por aquellos rios, y cuando la familia se recogia alzaban las escalas y dormian seguros de fieras y de enemigos.

Quando llegaron los castellanos á la barbacoa de Abebeiba estaba él recogido en ella y alzadas las escalas. Diéronle voces para que bajase sin miedo, pero negóse á hacerlo, diciendo que él en nada les habia ofendido, y que le dejasen en paz. Amenazáronle con derribarle á hachazos los árboles de la casa, ó con ponerles fuego; y añadiendo la accion á la amenaza, empezaron á hacer saltar astillas de los troncos de las palmas. Bajó entónces el Cacique con su mujer y dos hijos, quedando el resto de su familia arriba. Preguntáronle si tenia oro, y dijo que no, porque para nada lo necesitaba; y viéndose importunado, les dijo que iria tras de unas sierras que de lejos se descubrian, á buscarlo y á traerlo. Dejáronle ir, quedando en rehenes la mujer y los hijos, pero él no volvió á parecer. Balboa, despues de reconocer otras muchas poblaciones, todas abandonadas de sus dueños, bajó á buscar á Colmenares, á quien habia dejado atras, y unido con él, dió la vuelta para el Darien, dejando un presidio de treinta soldados en la poblacion de Abenamaguey, uno de los caciques vencidos, para guardar la tierra y que los indios no se rehiciesen.

Esto no bastó, sin embargo, á contenerlos; porque los cinco régulos cuyas tierras habian sido corridas y saquea-

das formaron una confederación y se dispusieron á caer con todas sus fuerzas sobre la colonia cuando los españoles estuviesen más descuidados. La conspiración se tramó con el mayor secreto, y los de la Antigua hubieran perecido todos, á no haberse descubierto el peligro por una de aquellas incidencias más propias de las novelas que de la historia, y que, sin embargo, no han dejado de ser frecuentes en los acontecimientos del Nuevo Mundo. Tenía Balboa una india á quien por su belleza, y tal vez por su carácter, amaba más que á sus demás concubinas. Un hermano de ella, disfrazado con el hábito de otros indios pacíficos que llevaban provisiones á los nuestros, iba y venía á visitarla y á procurar su libertad. Y teniendo por segura la destrucción de los europeos, la dijo un día que estuviese sobre aviso y cuidase de sí propia, que ya los príncipes del país no podían sufrir por más tiempo la insolencia de los advenedizos, y estaban resueltos á caer sobre ellos por mar y por tierra. Cien canoas, cinco mil guerreros, provisiones abundantes acopiadas en el pueblo de Tichirí, eran preparativos suficientes para conseguir lo que ansiaban, y en esta seguridad los despojos estaban repartidos, los cautivos demarcados. Díjola cuál sería el día del asalto, y se fué, aconsejándola que se retirase á parte segura, para no ser envuelta en el estrago general.

No bien se vió sola, cuando de amor ó de miedo descubrió á Balboa cuanto había oído. Hizola él llamar á su hermano bajo el pretexto de que quería irse con él; y venido, fué preso y puesto en el tormento para que declarase lo que sabía. Repitió el infeliz lo que había dicho á la mujer, añadiendo que ya anteriormente Cemaco había tratado de dar muerte á Vasco Nuñez, y que para eso había apostado guerreros suyos disfrazados de trabajadores en una de sus labranzas. Pero intimidados por la yegua que montaba el Gobernador y por la lanza que llevaba, no se habían atrevido á ejecutarlo; lo cual visto por Cemaco, había buscado

mejor medio de venganza en la liga y conspiracion con los otros caciques ofendidos.

Patente así todo, Balboa marchó por tierra con setenta hombres, y Colmenares por agua con otros tantos, á sorprender á sus enemigos. El primero no halló á Cemaco donde pensaba, y si solo un pariente suyo con otros pocos indios, que se trajo prisioneros al Darien. Colmenares fué más feliz, porque sorprendió á los salvajes en Tichirí, cogió allí al caudillo nombrado para la empresa, con otros indios principales y mucha gente inferior. Perdonó á la muchedumbre, pero á su vista hizo asaelear al General y ahorcar á los señores, quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento á la independendencia.

Tratóse luégo de enviar nuevos diputados á España para dar cuenta al Rey del estado de la colonia, y de camino pedir en la Española los auxilios que necesitaban, por si acaso Valdivia no hubiese podido llegar, como así habia sucedido. Dicese que Balboa queria para sí esta comision, ó ambicioso de ganarse la gracia de la corte, ó temeroso de que le hallase en el Darien el castigo de su usurpacion. No lo consintieron sus compañeros, diciéndole que sin él quedaban desamparados y sin gobierno: á él solo respetaban y seguian con gusto los soldados, á él solo temian los indios. Sospechaban tambien que salido de allí, no querria volver á padecer los trabajos que continuamente venian sobre ellos, como ya habia sucedido con otros. Por tanto, eligieron á Juan de Caicedo, veedor que habia sido de la armada de Nicuesa, y á Rodrigo Enriquez de Colmenares, hombres los dos graves, expertos en negocios y seguidos de la estimacion general. De estos creian que desempeñarían bien su cargo y volverian; porque el uno se dejaba allí á su mujer, y Colmenares habia comprado mucha hacienda y labranzas en el Darien: prendas unas y otras de confianza y de adhesion al país. No siéndole, pues, posible á Balboa

ausentarse del Darien para mirar por sí mismo, trató de ganarse á lo ménos la gracia del tesorero Pasamonte, y es probable que fuese en esta ocasion cuando le envió aquel rico presente de esclavos, piezas de oro y otras alhajas, de que habla el licenciado Zuazo en su carta al señor de Chievres (1). Tambien llevaron los nuevos procuradores, con el quinto que pertenecia al Rey, un donativo que le hacia la colonia; y más felices que los anteriores, salieron del Darien á fines de Octubre, y llegaron á España en Mayo del año siguiente.

Sucedió á su partida un ligero disturbio, que aunque pareció al principio que iba á destruir la autoridad de Vasco Nuñez, sirvió á consolidarla más. Bajo el pretexto del abuso que Bartolomé Hurtado hacía de la privanza del Gobernador, se alborotaron Alonso Perez de la Rúa y otros facciosos. Su verdadero intento era apoderarse de diez mil pesos que estaban aún enteros, y repartirlos á su antojo. Despues de algunas contestaciones, en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de sorprender á Vasco Nuñez y ponerle en prision. Súpolo él, y se salió del pueblo como que iba á caza, previendo que apoderados aquellos turbulentos de la autoridad y del oro, de tal modo abusarian de uno y otro, que los buenos le habian de llamar al instante. Así sucedió: dueños del caudal Rúa y sus amigos, se portaron con tan poca cordura en el reparto, que los colonos principales, afrentados y avergonzados viendo la inmensa distancia que habia de aquella gente á Vasco Nuñez, alzaron el grito, se arrojaron á los cabos de la sedicion, los prendieron y llamaron á Balboa, cuya autoridad y gobierno volvieron á reconocer de nuevo.

Llegaron en esto de Santo Domingo dos navíos cargados

(1) Esta carta se verá en los apéndices á la vida de fray Bartolomé de las Casas, que se publicará al fin de esta parte.

de bastimentos, con doscientos hombres al mando de Cris-
tóbal Serrano, entre ellos ciento y cincuenta de guerra.
Todo lo enviaba el Almirante, y Balboa en particular reci-
bió el título de gobernador de aquella tierra, enviado por
el tesorero Pasamonte, que se suponía autorizado para
hacer estas provisiones, y ya le era tan favorable como
antes le había sido contrario. Lleno de gozo con el tí-
tulo y con el socorro, y seguro de la obediencia de todos,
dió libertad á los presos, y determinó salir por la comarca
y ocupar la gente en expediciones y descubrimientos. Mas
cuando estaba haciendo los preparativos vino á acibararle
su satisfacción una carta de su amigo y compañero Zamu-
dio, en que le avisaba de la indignación que las quejas de
Enciso y los primeros informes del tesorero habían excita-
do contra él en la corte. En vez de agradecerle sus servi-
cios, se le trataba de usurpador y de intruso, se le hacía
responsable de los daños y perjuicios que su acusador re-
clamaba, y el fundador y pacificador del Darien estaba
mandado procesar por los cargos criminales que se le
hacían.

Pero estas nuevas aciagas, en vez de abatir su espíritu,
le dieron nueva osadía y le impelieron á empresas mayo-
res. ¿Daria lugar á que otro, aprovechándose de sus fati-
gas, descubriese el mar del Sur y le arrebatase la gloria y
las riquezas que esperaba? Faltábale, á la verdad, los mil
hombres que se necesitaban para aquella expedición; pero
su arrojo, su pericia y su constancia le daban aliento para
emprenderla sin ellos. Borraria así con tan señalado servi-
cio los defectos de su usurpación primera; y si la muerte
le atajaba en medio del camino, moriría trabajando en bien
y gloria de su patria, y libre de la persecución que le venía
encima. Lleno, pues, de estos pensamientos, y resuelto á
seguirlos, habló y animó á sus compañeros, escogió ciento
noventa, los más bien armados y dispuestos, y con mil in-
dios de carga, algunos perros de pelea y las provisiones

suficientes, se hizo á la vela en un bergantín y diez canoas (1.º de Setiembre de 1513).

Arribó primero al puerto y tierra de Cáreta, donde fué acogido con las muestras de amistad y el agasajo consiguiente á sus relaciones con aquel cacique, y dejando allí su escuadrilla, tomó el camino por las sierras hácia el dominio de Ponca. Habíase fugado este régulo como la vez primera; pero Vasco Nuñez, que ya habia adoptado la política que le convenia, deseaba componerse amigablemente con él, y á este fin le envió algunos indios de paz que le aconsejasen volviese á su pueblo y no temiese nada de los españoles. Volvió, en efecto; fué bien acogido, presentó en dón algun oro, y recibió en cambio cuentas de vidrio, cascabeles y otras bujerías. Pidióle además el capitán español guías y gente de carga para viajar por las sierras, que el Cacique proporcionó gustoso, añadiendo provisiones en abundancia; con lo cual se separaron amigos.

No fué tan pacífico el paso á la tierra de Cuarecuá, cuyo señor, Torecha, receloso de la invasion, y escarmentado con lo que habia sucedido á sus convecinos, estaba dispuesto y preparado para recibir hostilmente á los castellanos. Salió un enjambre de indios al camino, que feroces y armados á su usanza, empezaron á increpar á los extranjeros, preguntándoles á qué iban por allí, qué buscaban, y amenazándoles con su perdicion si pasaban adelante. Los españoles avanzaron sin curarse de sus fieros: entónces se dejó ver el Régulo al frente de la tribu, vestido de un manto de algodón y seguido de sus principales cabos, y con más ánimo que fortuna dió la señal del combate. Acometieron los indios con grande ímpetu y vocería; pero aterrados primero con el rigor y los estallidos de las ballestas y escopetas, fueron fácilmente despues destrozados y ahuyentados por los hombres y los lebreles, que se arrojaron á ellos. Quedó muerto el Régulo en la refriega con otros seiscientos más, y los españoles, allanado aquel obs-

taculo, entraron en el pueblo, que fué despojado de todo el oro y prendas de valor que en él habia. Allí fué donde encontraron á un hermano del Cacique y á otros indios vestidos de mujeres y empleados en el uso inmundo de que se hizo mencion arriba. Cincuenta fueron los que en este traje y por esta causa fueron abandonados á los alanos, que los hicieron en un instante pedazos, con grande satisfaccion de los salvájes, los cuales, segun se cuenta, traian de léjos al castigo á otros muchos miserables de aquella especie. Debió la tierra con estos ejemplares quedar tan pacífica y sumisa, que Balboa dejó en ella los enfermos que traia, despidió los guias que le dió Ponca, y tomando allí otros nuevos, siguió su camino hácia las cumbres.

La lengua de tierra que divide las dos Américas no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas, y en algunos parajes se estrecha hasta solas siete. Y aunque desde el puerto de Cáreta hasta el punto á que se dirigian los españoles no haya á lo sumo más que seis dias de viaje, ellos gastaron veinte, y no es de extrañar que así fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de Norte á Sur todo el continente nuevo, y le sirve como de reparo contra los embates del Océano Pacifico, atraviesa tambien el istmo del Darien, ó más bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio de las tierras adyacentes. Tenian, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro podian arrostrar y vencer. Aquí tenian que penetrar por bosques espesos y enmarañados, allá atravesar pantanos fatigosos, donde cargas y hombres miserablemente se hundian; ahora se les presentaba una ágría cuesta que subir, luego un precipicio profundo y tajado que bajar; y á cada paso rios rápidos y profundos, sólo practicables en balsas mezquinas ó en puentes trémulos y endebles; de cuando en cuando la

oposición y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo, la falta de provisiones, que, agregada al cansancio y al cuidado, abatia y enfermaba los cuerpos y desalentaba los ánimos.

En fin, los cuarecuanos que iban guiando muestran de lejos la altura desde donde el deseado mar se descubria. Balboa al instante manda hacer alto al escuadron, y él se adelanta sólo á la cima de la montaña (25 de Setiembre de 1513). Llegado á ella, lleva ansioso la vista al Mediodía; el mar Austral se presenta á sus ojos, y sobrecogido de gozo y maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado á aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal á sus compañeros para que subiesen, y mostrándoles el magnífico espectáculo que tenian delante, vuelve á arrodillarse y á agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, miéntras que los indios atónitos no sabian á qué atribuir aquellas demostraciones de admiracion y de alegría. Aníbal en la cima de los Alpes, enseñando á sus soldados los campos deliciosos de Italia, no pareció, segun la ingeniosa comparacion de un escritor contemporáneo (1), ni más exaltado ni más arrogante que el caudillo español, puesto ya en pié, recobrando el uso de la palabra, que el gozo le tenia embargada, y hablando así á sus castellanos:—«Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya teneis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habeis visto esas playas y esas ondas; vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas é ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y á la luz de la religion verdadera. Sedme,

(1) *Hannibale Italiam et Alpina promontoria múltibus ostendente ferocior.*—(Pedro Martir, década 3.ª, lib. 1.º)

pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas.» Todos alegres le abrazaron, y todos prometieron seguirle hasta donde quisiese llevarlos. Cortan luego un árbol grande, y despojándole de sus ramos, forman de él una cruz, que fijaron en un túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubría el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, y en medio de aplausos y gritos alborozada descienden de la sierra y se encaminan á la playa.

Llegaron á unos bohios que cerca se descubrían, poblacion de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas y la ferocidad de los lebreles dispersaron en un punto aquella tropa, cogiéndose muchos cautivos. De estos y de los guias cuarecuanos se enviaron algunos que ofreciesen á Chiapes paz y amistad segura si venia, ó exterminio y ruina de pueblo y sembrados. Persuadido de ello, vino el Cacique y se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro, presentó oro, y recibió en cambio vidrios y cascabeles, con lo cual, amansado y contento, no pensaba más que en agasajar y regalar á los extranjeros. Allí despidió Vasco Nuñez á los cuarecuanos, y dió orden para que los enfermos que se habian quedado en aquella tierra viesesen á encontrarle. Entretanto envió á Francisco Pizarro, á Juan de Ezcaray y á Alonso Martin á descubrir por la comarca y á buscar los caminos más breves para llegar al mar. El último fué quien llegó ántes á la playa, y entrándose en unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre las ondas, y con la satisfaccion de haber sido el primer español que habia entrado en el mar del Sur, se volvió para Balboa.

Bajó, en fin, éste con veintiseis hombres al mar, y llegó á la ribera al empezar la tarde del día 29 de aquel mes.

Sentáronse todos en la playa á esperar que el agua creciese, por estar á la sazón en menguante; y cuando las ondas volvieron con ímpetu á cobrar tierra y llegaron adonde estaban, entónces Balboa, armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en la otra una bandera en que estaba pintada la imágen de la Virgen con las armas de Castilla á los piés, levantóse y empezó á marchar por medio de las ondas, que le llegaban á la rodilla, diciendo en altas voces:—«Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesion de estos mares y regiones; y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.» Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitán, y se votaron á la muerte para defender aquella adquisicion contra todos los reyes y príncipes del mundo. Extendióse el acto por el escribano de la expedicion Andrés de Valderrábano (1); el ancon en que se solemnizó se llamó *golfo de San Miguel*, por ser aquel su dia; y probando el agua del mar, derribando y cortando árboles, y grabandó en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas regiones con estos actos de posesion, y se retrajeron al pueblo de Chiapes.

Volvió despues Balboa su atencion á reconocer el país comarcano y á ponerse de inteligencia con los caciques que le señoreaban. Pasó en canoas un rio grande que por allí desagua, y se dirigió á las tierras de un indio que llamaban Cuquera. Quiso éste resistirse; pero escarmentado con el daño que recibió en el primer encuentro, aunque de pronto huyó, se redujo al fin á venir á pedir amistad y paz al capitán español, persuadido de algunos chiapeses que Balboa le envió al intento. Trajo consigo algun oro; pero lo que llamó más la atencion de los españoles fué una con-

(1) Véase el Apéndice.

siderable porcion de perlas, de que tambien les hizo presente. Preguntado dónde se cogian, dijo que en una de las islas que se veian sembradas por el golfo, y la señaló con la mano. Quiso Vasco Nuñez conocerla al momento, y mandó preparar las canoas para la travesía. Pero los indios, más expertos que él en la condicion de aquellos mares, empezaron á disuadirle de aquel intento, aconsejándole que lo dejase para estacion más benigna. Estaban á fines de Octubre, y la naturaleza entónces se presentaba en aquel país con el aspecto más fiero y espantoso. El furor de los vientos embravecidos y de las tempestades asordaba la esfera y echaba por el suelo los bohios: los rios, crecidos con las lluvias y salidos de madre, arrastraban consigo peñascos y arboledas; y el mar tempestuoso, bramando horriblemente entre las isletas, peñascos y arrecifes de que el golfo está lleno, quebraba sus ondas en ellos, y amenazaba con naufragio y muerte inevitable á los atrevidos que se aventurasen á navegarle.

Pero el ánimo intrépido de Balboa desconocia los peligros, y su impaciencia no le permitia dilacion. Con sesenta castellanos tan arrojados como él se lanzó en el mar en unas canoas, donde tambien se embarcó Chiapes, que no quiso desampararle. Mas apénas habia entrado en el golfo, cuando embravecida la mar, les hizo arrepentirse de su arrojado temerario. Acogiéronse á una isleta, saltaron en tierra, y dejaron, por consejo de los indios, ligadas las canoas unas con otras. Creció el mar, cubrió la isla, y pasaron la noche con el agua hasta la cintura. Al amanecer se encontraron las barcas, hechas pedazos unas, abiertas otras, y llenas de agua y arena, sin comestibles ni equipaje alguno de los que dejaron en ellas. Calafatearon como pudieron las canoas hendidas con hierba y cortezas de árboles machacadas, y así volvieron á tierra hambrientos y desnudos.

El rincón del golfo en que arribaron estaba dominado

por Tumaco, un cacique que tambien quiso resistirse como los otros y tuvo el mismo desengaño. Huyó, y en su fuga le alcanzaron los chiapeses que le envió Balboa para persuadirle que se viniese de paz á él y le manifestasen cuán amigo era de sus amigos, y cuán terrible á los que se le resistian. No quiso Tumaco fiar su persona á las promesas de sus emisarios, y envió á un hijo suyo, que agasajado y regalado por Vasco Nuñez con una camisa y otras bagatelas de Castilla, fué restituido á su padre. Entónces él blandió y se vino para los españoles; y ó fuese movido de su buen trato, ó porque se lo aconsejó Chiapes, envió luego un criado suyo á su bohio, y de él trajeron en dón á los castellanos hasta seiscientos pesos en diferentes joyas de oro, y doscientas cuarenta perlas gruesas, sin otro gran número de menudas. Dilatóse el ánimo de los codiciosos aventureros con aquel tesoro, y ya les pareció que se acercaba el cumplimiento de las esperanzas que el hijo de Comogre les habia dado. Solo les dolia que el oriente de las perlas, por haber sido sacadas al fuego, no fuese más puro. Pero esto tenía remedio, y el Cacique fué tan bien tratado por aquella generosidad, que envió á sus indios á pescar más, y en pocos dias trajeron hasta doce marcos de ellas.

Allí fué donde vieron adornadas las cabezas de los remos de las canoas con perlas y aljófar engastados en la madera, de que se maravillaron mucho, y á peticion de Balboa se extendió por testimonio, sin duda para que así se diese crédito á lo que pensaba escribir de la opulencia del país al gobierno de España, no ménos necesitado y codicioso de oro que los descubridores. Mas todo era nada, segun Tumaco y Chiapes le dijeron, respecto de la abundancia y grosor de las perlas que se criaban en una isla que se divisaba á lo lejos en el golfo como á cinco leguas de distancia. Los indios le daban el nombre de Tre ó de Terarequi, y los castellanos la llamaron Isla Rica.

Bien quisiera Balboa ir á reconocerla y subyugarla: pero el miedo de otro temporal como el pasado le contuvo, y dejó la empresa para otra estacion. Despidióse, pues, de Tumaco, el cual, señalándole hácia el Oriente, le dijo que toda aquella costa corria delante y sin fin, que era tierra muy rica, y que sus naturales usaban de ciertas bestias en que ponian y conducian sus cargas. Para darse á entender mejor hizo en la tierra una figura grosera de aquellos animales: los castellanos, admirados, decian que eran dantas, otros que ciervos, y lo que el indio quiso figurar era el llama, tan comun en el Perú.

Hechos en aquella costa los actos de posesion que en la otra, y puesto á la tierra de Tumaco el nombre de provincia de San Lúcas, por el dia que en ella entraron, Balboa trató de volverse al Darien y se despidió de los dos caciques. Dicese que Chiapes lloró al tiempo de separarse de él; y en prueba de su confianza Vasco Nuñez le dejó los castellanos enfermos que tenía en su tropa, encargándole mucho que los cuidase hasta que se restableciesen y pudiesen seguirle. Con el resto y muchos indios de carga se puso en camino por diferente rumbo que el que habia traído, para descubrir más tierra. La primera poblacion que encontraron fué la de Techoan, que Oviedo llama Thevaca, el cual les agasajó mucho, les dió gran cantidad de oro y perlas, provisiones en abundancia, los indios necesarios para la carga, y á su hijo mismo para que gobernase aquella gente y sirviese de guia. Llevólos él á la tierra de un enemigo suyo llamado Ponca, señor poderoso, y segun los nuevos ahados, tirano insufrible de toda la comarca. Ponca huyó con su gente á los montes; pero tres mil pesos de oro hallados en su pueblo eran cebo bastante para empeñarse en hacerle venir y declarar de dónde sacaba aquella riqueza. Vencido al fin de amenazas y de miedo, se puso por su mal en manos de sus enemigos, que no perdieron momento hasta completar su ruina. Pregunta-

táronle de dónde sacaba el oro que tenía: dijo que sus abuelos se lo habían dejado, y que él no sabía más. Diéronle tormento, mantúvose en su silencio, y al fin fué echado á los perros con tres indios principales que quisieron seguir su triste fortuna. Dicese que era disforme de miembros, feísimo de cara, sanguinario en sus acciones, inmundo en sus costumbres. La culpa de su muerte es más de los indios que de los castellanos; pero éstos, al fin, no eran los jueces de Ponca.

Entretanto, los españoles que habían quedado con Chiapes, restablecidos ya de sus fatigas, se volvieron á su capitán. Pasaron por la tierra del cacique Bonouvamá, quien no contento con regalarlos y hacerlos descansar dos días en su pueblo, los quiso acompañar y ver á Vasco Nuñez. Llegado á su presencia, «aquí tienes, le dijo, hombre valiente, salvos y sanos á tus compañeros del mismo modo que en mi casa entraron. El que nos da los frutos de la tierra y hace los relámpagos y los truenos te conserve á tí y á ellos.» Miraba, esto diciendo, al cielo, y dijo otras muchas palabras que no se entendieron bien, aunque parecían ser de amor. Agasajóle mucho Balboa, asentó con él perfecta alianza y amistad; y despues de haber descansado treinta días en aquel paraje, prosiguió su camino.

Ibase haciendo cada vez más penoso y difícil, porque marchaban por tierras estériles y fragosas ó por pantanos en que se sumían hasta la rodilla. El país estaba casi enteramente despoblado; y si tal vez hallaban alguna tribu, era tan pobre, que con nada podía socorrerlos. Tal era, en fin, el trabajo y tal la estrechez, que algunos indios teochane-ses murieron de necesidad en el camino. Yendo así despeados y desfallecidos, divisaron un día en un cerro á unos indios que les hacían señales de que aguardasen. Hicieron alto los españoles, y ellos llegaron delante de Balboa, y le dijeron que su señor Chioriso los enviaba á saludarle en su nombre y á manifestar el deseo que tenía de mostrar su

amor á hombres tan valientes. Convidaronle á que se llegase al pueblo de su cacique y le ayudase á castigar á un enemigo poderoso que tenía, el cual poseía mucho oro, del que podría apoderarse. Y para obligarle más le presentaron de parte de Chioriso diferentes piezas de oro, que pesarian hasta mil y cuatrocientos pesos. Recibió Balboa con mucho gusto el mensaje; dió á los indios cuentas, cascabeles y camisas, y les prometió que á otro viaje iría á saludar á Chioriso. Partieron ellos contentísimos con su regalo, mientras que los españoles, cargados de oro y faltos de sustento, proseguían melancólicamente su viaje, maldiciendo las riquezas que los agobiaban y no los mantenían.

Entraron luego en el dominio del cacique Pocorosa, con quien hicieron amistad, y despues se dirigieron al de Tubanamá, régulo poderoso temido en toda aquella comarca y enemigo de la tribu de Comogre. Este indio estaba de guerra, y era preciso subyugarle; mas la gente de Balboa, consumida y fatigada con el viaje, no estaba á propósito para el trance de una batalla, y él prefirió la sorpresa al ataque descubierto. Eligió, pues, sesenta hombres los más bien dispuestos, hizo dos jornadas en un dia, y sin ser sentido de nadie, dió de noche sobre Tubanamá, y le prendió con toda su familia, en la cual habia hasta ochenta mujeres. A la fama de su prision acudieron los caciques vecinos á dar quejas contra él y pedir su castigo, como se habia hecho con Ponca. Respondia él que mentían, y que por envidia de su poder y de su fortuna le acusaban. Y viéndose amenazado de ser echado á los perros ó atado de piés y manos en un rio que cerca de allí corria, empezó á llorar dolorosamente, y llegándose acongojado á Balboa y señalando á su espada,—«¿quién, dijo, contra esta macana, que de un golpe hiende á un hombre, pensará prevalecer, á menos de estar falto de seso? ¿Quién no amará más presto que aborrecerá á tal gente? No me mates, yo te lo

ruego, y te traeré cuanto oro tengo y cuanto pueda adquirir.» Estas y otras razones dijo en tono tan lastimero, que Balboa, que nunca tuvo propósito de quitarle la vida, le mandó poner libre. Tubanamá en retorno dió hasta seis mil pesos de oro; y siendo preguntado de dónde le sacaba, dijo que no lo sabía. Sospechóse que hablaba de este modo para que los extranjeros dejasen el país; por lo cual Balboa mandó que se hiciesen catas y pruebas en algunos parajes donde se encontró tal cual muestra de aquel metal. Hecho esto, salió del distrito de Tubanamá, llevándose todas sus mujeres y también un hijo del Cacique para que aprendiese la lengua española y pudiese servir de intérprete á su tiempo.

Era ya pasada la Pascua: la gente estaba toda cansada y enferma, y él mismo aquejado de unas calenturas. Resolvió, pues, apresurar su vuelta, y llevado en una hamaca sobre hombros de indios llegó á Comogre, cuyo cacique viejo habia muerto, sucediéndole en el señorío su hijo mayor. Fueron allí recibidos los españoles con el agasajo y amistad acostumbrada; dieron y recibieron presentes, y despues de haber reposado algunos dias, Balboa se encaminó al Darien por la tierra de Ponca, donde encontró cuatro castellanos que venian á avisarle de haber llegado á aquel puerto dos navios de Santo Domingo con muchas provisiones. Esta alegre nueva le hizo apresurar más su camino, y con veinte soldados se adelantó al puerto de Cáreta. Allí se embarcó, y navegó hácia el Darien, donde llegó por fin el dia 19 de Enero de 1514, cuatro meses y medio despues de haber salido (1514).

Todo el pueblo salió á recibirle. Los aplausos, los vivas, las demostraciones más exaltadas de la gratitud y de la admiracion le siguieron desde el puerto hasta su casa, y todo parecia poco para honrarle. Domador de los montes, pacificador del istmo y descubridor del mar Austral, trayendo consigo más de cuarenta mil pesos en oro, un sin-

número de ropas de algodón y ochocientos indios de servicio, poseedor, en fin, de todos los secretos de la tierra y lleno de esperanzas para lo futuro, era considerado por los colonos del Darien como un sér privilegiado del cielo y la fortuna, y dándose el parabien de tenerle por caudillo, se creían invencibles y felices en su direccion y gobierno. Comparaban la constante prosperidad que habia disfrutado la colonia, la perspectiva espléndida que tenia delante, el acierto y felicidad de sus expediciones, con los infelices sucesos de Ojeda, de Nicuesa, y hasta del mismo Colon, que no habia podido asentar el pié con firmeza en el continente americano. Y esta gloria se hacia mayor cuando ponian la consideracion en las virtudes y talentos con que la habia conseguido. Este ponderaba su audacia, aquel su constancia; el uno su prontitud y diligencia, el otro la invencible entereza de ánimo con que jamás desmayaba y abatia; quién la habilidad y destreza con que sabía conciliarse los ánimos de los salvajes, templando la severidad con el agasajo; quién, en fin, su penetracion y prudencia para averiguar de ellos los secretos del país y preparar nuevas fuentes de prosperidad y riqueza para la colonia y para la metrópoli. Sobresalia entre estos elogios el que hacian de su cuidado y de su afecto por sus compañeros, con quienes procedia en todo lo que no era disciplina militar más como igual que como caudillo. Visitaba uno por uno á los dolientes y heridos; consolábalos como hermano; si alguno se le cansaba ó desfallecia en el camino, en vez de desampararlo, él mismo iba á él, le auxiliaba y le animaba. Viósele muchas veces salir con su ballesta á buscar alguna caza con que apagar el hambre de quien por ella no podia seguir á los otros: él mismo se la llevaba y esforzaba; y con este agasajo y este cuidado tenía ganados los ánimos de tal modo, que le hubieran seguido contentos y seguros adonde quiera que les quisiera llevar. Duraba muchos años despues la memoria de estas excelentes calidades, y

el cronista Oviedo, que seguramente no es pródigo de alabanzas con los conquistadores de Tierra-Firme, escribía en 1548, que en conciliarse el amor del soldado con esta especie de oficios, ningun capitán de Indias lo había hecho hasta entónces mejor ni áun tan bien como Vasco Nuñez.

Recogidos ya á la colonia los compañeros de la expedición, se repartió el despojo habido en ella, habiéndose ántes separado el quinto que pertenecía al Rey. El reparto se hizo con la equidad más escrupulosa entre los que habían sido del viaje y los que habían quedado en la villa. Después Balboa determinó enviar á España á Pedro de Arbolancha, grande amigo suyo y compañero en la expedición, á dar cuenta de ella y llevar al Rey un presente de las perlas más finas y más gruesas del despojo, á nombre suyo y de los demás colonos (Marzo de 1514). Partió Arbolancha, y Vasco Nuñez se dió á cuidar de la conservación y prosperidad del establecimiento, fomentando las sementeras para evitar las hambres pasadas y excusarse de asolar la tierra. Ya no sólo se cogía en abundancia el maíz y demás frutos del país, sino que se daban también las semillas de Europa, traídas por aventureros que de todas partes acudían á la fama de la riqueza del Darien. Envió á Andrés Garabito á descubrir diferente camino para la mar del Sur, y á Diego Hurtado á reprimir las correrías de los caciques que se habían alzado. Cumplieron uno y otro felizmente sus comisiones, y se volvieron á la Antigua dejando las provincias refrenadas. Todo, pues, sucedía prósperamente á la sazón en el istmo (1). Los contor-

(1) Balboa, según Herrera, hizo en este tiempo una expedición á las bocas del río, en la cual, á pesar de llevar consigo trescientos hombres, fué maltratado y herido por los indios barbacoas, y obligado á volverse sin fruto alguno al Darien. Ni en Angleria, ni en Oviedo, ni en Gamara hay mención alguna de esta jornada: y por otra parte, el número de españoles, la capacidad del capitán,

nos estaban pacíficos y tranquilos, la colonia progresaba. y los ánimos, engreídos con la fortuna y bienes adquiridos. se volvían impacientes y ambiciosos á las riquezas que les prometían las costas del mar nuevamente descubierto.

Pero estas grandes esperanzas iban á desvanecerse por entónces. Enciso había llenado la corte de Castilla de quejas contra Balboa; y el miserable fin de Nicuesa excitó tanta compasión, que el Rey Católico no quiso dar oídos á Zamudio, que le disculpaba, mandó prenderle, y así se hiciera si él no se hubiese escondido. A Vasco Nuñez se le condenó en los daños y perjuicios causados á Enciso, se mandó que se le formase causa y se le oyese criminalmente para imponerle la pena á que hubiese lugar por sus delitos. A fin de cortar de una vez los disturbios del Darien, determinó el Gobierno enviar un jefe que ejerciese la autoridad con otra solemnidad y respeto que hasta entónces, y fué nombrado para ello Pedrarias Dávila, un caballero de Segovia á quien por su gracia y destreza en los juegos caballerescos del tiempo, se le llamaba en su juventud el Galan y el Justador. A poco de esta elección llegaron Caicedo y Colmenares como diputados de la colonia, que trajeron muestras de las riquezas del país y las grandes esperanzas concebidas con las noticias que dieron los indios de Comogre. Caicedo murió muy luego, hinchado, dice Oviedo, «y tan amarillo como aquel oro que vino á buscar.» Pero la relacion que hicieron él y su compañero de la utilidad del establecimiento fué tal, que creció en el Rey la estimacion de la empresa, y acordó enviar una armada mucho mayor que la que pensó al principio. Y como los aventureros que iban á la América no soñaban

y la flaqueza de los enemigos hacen improbable su resultado. A no ser Herrera tan exacto y puntual, podría creerse que esta expedicion estaba confundida en sus *Décadas* con otra que hizo Vasco Nuñez más adelante en los mismos parajes y con el mismo mal éxito, ya cuando Pedrarias mandaba en la colonia.

sino oro. y era oro lo que buscaban allí, oro lo que quitaban á los indios, oro lo que éstos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la corte, y oro lo que en la corte se hablaba y codiciaba; el Darien, que tan rico parecia de aquel ansiado metal, perdió su primer nombre de Nueva Andalucía, y se le dió en la conversacion y hasta en los despachos el de Castilla del Oro.

Era entónces la época en que el rey Fernando mandó deshacer la armada aprestada para llevar al Gran Capitan á Italia á reparar el desastre de Ravenna. Muchos de los nobles que á la fama de este célebre caudillo habian empeñado sus haberes para seguirle á coger lauros en Italia, volaron á alistarse en la expedicion de Pedrarias, creyendo reparar así aquel desaire de la fortuna y adquirir en su compañía tanta gloria como riquezas. La vulgar opinion de que en el Darien se cogia el oro con redes, habia excitado en todos la codicia y alejado de sus ánimos todo consejo de seso y de cordura. Fijóse el número de gente que habia de llevar el nuevo gobernador en mil y doscientos hombres. Pero aunque tuvo que despedir á muchos por no ser posible llevarlos, todavía llegaron á dos mil los que desembarcaron: jóvenes los más, de buenas casas, bien dispuestos y lucidos, y todos deseosos de hacerse ricos en poco tiempo y volver á su país acrecentados en bienes y en honores.

Gastó Fernando en aquella armada más de cincuenta y cuatro mil ducados: suma enorme para aquel tiempo, y que manifiesta el interes é importancia que se daban á la empresa. Componíase de quince navíos bien provistos de armas, municiones y vituallas, é iban de alcalde mayor un joven que acababa de salir de las escuelas de Salamanca, llamado el licenciado Gaspar de Espinosa; de tesorero, Alonso de la Puente; de veedor, Gonzalo Fernandez de Oviedo el cronista; de alguacil mayor, el bachiller Enciso,

y otros diferentes empleados para el gobierno del establecimiento y mejor administracion de la hacienda real. Dióse título de ciudad á la villa de Santa María del Antigua, con otras gracias y prerogativas que demostrasen el aprecio y la consideracion del Monarca á aquellos pobladores; y en fin, para el arreglo y servicio del culto divino fué consagrado obispo del Darien fray Juan de Quevedo, un religioso franciscano predicador del Rey, y se le envió acompañado de los sacerdotes y demas que pareció necesario al desempeño de su ministerio. A Pedrarias se le dió una larga instruccion para su gobierno; se le mandó que nada providenciase sin el consejo del obispo y los oficiales generales, que tratase bien á los indios, que no les hiciese guerra sin ser provocado; y se le encomendó mucho aquel famoso requerimiento dispuesto anteriormente para la expedicion de Alonso de Ojeda, de que se hablará más adelante en la vida de fray Bartolomé de las Casas, donde es su lugar más oportuno.

Salieron de San Lúcar en 11 de Abril de 1514, tocaron en la Dominica y arribaron á Santa María. Tuvo allí Pedrarias algunos encuentros con aquellos indios feroces, saqueó sus pueblos, y sin hacer ningun establecimiento, como se le habia prevenido, bajó al fin al golfo de Uraba y surgió delante del Darien en 29 de Junio del mismo año. Envió al instante un criado suyo á avisar á Balboa de su arribo. El emisario creia que el gobernador de Castilla del Oro debería estar en un trono resplandeciente dando leyes á un enjambre de esclavos. ¿Cuál, pues, sería su admiracion al encontrarle dirigiendo á unos indios que le cubrian la casa de paja, vestido de una camiseta de algodón sobre la de lienzo, con zaragüelles en los muslos y alpargatas á los piés? En aquel traje, sin embargo, recibió con dignidad el mensaje de Pedrarias, y respondió que se holgaba de su llegada, y que estaban prontos él y todos los del Darien á recibirle y servirle. Corrió por el pueblo la noticia, y se-

gun el miedo ó las esperanzas de cada uno, empezaron á agitarse y hablar de ella. Tratóse el modo con que recibirian al nuevo gobernador: algunos decian que armados como hombres de guerra; pero Vasco Nuñez prefirió el que ménos sospecha pudiese dar, y salieron en cuerpo de concejo y desarmados.

A pesar de esto, Pedrarias, dudoso aún de su intencion, luego que saltó en tierra, ordenó su gente para no ir desapercibido. Llevaba de la mano á su mujer doña Isabel de Bobadilla, prima hermana de la marquesa de Moya, favorita que habia sido de la Reina Católica, y le seguian los dos mil hombres á punto de guerra. Encontróse á poco de haber desembarcado con Balboa y los pobladores, que le recibieron con gran reverencia y respeto, y le prestaron la obediencia que le debian. Los recién venidos se alojaron en las casas de los colonos, los cuales los proveian del pan, raíces, frutas y aguas del país, y la armada á su vez les proporcionaba los bastimentos que habia llevado de España. Pero esta exterior armonía duró poco tiempo, y las discordias, los infortunios y los sinsabores se sucedieron y amontonaron con la rapidez consiguiente á los elementos opuestos de que el establecimiento se componia.

Al dia siguiente de haber llegado, llamó Pedrarias á Vasco Nuñez, y le dijo el aprecio que se hacia en la corte de sus buenos servicios, y el encargo que llevaba del Rey de tratarle segun su mérito, de honrarle y favorecerle; y le mandó que le diese una informacion exacta del estado de la tierra y disposicion de los indios. Contestó Balboa agradeciendo la merced que se le hacia, y prometió decir con verdad y sinceridad cuanto supiese. A los dos dias presentó su informe por escrito, comprendiendo en él todo lo que habia hecho en el tiempo de su gobernacion: los rios, quebradas y montes donde habia hallado oro; los caciques que habia hecho de paz en aquellos tres años, y

eran más de veinte; su viaje de mar á mar; el descubrimiento del Océano Austral, y de la Isla Rica de las Perlas. Publicóse en seguida su residencia, y se la tomó el alcalde Espinosa. Pero el Gobernador, no fiándose de su capacidad, por ser tan jóven, comenzó por su parte con un gran interrogatorio á hacer pesquisa secreta contra él. Ofendióse de ello Espinosa, y ofendióse más Vasco Nuñez, que vió en aquel pérfido y enconado procedimiento la persecucion que Pedrarias le preparaba. Hubo, pues, de mirar por sí, y resolvió oponer á la autoridad del Gobernador, que le era adverso, otra autoridad igual que le favoreciese y amparase.

Para este fin acudió al obispo Quevedo, con quien Pedrarias, segun la instruccion que se le habia dado, tenia que consultar sus providencias. Rindióle toda clase de respetos, y se ofreció á toda clase de servicios en su obsequio. Dióle parte en sus labores, en sus rescates, en sus esclavos; y el prelado, por una parte llevado del espíritu de granjería que dominaba generalmente á todos los españoles que pasaban á Indias, y por otra conociendo que ninguno de los del Darien igualaba en capacidad y en inteligencia á Vasco Nuñez, pensaba hacerse rico con su industria, y todos sus negocios de utilidad se los daba á manejar. Hizo más, que fué poner de parte de Balboa á doña Isabel de Bobadilla, á quien el descubridor no cesaba de agasajar y regalar con toda la urbanidad y atenciones de un fino cortesano.

Así es que el Obispo le exaltaba sin cesar, encarecía sus servicios, y decia públicamente que era acreedor á grandes mercedes. Pesaban á Pedrarias estas alabanzas, y se ofendia quizá de que mereciese esta consideracion un hombre nuevo, nacido del polvo, y que en Castilla apenas habria osado levantar sus deseos á pretender ser su criado. La residencia entre tanto proseguia: el Alcalde mayor, ofendido de la desconfianza del Gobernador, miró con ojos de

equidad ó de indulgencia los cargos criminales que se hacian á Balboa, y le dió por libre de ellos; pero le condenó á la satisfaccion de daños y perjuicios causados á particulares, segun las quejas que se presentaron contra él. Levóse esto con tal rigor que, poseyendo á la llegada de Pedrarias más de diez mil pesos, de resultas de la residencia se vió reducido casi á la mendicidad. Mas no satisfecho el Gobernador con este abatimiento, todavía queria enviarle á España cargado de grillos para que el Rey le castigase segun su justicia por la pérdida de Nicuesa y otras culpas que en la pesquisa secreta se le imputaban á él solo. Eran de esta opinion los oficiales reales, que en el Darien, como en las demas partes de América, fueron siempre enemigos de los capitanes y descubridores. Pero el Obispo, que yéndosele Balboa, creia que se le iba la fortuna, hizo ver á Pedrarias que enviarle así á Castilla era enviarle al galardón y al triunfo; que la relacion de sus servicios y de sus hazañas hecha por él mismo y auxiliada de su presencia, necesariamente se atraeria el favor de la corte; que volveria honrado y gratificado más que nunca, y con la gobernacion de la parte de Tierra-Firme que él quisiese escoger, la cual, atendida la práctica y conocimiento que tenía del país, sería la más abundante y rica. Por lo mismo, lo que convenia á Pedrarias era tenerle necesitado y envuelto en contestaciones y pleitos, y entretenerle con palabras y demostraciones exteriores, miéntras que el tiempo aconsejaba lo que debia hacerse con él. El Obispo tenía razon; pero el mayor enemigo de Balboa no hubiera pensado en un modo más exquisito de perjudicarle que el que buscó su interesado protector para detenerle en el Darien. Persuadióse Pedrarias; se restituyeron á Vasco Núñez los bienes que tenía embargados, y se le empezó á dar por medio del Obispo alguna parte en los negocios del gobierno. Aun se creyó que volviese á tomar la autoridad principal, porque Pedrarias, habiendo adolecido grave-

mente á poco de haber llegado, se salió del pueblo á respirar mejor aire y dejó poder al Obispo y oficiales para que gobernasen á su nombre. Sanó empero, y la primera cosa que hizo fué enviar á diferentes capitanes á hacer entradas en la tierra, y dió particular comision á Juan de Ayora, su segundo, para que con cuatrocientos hombres saliese hácia el mar del Sur y poblase en los sitios que le pareciese conveniente. Dijose entónces que era con el objeto de oponerse á cualquiera gracia que la corte hiciese á Vasco Nuñez en premio de su descubrimiento, pretextando que la tierra estaba ya poblada por Pedrarias, y que Balboa no habia hecho otra cosa que verla materialmente y maltratar á los indios que encontró en ella.

Mas aún cuando no hubiera este motivo, la necesidad de desahogar la colonia prescribia imperiosamente esta medida. Empezaban ya á escasear los alimentos que habia llevado la flota. Un bohio grande que habian hecho junto al mar para almacenarlos, habia sufrido un incendio, y en él habia perecido una gran parte; otra se habia consumido, y el resto estaba para concluir. Adelgazáronse las raciones, y la falta de alimentos, la diversidad de clima y la angustia del ánimo empezaron á ejercer su influjo en los nuevos colonos. Preguntaban ellos cuando llegaron por el paraje en que se cogia el oro con redes, y los del Darien les respondian que las redes para coger el oro eran la fatiga, los trabajos y los peligros: así habian hallado ellos el que tenian, así los otros tendrian que procurarse el que codiciaban. Vinieron tras esto las enfermedades, la racion del Rey se acabó, creció la calamidad, y los que habian dejado en Castilla sus posesiones y sus regalos por correr tras la opulencia indiana, andaban por las calles del Darien pidiendo miserablemente limosna, sin hallar quien se la quisiese dar. Vendian unos sus ricas preseas y vestidos por pedazos de pan de maíz ó galleta de Castilla; hacíanse otros leñadores, y vendiendo por algun poco de

pan las cargas que traían, sustentaban algun tanto la vida; pacían otros á fuer de bestias las hierbas de los campos; y hubo, en fin, caballero que salió á la calle clamando que se moría de hambre, y á vista de todo el pueblo rindió el alma desfallecido. Morían cada dia tantos, que no podía guardarse ni orden ni ceremonial alguno en los entierros, y se hicieron zanjas para arrojarlos allí como en tiempo de contagio. Méenos necesidad habia entre los primeros pobladores; pero se advirtió en ellos una dureza en socorrer á los afligidos, que manifestó bien el poco gusto que habian tenido en su venida. Murieron, en fin, hasta setecientas personas en el término de un mes; y huyendo del azote, muchos de los principales desampararon la tierra con licencia del Gobernador, y se volvieron á Castilla ó se refugieron á las islas.

Salieron, pues, los capitanes de Pedrarias á reconocer la tierra y á poblar: Luis Carrillo al rio que llaman de los Anades; Juan de Ayora al mar del Sur; Enciso al Cenu; otros, en fin, á diferentes puntos en diferentes tiempos. No es de mi propósito dar cuenta de sus expediciones, ni contar una por una las violencias y vejaciones que cometieron; cómo robaban, saqueaban, cautivaban hombres y mujeres, sin distincion de tribu amiga ó enemiga. Los indios, pacíficos y tranquilos con la nueva política y artes de Balboa, volvieron sobre sí á vengar tantas injurias, y en casi todas partes se alzaron, embistieron y ahuyentaron á los españoles, que tuvieron que volverse al Darien, donde, aunque sus excesos se supieron, ninguno, sin embargo, fué castigado. Hasta el mismo Vasco Nuñez, que en compañía de Luis Carrillo salió á una expedicion á las bocas del rio y atacó á los indios barbacoas, participando ya de la mala estrella presente, fué atacado de improviso por aquellos salvajes en el agua, y roto y maltratado en la refriega, de que volvieron mal heridos Carrillo y él al Darien, donde al instante murió el primero. El temor y desaliento

que causaban estos continuos descalabros fué tal, que llegó ya á cerrarse en el Darien la casa de la fundicion: señal siempre de grande aprieto. Los árboles de las sierras, las hierbas altas de los campos, las oleadas del mar, se les figuraban indios que venian á asolar el pueblo. Las disposiciones de Pedrarias, todas desconcertadas, en vez de dar seguridad, aumentaban el miedo y la confusion; mientras que Balboa, mofándose de ellas, les recordaba los dias en que la colonia bajo su mando, tranquila dentro, respetada fuera, era reina del istmo y daba leyes á veinte naciones.

Mal contento de esta situacion Pedrarias, escribió á Castilla haciendo mucho cargo á Vasco Nuñez por no haber encontrado en el pais las riquezas y comodidades de que hablaba en sus relaciones con tanta jactancia. Los amigos de Balboa, por el contrario, escribieron que todo estaba perdido por el mal gobierno de Pedrarias y las insolencias de sus capitanes; que las reales órdenes no se ejecutaban, que no se castigaba á nadie, que á la llegada de Pedrarias el pueblo estaba bien ordenado, más de doscientos bohíos hechos, y la gente alegre, que cada dia de fiesta jugaba cañas; la tierra cultivada, y todos los caciques tan de paz, que un solo castellano podia atravesar de mar á mar seguro de violencias y de insultos. Pero ya en aquel tiempo mucha de la gente española era muerta; la que quedaba triste y desalentada, la campaña destruida y los indios levantados. Todo lo habia causado la residencia tomada á Balboa. Hubiéranle dejado descubrir, añadian, y ya se sabria la verdad de los ponderados tesoros de Dabaibe; los indios estarian de paz, la tierra en abundancia y los castellanos contentos. Tambien escribió Vasco Nuñez al Rey acusando duramente y sin rebozo alguno por los males de la colonia al Gobernador y sus oficiales. Pudo darle confianza para ello la certeza en que ya se hallaba del favor que le dispensaba la corte de resultas del viaje de Pedro

de Arbolancha. Hasta la llegada de Caicedo y Colmenares su opinion en Castilla habia sido siempre muy baja. Puede verse en las *Décadas* de Anglería el horror y el desprecio con que se le miraba. Espadachin, revoltoso, y áun rebelde, salteador y bandolero, son los dictados con que aquel escritor le mienta siempre (1). Mas despues que llegaron aquellos diputados, áun euando Colmenares no era amigo suyo ni le favorecia en sus relaciones, la pintura, sin embargo, que hicieron del establecimiento y de la conducta del jefe que le dirigia empezó á inclinar los ánimos en favor suyo y á darle consideracion y aprecio. Decíase que era un hombre esforzado y necesario, un caudillo inteligente, á cuya prudencia y valor se debia la consolidacion de la primera colonia europea en el continente indio: especie de mérito negado á todos los descubridores anteriores, y reservado para él solo. Él conocia los secretos de la tierra: ¿quién sabe el provecho que podría producir á su patria un hombre de aquel teson, de aquella pericia y fortuna? A este cambio de opinion pudieron contribuir eficazmente los informes favorables del ya ganado Pasamonte, el cual escribió de Vasco Nuñez como del mejor servidor que el Rey tenía en Tierra-Firme, y el que más habia trabajado de cuantos allí habian ido. Esto, sin embargo, no fué bastante para variar las disposiciones de la expedicion, ya muy adelantadas, ni el mando conferido á Pedrarias. Mas cuando despues llegó Arbolancha llevando consigo las riquezas, los despojos, las esperanzas brillantes que les habian dado las costas del mar Austral; cuando

(1) *Vaschus ille Nunnez, qui magis vi quam suffragiis principatum in Darianenses usurpaverat, egregius digladiator.* — (Pedro Mártir, década 2.ª, lib 5.)

Sin duda Enciso y los demas enemigos de Vasco Nuñez debian mofarse mucho de su destreza en las armas; porque Anglería, que estaba prevenido por ellos contra él, usa más frecuentemente para designarle de la calificación de *gladiator* que de otra ninguna.

oyeron que con ciento noventa hombres había hecho aquello para que se habían creído necesarios mil, y que de esos nunca había obrado sino con sesenta ó setenta á la vez; que en cuantos encuentros tuvo no había perdido un soldado; que había pacificado tantos caciques; que sabía tantos secretos; cuando se entendió su porte religioso y moderado, y la reverencia y docilidad con que tributaba á Dios y al Rey el reconocimiento y sumision debidos en todas sus prosperidades y fortuna, la gratitud y admiracion se dilataron en alabanzas sin fin, y Anglería mismo decia que aquel Goliath se había convertido en Eliseo, y de un Anteo sacrilego y foragido, en Hércules domador de monstruos y vencedor de tiranos (1). Hasta el anciano Rey, embelesado de lo que oia de Arbolancha, y con las perlas en las manos, salió de su genial indiferencia, y encargó formalmente á sus ministros que se le hiciese merced á Vasco Nuñez, pues tan bien le había servido. Por manera que si Arbolancha llegara ántes de que Pedrarias saliera, tal vez Balboa hubiera podido conservar su autoridad en el Darien, y los sucesos fueran muy diversos. No lo consintió su estrella, que ya le llevaba á su ruina, y las mercedes del Monarca llegaron al Darien á tiempo que, sin ser útiles ni al Estado ni á Vasco Nuñez, solo habían de acibarar los celos y la envidia del viejo y rencoroso Gobernador.

Dióse á Balboa el titulo de adelantado del mar del Sur y la gobernacion y la capitanía general de las provincias de Coiba y Panamá. Mandósele, sin embargo, estar á las órdenes de Pedrarias, y á éste se le encargaba que atendiese y favoreciese las pretensiones y empresas del Adelantado, de modo que en el favor que le hiciese conociera lo mucho que el Rey apreciaba su persona. Pensaba así la corte con-

(1) *E violento igitur Golia in Heliseum, ex Anteo in Herculem portentorum domitorem, transformatus hic noster Vaschus Balboa fuisse videtur. Mutatus ergo ex temerario in obsequentem, honoribus et beneficentia dignus est habitus.*—(Pedro Mártir, década 3.^a, lib. 8.)

ciliar los respetos que se debían al carácter y autoridad del Gobernador con la gratitud y recompensas que se debían á Balboa; pero esto, que era fácil en la corte, era imposible en el Darien, donde las pasiones lo repugnaban. Llegaron los despachos muy entrado el año de 1515. Pedrarias, que desconfiado y receloso solía detener las cartas que iban de Europa, hasta las de los particulares, detuvo los despachos de Balboa, con ánimo de no darles cumplimiento. No era de extrañar que así lo hiciese: las provincias que se le asignaban en ellos eran las que más prometían, así por su riqueza como por el talento del jefe que se les enviaba; mientras que las que quedaban sujetas á la autoridad de Pedrarias eran solamente las contiguas al golfo, y de ellas las de Oriente indómitas y feroces, pobres y agotadas ya las de Occidente.

No fué, empero, tan secreta la ratería del Gobernador, que no la llegasen á entender Vasco Nuñez y el Obispo. Levantaron al instante el grito, y empezaron á quejarse de aquella tiranía, principalmente el prelado, que hasta en el púlpito amenazaba á Pedrarias, y decia que daría cuenta al Rey de una vejacion tan contraria á su voluntad y servicio. Temió Pedrarias, y llamó á consejo á los oficiales reales, y tambien al Obispo, para determinar lo que habia de hacerse en aquel caso. Eran todos de opinion que no debían cumplirse los despachos hasta que el Rey, en vista de la residencia de Balboa y del parecer de todos, manifestase su voluntad. Pero las razones que les opuso el Obispo fueron tan fuertes y tan severas, cargólos con una responsabilidad tan grande, si por escuchar sus miserables pasiones suspendian el efecto de unas gracias concedidas á servicios eminentes y notorios en los dos mundos, que puso miedo en todos, y más en el Gobernador, que resolvió dar curso á los despachos, tal vez porque pensó allí mismo el modo de inutilizarlos. Llamaron, pues, á Vasco Nuñez y le dieron sus títulos, exigiendo préviamente palabra de que

no usaria de su autoridad ni ejerceria su gobernacion sin licencia y beneplácito de Pedrarias: ofreciólo él así, no sabiendo que en ello pronunciaba su sentencia, y se empezó á llamar públicamente Adelantado de la mar del Sur.

Esta nueva y reconocida dignidad no le salvó de un atropellamiento que sufrió poco despues. Viéndose pobre y perseguido en el Darien, y acostumbrado como estaba á mandar, quiso buscar camino para salir del pupilaje y dependencia en que allí se le tenía, y ántes de esta época habia enviado á Cuba á su compañero y amigo Andrés Garabito para que le trajese gente, con la cual por Nombre-de-Dios proyectaba irse á poblar en la mar del Sur. Volvió Garabito con sesenta hombres y provision de armas y de mas efectos necesarios á la expedicion, cuando ya se habia dado cumplimiento á los despachos y títulos de Balboa. Surgió á seis leguas del Darien y avisó secretamente á su amigo; mas no fué tan secreto, que Pedrarias dejase de entenderlo. Furioso de enojo, y tratando aquel procedimiento como criminal rebeldia, hizo prender á Balboa, y queria tambien encerrarle en una jaula de madera. Esta indignidad, sin embargo, no se puso en ejecucion: medió el Obispo, concedió el Gobernador á sus ruegos la libertad de Balboa, y volvieron á ser en apariencia amigos.

No se contentó con esto el infatigable protector. Era, como se ha dicho, Pedrarias viejo y de salud muy quebrada; tenía en Castilla dos hijas casaderas, y el Obispo emprendió formar entre él y Balboa un lazo que fuese indisoluble. Dijole que en tener oscurecido y ocioso al hombre más capaz de aquella tierra nadie perdia más que él mismo, puesto que perdia cuantos frutos pudiera producirle la amistad de Balboa. Éste al fin, de un modo ó de otro, habia de hacer saber al Rey la opresion y desaliento en que le tenía con desdoro suyo y perjuicio del Estado. Valia más hacerle suyo de una vez, casarle con una de sus hijas, y ayudarle á seguir la carrera brillante que la suerte

al parecer le destinaba. Mozo, hijodalgo y ya Adelantado, era un partido muy conveniente á su hija, y él podria descansar en su vejez, dejando en las manos robustas de su yerno el cuidado y estrépito de la guerra. Así los servicios que hiciese Vasco Nuñez se reputarian por suyos, y cesarian de una vez aquellas pasiones, aquellas contieudas tristes que tenian dividido en bandos el Darien y entorpecido el progreso de los descubrimientos y conquistas. Lo mismo dijo á doña Isabel de Bobadilla, que más afecta al descubridor, se dejó persuadir más pronto, y al fin inclinó al Gobernador á dar las manos á aquel enlace (1516). Concertáronse, pues, las capitulaciones, el desposorio se celebró por poder, y Balboa fué yerno de Pedrarias y esposo de su hija mayor doña María.

Fuése con esto el Obispo á Castilla creyendo que con aquel concierto dejaba asegurada la fortuna y dignidad de su amigo (1). Pedrarias le llamaba hijo, le empezó á honrar como á tal, y lo escribió así, lleno al parecer de gusto y satisfaccion, al Rey y á sus ministros. Despues, para darle ocupacion, le envió al puerto de Cáreta, donde á la sazón se estaba fundando la ciudad de Acla, para que acabase de establecerla y desde allí tomase las disposiciones convenientes para los descubrimientos en la mar opuesta. Hízolo así Balboa, y luego que asentó los negocios de Acla, empezó á dar todo el calor posible á la construccion de bergantines para la ansiada expedicion. Cortó allí la madera necesaria, y ella y las áncoras, la jarcia y clavazon, todo fué llevado á hombros de hombres de mar á mar,

(1) La llegada del Obispo á Castilla no se verificó hasta en 1518: y por cierto que no guardó aquí á su amigo los respetos y consecuencia que le debia. En su disputa con Casas delante del Emperador aseguró que el primer gobernador del Darien habia sido malo, y el segundo muy peor.

Véase Herrera, década 2.^a. lib. 4. cap. 4: Argensola, *Anales de Aragon*; Remesal, *Historia de Chiapa*

atravesando las veintidos leguas de sierras ásperas y fragosas que allí tiene el istmo de camino. Indios, negros y españoles trabajaban, y hasta el mismo Balboa aplicaba á veces sus brazos hercúleos á la fatiga. Con este teson consiguió al fin ver armados los cuatro bergantines que necesitaba; pero la madera, como recién cortada, se comió al instante de gusanos y no fué de provecho alguno. Armó otros barcos de nuevo, y se los inutilizó una avenida. Volviólos á construir con nuevos auxilios que trajo de Acla y del Darien, y luego que estuvieron á punto de servir, se arrojó en ellos al golfo, se dirigió á la isla mayor de las Perlas, donde reunió gran cantidad de provisiones, y navegó algunas leguas al Oriente en demanda de las regiones ricas que los indios le anunciaban. No pasó, empero, del puerto de Piñas; y parte por recelo de aquellos mares desconocidos, parte por deseo de concluir enteramente sus preparativos, se volvió á la isla y dióse todo á activar la construccion de los barcos que le faltaban.

Su situacion era entónces la más brillante y lisonjera de su vida: cuatro navíos, trescientos hombres á su mando, suyo el mar, y la senda abierta á los tesoros del Perú. Iba entre la gente un veneciano llamado micer Codro, especie de filósofo, que, venido al Nuevo Mundo con el deseo de escudriñar los secretos naturales de la tierra, y quizá tambien de hacer fortuna, seguia la suerte del Adelantado (1). Presumia de astrólogo y de adivino, y habia dicho á Balboa que cuando apareciese cierta estrella en tal lugar del cielo, corria gran riesgo su persona; pero que si salia de él, sería el señor más rico y el capitán más célebre que hubiese pasado á Indias. Vió acaso Vasco Nuñez la estrella anunciadora, y mofando de su astrólogo, dijo:—«Donoso estaria el

(1) De este Codro habla Oviedo en el cap. 2 del lib. 39 de su *Historia general*. y por lo que allí dice de él, se ve que le tenia en grande aprecio. El pasaje es curioso, y puede verse en el apéndice número 4.º

hombre que creyese en adivinos, y más en micer Codro.» Si este cuento es cierto, sería una prueba más de que allí donde hay poder, fortuna ó esperanza de haberlos, allí va al instante la charlatanería á sacar partido de la vanidad y de la ignorancia humana.

Así se hallaba, cuando de repente llegó una orden de Pedrarias mandándole que viniese á Acla para comunicarle cosas de importancia, necesarias á su expedición. Obedeció al instante sin sospecha de lo que iba á sucederle, ni se movió de su propósito por los avisos que recibió en el camino. Cerca de Acla se encontró con Pizarro, que salía á prenderle seguido de gente armada.—«¿Qué es esto, Francisco Pizarro? le dijo sorprendido: no solíades vos ántes salir así á recibirme.» No contestó Pizarro: muchos de los vecinos de Acla salieron también á aquella novedad, y el Gobernador, mandando que se le custodiase en una casa particular, dió orden al alcalde Espinosa para que le formase causa con todo el rigor de justicia.

¿Qué motivo hubo para este inesperado trastorno? Lo único que resulta en claro de las diferentes relaciones con que han llegado á nosotros aquellas miserables incidencias, es que los enemigos de Balboa avivaron otra vez las sospechas y rencor mal dormido de Pedrarias, haciéndole creer que el Adelantado iba á dar la vela para su expedición y apartarse para siempre de su obediencia. Una porción de incidentes que ocurrieron entónces vinieron á dar color á esta acusacion. Díjose que Andrés Garabito, aquel grande amigo del Adelantado, habia tenido unas palabras con él á causa de la india, hija de Cáreta, á quien Vasco Nuñez tanto amaba; y que ofendido por este disgusto y deseoso de vengarse, cuando Balboa salió la última vez de Acla, habia dicho á Pedrarias que su yerno iba alzado y con intencion de nunca más obedecerle. Lo cierto es que de los complicados en la causa sólo Garabito fué absuelto. Sorprendióse también una carta que Hernando de Argüello

escribía desde el Darien al Adelantado, en que le avisaba de la mala voluntad que se le tenía allí, y le aconsejaba que hiciese su viaje cuanto ántes, sin curarse de lo que hiciesen ó dijese los que mandaban en la Antigua. Por último, teníase ya noticia de que el gobierno de Tierra-Firme estaba dado á Lope de Sosa; y Vasco Nuñez, temiéndose de él la misma persecucion que de Pedrarias, habia enviado secretamente á saber si era llegado al Darien, para en tal caso dar la vela sin que los soldados lo supiesen, y entregarse al curso de su fortuna y descubrimientos. Los emisarios enviados á este fin, y las medidas proyectadas por el Adelantado, llegaron tambien á oídos del suegro suspicaz, pero con el colorido de que todo se encaminaba á salir de su obediencia. Reanimó, pues, todo su odio, que envenenaron á porfia los demas empleados públicos enemigos de Balboa, y soltando el freno á la venganza, se apresuró á sorprender su víctima y sacrificarla á su salvo. Fuele á ver, sin embargo, á su encierro, dióle todavía el nombre de hijo, y le consoló diciéndole que no tuviese cuidado de su prision, pues no tenía otro fin que satisfacer á Alonso de la Puente y poner su fidelidad en limpio. Mas no bien supo que el proceso estaba suficientemente fundado para la ejecucion sangrienta que aspiraba, volvió á verle y le dijo con semblante airado é inflexible:—«Yo os he tratado como á hijo porque creí que en vos habia la fidelidad que al Rey y á mí, en su nombre, debíades. Pero ya que no es así, y que procedeis como rebelde, no esperéis de mí obras de padre, sino de juez y de enemigo.—Si eso que me imputan fuera cierto, contestó el triste preso, teniendo á mis órdenes cuatro navíos y trescientos hombres que todos me amaban, me hubiera ido la mar adelante sin estorbármelo nadie. No dudé como inocente de venir á vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuese para verme tratado con tal rigor y tan enorme injusticia.» No le oyó más Pedrarias, y mandó agravarle las prisiones.

Sus acusadores en el proceso eran Alonso de la Puente y los demas publicanos del Darien; su juez, Espinosa, que ya codiciaba el mando de la armada, que quedaba sin caudillo con la ruina de Balboa. Terminóse la causa, y terminaba en muerte. Acumuláronse á los cargos presentes la expulsion de Nicuesa y la prision y agravios de Enciso. Todavía Espinosa, conociendo la enormidad de semejante rigor con un hombre como aquel, dijo á Pedrarias que, en atencion á sus muchos servicios, podia otorgársele la vida.—«Nó, dijo el inflexible viejo; si pecó, muera por ello.»

Fué, pues, sentenciado á muerte, sin admitírsele la apelacion que interpuso para el Emperador y Consejo de Indias. Sacáronle de la prision publicándose á voz de pregonero que por traidor y usurpador de las tierras de la Corona se le imponia aquella pena. Al oirse llamar traidor alzó los ojos al cielo y protestó que jamás habia tenido otro pensamiento que acrecentar al Rey sus reinos y señoríos. No era necesaria esta protesta á los ojos de los espectadores, que, llenos de horror y compasion, le vieron cortar la cabeza en un repostero y colocarla despues en un palo afrentoso (1517). Con él fueron tambien degollados Luis Botello, Andrés de Valderrábano, Hernan Muñoz y Fernando de Argüello: todos amigos y compañeros suyos en viajes, fatigas y destino. Miraba Pedrarias la ejecucion por entre las cañas de un vallado de su casa á diez ó doce pasos del suplicio. Vino la noche, faltaba aún Argüello por ajusticiar, y todo el pueblo arrodillado le pedia llorando que perdonase á aquel, ya que Dios no daba dia para ejecutar la sentencia.—«Primero moriria yo, respondió él, que dejarla de cumplir en ninguno de ellos.» Fué, pues, el triste sacrificado como los otros, seguidos de la compasion de cuantos lo veian, y de la indignacion que inspiraba aquella inhumana injusticia.

Tenia entónces Balboa cuarenta y dos años. Sus bienes fueron confiscados, y con todos sus papeles entregados

después en depósito al cronista Oviedo, por comisión que tenía para ello del Emperador. Alguna parte fué restituida á su hermano Gonzalo Nuñez de Balboa, y así éste como Juan y Alvar Nuñez, hermanos también del Adelantado, fueron atendidos y recomendados por el Gobierno de España en el servicio de las armadas de América, «acatando, según dicen las órdenes reales, á los servicios de Vasco Nuñez en el descubrimiento y población de aquella tierra.» No se explican así respecto de Pedrarias ni los despachos públicos ni las relaciones particulares. En todas se le acusa de duro, avaro, cruel; en todas se le ve incapaz de cosa ninguna grande; en todas se le pinta como despoblador y destructor del país adonde se le envió de conservador y de amparo. Por manera que ni á la indulgencia ni á la duda, aunque apuren todo su esfuerzo para justificarle y disculparle, le será dado jamás lavar este nombre aborrecido de la mancha de oprobio con que se ha cubierto para siempre (1). A Balboa, por el contrario, luego que callaron las

(1) Es preciso advertir aquí que la mala reputación de Pedrarias no proviene precisamente de sus desavenencias con Balboa, aunque haya contribuido en gran manera á ella la iniquidad usada con este descubridor. El conjunto de sus acciones en América, tal como le presentan todos los historiadores, da el resultado odioso que se expresa en el texto, y de un modo tan incontestable, que toda defensa es vana, como toda acriminación supérflua. No faltó en los tiempos pasados quien quisiese volver por su crédito, y un conde de Puñonrostro, en calidad de descendiente suyo, sacó la cara por él, y demandó en juicio al cronista Herrera por el mal que decía en sus *Décadas* de Pedrarias, alegando que de todo se le había dado por libre cuando se le declaró buen ministro del Rey en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba que la declaración podía libertarle de la pena, pero no quitar que lo que en verdad pasó no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan, unos impresos y otros manuscritos, en el archivo de Indias. Herrera hizo patente que aún le disimulaba mucho: cedió al fin el Conde, y el negocio se transigió en que un ministro del Consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasaje del historiador.

miserables pasiones que su mérito y sus talentos concitaron en su daño, los papeles de oficio, igualmente que las memorias particulares y la voz de la posteridad, le llaman á boca llena uno de los españoles más grandes que pasaron á las regiones de América.

FRANCISCO PIZARRO.

AUTORES CONSULTADOS.—*Impresos:* Francisco de Jerez. Agustín de Zárate. Garcilaso Inca. Francisco Lopez de Gomara. Antonio de Herrera. Pedro Cieza de Leon.—*Indditos:* *Memorias históricas y Anales del Perú*, de D. Fernando Montesinos. Gonzalo Fernandez de Oviedo, *Historia general de Indias*, parte III. *Las relaciones de Miguel de Estete*, del P. Fr. Pedro Ruiz Naharro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista. Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos á ella comunicados al autor.

Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor parecia haber cortado tambien las magníficas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase trasladado la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá; mas ni esta posicion, mucho más oportuna para los descubrimientos de Oriente y Mediodía, ni las frecuentes noticias que se recibian de las ricas posesiones á que despues se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y conquista. Nin-

ninguno tenía aliento para hacer frente á los gastos y arros-
trar las dificultades que aquel grande objeto llevaba neces-
sariamente consigo. El hombre extraordinario que habia
de superarlas todas áun no conocia su fuerza, y lo que
raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pi-
zarro tocaba en los umbrales de la vejez sin haberse seña-
lado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de
un grande imperio y el émulo de Hernan Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le
avontajase alguno ó le igualasen muchos de los que entón-
ces militaban en Tierra-Firme. Mas contenido en los limi-
tes asignados á la condicion de subalterno, su carácter
estaba al parecer exento de ambicion y de osadia; y bien
hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó
no podia ó no queria competir con ellos ni en honores ni
en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunspeccion á la timidez que
debía causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto
todo lo que entónces se contaba de ellos, y despues se ha
repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas.
Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se distinguió
tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitan y
murió despues en Navarra de coronel de infanteria; habido
en una mujer cuyo nombre y circunstancias por de pronto
se ignoraron; arrojado al nacer á la puerta de una iglesia
de Trujillo; sustentado en los primeros instantes de su
vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le
diese de mamar, fué al fin reconocido por su padre; pero
con tan poca ventaja suya, que no le dió educacion ni le
enseñó á leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en
guardar unas pjaras de cerdos que tenía. Quiso su buena
suerte que un dia los cerdos, ó por acaso ó por descuido,
se le desbandasen y perdiesen: él de miedo no quiso vol-
ver á casa, y con unos caminantes se fué á Sevilla, desde
donde se embarcó despues para Santo Domingo á probar

si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era ménos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen más aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas están en oposicion con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera (1); otras están verosimilmente exageradas. Él era, sin duda alguna, hijo natural del capitán Pizarro; su madre fué una mujer de Trujillo, que se decia Francisca Gonzalez, de padres conocidos (2) y de Trujillo tambien. Su educacion fué en realidad muy descuidada: se cree por los más que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren, alguna vez aprendió á leer, fué ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron á ello: escribir ni áun firmar es cierto que nunca supo (3). Lo demas es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspeccion prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto más gloriosa cuanto de más bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia es al tiempo de la última expedicion de Ojeda á Tierra-Firme (1510), cuando ya Pizarro tenía más de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles

(1) En un discurso ó papel en derecho present'ado al Rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gracia que se le concedió del título de marqués con veinte mil vasallos, se dice así:

«Francisco Pizarro, señor, caballero de la orden de Santiago, despues de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro, su padre, y Hernando Pizarro, su hermano, pasó á las islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colon, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron», etc.

(2) Llamábanse Juan Mateos y María Alonso.

(3) Vease el Apéndice.

en aquella afanosa empresa hizo el aprendizaje de la carrera difícil en que después se había de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demás compañeros, cuando Ojeda, después de fundar en Urubá la villa de San Sebastián, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona de mayor confianza para su gobierno y conservación.

Contados están en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron después vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, así como los debates y pasiones que después se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que ningun papel hizo en ellos. Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como había obtenido la de Ojeda, y después la de Pedrarias, del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las expediciones más importantes: Vasco Nuñez al mar del Sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitán Gaspar de Morales en el viaje que de orden del último gobernador hizo desde Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las más sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atención sino por lo que contribuyeron á aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitán, y el crédito y confianza que se granjeó con los soldados, los cuales no una sola vez se lo

pidieron á Pedrarias, y marchaban más seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello, su ambicion dormia: ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenía en abundancia; y despues de catorce años de servicios y afanes, el capitán Pizarro era uno de los moradores ménos acaudalados de Panamá. Así es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, miéntras que el clérigo Hernando de Luque ponía en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó ajenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo ménos para tener noticias más positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponian descubrir. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur, y llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí, peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama, sin duda, habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel paraje el rumor de las expediciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenian con aquella gente belicosa sobre la dominacion del país. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los indios decian, pasar por caminos ásperos y sierras en extremo fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entónces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo despues morir el capitán Juan Bartsurto, á quien Pedrarias tenía dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querían entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retrafáanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismos las regiones que caían hácia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de Noviembre de 1524, debiéndole seguir despues Almagro con más gente y provisiones. El navío dirigió su rumbo al Ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitán subir por el rio de Birú arriba en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde habia andado ántes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviese.

Pero ni los avisos de Andagoya ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma; los pocos bohíos que hallaban, desamparados; el cielo siempre lloviendo; el suelo, áspero en unas partes, y en otras cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacían: ninguna caza, ninguna fruta, ningún alimento; ellos cargados de

las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres días, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto, donde hicieron agua y leña, y despues de andar algunas leguas más, se volvieron á él á ver si podian repararse en la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenian, y dos mazorcas de maíz, que se daban diariamente á cada soldado, no podian ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dicese que al arribar á este puerto se temian los unos á los otros, de flacos, desfigurados y miserables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el pais no era más de sierras, peñas, pantanos y continuos aguaceros, con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecian, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habian salido de allí. Consolábalos su capitan, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenía de llevarlos á tierras donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servian de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrudece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demas en su ruina.

Viendo, en fin, que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que habia en el barco, y unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, miéntras que

Pizarro y los demas que quedaban seguian' luchando con las agonías del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarias entónces á aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. Él no sólo alentaba á los soldados con blandas y amorosas razones, que sabía usar admirablemente cuando le convenia, sino que ganaba del todo su aficion y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que más podia convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacía barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacía con ellos las veces, no de caudillo y capitán, sino de camarada amigo. Este esmero no bastó, sin embargo, á contrarestar las dificultades y apuros de la situacion y del país. Como sólo se mantenian de las pocas y nocivas raíces que encontraban, hinchábanseles los cuerpos, y ya veintisiete de ellos habian sido víctimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieran al fin si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maíz.

Pizarro entónces no estaba en el pueblo. Sabiendo que á lo lejos se habia visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los más esforzados, y dieron, en efecto, con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y solo dos pudieron ser habidos, que no acertaron á correr tan ligeramente como los demas. Hallaron tambien cantidad de cocos, y como una fanega de maíz, que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacian á sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del Nuevo Mundo donde se los veia saltar de aquel modo.—«¿Por qué no sembráis, por qué no cogéis, por qué andáis pasando tantos trabajos por robar los bastimentos ajenos?» Pero estas sencillas reconvenciones del sentido comun y de la equidad natural fueron escuchadas

con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo, que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debían hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos días, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron *de la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores; el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrían encima de los cuerpos; el cielo siempre relampagueando y tronando; los naturales huidos ó escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron, sin embargo, algunas sendas, y guiados por ellas, después de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maíz, raíces, carne de cerdo, y lo que les dió más satisfacción, bastantes joyuelas de oro bajo, cuyo valor ascendería á seiscientos pesos. Este contento se les aguló cuando, descubriendo unas hollas que hervían al fuego, vieron manos y piés de hombres entre la carne que se cocía en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar más, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un paraje de la costa que llamaron *Pueblo Quemado*, y está como á veinticinco leguas del puerto de Piñas: tan poco era lo que habían adelantado después de tantos días de fatigas. Allí desembarcaron, y

conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrían entre los manglares, que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado tambien, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situacion á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra alrededor no tan estéril ni triste como las que habian visto, determinó recogerse en él y enviar el navío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitan acordó que saliese Montenegro con los soldados más dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entretanto se mantenian reunidos acechando lo que los castellanos hacian, y meditando el modo de echar de sus casas á aquellos vagamundos que con tal insolencia venian á despojarlos de ellas. Así, luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro, lanzando sus armas arrojadizas con grande algazara y gritería. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor; y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos, que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que más sobresalian. De este modo fueron muertos tres castellanos, y otros muchos heridos. Los indios, luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendia más de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabian, dar de pronto sobre el lugar, donde imaginaban que solo habrian quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro; mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo teson y furia que en la otra páрте. Animaba él á los suyos con la voz y con el ejemplo, y los indios, que le veian se-

Caerse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre y le apretaron de modo, que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pié con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demas, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entretanto seguia, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvajes, que se retiraron al fin, dejando mal herido á Pizarro y á otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es, con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido que no les convenia permanecer allí siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la expedicion Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habian encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenian de encontrar buena tierra.

Miéntas que con tanto afan y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parajes, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debia seguirle, se hizo á la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos dias ántes de que llegase á Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veia en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió tambien en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habian dado en que entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin le ganó el lugar, no quiso detenerse en él, y pasó adelante en

busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado así por un soldado de este apellido que allí falleció; el rio del Melon, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho así por el aspecto que tenían las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y, últimamente, el rio que llamaron de San Juan, por ser aquel el dia en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porcion de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podian percibir con ello, se convertia en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creian perdidos, de modo que, desconsolados y abatidos, determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenia hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para reharerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades, que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les habia dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa como favorable primero. Trataba entónces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez, que se le habia alzado en Nicaragua, y no queria que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razon; pero él alegaba las malas noticias traídas por Nicolás de Rivera, y culpaba altamente la obstinacion de Pizarro, á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, segun ya se ha visto,

era tan pertinaz como duro y receloso. Decía á boca llena que iba á revocar la comision y á prohibir que fuese más gente allá. La llegada de Almagro, más rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el maestrescuela Hernando de Luque, amigo y auxiliador de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiría á las ganancias de la empresa sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual, halagada su codicia, cedió de la obstinacion y alzó la prohibicion que tenía dada para el embarque (1). Puso, sin embargo, la condicion de que Pizarro habia de llevar un adjunto, como para refrescarlo y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para más autorizarle se dió el título de capitán; pero á pesar de la buena fe y sana intencion con que este acuerdo se hizo, luego que fué sabido por Pizarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacía; y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazon, pudiéndose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que despues sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fué en Enero del año siguiente (1526). Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo propor-

(1) Esta asociacion de Pedrarias á la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron más confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transaccion con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso. (Véase el apéndice 3.º)

cionar, y entónces fué cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedicion, y los dos popian en ella la licencia que tenian del Gobernador, y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa (1). Y para dar mayor solemnidad á la asociacion y enlazarse con los vínculos más fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la misa á los dos, y dividiendo la Hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con las otras dos dió de comulgar á sus compañeros. Los circunstantes, poseidos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto; mientras que otros consideraban que ni aún así se salvaban los asociados de la imputacion de locura que su temerario propósito merecia para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con más rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo (2). Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atencion al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas

(1) Véase el apéndice 2.º y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quién era el verdadero asociado, á quien Luque no hacia más que prestar su nombre.

(2) Es la expresion de Robertson, el más moderado y juicioso de los escritores extranjeros que han hablado de nuestras cosas en el Nuevo Mundo.

al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heroicos, que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervencion del cielo. No plegue á Dios jamás que la pluma con que esto se escribe propenda á disminuir en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambicion; pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los modernos europeos tan ajenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo comun, y por lo comun tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que ántes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido ántes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenía apariencia de ser algo más poblada y rica, y ménos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron, donde hallaron algun oro y provisiones y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el pais de léjos y de cerca no presentase más que altas montañas, ciénagas y rios, de manera que no podian andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas; Almagro volvió á Panamá en uno de los navíos, para alistar más gente con el oro que habian cogido, y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fué el paso más adelantado y se-

guro que se habia dado hasta entónces para encontrar el Perú. Él descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasaos, debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que venian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, despues de haberlos examinado algun tanto, y los efectos que traian consigo, dióles libertad para que se fuesen á la playa, quedándose sólo con tres de los que le parecieron más á propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, segun pareció, á contratar con los indios de aquella costa; y por esto entre los demas efectos que contenia la balsa habia unos pesos chicos para pesar oro, contruidos á manera de romana, de que no poco se admiraron los castellanos. Llevaban además diferentes alhujelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y caicedonias, mantas, ropas y camisetas de algodón y lana, semejantes á las que ellos traian vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del país. Esto fué ya para los españoles una novedad extraña y agradable; pero mucho más lo fué su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fe á lo que oian, teniéndolo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo, Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él, llegó Almagro con el socorro que traia de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla, que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia te-

nido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios; y aunque se sabía que á fuerza de representaciones y diligencias del maestrescuela Luque, traía encargo expreso del Gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal, sin embargo, el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del Gobernador. Este, á la verdad, sentia la pérdida de tantos castellanos; pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daría todo el favor que pudiese (1). Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá, el Gobernador le salió á recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos, aprovechando tan buena disposicion, se hicieron al instante al mar, siguiendo el mismo rumbo que ántes habia llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo, donde se detuvieron quince dias, rehaciéndose de las necesidades pasadas; y continuando su viaje, entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban más adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbes, á quienes Pizarro hacía con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra, abundante en maiz y en hierbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales, tan intratables y

(1) Al maestrescuela no le daban allí otro nombre á la sazón que el de *Hernando el loco*, por el empeño que tenía en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponían suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

egrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo ménos mientras no fuesen más gente. Pusiéronse, pues, á deliberar lo que les convenia hacer. Los más decian que volverse á Panamá, y emprender despues el descubrimiento con más gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento, y pobres, expuestos á la risa y mófa de sus contrarios y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictámen era que se debia buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navios por más gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas quanto la situacion requeria; porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni ántes ni despues se conoció en él, ó arrasado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente que no se maravillase fuese de aquel dictámen quien, yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro, si eso le agradaba más. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias, de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideracion que los oian, los cuales pudieron sossegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su passion y abrazarse como amigos. ¡Dichoso si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse despues

Establecida así la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenía de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron ántes todos los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho más oportuno para sus fines. Almagro, por tanto, dió la vela para Panamá, y Pizarro, con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba despues de tantos refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navio que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces, se quejaban de su inhumanidad y dureza. «¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del hombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magnificas esperanzas que se les habian dado al salir? El poco oro recogido en los asaltos que de tarde en tarde hacian, se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese más víctimas al matadero; y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin más alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raíces malsanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asaeteados por los indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y despues de tantos refuerzos como Almagro habia traído,

eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastar les debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel miserable resto á su inhumana terquedad y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez más de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendía por aquel lado con más teson y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo, en fin, perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo ménos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales.»

No era fácil responder, ni mucho ménos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los jefes, recelando que fuesen todavía más ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que así la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos; pero este abuso de confianza produjo entónces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, más sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro, á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial, en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluian con la súplica más vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer (1). Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de algodón que un sol-

(1) Gomara dice que este memorial fué escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos. Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acaba así:

Pues señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor,
Y aquí queda el carnicero.

dado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la mujer del Gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entónces y encontrado el escrito, el Gobernador, que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos y excusar más desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podían remediar. Ayudó mucho á esta resolucion ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitán. Así, á pesar de los ruegos, reclamaciones y aún amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el Gobernador, sordo á todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navios á recoger aquellos miserables y traérselos á Panamá.

Hallábanse ellos entre tanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, ménos las que naciañ de las hostilidades de los naturales; porque los indios, por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogidose á tierra firme. Llegaron los dos navios, y mostrada por Tafur la órden del Gobernador, fué tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro sólo era el descontento. sus dos asociados le escribian que á todo trance (1) se mantuviese firme y no malograrse la expedicion volviéndose á Panamá; que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo, pues, el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa, «volveos en buen hora, les dijo, á Panamá los que tanto afán teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza y los desaires que os esperan. Pésame de que así que-

(1) La expresion literal era: «Que aunque supiese reventar, etc.

rais perder el fruto de tan heroicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbes os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no direis jamás que vuestro capitan no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre más de vosotros que de sí mismo.»

Ni se persuadian ellos por tales razones, cuando él, sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo de Oriente á Poniente, y señalando al Mediodía como su derrotero, «por aquí, dijo, se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere.» Dicho esto, pasó la raya, siguiéndole sólo trece de todos cuantos allí habia: arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdaderamente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos esos valientes españoles; pero los más memorables entre ellos son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candía, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que despues hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán (1).

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno de los navíos, como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con él los indios de Tumbes y una corta porcion de maíz por toda provision. Él, viéndose solo con tan poca gente, determinó abandonar la isla del Gallo, donde

(1) Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fué Tafur, quien por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan pueden verse en la capitulacion inserta en el apéndice 4.º

los naturales podían volver y exterminarlos, y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa y á tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podía resarcir los demas inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuéle puesto el nombre de Gorgona, por las muchas fuentes, rios y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol allí, jamás deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra la dan un aspecto salvaje y horrible: propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir á pescar á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maíz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel pais insalubre necesariamente habia de contraer, ni al desaliento consiguiente á ellas, pues, aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los dias, y el socorro no llegaba: cualquier remolino de olas, cualquiera celaje que viesen á lo léjos se les figuraba el navío. La esperanza, engañada tantas veces, se convertia en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeando á Panamá, cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmentada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debia inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navío solo con la marinería nece-

saria para la maniobra, y conducíalo Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y experiencia lo que él escribia al Gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron ménos que las lástimas de los demás. Al oirlas se desbandó toda la gente que Almagro tenía alistada para enviar á su compañero: el Gobernador, pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que, vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío, pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

Él, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que á su situacion convenia; y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle (1), y todos los indios de servicio que allí tenían, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos, monta en el navío y dirige su rumbo por donde le habia ántes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte días halla y reconoce la isla que despues se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbes: paraje desierto, pero consagrado á la religion del país, donde un adoratorio y diferentes alhajuelas de oro y plata que allí hallaron, contruidos en figuras de piés y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del país que iban buscando. Al dia siguiente, navegando siempre adelante, se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos con camisetas y mantas y armados á su usanza. Eran

(1) Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Páez y de Trujillo; pero estos apellidos no están entre los trece que ántes tiene expresados y despues repite al contar las mercedes que les hizo el Emperador.

de Tumbez é iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbez. En medio de la extrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual, baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los castellanos tierra de promision comparándola con las que habían visto hasta allí. Surge, en fin, el navío en la playa de Tumbez; los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijesen á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios, que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio país. La maravilla y la curiosidad crecian, cuando llegando á tierra aquellos indios y dirigiéndose al instante al Curaca del pueblo, que así llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los extranjeros y de lo que les contaron los indios intérpretes que traian. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fué enviado al navío en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazón uno de aquellos nobles peruanos, á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traian pusieron despues los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y á los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo ménos de admirarse del reposo y buen seso y de las preguntas atinadas y prudentes que el oregon le hacía. Dióle, por tanto, alguna noticia del objeto de su viaje, de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religion católica. Todo lo oia con atencion y sorpresa

el peruano, y entrenido con las novedades que veía y escuchaba, se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fué de más precio para él, una hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidiéronse de este modo amigablemente, y rogando el oregon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el Curaca los viese, condescendió el capitán, mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habian dicho los de las balsas. Todo los desatinaba: la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedia; quién hacía lavar al negro para ver si le quitaba la tinta que á su parecer le cubria; quién tentaba la barba á Alonso de Molina, y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mujeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, segun podia, á lo que le preguntaban. Las mujeres sobre todo, más curiosas y más expresivas, no cesaban de acariciarle y de regalarle, y áun dábanle á entender que se quedase allí y le darian una moza hermosa por mujer. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extranjerios, no lo estaba ménos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. A ojos acostumbrados tantos meses á no ver más que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces, y miserables bohios, debió sin duda causar tanta alegría como asombro hallarse do

pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policía, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una fortaleza; á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y plata en abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navio, y lo encarecía de tal modo, que Pizarro, no atreviéndose á darle fe, quiso que saliese á tierra Pedro de Candía para informarse mejor. Candía tenía otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina; era además alto, membrudo, de gentil disposicion; y las armas resplandecientes de quo salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron á los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneracion, tal vez como un sér favorecido de su númen tutelár. Llevaba al hombro un arcabuz, que por las noticias que dieron los indios de las balsas le rogaron que disparase; él lo hizo apuntando á un tablon que estaba allí cerca, y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro (1). Agasajado y acariciado con tanto afecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servían. Llamábanlas *mamaconas*; estaban consagradas al sol, y su ocupacion, despues de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finisimos de lana. El agasajo y expresion viva y afectuosa de aquellas criaturas, simples é inocentes, interesarian sin duda ménos al curioso extranjero que las planchas de oro y plata de que estaban cu-

(1) Aquí añaden las relaciones antiguas, que los indios sacaron un tigre y un leon á ver si se defendia de ellos; que Candía disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo; ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del Nuevo Mundo.

biertas á trechos las paredes del adoratorio y prometian tan largo premio á su codicia y la de sus compañeros. Despidióse, en fin, del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país (1), se volvió al navío, en donde refirió cuanto habia visto con expresiones harto más ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entónces no quedó ya duda al capitan español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habian abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedaje que recibia, sentia que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcázar y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encarecidas. Su buena fortuna le excusó entónces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los incas no habian empezado aún: Huayna-Capac vivia, y las fuerzas todas de aquel grande Estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran exterminado, ó por lo ménos no les dejaran destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron despues.

Las noticias adquiridas en Tumbez no llenaron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir más país. Su anhelo era ver si podia hallar ó tener noticia de Chíncha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió, pues, su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre despues, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el

(1) Eran dos llamas, que los españoles, dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.

puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaque, donde despues se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y, en fin, el puerto de Santa, á nueve grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas más de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá; que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un país tan grande y tan rico. Él lo juzgó así tambien, y el navío volvió la proa al Occidente, siguiendo el mismo camino que habia llevado hasta allí.

A la ida y á la vuelta, los indios, prevenidos por la fama, salieron en todas partes á su encuentro con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. «Juzgaban de ellos entónces por lo que habian visto en Tumbes,» segun la candorosa expresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban, eran consiguientes á la idea que tenian de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó, un jarro de plata y una espada que se les habia perdido en un vuelco de balsa que padccieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podian desear; presentes muchos, de mantas y collares de chaquira; oro no les daban, porque los castellanos, segun las juiciosas disposiciones de su capitán, ni lo pedian, ni lo tomaban, ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho á los indios y encareciéndoles el valor de esta confianza. Molina quedó en Tumbes, y Ginés en otro punto más atras. Ya ántes, Bocanegra, otro marinero, se habia escapado del navío en la costa de Colaque por disfrutar de la bondad de la gente y de la risueño del país, sin que las diligencias que hizo su capi-

tan para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar más los vínculos entre unos y otros y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que despues bautizado se llamó D. Martin, y el otro Felipillo, harto célebre despues por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía ni alcanza en intereses, al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extranjeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no habia podido satisfacerla á la ida, y habia prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luégo que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon, quanto que Alonso de Molina, que casualmente habia tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, habia sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iria el navío para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capiltana, que así entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles á decir, además, «que para dar más confianza á los extranjeros, ella queria fiarse primero del capitan, é iria al navío á verlos á todos, y despues les dejaria en él prendas bastantes para què estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen.» Pizarro, para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navío al instante y fuesen á saludarla el

tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcon y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de beber, diciendo que así se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y despues añadió que quería inmediatamente ir al navío y rogar al capitan que saltase en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navío, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posicion permitia, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó que pues siendo mujer se habia atrevido á entrar en el navío, el capitan, que era hombre, podria mejor salir á tierra, quedando allí cinco de los más principales de sus indios para que lo hiciese con toda confianza; á lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo habia hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban alrededor del navío más de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y así lo hicieron, por más que Pizarro portió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en orden, con ramos verdes y espigas de maíz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio principal

estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Siguióse el banquete, compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza, que los indios ejecutaron con sus mujeres, admirándose los españoles cada vez más de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacían y la obligación en que por ellas les estaba. Para acreditarla, en el momento les indicó la errada religion en que vivían, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Dijoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traería personas que los adocrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponía. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el más á propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron más corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la bandera, y por dar gusto á su huésped, la alzaron tres veces, bien así como por burla, no creyendo que se comprometían nada en ello, y bien seguros de que no había en el mundo otro rey más poderoso que su inca Huayna-Capac.

Los españoles, agasajados y honrados de este modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal extremo, que sus compañeros se burlaban de él, y decían que parecia más bien soldado galan de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de órden de

Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquella era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubon de terciopelo, sus calzas negras, un escofion de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Así salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarría. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza, porque sea que ella fuese de hermosa disposicion, sea que su dignidad y cortesia le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar y á mostrar su aficion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcon, que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió á su capitan licencia para ello. Negóselo resueltamente Pizarro, conociendo su poco juicio; y él, viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros y á dar muestras de querer herirles con una espada rota que acaso se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba; sus improprios y voces se dirigian todos á llamarlos «bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano;» por donde se venia en conocimiento que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galantería y presuncion. Para excusar, pues, los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido, no fué de peligro ni de enojo á sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesí, si bien inclina á creerle verle comprendido despues en las gracias y honores que el Emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bo-

nanza en aquel dichoso viaje. Pizarro, ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse más en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona, recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado, pues el otro era muerto; y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá (á fines del año 1527). Allí entró al fin, despues de más de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradiccion de los hombres.

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiente á la gran perspectiva de gloria y de riqueza que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista: empresa por cierto harto más ardua y costosa. Medios no los tenian, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro; en Pedrarias no podian ó no querian confiarse; y por otra parte, depender de ajena mano en empresa de tanta importanciá era exponerse á los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron, pues, acudir á la corte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los titulos y autorizacion competente para dar por sí mismos cima á lo que tenian comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fué quién habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la corte, no se prestaba fácilmente á ello. Luque, conociendo el carácter de sus dos compañeros, queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo ménos fuesen los dos á negociar. Pero Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debia ir sino Pizarro; que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos nunca oidos que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para

ir á Castilla á pedir al Rey aquella gobernacion; que esto se hacia mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que habia visto y reconocido el país podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictámen desinteresado: Pizarro se rindió al fin, y Luque, condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que despues sucedió, en aquellas palabras proféticas:—«¡Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis el uno al otro la bendicion, como Jacob á Esaú! Yo holgara todavía que á lo ménos fuérades entrambos.»

Determinóse en seguida que la negociacion debia dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demas de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta expedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro Candía y algunos indios vestidos á su usanza, con muestras de oro, plata y tejidos del país, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apénas habia saltado en tierra cuando fué preso á instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Barien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traia tan magnificas esperanzas; y el que poco tiempo despues habia de eclipsar con su fausto y su poder á los próceres y á un príncipes de su tiempo se vió vergonzosamente encareclado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traia consigo. No duró mucho, sin embargo, la prision; porque noticioso el Gobierno de sus descubrimientos y proyectos, dió órden de que al instante se le pusiese en

libertad y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la corte á la sazón se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedido. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magnificas, y sabia dar grande interes á lo que contaba. Tal se presentó delante del Emperador; y al pintar lo que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por extender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Carlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al Consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser más oportuna: Carlos V, entónces halagado por la victoria y por la fortuna, se veía en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, arbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontifice en Bolonia la corona imperial; y como si todó esto junto fuese aún poco, puestos dos españoles á sus piés, aquél acabando de darle un grande y rico imperio, éste presentándose á ofrecerle otro más vasto y más opulento.

Viéronse, en efecto, en aquella ocasion Hernan-Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aún se dice que eran amigos. Cortés venía á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magni-

ficencia, bizarría y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del Emperador y de la corte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entónces al descubridor del Perú, le fueron por ventura ménos útiles que la prudencia y maestria de sus consejos. Util le fué tambien la especie de ingratitud usada entónces con Cortés, á quien, á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fué concedido el mando político de un reino en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierto, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior ni áun igual.

La ambicion, hasta entónces ó dormida ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud. No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entónces al Perú, sino que procuró tambien para sí el título de Adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades que, segun lo convenido, debia negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaldía de la fortaleza de Tumbes, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaracion, en fin, de hidalguía, y la legitimacion de un hijo natural, no podian ser para Almagro mercedes y honores suficientes á disminuir la distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponía respecto de él. Ménos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbes para un hijo suyo cuando estuviese en edad de desempeñarlo,

no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candía fué hecho capitán de la artillería que habia de servir en la expedición, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenían aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna, los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba no podían competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador, y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debia establecerse en Tumbes, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector general de los indios en aquellos parajes, con mil ducados de renta anual (1).

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del Emperador; la ciudad de Tumbes murada y almenada con un león y tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrero que así decia: *Caroli Cæsaris, auspicio, et labore, ingenio, ac impensa ducis Pizarro inventa et pacata*. Ofende la soberbia y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda; pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bizzarria verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no

(1) Él, sin embargo, se daba despues por quejoso, así de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribia al cronista Oviedo. (Véase la *Historia general* de éste, capitulo I del libro 45.)

hacía más que acabar de descubrir. Habíase obligado por la capitulación hecha con el Gobierno á salir de España para su expedición en el término de seis meses, y llegado á Panamá, emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Éralo, pues, forzoso ganar tiempo y aprovechar los pocos medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiesen prontamente en Indias los despachos que iba á llevar, y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre-de-Dios. La diligencia no podía ser más oportuna, pues ya Pedrarias en Nicaragua, aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía, en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aún á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habían ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á excitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

El, entretanto, se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Había anteriormente pasado por Trujillo, con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes y disfrutar la satisfacción, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si ántes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no había hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que había mediado desde su partida, le recibió sin duda entónces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenía, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se presentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la expedición, se em-

barcó en los cinco navíos que componían su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que había capitulado con el Gobierno. Sus medios eran tan cortos, y la empresa tan desacreditada, á pesar de sus magníficas esperanzas, que no había podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debía sacar de España. El plazo señalado estrechaba: ya el Consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso también instigado por algún enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navíos aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La orden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta no se les dejase salir. Él, temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela (19 de Enero de 1530) al instante en el navío que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candía, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de ménos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navío delantero. De este modo el que á su llegada de Indias había sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, también por no poder ocurrir á los gastos en que se había empeñado tenía que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navíos, y preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedición, Hernando Pizarro, Pedro de Candía y otros pasajeros (1). La contestación fué tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques

(1) Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de Enero de 1530: existe todavía el documento auténtico de todo aquello, y de él se deduce que eran cinco los navíos que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban a la conquista.—(Extractos de Muñoz, año 1530.)

siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Gomera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los países adonde iban. Huyó, pues, de allí como de una tierra enemiga, y dióse priesa á llegar á Nombre-de-Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinticinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros. y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vínculos que los unian. No dejó, sin embargo, Almagro de darle sus quejas á solas: «era extraño, por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como excluido de los grandes favores de la corte y limitado á la alcaldía de Tumbez: gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre nosotros, á la fe jurada, á los trabajos padecidos, á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo más sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo viéndose así excluido de sus justas esperanzas con tan poca estimacion, ó más bien con tanto vilipendio.» A esto contestó Pizarro que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia; que la gobernacion no podia darse más que á uno; que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demas vendria fácilmente despues, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande, que habria sobrado para los dos; por último, que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente; pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado

acaso á sosegar todas las inquietudes si Pizarro no trájera sus cuatro hermanos consigo. Pues ¿cómo presumir despues de lo pasado que el Gobernador pospusiese los intereses de ellos á los de su amigo? Ni ¿cómo, aunque así fuese, conllevar entretanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos, que todo lo despreciaban y todo les parecia poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron despues se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista; pero no es ménos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que despues sobrevinieron, y aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho: legítimo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el Gobernador; Francisco Martin de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el más señalado y el que influyó más en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposicion de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar; su valor era á toda prueba, su actividad infatigable; en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cortesano más flexible, más artero, más liberal; no habia en América español más altivo, más soberbio ni más ambicioso. No miraba él la corte sino como instrumento de sus miras; no consideraba los hombres sino como siervos de su interes ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible á los castellanos, astuto, disi-

mulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el Gobernador, á cuya elevacion y dignidad lo sacrificaba todo, y parecia el mal genio destinado á viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones (1).

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado además con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasia, por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba más al desprecio que á la estimacion cuando no se le consideraba más que por lo exterior sólo. Hernando Pizarro y sus hermanos recién venidos no le podian considerar de otro modo, y más al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenian en su corazon traspiraba á veces en sus ademanes, y á veces tambien en sus palabras. Almagro, resentido, se conducia cada vez con más indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingratos; y esta triste disposicion se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugerencias traídas y llevadas todos los dias por amigos, enemigos y parciales. Llegaron á tanto, en fin, los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sujetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el Gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Hernando de Soto, ricos vecinos de Leon, en Nicaragua, los cuales, propietarios de dos navios y soldados experi-

(1). «E de todos ellos Hernando Pizarro sólo era legitimo, é más legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura é grueso, la lengua é el labio gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne é encendida; y este fué el desavenidor y estorbador del sosiego de todos.»—Oviedo, *Historia general*, lib. 46, cap. I.

mentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la expedicion y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase éste á la sazón en Panamá, y además de ser amigo de todos ellos, tenía en la empresa, segun se ha sabido despues, una parte harto más considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase á no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del Rey hasta que se diese á Almagro una gobernacion que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algun tanto los ánimos por entónces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la expedicion. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y llevando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres (1). Con este miserable armamento, más propio

(1) Esta salida fué en los últimos dias del año 1530 á primeros del 31, segun se deduce de la relacion manuscrita del padre Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el dia de San Juan Evangelista del año de 1531, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosímil, segun esto, que la salida se dilatase hasta Febrero, como lo expresa la relacion antigua de

de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio más grande y civilizado del Nuevo Mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo más de ocasion y de fortuna, y á tener noticias más puntuales de la extension y fuerzas del país, es de creer que no se aventurasen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entónces sólo se informaban de las riquezas de una region, y no de su resistencia; esta en su arrojó era nula; allá iban, y allá se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la expedicion tomó tierra fué la bahía de San Mateo; allí se determinó que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navios fuesen costeando casi á la vista unos de otros. Vencieron con su acostumbrada constancia las dificultades que les ofrecía el país en aquella direccion, por los rios y esteros que tenian que atravesar; y llegaron, en fin, al pueblo de Coaque, rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los indios, viéndolos venir, los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente extranjera. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fué entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los indios, despavoridos, se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al Cacique escondido en su propia

Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice expresamente que la salida fué á principios del año 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demás, la autoridad del padre Naharro en esta parte es incontestable. porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

casa, y traído delante del Capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen, viendo euán contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los españoles. Pizarro le aseguró, diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomara cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del Cacique, y proveyeron por algun tiempo de bastimento á los castellanos; pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por más diligencias que se hicieron pudiesen despues ser habidos.

Fué considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar las muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro (1). Hizose de todo un monton, de donde se sacó el quinto para el Rey, y se repartió lo demas, segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos, era poner de manifesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa, que despues habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo así, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla, y la codicia, que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navíos salieron de allí, dos para Panamá y uno para Nicaragua, á mostrar las piezas de oro ricas y visto-

(1) Dícese que muchas de estas esmeraldas se perdieron por quererlas probar con martillo, para distinguirlas de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábales esto fray Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedicion con otros religiosos de su órden, asegurándoies que la verdadera esmeralda era más dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile, pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba. —(Herrera, década 4.^a, lib. 7, cap. 9.)

sas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir á militar en la expedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna, y les pedia que le enviasen en los navíos hombres y caballos. Él entre tanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron á experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era éste como el último esfuerzo que hacía la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fué harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos, y amanecían unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, acometió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de verrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrian curar. Los que se las cortaban se desangraban, y á veces hasta morir; los otros tenian por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros y cada vez se hacía más cruel. Renovábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonías, miéntras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del país que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navíos no venian, y ya desalentados y afligidos, pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra ménos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navío que les traía bastimentos y refrescos. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la expedicion, y los demas oficiales reales que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian, en fin, llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y más con la esperanza que Alma-

gro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caraques y otras comarcas habitadas de indios, llegaron, por último, á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbes, pudieron considerarse á las puertas del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz ó por temor á sus armas ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces extranjeros: harto más arduos eran los que la naturaleza les ponía, y ya los habian vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcázar, uno de los capitanes que más se señalaron despues en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el Gobernador tenía otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para despues venir á Tumbes y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos; y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los españoles con más confianza ó más espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que, segun las relaciones antiguas, infundieron los intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Los castellanos, conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á Tierra-Firme á disuadir las

dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas con que los indios trataban de exterminarlos á su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas, ó no? La decision es dificil cuando no tenemos á la vista más que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay más motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro, informado un dia de que el principal cacique se reunia con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió á buscarlos á todos, y traídos á su presencia, los reconvinó asperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá y se entregasen los otros á los indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devastaciones. Ellos, viendo en poder suyo á sus víctimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detras á manera de reses de matadero.

Los de Puna, viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los españoles no solo en el real donde tenian hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que por más desamparados, parecian más fáciles de ofender; pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrian

hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo, sin embargo, aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvían una vez y otra al ataque con nueva furia, para dispersarse despues y esconderse en los pantanos y manglares del país. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos días, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen más que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro, conociendo que no era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veía los males que sus indios habían traído sobre sí con su doblez y alevosía: á él, como su cacique, convenía atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les mandase dejar las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase los castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio «que él no había dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le había imputado; que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle era gustoso de mandar lo que quería, y daría orden á los indios para que dejaran las armas.» Así lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos, decían á gritos que nunca tendrían paz con gente que tanto mal les había hecho.

En tal estado de cosas, llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venían algunos infantes y caballos. Fué este capitán considerado desde entónces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general que á él se le había ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire

con la templanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor, manifestados en todas las ocasiones de importancia, le granjearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimación de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta más razón, cuanto que los soldados estaban ya causados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aún del contagio de las verrugas, y todos deseosos de establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente excusarse, la de Tumbes, por el contrario, ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entónces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habian pasado á Puna, allí los tumbecinos habian hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, allí habian tenido la feroz satisfaccion de sacrificar por su mano á los caciques, y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados, parte al sacrificio y parte á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecía. Beneficios eran estos que debian asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales; y, sin embargo, no la aseguraron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosía y la perfidia que pudieran temerse del enemigo más encarnizado. Los españoles, al verse asaltados así, debieron sentir tanta sorpresa como indignacion, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se ha-

eran interesantes por su novedad y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en dar, agradecidos al recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecian á los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto, y acreedores á toda doblez y alevosía. No tenian, pues, los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservacion debia necesariamente instigar á repeler de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo parte en los navíos y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los indios pudieron coger por ir más delanteros, despues de ayudarles cortésmente á salir á tierra. los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos les cortaron los miembros, y áun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenian puestas al fuego donde tristemente perecieron. Las demas balsas iban llegando, cuál con más cautela, cuál con ménos, y los indios las acometian y robaban el herraje y ropa que llevaban perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del Gobernador, que iba en una de ellas. Los hombres que salian á tierra, como se vieron sin capitan y sin guia, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la grito y al bullicio del desórden, Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un entero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida los indios no tuvieron aliento para sostenerse, y abandonaron el

campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar, y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no solo yermo, sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y más los de Nicaragua, al comparar los trabajos que allí padecian y la devastacion que miraban, con las delicias de su paraíso, que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veian en pié, y prometió quedarse en su servicio.—«Yo he estado en el Cuzco, añadia, yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra.» Mandó el Gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella region; de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas más comunes, sino tambien en chapear las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los españoles; pero ellos, escarmentados é incrédulos, no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que habia servido al marinero Bocanegra, escrito, segun se decia, por él, y donde habia estas palabras: «Los que á esta tierra viniéredes, sabed que hay más oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.» El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo más efecto que cerrarles la fe y los oidos á las grandes cosas que aquel indio contaba despues, y que otros que iban llegando repetian.

Quiso tambien Pizarro saber de él cuál habia sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco ántes que llegase el ejército habian sido muertos los dos, uno en Tumbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias segun la pasion ó las miras de los que las daban. Quién decia que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del país; quién que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habian sido cogidos, alanceados por los insulares; quién, en fin, que llevados á que los viese el inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y á pesar de la perfidia y crueldad usada por los tumbecinos con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedian, y permitirles que volviesen á poblar su lugar desamparado. Revolvía ya en su pensamiento fundar en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados; y que siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese tambien refugio seguro para su retirada en caso de descalabro. Conveniale, pues, pacificar la comarca y no dejar enemigos á sus espaldas. Con este objeto no sólo se reconcilió con los indios de Tumbez, sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos (16 de Mayo de 1532), y con una parte de él envió á Hernando de Soto á hacer otro por la sierra. Los indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya habia entre ellos del poder y valor de los españoles, y más todavía con los castigos que hicieron en los que con razon ó sin ella sospecharon que se les querian oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los serra-

nos, menospreciando su gente por tan poca; mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el inca Huayna-Capac habia hecho construir en aquellas alturas. Los despojos que hubieron de la refriega con los indios, y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra, acrecentaron la alegría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real: de manera que el Gobernador, viendo esta buena disposicion, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecucion sus intentos.

Procedióse en seguida á la fundacion del nuevo asiento, que se llamó la ciudad de San Miguel, en los valles de Tacgarala, á treinta leguas de Tumbes, veinticinco del puerto de Payta, y ciento veinte de Quito. Fué la primera poblacion española en aquellas regiones, y despues, por ser malsano el sitio primero, se trasladó á las orillas del rio Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero, y segun las instrucciones que traia, su policia y regimiento, y le dió las reglas más oportunas para su conservacion y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que habia de ser en todo caso el fundamento y apoyo de sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por vía de depósito el repartimiento del territorio, segun tenian de costumbre los españoles en todas las demas partes de Indias. En esta distribucion cupo Tumbes á Hernando de Soto, sea que el Gobernador quisiese indemnizarle así del cargo de su segundo, que habia conferido á su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecian su persona y sus servicios. Hizose tambien entónces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del Rey despachó el general á Panamá los navíos que estaban en Payta, escribiendo á su compañero Almagro que se diese priesa á venir con toda la gente que pudiese. Sospchábase de él

que trataba de hacer armada y gente para salir á descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas, por todo cuanto habia mediado entre ellos, que no diese lugar ni á sospechas ni enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas así las cosas, todavía se detuvo algun tanto en arrancar con su gente. Necesitaba tomar más amplias noticias de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba á someter, y por otra parte, daba lugar con la dilacion á que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios á la consecucion de su empresa, vista la poca gente que tenia consigo. Pero estos refuerzos no llegaban; y no queriendo perder reputacion con los indios si más se detenia; ni tampoco la ocasion que le presentaban las divisiones de los dos incas para sojuzgarlos á uno y otro, movióse al fin de los valles donde estaba, y con solo ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban á caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose á Caxamalca (24 de Setiembre de 1532) (1).

La monarquía que los españoles iban á destruir se extendia de Norte á Sur por aquellas costas del nuevo con-

(1) Esta es la fecha que pone Jerez á la salida, y debe estarse á ella, y no á la de Herrera, que la señala en el 4 del mismo mes. La relacion de Jerez es propiamente un diario de la expedicion, y en esta diversidad de cómputos debe estarse más bien á su dicho que al de otro ninguno. Tambien hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que ciento sesenta, otros que los ciento setenta y siete expresados en el texto. Pero, ¿á qué extrañarlo, cuando Jerez y Herrera no están acordes ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto, á la verdad, es de mucha importancia; pero esto sería una prueba de que aun los autores más puntuales no están libres de estas ligeras inexactitudes, y que, cuando la historia descende á tales menudencias, es muy fácil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro, en su carta á los oidores de Santo Domingo, dice que eran sesenta de caballo y noventa peones.

tinente sobre setecientas leguas, y su origen subia, segun la tradicion de los indios, á una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel país desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilizacion comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran más activos, más belicosos é inteligentes que los otros; y como apenas hay nacion alguna que por supersticion ó por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, tambien los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un dia un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneracion y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama-Oello, y diéronse por hijos del Sol, cuyo culto y adoracion predicaban; amaestrados por él en todas las artes de buena policia y de virtud, y venidos por orden suya á enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir alrededor de sí algunas tribus errantes de la comarca, enseñando Manco á los hombres el cultivo de los campos, y Oello á las mujeres á hilar y á tejer y demas labores propias de su sexo. La sumision y obediencia que por este camino se granjearon de ellos eran correspondientes á los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominacion y de su influjo, los llevaron á fundar una ciudad en un valle montuoso, á ochenta leguas de la laguna. Esta ciudad fué el Cuzco, silla en adelante y cabeza del imperio de los incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al Sol, allí dieron á su culto más pompa y aparato, mayor autoridad y majestad á sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del Sol; casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenian.

Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una suce-

cion de doce príncipes, que, parte por la persuasión y parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominación y sus leyes por la inmensa region que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo ó sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que más dilató el imperio fué el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del Sur hasta Chile, y por la del Norte hasta Quito; bien que, segun la mayor parte de los autores, no fué él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos. Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio despues de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelion de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sábias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se granjeó más veneracion y respeto de sus pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicacion, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducian del Cuzco al Quito en una extension de más de quinientas leguas. De estos dos caminos uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, á la distancia propia y conveniente, de estancias ó aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el Monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos: obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su inca, y que al

principio tan útiles, después fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del país.

Huayna-Capac murió en Quito, dejando el imperio á Huascar, su hijo mayor, habido en la Coya ó emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo, á quien quería mucho, llamado Atahualpa, joven de grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fué de sus abuelos maternos, no previendo los tristes efectos que de semejante particion se seguirian. Suponen otros que esta desmembracion no fué obra de Huayna-Capac, sino de Atahualpa, que, hallándose bienquisto del ejército de su padre, y ganando con promesas y lisonjas á los dos generales principales Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del país que habia pertenecido á sus mayores. Esta diferencia de tradiciones en hechos tan recientes manifiesta lo mal informados que estaban los españoles, ó el influjo que sus pasiones tenian en lo que contaban, segun que cada uno queria disculpar ó acriminar la resistencia de Atahualpa á la voluntad de su hermano (1), el cual, queriendo absolutamente mantener la integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco, y que Atahualpa, so pena de ser tratado como enemigo, viniese á rendirle la obediencia y le restituyese las mujeres, alhajas y tesoros del inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar á Atahualpa, le estimularon más á soste-

(1) Véase la contradicción que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. 11, lib. 7, década 4.ª, con el cap. 1, lib. 3, década 5.ª: en el primero la particion del Estado suena hecha por Huayna-Capac; en el segundo es la ambicion de Atahualpa la que quiere poseer á Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre.

ner con la fuerza sus pretensiones ó sus derechos; y dando el primero la señal á la guerra civil, salió con su ejército de Quito, dirigiéndose hácia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales á su partido y engrosando sus fuerzas al paso que marchaba. Llevaba esperanzas de que su hermano, más jóven que él y de índole más mansa y más pacífica, vista su resolución y temiendo su poderío, se allanase á dejarle en la posesion en que estaba y se confederase con él. Mas Huascar envió á su encuentro un ejército, cuyos generales, reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y despues de tres dias de un obstinado combate, le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban, entregados á la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una mujer, rompió la pared de su prision, y pudo escaparse á los suyos. Dícese que para darles aliento á seguirle y volver á la pelea, les hizo creer que el Sol, su padre, le habia libertado, convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero, y que le prometia la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y más que ella su diligencia y valor, ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. Él los atacó, los desbarató, y el estrago de una y otra parte fué tal, que largos años despues se veian con asombro en el campo de batalla las reliquias miserables de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acababa de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazon, y no puso límite alguno ni á sus pretensiones ni á sus deseos. La roja borla, insignia real de

los incas, con que se ciñó la frente en Tomebamba, anunció al agitado Perú, que era ya capital, la contienda entre los dos hermanos, y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa, como bastardo, no podía sentarse en aquel trono, herencia sagrada y exclusiva de los hijos legítimos del Sol. Pero la falta de título se suplía con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran ménos de usurpador artificioso que de monarca ofendido é irritado. Desdoran, con efecto, su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, ó por mejor decir, de crueldad, que iba dando segun adelantaba en su marcha. Asoló á Tomebamba, castigó las tribus que habian abandonado su partido, y una de ellas, la de los cáñaris, de quien tenía mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por más demostraciones de humillacion y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres á millares, y que sus corazones fuesen esparcidos por las sementeras, diciendo «que queria ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores.» Con esto siguió su camino hácia el Cuzco, y se situó en Caxamalca, desde donde podia atender á los movimientos de su competidor y á la marcha y miras de los castellanos, cuya entrada ya sabia y empezaba á darle cuidado.

Fué, pues, indispensable á Huascar juntar nuevo ejército y salir personalmente á defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entónces, bien que ni por la experiencia, ni por la calidad, ni por la confianza, pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima; y éstos más hábiles ó más felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento, en el que, por su mal, iba Huascar, y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores se adelantaron á ocupar la capital, y Atahualpa, noticioso de su fortu

na, ordenó que su hermano fuese llevado vivo á su presencia (1).

Entretanto, Pizarro al frente de su pequeño escuadron avanzaba para encontrarle. La marcha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspeccion necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Así es que, aunque de San Miguel á Caxamalca no hay más que doce grandes jornadas, los españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es exceso, atendidos los estorbos que tenían que superar. Miétras más avanzaban, más noticias tenían del poder y fuerzas del monarca que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambicion y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolucion verdaderamente bizarra y propia de su carácter hizo entender á sus soldados que los que quisiesen volverse á avecindarse en San Miguel podian hacerlo en buen hora, y allí se les señalarian indios con quien sustentarse, como á los demas que habian quedado, pues él no queria que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando más en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo, que en el número de muchos desalentados. Cinco de á caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia, la cual parecerá por ventura más temeridad que valentia á los que consideren bien cuánto valia cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas, y cuán difícil era poder suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

(1) En el modo de contar estos sucesos hay mucha variedad en los autores españoles. En el texto se ha seguido la narracion de Zarate, que es la más clara, la mas consistente y la más probable. Otros hacen proceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades.

Purgado así el ejército de aquellos pocos cobardes, los demas siguieron alegres y animosos adonde su capitán los llevaba. Por fortuna, en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas ó siniestras interpretaciones les infundian tal vez recelo en algun paraje, este recelo se disipaba al punto que llegaban, con la amistosa disposición de los indios y con el buen hospedaje que de ellos recibian. Dijo á Pizarro que en un pueblo llamado Caxas habia gente de guerra de Atahualpa esperando á los castellanos. Él envió allí un capitán con algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro dia de marcha sentó su real en el pueblo de Zaran, y allí esperó las resultas del reconocimiento mandado. El capitán encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad, y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que allí tenían de cobrar las contribuciones y de otras costumbres del país. El capitán español, que no solo reconoció á Caxas, sino á Guacabamba, otro pueblo cercano á él y más grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los rios, de las acequias, de las fortalezas que tenían construidas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército; en fin, de la fábrica de ropas que habia en Caxas, donde muchedumbre de mujeres hilaban y tejian vestidos para los soldados del Inca. Contaba tambien que á la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los piés, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro á gozar de una mujer, y de habérselo consentido los porteros que las guardaban. Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos á lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra, hechos con tanta prevision é inteligencia; en fin, una policia y un órden tan bien observados y tan fuera de lo que se conocia en las regiones que habian recorrido, debió dar á entender

a los españoles que era muy diferente gente la que iban a experimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del monarca á cuya presencia se dirigian.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traia de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificiosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahummase con ellos, segun el uso de los principales del país. Añadió que el Inca le encargaba decirle que queria ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y cortedad del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar á cualquiera áun ménos cauteloso que Pizarro. Él, sin embargo, aparentó recibir el regalo con estimacion y agrado, y dijo al indio que recibia agradecido aquella demostracion de amistad de parte de tan gran príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que noticioso de las guerras que sostenia contra sus enemigos, se habia movido para servirle en ellas con aquellos compañeros y hermanos suyos, y muy principalmente además para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos dias queria estar con ellos descansando lo podia hacer en buen hora. Él se quiso volver al instante á su señor, y entónces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fué muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodón y lana entretejida con oro y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habian transitado, se enviaron á San Miguel, adonde el Gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el Inca, y encargando á aquellos españoles que conservasen á toda costa la paz con los indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos, donde los recibieron de paz, los españoles se hallaron á orillas de un caudaloso rio muy poblado de la otra parte. Recelando algun impedimento, mandó Pizarro á su hermano Hernando que lo pasase á nado con algunos soldados, para divertir á los indios y pasar él entretanto con la demas gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el rio á los españoles; solo pudieron alcanzarse algunos pocos, á quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar; y como ninguno de ellos respondiese á lo que se les preguntaba de Atahualpa, hizo dar tormento á uno, el cual declaró que el Inca, mal enojado con los castellanos y resuelto á acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pié de la sierra, otro en la cima, y el último en Caxamalca. Dijo además que así lo habia oido, y que tenía motivos de saberlo, por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al Gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipajes, llevando los caballos á nado. Alojóse en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado á llamar un cacique de las cercanías, éste vino, y de él entendió que Atahualpa se hallaba más adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con más de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y así el tormento dado al indio á quien ántes se apremió fué una crueldad bien supérflua, pues su declaracion era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplejidad el ánimo del Gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad, enviando á un indio de su confianza que espíase la estacion, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensajero, pareciéndole que así podia hablar con el Inca y traer mejor relacion de todo. Túvolo á bien Pizarro, y le mandó

que fuese y le saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer á nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba, y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenía, si quería aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado tambien de avisarle con uno de los compañeros que llevaba, si habia en la tierra gente de guerra, como se les habia dicho ántes.

Despues de tres dias de camino por tierras fáciles y apacibles, llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenian el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chincha sin dificultades ni peligros. Por esta razon se inclinaban muchos á que se tomase esta direccion y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el General, altamente convencido de que todo el buen éxito de su expedicion consistia en avistarse cuanto ántes con el Inca, les hizo entender cuán impropio era de españoles huir de las dificultades y perder reputacion. ¿Qué pensaria de ellos el Inca cuando supiese que torcian el camino, despues de haberle anunciado que iban derechos á buscarle? Diria que no osaban de miedo: así los despreciaria, y en este desprecio consistia el peligro, pues que no podian vivir tranquilos en medio de aquellas gentes sino teniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso, pues, marchar por la sierra, una vez que lo más arduo no sólo era para ellos lo más glorioso, sino tambien lo más seguro. Todos á una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle adonde quiera, y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasion se lo mandase.

Llegaron en esto al pié de la sierra. Pizarro, tomando consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó á

subirla el primero, dejando atras el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco á poco sus pasos segun las órdenes y avisos que él les daría. La subida, como se ha dicho, era agria y dificultosa; los caballos iban del diestro, porque montados era imposible, y los pasos á veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que habia en un cerro bien empinado le sirvió de punto de direccion, y á ella llegaron al mediar el dia. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué admirarse de que el Inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero ni les estorbase el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo, y el Gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba más adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero ántes de que espirase el dia llegó ó su presencia un indio enviado por el mensajero que habia despachado anteriormente para el Inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguiente se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia, y avisó á los que quedaban atras que se apresurasen para juntarse con él. Entretanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros. Estos llegaron, y poco tiempo despues los mensajeros del Inca, que presentaron al capitan diez reses de su

parte, y le dijeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no ménos cortésmente, que iria con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del país y de la guerra que el Inca sostenia. El Inca, segun ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la habia toda enviado contra el Cuzco; contaron largamente las diferencias de los dos hermanos y las glorias de su rey, entre ellas el haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traian con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicha con intencion de espantarle, respondió arrogantemente el capitan castellano que el Rey su señor tenia criados mayores señores que Atahualpa, y tambien capitanes que le habian vencido grandes batallas y presos reyes más poderosos. Este era quien le enviaba para dar al Inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios, y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenia, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aún cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz si de paz le recibian; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó á la noche siguiente el primero que habia buscado á Pizarro de parte del Inca en la estancia de Zaran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad; acompañábanle muchos criados, traia vasos de oro, en que bebia su vino, y con él brindaba á los castellanos, diciéndoles que se queria ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba más desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su se-

ñor. A pocos dias de estar este indio con los castellanos, volvió el mensajero que Pizarro habia enviado al Inca ántes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento y avistado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el Gobernador, y preguntado el recién llegado por la causa de aquel atrevimiento, «cómo quereis, contestó, que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á este perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, miéntras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al Inca, ni me han dado de comer, y apénas he podido escapar con la vida, segun me han maltratado?» Refirió en seguida que él habia encontrado á Caxamalca sin gente, y á Atahualpa con su ejército en el campo; que no se le habian dejado ver bajo el pretexto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones; que habia hablado con un pariente del Inca, al cual habia referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo habia tenido todo en poco, menospreciando por su corto número á los extranjeros. El otro indio replicó que si en Caxamalca no habia gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el Inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer así desde que duraba la guerra.—«Tú no has podido verle, añadió dirigiéndose á su adversario, porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quién ibas, él te recibiera y oyera y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.»

¿A quién creer? El Gobernador, segun la propension de su genio, más cauteloso que confiado, y midiendo la disposicion del Inca por la suya, se inclinaba más bien á lo que decia el indio amigo, que no al que se decia mensajero. Disimuló, sin embargo, en lo que era gran maestro

reprimió y contuvo á su emisario, y siguió honrando y tratando bien al del monarca peruano (1). Y sin detenerse más tiempo, dió cuanta priesa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron á la sazón otros mensajeros de Atahualpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al Inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no habria falta en corresponderle con la misma.

De allí á poco se descubrió á Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rebaños paciendo á trechos, y de léjos el ejército del Inca, acampado á la falda de una sierra en toldos de algodón, y con un aparato no visto ántes por los españoles. Como una legua ántes de llegar, el Gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y señalando á cada uno su capitán, se puso en marcha otra vez, y entró en Caxamalca á hora de visperas del 15 de Noviembre de aquel año (1532.) No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna más que unas pocas mujeres en la plaza que, segun se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenían de aquellos extranjeros por su manifiesta perdición. Pizarro, en consecuencia, despues de reconocido el pueblo y visto los diferentes puntos que ofrecia para la seguridad, halló que la mejor estacion militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caian á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecia la mejor y más oportuna posicion para resguardarse de cualquiera sorpresa y sostenerse en caso de ata-

(1) El mensajero de Atahualpa venia á lo ménos autorizado con los presentes que habia traído en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al Inca por Pizarro? Ningunas, á la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

que contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al Inca para acorralarle y apoderarse más fácilmente de su persona, es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta á Caxamalca y que el Inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Fernando de Soto con quince caballos y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el Inca tenía consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fué el que le advirtió el peligro que corrian los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios, que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el Inca, de su servidor y amigo el Gobernador de los cristianos. Entónces el Inca salió grandemente acompañado y representando majestad y gravedad: sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que queria. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo que D. Francisco Pizarro, su capitán, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas por que habia ido á aquella tierra, con otros negocios que holgaria saber; que por eso le habia enviado á saludarle y suplicarle que se

serviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro dia, pues aunque extranjero en la tierra, no dejaria de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El Inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitán, y que por ser ya tarde, otro dia iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si habia otras órdenes que llevar.—«Iré, añadió el Inca, con mi ejército en órden y armado, mas no tengais pena ni miedo por ello.» Habia ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el Inca de que aquel que hablaba era hermano del Gobernador, alzó los ojos, que hasta entónces por representar gravedad los habia tenido bajos, y le dijo «que Mayzabelica, un capitán suyo en el rio Turicara, le habia avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno (1). Él sin embargo queria ser su amigo, y se iria á ver al otro dia con su hermano el General.» A esto replicó arrogantemente el español que Mayzabelica mentia, porque todos los indios de aquel valle eran como mujeres, bastando un solo caballo para toda la tierra, como lo conoceria cuando los viese pelear: añadió que el Gobernador era muy su amigo, y le ofrecia su ayuda contra cualquiera á quien quisiese hacer guerra.—«Cuatro jornadas de aquí, repuso el Inca, hay unos indios muy bravos con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los míos.—Diez de á caballo enviará el Gobernador, contestó Hernando, y éstos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan.» Sonrióse Atahualpa,

(2) De este Mayzabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como jefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al Inca.

porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mujeres con vasos de oro en sus manos, en que traían la chicha ó vino que ellos hacían del maíz, y por orden del Inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia á aquel brebaje; pero al fin, importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiendo que el Inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitán saltó en él, y empezó á escaramucear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole echar mucha espuma. Mirábalo Atahualpa con atención y maravilla; pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aún cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo, que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla; y aún se dice que reprendió y castigó á algunos de los suyos porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse, en fin, los embajadores con el encargo de decir á su general que el Inca iría otro día á visitarle, y que entre tanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que había en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca, dieron cuenta de su comisión, ponderando la majestad y entereza del Inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiría á más de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, ménos receloso de aquella fuerza aparente que contento de que el Inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual, en vez de servir á los indios de provecho, iba á ser su perdición, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habían sido, él les aseguraba una felicísima victoria.

Al día siguiente Atahualpa, despues de avisar al general español que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los castellanos que habian ido armados á su real, él tambien llevaria armada su gente, dió la señal de marchar, y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traia. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detras de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas, llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que solian servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sinnúmero de mujeres que seguian el campo. En el centro se veia al Inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios más principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojin de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona como la borla encarnada que le caia sobre la frente y le cubria las cejas y las sienes: insignia augusta de los sucesores del sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trescientos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del Monarca, y con ellos algunos indios principales, llevados tambien en andas y en hamacas para ostentacion de grandeza. La marcha presentaba un orden concertado al són de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Gara ya la tarde, y Pizarro viendo á los indios hacer alto

á un cuarto de legua del pueblo y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenía preparado, y envió á rogar al Inca que apresurase su marcha y le viniese á ver ántes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa con su ruego, y le contestó que allá iba al instante, y también que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole también en gran parte los mismos señores principales que le habían acompañado hasta allí. Entretanto, el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio, colocó en una eminencia que había á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candía, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos, guarnecidos con pretales de cascabels para que hiciesen más ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcázar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debían seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados, arrimado á las casas y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empiezan, en fin, á entrar los indios en la plaza; ordenánse en ella según su costumbre, y en medio de ellos el Inca se pone en pié sobre sus andas como registrando el sitio y buscando con la vista á los extranjeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un

intérprete el dominicano Valverde, enviado por el Gobernador a hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo (1). Llevaba en una mano una cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano, le hizo reverencia y le sartiguó con la cruz, y después le dijo que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios había puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba; añadió, según se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donación de aquellas regiones hecha por el Papa á los reyes de Castilla, y de la obligación en que el Inca estaba de ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el Gobernador era su amigo, que quería la paz con él, y se la ofrecía con la misma voluntad que hasta allí lo había hecho. Él como sacerdote se lo aconsejaba también, pues Dios se ofendía mucho de la guerra; y que entrase á ver al Gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto, presentóle la Biblia, que el Inca tomó en sus manos, y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro, ni en gran parte las palabras del

(1) El padre Remesal, en su *Historia de Chiapa*, dice que fué poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religión dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa. «que no tuvo,» de la prisión del Inca, por las voces que suponen dió cuando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo, como si, aunque hubiera dicho que creía en Dios como San Pedro y San Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenía apercebida la gente y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió después. Es probable que la suerte del Inca no hubiera sido otra de la que fué aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de capellan en la expedición; pero Remesal debería probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aún por las relaciones antiguas que ménos le cargan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el Inca. (Véase la *Historia de Chiapa*, lib. 9, cap. 7.

religioso podian en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fué lo que se le decía de las intenciones pacíficas de aquellos extranjeros, pues al tiempo de arrojar el libro, «bien sé, dijo, lo que habeis hecho por ese camino y cómo habeis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohios.» Quiso disculpar el religioso á los suyos echando la culpa á los indios; pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habian de restituir cuanto habian tomado. Entónces Valverde, cobrado su libro, se fué para el Gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el Inca se volvió á poner en pié y habló á los suyos; de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fué la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

Hace entónces Pizarro la señal, y al instante Pedro de Candía dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel murallon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo, tan espantoso y terrible como imprevisto y repentino, de armas, hombres y caballos, parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro ni valor en pié. Todos, despavoridos y atónitos, ó recibian pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por dónde. Tomadas las puertas, alta la muralla, y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y ahogaban, miéntras que los castellanos los herian y mataban á su salvo. No puede en modo al-

guno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran más resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fué la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo, que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los castellanos, que los fueron siguiendo hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores hácia la parte donde estaba el Inca. Pizarro con sus veinte rode-
Leros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda costa de la persona del Príncipe, bien persuadido de que en esto consistia todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir, sino en sostener al Inca en las andas á toda costa: herian y mataban; pero derribando uno, entraba otro al instante á suplirle con un ánimo y denuedo que admiraba á los españoles y los cansaba tambien. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brío, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros, dejando de herir en los indios, se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen; él mismo hizo entónces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas, asió con mano vigorosa de la ropa del Inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la accion, porque los indios, no teniendo ya á quién guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los castellanos perciese ninguno ni áun fuese herido tampoco, sino es Pizarro, que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger á Atahualpa (1).

(1) Para la narracion de esta jornada he tenido presente, además

El príncipe prisionero fué tratado al principio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debía. A la fama de que estaba vivo y sin lesion, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, dicese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo en el campamento indio al dia siguiente de la accion, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y plata, y tejidos de lana y algodón finísimos, se hallasen tambien muchas mujeres principales, bastantes de la sangre real, y algunas mamaconas, ó sean vírgenes consagradas al sol, llevadas tambien á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componian una especie de corte que, en cuanto podia conciliarse con su cautiverio, no desdecia absolutamente de su majestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello tambien la cortesía y respeto con que el Gobernador le trataba. Él le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situacion; se ofreció á servirle conforme á su grandeza; le dijo que si sabia que alguna de sus mujeres estuviese en poder de algun español, se la mandaria buscar y restituir; y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliria segun su deseo. El Inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles, no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribia, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su desgracia y veia gemir y sollozar

de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecia dudoso he seguido su叙述 como el más sensato y el más autorizado. Este monumento, precioso á todas luces e inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice 5.º

á los suyos, que no debían extrañar lo que le sucedía, «pues era uso de guerra vencer y ser vencido.»

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos días de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pié, y alzando la mano cuanto pudo, hizo una señal en la pared y dijo resueltamente que no sólo cubriría el suelo, sino que le henchiría también hasta allí. Venía á tener el aposento veintidos piés de largo y diez y seis de ancho, y la altura á que el Inca hizo su señal era de más de tres varas. Entónces el Gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponía delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese sólo en apariencia, las esperanzas del Inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaría libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros (1), echóse una raya roja en toda la pared del aposento á la altura que el Inca señaló; y al instante envió mensajeros á los principales pueblos de sus Estados, mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y

(1) Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no sería esta una de las imputaciones ménos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero sin hacer de sus prendas morales más aprecio del que ellas merezcan, podría lavársele de este exceso de perfidia, y decirse que su codicia, satisfecha con las ofertas del Inca, le hizo entónces ofrecer de buena fe lo que despues ó no quiso ó no pudo cumplir. Herrera quiere á toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea á costa de hacerle más malo.

en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no ménos esencial, que fué el de que no se tratase de mover guerra á los castellanos, con los cuales no le convenia sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policia del país, y de la manera con que las órdenes de los Incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles que á ruegos del Inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase ádelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martinez de Zárate y Martin Bueno, los cuales, llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no sólo sin peligro, pero reguidos del respeto y reverencia de todo el país, y regalados y agasajados con todo lo más rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban admirados de la buena razon de los indios, del buen orden que tenian puesto en sus casas, del aseo, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron á la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos y con la policia de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos séres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufría entónces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábanseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos á aquella buena fe, á aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿De qué manera supieron conservar este concepto y buen nom-

bre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacía, sacrificando á su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistian, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y grosería delante de los hombres, dieron á entender fácilmente á los indios que en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarian: el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto ántes la remesa del oro que se les pedia, y con él los despacharon á Caxamalca, y así se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar más, si la temeridad, si la insolencia ó si la grosería, se podria preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los europeos ó los indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho á Pizarro por esta desatinada eleccion, que comprometia en tanto grado los intereses y el honor de la nacion castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenia de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar más diestros en el lenguaje del país, ó en fin, por cualquiera otra causa particular que ahora se nos oculta, la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria (1).

(1) Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó por mejor decir, se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que éstos se encontraron en el camino con el inca Huascar, á quien traian preso los generales de Atahualpa; y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo y le llevasen á Pizarro, ellos se excusaron con su comision, etc. Con él conviene Zárate; pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos están en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir á Herrera,

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fué el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron, en odio de los castellanos, y hacer lo mismo despues en Pachacamac. El templo de este nombre era el más rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo y el recelo de que se disipase con las disensiones civiles que habia en el imperio, movieron á Pizarro á pedirsele á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debia entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el Gobernador nombró á su hermano Hernando para que, acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si éran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió, con efecto, aquel capitán á principios del año de 1533 (5 de Enero), y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca á Pachacamac no encontró más que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que, cumpliendo las órdenes del Inca, iban cargados de oro y plata á Caxamalca. Mas ántes de que estos españoles llegasen á Pachacamac ya les habia precedido allí la noticia de las demasías y escándolos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes, ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del sol, para no exponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extranjeros. Por manera que, cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba despojado de sus mejores preesas. No fueron tan

aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos no trajese á Caxamalca veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia; pero todavía los castellanos pudieron complacerse más de ver venir con él al guerrero Chaliquichiana, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Jauja, al frente de unos veinticinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitán español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado, pues, en las disposiciones pacíficas tomadas por el Inca, y todavía más en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadrón otras cuarenta leguas más para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos días; mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichiana al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para venir á Caxamalca. Llevado en andas, seguido de indios principales atentos á sus órdenes, en el séquito y cortejo que traía y en la ostentación y riqueza que llevaba se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía; pero este soberbio sátrapa, luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los piés y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio: costumbre usada en el país en demostración de sumisión y respeto; y cuando, en fin, estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al sol como en acción de gracias de dejarle ver

á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los piés, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor á hallarse entónces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personaje tan principal y en situacion como aquella, y se admiraban todavía más de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada recibia majestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un dios.

Antes de que Hernando llegase vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fué la muerte del inca Huascar, á quien los generales de Atahualpa, despues de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venía, á poco tiempo de su rota y prision en Caxamalca, y dícese que no pudo ménos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacía vencido y vencedor, prendedor y prisionero; mas viniendo despues á considerar lo que debia hacer en este caso, y temiendo que si Huascar era traído á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas más grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de en medio este estorbo y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diesen muerte; mas ántes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa, respondió que sus capitanes, despues de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento

suyo luego que habian sabido que él estaba prisionero; lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulo en el imperio, siempre eran hermanos. El Gobernador le consoló, diciendo que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo más demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte que le libraba así de uno de sus enemigos por la mano misma del que tenía en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la orden cruel, y el desdichado Huascar, implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo para que su cadáver no fuese encontrado ni sepultado: manera de muerte muy cruel, pues segun la supersticion de aquellas gentes, eran destinados á condenacion y pena eterna los ahogados y quemados que no recibian sepultura. Este principe, que apenas tenía veinticinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerso contra su émulo, más activo, más valiente, más capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del Estado. La victoria estuvo por Atahualpa; mas por quién estaba la razon y la justicia no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entónces todos á boca llena se la daban al principe de Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco despues pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir más en esta cuestion, ya por lo ménos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto

amargo de sus funestas querellas y del error cometido por su padre en la particion de la monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del capital Almagro al Perú y su pronta venida á Caxamalca. Venía ya condecorado por el Rey con el titulo de mariscal, traía cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes, que venían de Nicaragua con Francisco de Godoy á servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecía ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apénas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el Gobernador, cuando á éste se dijo que su amigo, con más fuerza y poderio, tenía á ménos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querían persuadir que el Gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducían á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez, á lo ménos, supieron uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él y á participar de su buena fortuna.

Almagro, enterado de que el origen de aquellos chismes venía de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servía de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosía. ¡Dichosos los dos si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, adonde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino (14 de Mayo de 1533), ántes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió á recibirle el Gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad

antigua, entraron en la ciudad. donde al instante el Mariscal pasó á hacer reverencia al Inca y como á ponerse á sus órdenes. Él, aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demas castellanos. Todo se presentaba allí entónces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al príncipe prisionero: reinaba entre ellos la confianza y reinaba tambien la alegría; él tenía la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

Llegó de allí á poco Hernando Pizarro (25 de Mayo de 1533) con las riquezas del templo de Pachacamac y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el Gobernador y los principales capitanes del ejército; mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta grosería, y más al Gobernador, que le reprendió de ella cuando estuvieren solos, y en seguida pasaron á la estancia del Mariscal, y excusándose el recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entónces desvanecido, á lo ménos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavía son más indispensables, pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman despues el grande incendio en que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente, hacia poco balto a los ojos de los codiciosos castellanos.

Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasía. Alguna vez, echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacía para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos ántes de recibir su rescate, proponian que se les diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro del que entónces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca para entender en las atenciones de sus encargos respectivos y hallarse presentes á la reparticion de los despojos. Mas cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entónces á la impaciencia que ántes tenian porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia más viva, que fué la de disfrutar; y aunque, segun toda apariencia, no estuviese lleno aún el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiese al instante (1). Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en jefes y en

(1) Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: «Llegado el tesoro del rescate del Inca,» etc. Gomara asegura más positivamente que los españoles dieron prisa á que se repartiese ántes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen ó cargasen más españoles ántes de distribuirlo, y hubiese que partir con ellos.

soldados, y á todos estaria bien. Mas ántes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar en la particion como los que habian venido primero y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon; mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y áun peligroso. Habido, pues, su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

E ecutóse ésta con la mayor solemnidad (17 de Junio de 1533). Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenía por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo Gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Púsose el oro y la plata que resultaban despues de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que además se hizo al Rey, la joya que llamaban del escañ, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en lá corte; los cien mil ducados de los almagristas y los derechos del quiatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el General, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuan lo hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento, que va puesta á la letra en el Apéndice (1), se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fué, generalmente

(1) Véase el Apéndice 6.º

hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinticinco mil pesos. Botin prodigioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplo en la historia de estas correrías ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian, porque de todo esto habian hecho muestra en el grado más alto, no ciertamente contra los hombres, que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas más crueles. Pero la opinion humana, justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles más ricos que lo que ellos acertasen á desear (1). Faltábale hacerlo ver en América y ha-

(1) A la verdad, esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho más ricos, á lo ménos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer. Una mano de papel, valia diez pesos; unos borceguies, treinta; una capa negra, ciento; un caballo, tres, cuatro y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce; el de catorce, á siete; la plata valia tambien á

cerlo ver en España. Para esto determinó enviar á su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey, y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el Gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese más adelante de la del gobernador Pizarro, con el título de adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro; pero no confiando mucho ni en su buena voluntad ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuidos los tesoros del Inca, parecia llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo

este tenor: por manera que los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la más mediana fortuna.

que prometido habia. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que la situacion en que estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destruccion de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa estaba expuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolítico, mantenerle en prision embarazoso, quitarle la vida, cruel y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la ajena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros, siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo así entónces; y si ya mucho ántes no tenia en su corazon condenado á muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando satisfecha la pasion primera, que era la de adquirir, pudo dar oido solamente á las sugerencias de la ambicion. Por desgracia, el mismo Atahualpa le habia dado el ejemplo y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una víctima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolucion fué al principio secreta, y nadie llegó á entenderla hasta despues. Entretanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo ménos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanacunas, los cuales, como la clase más perjudicada en el Estado, tenian odio á las demas, y sólo veian su restauracion futura en el trastorno del imperio y destruccion de sus jerarquías. Dobláronse las guardias al Inca, y fué preso el general Chialiquichiamá como fautor de estas inquietudes; y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entónces por voluntad del Gobernador si no lo estorbara Hernando Pizarro, que áun no habia partido para España. Crecian las sospechas de guerra y la fama de los

alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecían, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaria de temor á los indios y allanaria todas las cosas: entre ellos, el más caviloso, el más inquieto y el más cruel de todos era Alonso Riquelme, el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayudadas de la autoridad de su oficio, no parecia que lo pedia, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el Gobernador, como quien ponía todo su artificio entónces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interes, y por consiguiente en su deseo. Y como los agresores quieren siempre tener una apariencia de justicia aún para los mismos á quienes ofenden, Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al Inca, y le dijo que extrañaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenían los castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos que públicamente se decia mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo despues en el tono y semblante del Gobernador la realidad y continuacion del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias, «no sé, decia á los españoles, cómo me teneis por hombre de tan poco seso, que temiendo en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traicion y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir y sepais que viene, podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan ni las hojas de los árboles se

menean en mi tierra.» Mas estas reflexiones, sacadas del sentido comun más obvio y de la razon más sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarlo delincuente; y despues de aquella triste conferencia y unas demostraciones de rigor tan desusadas ántes con él, debió el miserable Inca presentir cuál iba á ser su destino. Así es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decía que, despues que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el Gobernador quiso dar otra prueba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitán con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decía que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el país que atravesaron más que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta comision fué un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al Inca despues de la ida de Hernando Pizarro; siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él más se complacia en sus conversaciones y en sus juegos.

Despues de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entónces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenían más jurisdiccion que la fuerza (1). Imputósele la

(1) Dicese que en este proceso el intérprete Felipillo de Pocho torcia las declaraciones de los indios, de modo que el Inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del Príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del Inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecio

muerte de Huascar* y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos á su modo, fué llevada la causa á fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía ménos instruido en las formalidades de la justicia que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al Inca, y ofreció que si menester fuese, él firmaría este dictámen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debía ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querían que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre y honra española. Nombraron á este fin un protector al Inca, y apelaron formalmente de la sentencia para el Emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres más distinguidos del ejército. Todo fué en vano: el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó, los redujo al fin al silencio, la sentencia fué intimada al Inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia, preguntaba con lágrimas «en qué habia delinquido él, sus

que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabía leer. Ni una ni otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere; lo hace como de oídas y sin citar escritor ninguno ó testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demas, este cuento y el de Felipillo parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento que presenta por sí mismo causas más probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarle se advierta bien la circunspeccion penosa con que procede.

mujeres ni sus hijos.» Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el dia, como si temieran la luz, para la consumacion de su crimen, y dos horas despues de anohecido le sacaron al suplicio, consolándole el padre Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia á que en algun modo habia dado principio. Persuadiale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no sería entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fué administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron (1). Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fué entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenia entónces treinta años, y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron, «era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traído.» La idea que de él han dejado las relaciones antiguas, le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interes y el afecto de tantos castellanos, que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él (2). Se avienen tam-

(1) Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe, y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros, y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

(2) Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del Inca era discul-

bien mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde despues de su muerte apénas se le nombra con otros dictados que los del *gran Monarca, el buen Rey*, y otros de la misma dignidad. Están, finalmenté, en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana, la cual, considerando por ventura reflejadas más bien en él que en otro ninguno de sus príncipes las grandes prendas del inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del Inca, las indias que le servian y toda su familia en general empezó á herir el aire con sus lamentos y á invocar al cielo con sus gritos. Las más queridas salieron desesperadas y frenéticas a enterrarse con él; y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cuál con cordeles, cual con sus propios cabellos, se ahorcaban para seguirle. Satisficieron así algunas de ellas su

pable en politica, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, despues de decir que no fué enviado al Emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fué muerto á instancia de los de Almagro, añade: «No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos se los acabaron mal.» Oviedo es todavía más positivo: en el cap. 14 del lib. 46 de su *Historia general* copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecho por Francisco de Jerez; pero despues en el cap. 22 vuelve a tratar el asunto por si mismo, y manifiesta á la la gá la injusticia y escandalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: «Notorio es que el Gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se le tenía, pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso...» Y más adelante: «Le levantaron que los queria matar, é todo aquello fué rodendo por malos, e por la inadvertencia é mal consejo del Gobernador, e comenzaron á le hacer proceso mal compuesto é peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasegado é deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron.»

carifio y su deseo, y otras muchas más lo hicieran si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fué á pocos dias sacado secretamente por los indios, y llevado segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamás pudo despues saberse de él, áun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro, muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion, dándose muerte hombres y mujeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado Inca. El sentimiento fué general en todo el imperio, y como se sabía en todo él la constancia y buena fe con que se habia conducido en su prision, y las órdenes positivas y eficaces que habia dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los castellanos, comparaban con esta conducta el inicuo modo usado por ellos; y no sólo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los castellanos y envidiaban la suerte de los incas anteriores, que no habian alcanzado tiempos tan desastrados y crueles.

Este fué el último acto con que se consumó la destruccion de aquella gran monarquía. Ya desde la prision del Inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vínculos que le unian se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse: todo fué confusion y desórden; y la obra de la civilizacion, que habia costado siglos de sabiduría y per-

severancia, se veía destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños, y la burla y el desprecio de unos y otros (1). Una mudanza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policia y en aquel concierto de leyes divinas y humanas llenaba entónces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habian de parar en aquello. Y con efecto fué así, porque muerto el Inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto más lastimoso: las clases, largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apénas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenía el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los designios del conquistador, que pudo ver en ella abierta más fácil entrada á la nueva monarquía que se proponía fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podían oponer su capacidad, su valor y su poderío, también sobrevinieron otras de pronto que debieron poner á los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venía á Caxamalca para el rescate del Inca, el servicio de los indios empezó á entorpecerse, los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles hácia gentes que á tan poca costa y peligro suyo

(1) «Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni áun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres.» etc. —(Gomara.)

habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales hácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos, y los castellanos pocosísimos. Pareció, pues, á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los indios y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerras que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban, hizoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban más digna de recibir la borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa, le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años y su inexperiencia le hacian muy á propósito para los fines del general español, el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fué reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y majestad. Así los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos césares de farsa, y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Antemio al lado de Ricimer, á Julio Népos y Augústulo al de Oréstes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas ántes era preciso dejar asegurados á San Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fué elegido el capitán Sebastian de Belalcázar, que recibió sus instrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetracion del general castellano; porque Belalcázar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinocciales, ya, en fin, tomando á veces parte en los

acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los más señalados descubridores.

Cumplidos, en fin, siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los españoles, dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número de cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias podían considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entónces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiana, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El Gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantviese quieto y sosegado. En esta buena armonía iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los primeros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz: los indios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salian á recibir y agasajar con sumision y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecia en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca, se recibió aviso de que habia más adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del inca Huayna-Capac fuese á sosegarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su país. Entónces no quedó duda á los castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y

que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad fué la prision del general Chialiquichiana, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena ó por seguridad ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con más cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Janja, sesenta leguas más allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle, empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: «¿Qué querian en tierra ajena? ¿Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho y con la muerte de Atahualpa.» El rio, ya grande de suyo, y crecido entonces con las nieves derretidas, al que además habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los castellanos entrar dencdadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hácia el Norte y otros al Poniente, quedando todavía bastantes en el campo para probar y áun cansar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros, se allanaron los indios de aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí habia, buen número de tejidos de lana y algodon, y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenia á todas partes. Entretanto que lo ponía por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese des-

pacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al Gobernador, pidiéndole que enviase delante al nuevo inca para ver si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazón gravemente, y falleció luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber cómo repararla; conociendo cuán inútil le habia sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos adonde estaban los indios, los dispersó fácilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentian á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vilcacongá, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron más gente, se provieron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancassen los caballos. Los castellanos, creyéndolos de huida, siguieron el alcance, pasaron á Curambo, atravesaron el rio de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, álzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos y con los aillos, se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir ó vencer. Retrajense de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posicion fuerte que habian sabido escoger, y sobre todo de su obstinacion. Viéndolos Soto así inciertos, «ni el parar aquí, les dijo, nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Mientras más nos detengamos, la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemi-

gos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme.» Y dicho esto, arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fué obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diría que pertenecian á la misma gente. Morian á la verdad muchos de ellos, pero tambien caian caballos y españoles; y en la desproporcion inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertia era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademan de embestir luégo que rompiese el dia. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos; y de los caballos, muertos dos, y heridos catorce; considerando además cuán poco bastimento traia consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que habia enviado desde el camino, sería ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posicion, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban más con la obscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oir al pié de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo són pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadron de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el dia doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenian en las manos, fueron

grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entónces más en número y peleando con más ardor y confianza, fácilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado así el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entretanto, Pizarro, despues de haber dado en Jauja las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse así de aquel hombre discolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podia fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto a igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas, pues Vilcas, con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfía se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderío, así en el templo y adoratorios, como en los aposentos reales y sitios de recreo que tenian construidos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia, que le esperaba; mas él, que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga, dió segunda prueba de cuán pocos respetos le merecian la humildad y la justicia cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos llevaban una apariencia de órden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabiase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales más hábiles de Atahualpa, y compañero de Chialiqui-

chiama en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y áun se dijo que Chialiquichiamá habia enviado avisos á su amigo de que los castellanos se dividian, y cómo debia aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó despues con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto habia llenado el ánimo de los españoles de tanta ira como cuidado. Añadiase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey, la seguridad con que los indios decian que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad, reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habian tenido. Temíanse, pues, las dificultades que iba á traer sobre los españoles si llegaba á cobrar su libertad, y áun se decia que para proporcionársela veman sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era más de lo que se necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso: y Pizarro, para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Así terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputacion. Chialiquichiamá desde la estaca en que fué puesto para ser quemado podia triunfar de su verdugo, echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y en fin, su inhumanidad con un hombre que no le habia dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valia mas que él (1).

(1) «Y en esta suspension de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar, aunque parecia algunos cosa fuerte; pero los que siguen las razones de Estaca todo cierran los ojos.»

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios, ántes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al Oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana que, mandada por Almagro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos y á embestirles y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que habia salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria, se pasó á los españoles y se presentó al Gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entónces los indios, desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio y esconder los tesoros que en él habia. Volaron á estorbarlo, por mandado del Gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivian, y puesto fuego en algunos puntos de la poblacion; con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella á fines de Noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla (1).

Apoderados á tan poca costa los españoles de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, despues de haber con-

(1) Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en Octubre de 1534 es evidentemente equivocada: sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narracion de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice núm. 7.º

tenido el fuego que los indios encendieron, fué buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraido y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian, metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó despues el ánsia á los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo que con más anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Capac, Athualpa y otros incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los indios dónde estaban, y ellos, ladinos y reservados, ó respondian con efugios ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, despues los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron más fuertes que sus verdugos; y así aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo, unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos más á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dícese que sacado el quinto del Rey, se hicieron de lo demas cuatrocientas ochenta partes, y que cupieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente en un sólo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa; la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, de-

bieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servía más de carga y pesadumbre que de satisfacción y provecho.

No por atender á estos cuidados, propios del capitán y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribía su oficio de Gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los ídolos del país, señaló el lugar en que debía erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedían estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venían á poner en contingencia lo que ya tenían en su poder.

Estaba entonces de adelantado y gobernador de Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva-España, y quizá de todos sus compañeros el más querido de Hernán Cortés. Muy pocos podían disputarle la palma del valor y del esfuerzo; ninguno el de la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole así por su hermosura con el sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondían al atractivo que tenía su persona: hablaba á la verdad con algún exceso; pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas dulces, daba mucho, prometía más. El corazón, por desgracia, no era semejante á esta apariencia seductora: vano, ingrato y áun falso, los españoles no podían sufrir su arrogancia ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrían. Había allanado y pacificado la provincia de Guatemala, adonde le

envió Cortés, acaba la la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que había ganado en aquella conquista, vino á la corte en el año 527 á hacer ostentacion de sus servicios y demandar el galardón que se les debía. La buena fortuna que había tenido en las Indias le acompañó tambien en España. Su buena gracia, quizá tambien sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del Emperador, y así cuando volvió á Nueva España se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitán general de Guatemala, casado con una dama principal, que se hizo célebre por la idolatría con que le amó, y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y una arrogancia que no cabían en los ámbitos de aquel Nuevo Mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos, y sus presentivos y armamentos eclipsaban en ostentacion y en gran aza a los mismos de Hernán Cortés.

Habia prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos en la navegacion de las islas de la Especería: proyecto á la sazón muy del gusto de la corte. Y, con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondía á su palabra empeñada, á las esperanzas de la corte, y á su vanidad y ambiciones ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto ni empeño ni vejeion que le detuviera para llevar su intento adelante; y en ménos tiempo del que pudiera creerse tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños, entre ellas un galeon de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entónces se veían en aquellos mares, delia parecer colosal, y por lo mismo fué llamado el San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demas

efectos de guerra fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entónces se habia construido y aportado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfia y ánsia de gente de todas clases y oficios para ser ocupada en él. El gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y el que ya en España le habia desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero (1).

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entónces el Adelantado, viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podia, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaracion fué mayor la porfia de los aventureros, que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponian al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes expresas del Gobierno y á las obligaciones que tenía contraidas con él; en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstuviese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificacion; en vano, en fin, la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera le amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones y abusos, seguia sin detenerse

(1) Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cecilia Vazquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos, olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa a doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondia que su comision para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podia ir adonde mejor le conviniese; á la Audiencia, que D. Francisco Pizarro no tenia fuerzas suficientes para acabar la empresa que habia comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas; al ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último, á los que podia hablar con más franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras más ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez, que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al Adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hácia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atahualpa, caia fuera de los límites señalados á aquel Gobernador, y estaba aún por ocupar. Esto fué poner espuelas al deseo del Adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela con su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veintisiete caballos y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares, y los más de servicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas, que prohibian semejantes traslaciones de naturales; pero al Adelantado entónces no contenian ni el respeto ni la conveniencia ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habian pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguíanse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fué quien tanto se señaló despues en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega,

padre del historiador. Más de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navíos. Llegado al puerto de la Posesion (23 de Enero de 1554), le vino á encontrar allí el capitán García Holguin, á quien de antemano había enviado para que fuese á la costa del Perú y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguin confirmó las noticias que había dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y de allí el Adelantado, para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navíos que se hallaban en el puerto. Tenialos apercebidos el capitán Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con anhelo para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecía muchos, ni sus reclamaciones fueron bastantes para excusarle aquel desabrimiento, y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles que le siguieron; á buscar á su amigo en el Perú y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Caraques, cerca de Puerto Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dicese que en aquel punto, y aún ántes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeando (Marzo de 1531), y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Chinchá, donde él sabía que se acababa la gobernacion de don Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar, y no soñando más que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometia, pidió á voces á su general que le condujese alla, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros días á la verdad les salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso pudieron

adquirir alguna riqueza, bastante por ventura á contentar á los ánimos ménos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron despues enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guia ni intérprete alguno, no hallando más que sierras, ciénagas ó rios, y la parte más llana erizada de malezas y espesuras, por donde sólo podian abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron tambien acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentirlas, ó los dejaban sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y la ocasion en que su mal desco los trajo á agonizar y perecer en tan horrible país. El mismo General, atacado de ellas, estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron despues á parajes ménos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun oro hallaron, y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelecerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el país, tuvieron que vencer rios caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas, que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia, que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer; detras el Adelantado con el segundo, y, en fin, el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenia todo el aprecio y confianza del General. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve caia á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban más expeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenian los puertos, y llegaron a un pueblo

situado en los llanos, donde pudieron repararse algun tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el General de los peligros que tenía aquel paso, y la necesidad que habia de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el Adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya ántes era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frio cruel. Los españoles al fin, más robustos; más bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse ménos del rigor del temporal; y cuál perdiendo la vista, cuál los dedos, cuál las manos y los piés, cuál quedándose enteramente helado; todos, en fin, horriblemente padecian. Arrimábanse á los peñascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque á excepcion de algunas pocas tiendas que los más acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demas tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose más que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el Adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le habia hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion lo presentaba. Vino la luz, y al aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin órden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegamente al lugar de donde habian salido. Entónces Alvarado, desalentado y confuso, viendo en este rumbo, se

perdicion, corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frio habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atras; que no fuesen pusilánimes, y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles más aliento, hizo pregonar que los que quisiesen oro lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al Rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban, para quedar más expeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien ajenos de aprovecharse de aquella oferta tan forzada como inoportuna (1). Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos, en fin, más animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era más áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frio á entorpecer los caballos, ya los españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas esmeraldas que habia recogido y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado, oyó los gritos de su mujer y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso, más bien que salvarse, quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entretanto, la nieve y el viento arreciaban cada vez más; el que se distraia ó se paraba era perdido, el que más andaba libraba mejor; todo se arrojaba para quedar más libres: oro, armas, ropa, preseas quedaban esparecidas por la nieve. Lo que habia costado tantos

(1) Castellano hubo á quien presentándole su negro una carga de oro, aun en mal hora, le dijo; el verdadero oro es comer.

sacrificios, y áun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba y se aborrecia como cosa vil y áun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos, en fin, abatidos y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejandose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mujeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que sólo podian consolar las esperanzas de encontrarse con un país rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto; porque apénas se habian reparado algun tanto y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el país, las frescas huellas de caballos que encontraron de improviso, les dieron á entender que ya andaban por allí otros españoles. Último golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya á temer con fundamento que, descubierto ántes y recorrido el país por otros castellanos, les era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba por cierto en su siniestra conjetura. El mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle, y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura y con el destacamento que tenia Belalcázar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corredores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tra-

tados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano, que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos, sino descubrir nuevas tierras y servir en ello al Rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al Mariscal con una carta en que, manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarían todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados, añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caia bajo la jurisdiccion de D. Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para gobernar al Oriente todo lo que caia fuera de los limites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al descuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender que, así como defendia la gobernacion de su compañero, defenderia tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion; y prosiguió su camino hácia allí.

Hasta aquí las comunicaciones eran más corteses que hostiles. Mas no por eso, cuando ya los campos comenzaron á acercarse, dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles cuando los ánimos no están enconados. Los recién venidos ponderaban su fuerza; los de Almagro, con más a utela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas pro-

vincias de aquella gobernacion estaban aún por repartir, y que más cuenta les tenía entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer (1). Empezó tambien la desercion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al Mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo éste llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente; tendidas las banderas y en són y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenía más que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venian sobre él, no desmayó por eso; y fiado en el valor y resolucion de su gente y en los manejos secretos que tenía en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba á los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autoridad y entereza de un hombre que manda en el país envió á decir á Diego de Alvarado, que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto; y así lo hizo. Entónces el Adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo.—«Picado es libre, contestó Almagro, y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello.» Y para acabar de poner las formalidades de su parte, así como estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escrioano de la nueva poblacion de Riobamba, que en aquellos mismos dias quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacia de pose-

(1) El mismo Alvarado en la carta que escribió al Emperador desde Guatemala en Mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedicion, confiesa que las dadas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, «que si yo, dice, quisiera partirme á un conquista, no hallara treinta hombres que me siguieran.»

sion. Estos comisionados intimaron judicialmente al Adelantado que se fuese á su gobernacion de Guatemala, que no usurpase la ajena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen.—«Yo soy gobernador y capitan general por el Rey, replicó vivamente Alvarado, y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernacion. Si el Mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército.»

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo ni su vanidad ni su pujanza le podian defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazon. Contra el parecer de todos habia salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veia á los suyos inciertos, divididos en opinion, y muy poco ganosos de pelear; miéntras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la más mínima señal de flaqueza. Cedió, pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos para que conferenciasen con él y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales, que se apalabró para el dia siguiente, y se verificó en Riobamba, adonde pasó el Adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el Mariscal con toda especie de honor y cortesia; y luégo que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado.—«Públicos, dijo, son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas tambien las mercedes y honores que he recibido del Rey. Gobernador y capitan general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesion de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida y se halla todavia en edad de trabajar. He querido, pues, merecer más honra de mi Rey y más

celebridad en el mundo. Habilitado por su Majestad para descubrir por mar, dejó el designio que tenia de tomar mi rumbo á las islas del Poniente, llevado de la fama que corria de las riquezas de estas tierras del Sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador D. Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, segun veo, está ya ocupada, por mi parte, señor Mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el Rey será deservido.» Almagro en pocas razones, segun su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito, diciendo «que no habia creido jamás otra resolucion en tan honrado caballero.» En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al Adelantado; lo mismo hicieron los de éste con Almagro, y todo se volvió cortesias, amistades y ofrecimientos urbanos y caballerosos. Pareció tambien allí Antonio Picado, y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fué restablecido en la gracia del Mariscal.

Tratóse luégo del concierto que debia tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaquez y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el Adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por los gastos que habia hecho y en precio y paga de la armada (1). De todo se hizo pública y formal

(1) Herrera dice que fueron ciento veinte mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta, que he tenido presente, solo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la poblacion proyectada en Riobamba) en 26 de Agosto de 1534, y fué autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aquí se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto-Viejo hasta Quito duró desde fines de Marzo hasta muy entrado Agosto.

escritura (26 de Agosto de 1534); y aunque de semejante transaccion pudiese pesar á algunos de los jefes del ejército de Alvarado, que perdian por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron. porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Así se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos. añadiendo con tanta gracia como cortesania, que na-la perdian sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor Mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo, de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fué realizada y aún excedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del Adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respetos y á darle su obediencia. Él los recibia con tanta afabilidad y agasajo, y los metió despues tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los hizo suyos no sólo durante la vida, sino hasta despues de la muerte; pu néntose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fué. por las pretensiones desmedidas que en él produjo y por la envidia que causó en sus rivales, ocasion muy principal de los males que despues sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes (1).

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al Gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostraciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, ántes de volver á las provincias de arriba,

(1) Alvarado lo presentia así cuando en su carta al Emperador decia, hablando de la gente que él dejaba al Mariscal. «Con la cual se ha mudado la confusion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos que dize que trae de Vuestra Magestad, no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia por donde se pierda todo.»

dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcázar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió orden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenían los Incas en el Quito. Envió un capitán para que poblase en Puerto-Viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recién llegados al Perú, y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que despues se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el Mariscal y el Adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la sazón se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesías que pasaron entre los tres, si bien no faltaron malsines que quisieron inducir sospechas en el ánimo del Gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entónces dar la acogida que merecia tan absurda sugestion, recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado, y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados prometió hacer tanto en su favor, que así él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron despues á ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo, por los clavos y vestigios que áun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se despidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro y con los magníficos presentes que el Gobernador y Mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin honra. La expedicion, á la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometian; pero él habia salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador, y volvía

cargado de cajones de oro y plata á manera de mercader (1).

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linac ó de Rimac (que éstos dos nombres le dan los escritores) le ofrecia todas las comodidades que podia desear para este fin: posicion central en las provincias, proximidad á la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar y cuatro de Pachacamac, junto á un rio, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Jauja, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundacion con todas las ceremonias acostumbradas, en 18 de Enero de 1535 (2). Púsole el nombre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que habia de fundarla. Pero el nombre que tenían el valle y rio que se sentó ha prevalecido sobre el primero, y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

(1) Esta relacion de la expedicion de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado, que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narracion, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita coleccion del Sr. D. Antonio Uguina.

(2) A los más ha engañado el nombre de los Reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fué fundada el 6 de Enero. En el texto se sigue al padre Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundacion de Lima* fija la fecha en el dia 18 de Enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del Nuevo Mundo es irrecusable.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la poblacion que allí habia proyectado el mariscal Almagro á la vuelta de su última expedicion, y de que quedó encargado Miguel Estete; y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se habia hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó tambien en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcázar, repartió la tierra, se ganó la aficion de todos los vecinos de ella, y procuró con medios suaves atraer de paz á los indios. Bien sabía él usar estas artes cuando queria, y más entónces, que viejo y cascado, ménos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes; en suma, hácer vida de príncipe, objeto á que se habian dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambicion se despertó. Así puede llamarse esta época una de las más afortunadas de su vida si se ha de medir la fortuna por la ambicion satisfecha; puede llamarse tambien quizá la más gloriosa en realidad, siendo cierto que vale más la fama que se gana en conservar y edificar, que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco, y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos para producir la ponzoña que causó despues tantos estragos.

Hallabase aún en Trujillo cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que D. Diego de Almagro fuese gobernador desde Chincha en adelante. Oida que fué esta noticia por Diego de Agüero, uno de los capitanes que habian servido con Almagro en la expedicion del Quito, voló al instante á ganarse las albriicias de la noticia, y alcanzó á Almagro junto al puente de Abancay, cerca del Cuzeo; y sin tener ni órden ni comision para ello, le dió la noticia y el parabien de parte de D. Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su

buena fe acostumbrada, «que le agradecía el trabajo que se habia tomado, y tenía en mucho la merced que el Rey le hacia, y se holgaba de ella, porque así nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado; pero que en lo demas tan gobernador era él como D. Francisco Pizarro, pues mandaban lo que querian.» Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de siete mil pesos, y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allá con poderes amplos de su compañero para tomar á su nombre el mando de aquellas partes, y facultad de descubrir por sí ó por otros hácia lo que llamaban Chiriguana, al Mediodía, corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demas principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos, cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos, por consiguiente, era tan grata como para él aquella noticia, pues le veian ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco, fué recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto, los dos Pizarros, Juan y Gonzalo, y demas gente principal que allí habia. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones, pues las originales las traia Hernando Pizarro, el mal aconsejado Mariscal se desvaneció de modo, que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero, porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion, y sí de la segunda, que se le confería á él, fuera menoscabar su autoridad, cuando ya sus podéres emanaban del Rey mismo.

No dudaba entónces el Gobernador que el Cuzco caia fuera de los límites de su mando. Doliale, sin embargo, perder de aquel modo la más rica joya de su conquista, y mucho más no haber repartido la tierra, y ver que otro habia de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado. pues, de amigos más interesados por él que por el Mariscal, y todavia mas impelido de su propia ambi-

cion y anhelo de mando, revocó los poderes que habia dado á su compañero, poniendo por pretexto en las cartas que escribió, así á él como á la ciudad, que lo hacia con el fin de que así quedase el Mariscal más desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del Rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con expresa órden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos; porque si no se aprovechaba de ellos debia seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazón le ejercia. Con este despecho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó á Cuzco mucho despues que el Mariscal, á quien no hubo que notificar nada, porque no hacia caso de los poderes que el Gobernador le habia dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponia y prometia como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendiéronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguia á los dos hermanos; pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al Mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo dia en que salieron los dos bandos á la plaza ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderacion de Almagro, pudieron entónces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el Mariscal guardase la suya para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde léjos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro,

juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera y á Antonio Picado, á quien habia hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos; porque recibió el mensaje que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que habia pasado, y despues una carta de un Carrasco, en que le decia que se diese prisa si queria ver á sus hermanos vivos. Él se alteró, llamó á Moscoso y le reconvino por su falta de verdad; mas insistiendo el otro en que la carta mentia, envió con él á Antonio Picado para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho á la iglesia, donde al instante le tué á ver el Mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorumpió Pizarro:—«Mirad cómo me haceis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo sólo maíz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo?—No era necesaria esa prisa, contestó Almagro, pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estais y lo sabreis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han podido disimular el pesar que les causan las honras que el Rey me ha hecho.» Llegó en aquel punto Hernando de Soto, acompañado de muchos caballeros, á darle la bienvenida; y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo que ya el Mariscal se tenía por gobernador del Cuzco y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho más que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del Gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua ni del decoro que se debia á sí mismo y á

su antiguo compañero; no así el del Mariscal, á quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respetos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningun agravio positivo, y acaso más bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendria á su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron fácilmente oídos á las gestiones de la conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron (21 de Junio de 1555 (1); y la amistad y compañía de los dos capitanes se volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Voláronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compañía, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; estos, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaria yo á creer, á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fe y que tenian ánimo de cumplir lo que entónces ofrecian. Es cosa deplorable, por cierto, que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y ju-

(1) Así está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia a la letra; Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion expresa á la causa inmediata de aquella primera disension, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavía; pero ¿no parecia natural prever y preca- ver el caso para cuando llegasen? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia; la cual parece mas una renovacion de compañía mercantil que un arreglo político de mando y de gobierno.

tada, se rompiese despues de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos, si infunden respeto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrilego, aunque con razon se le tache de perjuro.

Publicóse despues la jornada del Mariscal para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, así por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobernacion que aguardaba. Alistáronse para seguirlo todos los aventureros que no habian hecho todavía su fortuna, y áun algunos que la tenian, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato y su liberalidad sin límites le ganaban todos los corazones: de manera que apénas habia quien no le quisiese seguir. Ciento y ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenian con qué equiparse, sin recibir por ello más obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni áun de aquel modo se obligaron (1). Esta profusion más que real con que se preparaba á su viaje le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo D. Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le

(1) Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenía un día junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lepe le pidió uno: «Toma, le respondió Almagro, los que te quepan en las dos manos:» y sabiendo despues que era casado, le mandó dar cuatrocientos pesos para que se fuese con su mujer. A otro que le presentó una adarga le agasajó con cuatrocientos pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados; al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló seiscientos pesos, etc., etc.

mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la expedicion, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante de sí á Paullo Topa, un indio principal de quien se hablará despues, hermano del inca Mango, y al Vilehoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos, para que le preparasen y allanasen los ánimos de los naturales; y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedia como hermano, como amigo y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecia todo el tesoro que quisiese. «En esto, le decia, dareis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos.» A esto respondió el Gobernador, que le tenian amor de padre y no darian jamás ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero, sin duda, para los oidos de un hermano, difícil de seguirse atendido el carácter del Gobernador; pero honrado, seguro, é inspirado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda prisa venian sobre ellos (1).

No bien partió Almagro para su expedicion, cuando el Gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco,

(1) «Pizarro, dice Herrera, aunque era astuto y recatado, en la mayor parte fué de ánimo suspenso y no muy resolutivo.» (Década 5.^a, lib. 7, cap. 13.) Acaso no podia él ya con sus hermanos lo que debia, á pesar del respeto que suponía en ellos

y dejando á su hermano Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construian; lo cual era entónces su pensamiento favorito y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos dias todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del General respetada y obedecida como suprema ley; y no siendo esta voluntad, como le sucedia siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fué otra época de su vida honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se habia sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso ver á aquel hombre, de una educacion tan descuidada y tan falto de noticias, disputar con los artifices sobre la dimension de las calles, altura de los edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio y de la salubridad, la posicion que habia elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recién llegados á apreciar y disfrutar aquel paraíso en donde los ponía. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos; y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabía dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Henriquez, á Tello y Luis de Guzman, á Hernando de Soto, cuando se despidió de él para venirse España; en fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador (1).

(1) Sabía dar tambien como particular con discrecion y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solía jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo y saliesen hon-

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venía con comision del Rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traia Hernando Pizarro, y éste no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al Obispo que su comision era ya superflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habian hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en aquel país se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse á su iglesia, rehusando el gran presente que el Gobernador quiso hacerle, y admitiendo sólo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fué tambien cuando Pizarro dio al capitán Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los chiachapoyas, nacion situada al Oriente, para ensanchar por allí la dominacion española y la propagacion del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedi-

rados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para darselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo ni sacar el peso que llevaba hasta que vino el soldado, que tardó más de tres horas; y llamándole aparte le dió el oro, diciéndole que más quisiera haberle dado tres tantos más, que el trabajo que habia padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra más que aquel paso de arrojarle al rio de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo, que caido impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñiante sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.

cion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron y que supo conservar aún en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en las de los indios.

Llegó, en fin, á Lima Hernando-Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada casi como lo habia hecho al tiempo en que Colon vino á presentar el Nuevo Mundo á los Reyes Católicos. Ahora se cumplian las esperanzas de entónces, y por ventura excedia la realidad á la esperanza. El mensajero, que tanta parte habia tenido en aquellos acontecimientos, fué altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la corte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de Santiago, la facultad de llevar ciento cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese á las Indias; en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho á todos los gobernadores, comandantes y demas empleados públicos, por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el Gobernador se le dió el titulo de marqués y setenta leguas más de gobernacion por luengo de costa y cuenta de meridiano. Al Mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el titulo de adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, linea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los limites de la jurisdiccion de D. Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ellas

despues de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el Rey contestó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al P. Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fué presentado á Su Santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la corte tenía tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó á Lima poco tiempo despues que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dícese que á la vista de las provisiones que enviaba la corte se renovó en el Gobernador el sentimiento de emulacion y de envidia contra su compañero; y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del Mariscal eran tan notorios en la corte, que aún aquel galardón parecia corto al Rey y al Consejo; que por lo demas, en las setenta leguas que le traia añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien más allá, con lo cual debia desechar aquel cuidado. No omitieron, sin embargo, los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse más y más de aquella posesion. En primer lugar, dilataron entregar á Juan de Rada, capitan de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia para llevarse los con el refuerzo de gente que estaba reuniendo

en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaria: todo para dar lugar á que el Adelantado se alejase más y más cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el Gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazón estaba encargado á Juan Pizarro, pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, queria que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviesen en manos más firmes y más capaces.

Entretanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro, ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la corte, hostigaba á los conquistadores para que hiciesen al Rey un servicio extraordinario y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos fácil oido á estas persuasiones: decian que bastante hacian por el Rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el Rey de su parte los hubiese ayudado con nada para ello; que no querian contribuir más con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el Rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traído sino el hábito de Santiago para sí, y el título de marqués para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecia al Rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuerda era delicada, y el Gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. Él los defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á D. Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo

que la lealtad castellana no se ponía nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedía que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concedería á perpetuidad los indios que hasta entónces no tenían más que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solía cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazón se hallaban en Lima: de modo que reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco á ver si podía conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entretanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entónces un hombre de su esfuerzo y de su resolucion. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros y áun los desastres. Creíase que sólo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aún inciertas del adelantado Almagro; pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion desde más arriba, y llevar la vista y atencion á los indios, de quienes mucho tiempo há no hablamos.

No por ver al Inca desbaratado y prisionero en Caxamalca desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debían á su rey y á su país. Si no pudieron inspirar más despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo ménos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres é independientes, sin recono-

cer ni sufrir el ajeno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcázar, sucumbió á la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario; pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza (1). Ya hemos visto cómo pereció Chialiquichiana en poder de Pizarro, y su suplicio acredita ménos su culpa que el temor que infundia con su crédito y con su valor, y la poca esperanza que se tenia de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba, llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitán de los más valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los guamanconas, oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra, primero en el puente de Apurímac, cerca del Cuzco, contra el Gobernador; y luego contra los castellanos de Jauja, acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazón en aquel valle. Allí se peleó más obstinadamente: los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fué muerto, y también tres caballos, y además prendieron á sesenta yanacunas, que Quizquiz hizo matar luego como sus más implacables enemigos. Él prosiguió su camino al Quito, adonde había ofrecido llevar sus

(1) Belalcázar le sorprendió por la traición de algunos indios que avisaron dónde estaba: hízole dar tormento á él y á sus compañeros de prisión para que descubriesen los tesoros del Quito, pero ellos, dice Herrera, se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia, y él inhumanamente los hizo matar.

mitamaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcázar, en que tambien fueron vencidos. Entónces los capitanes aconsejaron á Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veia que eran invencibles. Él los llamó cobardes; y acalorándose la disputa sobre si habian de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demas le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debian poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeon de la independenciam peruana. Mucho más cuando los españoles, despues de la muerte de Toparpa, continuaban la farsa de tener un inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar y áun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia D. Francisco Pizarro á poco tiempo de estar en el Cuzco hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, á aquel Mango Inca que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que, á la ley de hijo de Huayna-Capac, era á quien con mejor título pertenecia el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el Inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y officiosa el puesto á que el Gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco: los indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso que el inca Mango siguiese más bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos, despues de estar conformes entre si, conciliar tambien á los naturales, pues aunque en una junta que tuvieron con los más distinguidos persuadieron, rogaron y áun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conse-

guir, y el Inca y sus parientes quedaron enemistados (1). Despues, cuando Almagro partió á su jornada de Chile, pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos ántes, á su hermano Paullo Topa, y al Vilehoma; dando á entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenia por inquieto y peligroso en razon de su poder. Esto, á lo ménos en cuanto al sacerdote, no era más que pura apariencia, pues ántes de partir dejó concertado con Mango el plan de levantamiento, y apénas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte con él y á dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el Inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias convecinas; y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debia hacer para salir de la sujecion en que aquellos extranjeros los tenian; recordóles la mansedumbre y justicia con que los habian gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entónces todas sus cosas; manifestó el desórden y trastorno que todo habia padecido con la llegada de los castellanos, el sacrílego robo de los templos, la corrupcion de las costumbres por el desenfreno de su lujuria; tenidas por mancebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin más ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos habian hecho alianza con los yanaconas, la clase más vil de aque-

(1) Sucedió en esta junta que un hermano del Inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se hallaban no hablaban con su rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenian un espíritu tan brioso y resuelto, que el Gobernador español se alteró oyéndole, le amenazó y le dijo malas razones: cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

lla tierra, y les habian dado alas y soberbia para insultar á sus señores y áun vilipendiarle á él; lo mismo sucedia con muchos mitimaes: de modo que ya no faltaba sino que le despojases de la borla. ¿Qué habia hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada y dar muerte á Atahualpa, á Chialquichiamá y demas personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtiéndoles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya despues sería tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podia ser más oportuna: los más valientes y mejores se habian alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile; los demas, divididos y situados á grandes distancias, podrian ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso, pues, aprovechar la coyuntura inmediatamente, y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y despues á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darian la vida por él; que los sacase de aquella dura servidumbre, y el sol y los dioses estarian en su favor. Y pasando despues á consultar las disposiciones que deberian tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fué en que procurase el Inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese, y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos, que al fin los yanacunas no los rastreasen y avisasen de ello á los españoles. Así es que áun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fué vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa; pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temian, y además Juan Pizarro estaba muy léjos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto,

ni tampoco su resolucion. En esto llegó Hernando, y sea compasion ó desprecio, sea política ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fué poner á Mango en libertad. Él usó de ella al principio con discrecion y con recato. Supo ganar los oidos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasion con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo, le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el Inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango, pues, salió del Cuzco á ciencia y presencia de todos, acompañándole, además de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Éste á los ocho dias conoció el yerro que habia cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al Inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos, que le dijeron cómo iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso, sin embargo, dar vista á Calca, y fué acometido de los indios, que le dieron en qué entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entónces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolucion como porfia. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio, porque más habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicion al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron, pues, como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa

y rebato la gran fortaleza exterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearón las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavía más de los que eran. Los españoles, reducidos á doscientos, y á mil yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se defendian como podian de las piedras, flechas y armas arrojadas que á manera de espeso granizo venian disparadas contra ellos. Hacian á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenian que volverse á sus guardias, y los indios, rehechos, repetian sus ataques y sus insultos. Pudieron, en fin, los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aún echar á sus enemigos de la ciudad; mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela tambien, y, con efecto, se consiguió; pero fué á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que por la fatiga del dia se acababa de quitar la celada. Era de los cuatro hermanos el de ménos orgullosa y arrogante condicion, y por eso su pérdida fué sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatia la fortaleza, se combatia tambien en la ciudad, y los indios, añadiendo golpe á golpe, la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas, cubiertas de paja, segun el uso general del país, ardieron en un momento; los españoles veian quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo, dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los dias y aún los meses; socorro, por más que lo esperaban, no venía.

los bárbaros les arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del país según los encontraban; y la imaginación, ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heroico, pero aguardar, insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El Ayuntamiento se inclinaba á ello y aún lo pedía; pero Juan Pizarro, ántes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sujetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza y que ántes se debería perecer. Este dictámen prevaleció, como era regular que sucediese entre hombres tan valientes; y la conservación del Cuzco se debió entónces sin duda á la resolución verdaderamente heroica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que sería conveniente ir á atacar al Inca en el tambo del valle de Yucay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio había fijado Mango su residencia (1). Tomó á su cargo la expedición, y con sesenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos, llegó cerca del tambo y ahuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le salieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzarse sobre él, le desordenó los caballos, y fué preciso retirarse á un llano frontero de la puerta del

(1) «Por todas partes dél (se habla del valle Yucay) se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia, especialmente los que ovo en tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las más fuertes de todo su señorío, asentada entre sus rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes, que parecen murallas unas encima de otras.» (Pedro Cieza de Leon, parte primera, cap. 94.)

lugar para rehacerse. Entónces los indios, cobrando ánimo, salieron á él con tal gritería y tal intrepidez y en tan excesivo número, que los castellanos empezaron á temer, y mucho más cuando vieron que en un momento sacaron de madre el rio que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase á su confusión, que oían y sentían disparar mosquetes contra ellos; señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellanas y sabían usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga; los enemigos á cada paso le cargaban y le detenían, y el suelo, erizado de espinos y de púas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apénas podían caminar. Los indios lo habían previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco, no sólo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavía más en otra salida que hizo despues con ochenta caballos y algunos infantes. Habían aflojado los indios en el sitio, y retirándose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre, creyendo Hernando Pizarro por lo mismo que le sería fácil sorprender al Inca en el tambo, adonde ántes fué á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la rapidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de más de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, miéntras que algunos de los suyos, armados de espadas, rodela y

morriones quitados á los nuestros, salian de sus reparos, arrostraban los caballos y se entraban furiosos por las lanzas castellanas. Fué, pues, forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, adonde de allí á pocos dias dieron los indios de improviso, por disposicion de su inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este teson, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuánto pudieran hacer los indios en su defensa si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entónces faltaban capitanes al ejército, así como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fué atacado el Cuzco fué embestida tambien Lima. Allí á la verdad, no con tanto efecto ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra, más llana, dejaba toda su fuerza y pujanza á los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre; y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el Gobernador no sentia allí ni por sí mismo ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte; los indios tenian interceptado el camino y áun la tierra, todos los castellanos dispersos eran muertos; los diferentes destacamentos enviados ó por noticias ó en socorro tuvieron la misma suerte, ménos los pocos que habian podido volver fugitivos y espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el Inca para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientos los españoles que en unos parajes ó en otros habian sido sacrificados por los indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entónces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos, se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba léjos, los demas

establecimientos españoles de América lo estaban también, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso, pues, que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pié y de a caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió además á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú, y pidiendo á toda prisa socorros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas, podia conocerse la fuerza de los recelos que tenía. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decía «que si le socorria le dejaría la tierra, y se iría á Panamá ó á España (1). De todas partes le acudieron á su tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés le envió dos navíos con armas, gente, caballos; y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los dias solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demas partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por sí solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y áun el Gobernador fué notado de pusilámime por haberse creído tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolucion tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navíos del puerto, quebrantando así á los indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era

(1) Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro y por él se cobrase la tierra, cumpliese Pizarro su palabra. Estas expresiones, además del desaliento que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasion en que así los Pizarros como los demas conquistadores del Perú estaban de que el país era suyo.

obligacion suya mantener y asegurar el país que habia conquistado y gobernaba; y miradas sus precauciones por este lado, no desdecian de su posicion y atribuciones, áun cuando por ventura sus palabras fueron sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos dias con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos, y al tiempo en que más lo habia menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacía que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles, cuando empezó á oirse en el Cuzco que el Adelantado volvía. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata connexion con esta Vida, áun cuando por sus resultas no dejen de tener relacion con ella. Vendriase por otra parte á coincidir en su narracion con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenian que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrias por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles, en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranias del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces, con quienes tenía que estar continuamente combatiendo, y que si á veces se podian vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hacia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yerros abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningun descubrimiento importante, ningun establecimiento útil, ningun hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, despues de haber corrido más de trescientas leguas al Mediodía, viendo que la tierra era más pobre mientras

más se internaba en ella, y no hallando más que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, ménos oro y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados, y la fácil adquisicion de tesoros, de poder y gloria que habian hecho ya tantos otros, y áun ellos mismos en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacía mirar con ceño y desde todo lo que no fuese un imperio que rendir y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del Adelantado las provisiones originales de su gobernacion, que Juan de Rada le habia traído, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este ora muy poderoso estímulo para tomar la resolucion de volver, en la impaciencia que él tenía de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decia que si le aconteciese morir allí, no quedaria á su hijo más que el nombre de don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allí al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites y que ellos tenían voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejantes la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la corte le hacía, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugerencias de la ambicion, y era difícil que no se decidiese á contentar la suya y la ajena á toda costa. Dióse, pues, la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los indios y el peligro y trabajo de los españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria; y más satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio

y socorro que las cosas necesitasen. Como ántes de salir á su expedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el Inca, desde Arequipa, donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades, el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta; echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fué entendida por los castellanos del Cuzco, que casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de españoles estaba en el valle de Jauja. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el Gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que despues se expresarán, se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entónces lo primero á que atendió fué á romper las inteligencias de Almagro con el Inca, sin duda para quitar al Adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envió, pues, con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con D. Diego de Almagro, porque no era el señor, sino don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos castellanos de Almagro que á la sazón estaban con él, añadiendo que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era D. Diego de Almagro, y por tanto queria que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con solo cortarle un dedo, y con este escarmiento y respuesta le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fué tratar de inquirir el designio del Adelantado, el cual ya se habia acercado á Urcos, lugar distante seis leguas de la

ciudad. Decía él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de D. Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habria avisado de su llegada, ó se hubiera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion con los enemigos ántes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes, acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro, la cual se les hacia cada vez más sospechosa viendo la insolencia y oyendo la gritería de los indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á veces les decian que ya era llegado Almagro, que habia de matar á todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habian creido de buena fe que el Adelantado se iba á juntar con el Inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yucay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con órden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse, porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesan que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recién venidos, sin hacerse mal ninguno, ántes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del Adelantado, y avisando de ello á Mango, el Inca, en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro, considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenía ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entre tanto este capitán una conferencia con Hernando Pizarro cuando éste salió al reconocimiento de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atreverse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenían. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general; Pizarro, por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. También por su parte el Adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer á los españoles del Perú y á su amigo el Gobernador en el aprieto en que estaba; que era su intento también tomar posesion de la gobernacion que el Rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compañía que habia entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua que le dijesen cuál era en realidad la intencion del Adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones.—«Como tal sea su intencion, dijo Hernando entonces, suyo será el homenaje, y hará de todos á su voluntad.» Acordóse, en suma, por los Pizarros que se contestase al Adelantado que fuese su señoría bien venido; que no creian que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que habia entre él y el Gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde sería muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparia la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fué así; porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenía, y el desprecio y mofa con que á la sazón hablaba de la persona del Adelantado, como siempre lo hacía, agriaban cuantas buenas palabras podia dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para más facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones, marcharon al Cuzco en orden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas; y haciendo alto ántes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban, envió el Adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales con la intimacion expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no habia más que doscientos hombres de guerra divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y, por consiguiente, poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo; ántes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos, ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podia contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios de las provisiones, les envió al Ayuntamiento, diciendo que éste veria lo que habia de hacer. Los pobres régidores no sabian á qué atenerse ni qué decidir: dentro tenian una especie de tiranos, á quienes no querian ofender; y fuera, una fuerza superior, á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon, pues, que las provisiones eran claras respecto de la gobernacion del Adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacía mencion ninguna; que ellos no eran letrados ni geógrafos para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites; pero que siendo el caso grave, convenia mirarlo bien, y para tratarlo con más quietud convendria que se hiciese suspension de armas por algunos dias. El Adelantado, á quien se comunicó esta declaracion por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspension de armas que se le proponia, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenia preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua con la condicion de que él permanecería en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaria adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe; no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despedñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era más que ganar tiempo para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya, segun fama, se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche, acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder segun las reglas más estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajus-

taban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron, pues, en este dictámen á su general, que dió por ventura contra su inclinacion la órden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores y descontentos de aquellas diferencias. Solo en casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra y unos mosquetes montados á la puerta. El Adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia, Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenian, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento.—«Yo no me doy á tales soldados,» contestó él, y seguia combatiendo.—«Vos no sois más que un teniente de gobernador en una ciudad, replicó Orgoñez, y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse ó aparejar las manos y pelear.» Peleábase, en efecto, con todo el furor que cabe en ánimos desesperados, y Orgoñez, juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuyo techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante feroz se veia el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus ene-

migos. Él insistía en combatir; pero el fuego cundía á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caian sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no habia que esperar. En aquel conflicto todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, miéntras que la casa, no bien habian salido de ella cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó á los dos prisioneros la humillacion de verse en su presencia, los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones reales que llevaba (18 de Abril de 1537), y él recibido y publicado por gobernador, anunció que no se trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas; y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitan que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco meses ántes habia sido enviado por el Gobernador para socorrer la capital, amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Jauja pacificando aquellos naturales. Decia, para justificar su tardanza, que así se lo habia mandado el Gobernador; pero sus enemigos para acriminarle le imputaban que se habia detenido allí por los intereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que

el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo liberarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida el Adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernación ajena, ó diese la obediencia al que la tenía, ó se volviese al distrito de la gobernación de D. Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entónces y principales confidentes de Almagro; con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinion y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso más bien que resolviere guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos y poner en prision, contra la fe pública y el carácter de que iban revestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian ménos de venir segunda vez á rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo que era y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debia hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra, siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenian ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarian de su parte, y así se pondrian en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenía tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento

de sangre, y le detenían todavía los respetos de su amistad antigua con el Gobernador, aunque aborrecía á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase más de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos.—«Mostraos en buen hora piadoso, replicó Orgoñez, ahora que podeis; mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno:» palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba si al fin venía á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos á combatir, salen los castellanos del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza; los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitán de más reputacion entre ellos, mantenía inteligencias con Orgoñez (1). Alvarado, sospechándolo, le había mandado prender; pero él pudo escaparse, atravesar el rio y pasarse al Adelantado. Acrecentóse con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenía tan grande en el crédito de valor que gozaba y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso minuciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenía delante el rio, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. Él, con otro cuerpo, quedó para acudir adonde conviniese. Llegado Al-

(1) Lerma iba descontento porque el Gobernador, habiéndolo dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó y despues se le dió á Alvarado.

magro al río, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos; mas Orgoñez, su general, no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el río: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones muertos; recordóles que iban á pelear, no con indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al río al frente de ochenta caballos, los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputacion. Era de noche, el río hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oian las voces de aquel hombre denodado: —«Caballeros, ánimo, apriesa; que ahora es tiempo;» con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguian. Tiraban los contrarios adonde oian el rumor, mas los tiros se perdian y no hacian efecto alguno. Los caballeros, segun iban pasando el río y llegando á la orilla, se apeaban; y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fué herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitan Guevara, que mandaba en aquel punto. El Adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se habia quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se juntó á los suyos. Pasábansele ya algunos de sus contrarios; mas Alonso de Alvarado, con el cuerpo que se habia reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacia con el mayor valor rostro á las picas y á

las ballestas. Era de noche todavía; mezclábase el nombre del Rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servían entónces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fué herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fué crudo y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él, cada vez más feroz, alzando la espada y exclamando, «aquí me han de enterrar ó he de vencer,» se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras, peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podían resistir. Alvarado, que al romper el día vió su desorden, y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo, dudoso de lo que haría. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba y no habia entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendía, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitán enviado á tomarlos, y Garcilaso, sabido el suceso, se vino tambien para el Adelantado: de modo que al salir el sol el campo era todo suyo y fuera de duda la victoria.

Esta fué la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados despues. Por fortuna, no se deramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos; ni despues de la accion se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de Estado ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso

consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñez tenía fulminado contra el general prisionero cuando le llevaban al Cuzco (1); mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase, que se pagase de su hacienda propia: en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron despues ó por flaqueza ó por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interes que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió, con generosidad tambien harto noble de su parte, la suspension de la terrible orden de Orgoñez, «ya eso está hecho,» respondia él con una satisfaccion y una alegría que daba á entender bien claro la bondad de su corazon y cuán poco habia nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y ajena le tenía puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversacion era más propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razon que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse, sí, con discrecion y templanza, del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento sería conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenia, y cualquiera que fuese su resolucion, siempre le tendria por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del Adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo despues

(1) La máxima de Orgoñez era que de los enemigos los ménos, especialmente siendo cabezas, porque decia él «que perro muerto ni muerde ni ladra.» Cuando le llegó la orden de Almagro para que no se procediese á la rigurosa ejecucion de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: «Pues así lo quiere, así sea, y á él le pesara.»

de la batalla, que lo que convenia era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitán Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del Gobernador y acabar así á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decia él, duras á la verdad, pero las únicas en que podian cifrar su seguridad, pues la experiencia tenia acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano, y que si ellos no lo hacian así con los Pizarros ahora que los tenían en su poder, ellos lo harian con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entónces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su carácter daban sobrada fuerza á sus palabras, que además de lisonjear el orgullo de aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente tambien del odioso concepto que justamente se habian adquirido los objetos de su proscripcion y de su lira. Así es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinion rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecucion, y el ejército se volvió al Cuzco quince dias despues de la batalla sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro, entretanto, se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Ibane á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atencion cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban largo, como se ha acostumbrado siempre en América, y todavia más entónces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que, enviándoselos á Hernando Pizarro, éste se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entónces Alva-

rado hizo por gratitud y con mucha más eficacia lo que ántes habia hecho por mera compasion y conveniencia. Él fué el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y contiúas sugerencias de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que á no estar él de por medio, acaso el Adelantado, á pesar de su blanda condicion, diera acogida al fin á los consejos de su general y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista al Marqués gobernador: él á la verdad no habia intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna están siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigian los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prision de sus hermanos fué la que le envió Alonso de Alvarado de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debia hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que habia reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto despues, y considerando que por su parte no habia culpa en el rompimiento, «siento, dijo, como es razon los trabajos de mis hermanos; pero mucho más me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del Rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan.» Dichas estas palabras de desahogo ó de disimulo, y dada cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecia su aviso, y que aunque las cosas habian venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondria paz entre su amigo y él, y encargaba que miéntras iba á unirsele con la gente

que tenía no se avistase con el Adelantado ni viniese á rompimiento. Llamó despues á los principales de su campo; y ponderando el deservicio que al Rey se hacía en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él, como á su lugarteniente y gobernador, le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos, como lo tenía de costumbre y ellos experimentarían. Despues de este preámbulo artificioso, les dijo que como caballeros de honor y leales servidores del Rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguirlo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delidada: habian sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban cuando se encontraban con una guerra civil y convidados á mover sus armas contra españoles. Ignorantes de los sucesos y pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quién darian la razon. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entónces: hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el Rey, y que, léjos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenían al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veía un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitan castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision; ningun mensaje, ninguna propuesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era fácil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenían presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones tuvieron más cuenta con lo que la razon dictaba que con esta inclinacion, y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros

al Adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndole con todo comedimiento y amor, y que, entre tanto, se enviase por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse era averiguar si el Cuzco caia en la gobernacion de D. Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demas era excusado. Este dictámen heria la dificultad de lleno; pero tambien heria las pasiones, y no se hizo caso de él.

El Gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion ajena y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolás de Rivera con un mensaje pacífico al Adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado (1). Pero en esto llegó la nueva de la rota de Abancay, de la prision de su general y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temíase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinion del general Orgoñez cuando queria que desde Abancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro, pues, resuelto á negociar para rehacerse entre tanto, y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para despues combatirle de poder á poder, envió al Cuzco una

(1) Aquí fué donde puso guarda para su persona, compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda él, que nada habia temido ántes, empezó á recelar por sí, á menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entónces.

embajada compuesta de las personas más distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y más antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-Firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas despues, compañero tambien de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos, y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable, con tanta mayor razon, quanto era público que él y los demas comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el Adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro, el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí, y partir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó que si como hombre oprimido se allanaba entónces á todo por cobrar su libertad y encender despues la guerra para vengar sus resentimientos, sería mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen más tardíos, una vez que lo que ménos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones tan perniciosas á todos, y á nadie más que á los Gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte

suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa más ingenuo y entero con el Adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entónces Espinosa le llamó la atencion á lo que diria el mundo que los habia visto á los dos en tan perfecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre sí, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y oscureciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenian adquirida. — «Mas dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventurais de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensais que el Rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la órden que conviene para estorbarlos? No os engañeis; presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entónces, aún cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que á estos parajes se envian, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de ajena profesion, que, segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al albedrío y voluntad ajena, y expuestos á sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones para que extendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas más ó ménos vayais ahora á enojar al cielo, á ofender al Rey, y á llenar el mundo de

escándalos y desastres?» A estas palabras, dignas de notarse por ser cabalmente un letrado quien las proferia, se contentó el Adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á D. Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudosa, segun los límites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto ménos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitavelmente caia en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida si menester fuese.—«Segun eso, Sr. Adelantado, replicó Espinosa, vendrá á suceder aquí lo que dice el refran antiguo castellano: El vencido vencido, y el vencedor perdido.»

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el Gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes ámplios para negociar, un Hernan Gonzalez que venia con ellos le traia tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazón como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó á rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro, y no es extraño por cierto que, sabida por él, agriase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar ciertos artículos en que unos y otros se habian convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintiéronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla; sintiéronlo tambien los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables, Mas no así los soldados que habian militado con Balboa: acordábanse aún de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias;

y veinte años de servicios, de fatigas y de descubrimientos en Tierra-Firme, de prudencia y moderacion en su conducta, no habian lavado, ni lavarán ya jamás, la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el Adelantado despidió á los embajadores con encargo de que dijesen al Gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligacion de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo con el objeto de enviar al Rey el oro de sus quintos, y de paso iria pacificando la tierra. Movi6 en seguida su ejército á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado encargados á Gabriel de Rojas, que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debia ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco y la victoria de Abancay, lo ménos que decian era que iban á arrojar al Gobernador á mandar á sus anchas en las tierras de los manglares, y no habia de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chincha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los refuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales y demas efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecucion; poblóse la ciudad, que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre y por la ocasion parecia destinada á servir de padron á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entretanto, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas y escaparse del Cuzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chíncha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigurosos de Orgoñez, iba ya inclinándose á ponerlos en ejecucion respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitán; pero Diego Alvarado, constante en protegerle, templó la irritacion del Adelantado y contradijo las razones que para despacharle daba siempre su general. Hizo más aún, que fué salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un día, que el alférez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirlo y perdiendo toda consideracion y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazon, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el Gobernador oído á la proposicion de poner el negocio en terceria, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sujeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fué el Adelantado, con mucha contradiccion de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decia abiertamente que el padre Bobadilla era más aficionado á D. Francisco Pizarro que no á él; que este juicio, en caso de fiarse á alguno, debía ser, no á un hombre exento como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios y tambien temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadía que la

verdadera seguridad no consistía en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondía que si no podía esperarse justicia de un hombre de las prendas que acompañaban al padre Bobadilla, no había en el mundo de quien poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del Adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto éra sin duda ir á cortar el mal de raíz si todavía quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua, pues viéndose, hablándose y abrazándose, podían disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traídos y llevados por terceros. Concertáronse, pues, estas vistas para Mala, donde el Provincial había fijado su residencia y establecido su juzgado; y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenajes que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no solo los Gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgoñez; pero sospechando siempre, segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha:—«Señor Adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino.» El adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demas, y solo como por milagro se escapó el Adelantado de la celada que le tenían prevenida.

El primero que se presentó en Mala fué Pizarro, seguido, segun el convenio hecho, de solos doce á caballo que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo despues marchó el Adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el padre Bobadilla,

el Gobernador y demas capitanes se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fué para el Gobernador con el sombrero en la mano, y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenía puesta, y saludándole friamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veian, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad traspiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aquí ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenian endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna más atencion recibió á los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo *que iban de rua*; á lo que ellos cortésmente respondieron *que para servirle*. El Provincial rogó á los Gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prorumpió á hablar fué Pizarro, que preguntó al Adelantado por qué causa le habia tomado la ciudad del Cuzco, que él habia ganado y descubierto con tanto trabajo; por qué le habia llevado su india y sus yanaconas; por qué, en fin, no contento con estas tropelías, le habia hecho la grande injuria de prender á sus hermanos.—«Mirad lo que decís, contestó el Adelantado, en eso de afirmar que ganasteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quién la ganó. Yo he ocupado el Cuzco porque era ciudad de mi gobernacion segun las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza, y no por armas; vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos.—Si mis hermanos, interrumpió el Gobernador, siendo mancebos os la defendieron, mejor os la defenderé yo.—Por estas causas, continuó Almagro, he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador.—No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay. Así, pues, volved al Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó

de lo contrario debeis considerar que va á resultar gran daño.—El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré si el Rey no me lo manda. En cuanto á la libertad de vuestro hermano, letrados hay aquí, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si así lo declaran, con tal que se presente ante el Rey con el proceso.—Soy contento de ello, contestó Pizarro.»

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se habia acercado con tropas á Mala, y áun se decia que tenia dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto, pues, arrimaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes, en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro sin detenerse bajó, subió á caballo, y con él sus amigos, y á todo galope desaparecieron (1). El Gobernador envió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro dia para terminar su conferencia. Pero el juego estaba descubierta, y el Adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oír la determinacion bastaban los procuradores y no era necesaria su presencia.

3 A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compro-

(1) Dícese tambien que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del mal trato y doblez con que se recibia á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa del Provincial, empezó á cantar un romancillo que decia:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es ya de andar de aquí.

El Adelantado lo entreoyó, y por eso estuvo tan pronto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle

misario, que le enconó todavía más. El Provincial, vistas las escrituras, y oídos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fué tal como si el mismo Pizarro se la dictara; porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la división de las distancias y de los términos de una y otra gobernación, se mandaba á D. Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á D. Francisco Pizarro, que la poseía pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifiestamente contra la voluntad del Rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese además el oro y la plata perteneciente á los quintos del Rey, y que dentro de seis días entregase los presos con sus causas, para que vistos por él, hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la corte. Este era el artículo principal ó más bien esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fué alabado y consentido por el Gobernador. Por el contrario, el procurador del Adelantado interpuso apelación para el Rey y su consejo de Indias, á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no había apelación, porque era de consentimiento de ambas partes interesadas.

Mas cuando el aviso de aquella decisión tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se expresaban las pasiones de aquellos soldados que de un golpe se creían despojados de lo que con tanto afán, tantos trabajos y peligros habían adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento; mas luego se acordaron de que tenían en sus manos las armas mismas con que se lo habían adquirido, y entonces, furiosos, decían que no debía sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso había hecho; y volviendo después su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. «Por ellas, decían, triunfarán los Pizarros, y ocuparán las

ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre los charcas y collas, que ni aún leña alcanzan para quemar. ¡No hubiera sido mejor, si habíamos de perder el Cuzco, pasar el río Maule y entrar en las provincias del estrecho de Magallanes? Esas á lo ménos nadie nos las disputaría.» El alboroto y la agitacion eran tales, que el Adelantado, aunque lo intentara, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero á él, que confundido é irritado con aquel desengaño, estaba fuera de si, y prorumpia en expresiones que desdecian de su carácter y ajaban su dignidad. «¡Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este Nuevo Mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del Rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo; pues deben saber que si este viejo, este tuerto, no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y teson de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á Tierra-Firme; y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio que sólo competia á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia.»

Esta ira y exaltacion del Adelantado no eran de extrañar: Bobadilla espontáneamente habia dicho que si él fuera juez de aquellas diferencias parturia los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que habia desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traia, y el buen Almagro, creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso, y el Adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenía armado su rival. Orgoñez, viendo á su gobernador tan afligido, le consolaba á su modo, y le decia que no tomase

pena por lo hecho, pues él mismo tenía la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí: «De este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. Él podrá seguirnos con su ejército, pero, por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar.» Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia bien con el derramamiento de sangre, y respondió á su general que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entre tanto, lo que más peligro corria era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazon de Almagro. Su hermano lo veia bien; y así, preescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia y se diese libertad al prisionero. Queriala conseguir á todo precio, y con tanto más ahinco, cuanto en su corazon tenía propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el Adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oidos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capitulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el Rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir á Castilla en cumplimiento de los encargos que de allí habia traído.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fué llamado Orgoñez; pero lo fué cuando ya en virtud de los

artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando Pizarro. Disculpóse el Adelantado del recato que se había tenido con él, y justificó su resolución con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingenuo como leal, no pudo ménos de exponer que el que en Castilla no había cumplido con su palabra, tampoco la cumpliría en las Indias; que donde no había confianza no podía haber amistad; que una y otra, fundadas en verdad y en virtud, no podían existir en compañía del fraude y la malicia: ántes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia aperebirlas para en adelante, pues nunca faltaban excusas á los pérfidos para faltar á sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza, «¡Orgoñez! ¡Orgoñez! exclamó, por la amistad de D. Diego de Almagro te han de cortar esta.» Otro soldado valiente dijo á voces:— «Señor Adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros.» Todo el campo, alborotado sabiendo lo que se trataba, y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes y escritos sin autor se daba á entender que si se deseaba paz no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto, y todos en espectacion. El mismo fué al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El Adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas, y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos; á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa más deseaba, y que por su parte no faltaría á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente: allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de

D. Diego, hijo del Adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion: los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al jóven D. Diego, y los despidió con todo agrado y cortesía. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraria mucho tiempo, Almagro, no obstante, seguia en su confianza, y más sabiendo el buen recibimiento que Pizarro habia hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que habia empezado á fundar en Chíncha, y no se ocupó entónces de otra cosa que de enviar los quintos del Rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al Gobernador venganza de las injurias que se habian hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prision, y demas violencias de Almagro: deciale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debia seguir y prender al Adelantado. Convenia el Gobernador en ia razon del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano.—«Temo, decia, la ira del Rey.—¿Y la temia él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mí en prision?» No era, pues, posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardia en aquel ánimo soberbio, áun cuando las intenciones del Gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que habia conducido la negociacion hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que, calificando de delitos todas las operaciones del Adelantado desde su vuelta de Chile, se constituia vengador y castigador de aquellos

males, y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona había, pudiéndose enviar los quintos al Rey con otro sujeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que había traído de la corte; y para completar esta farsa indecente que á nadie podía engañar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aún amenazar con castigo si no se le obedecía.

Hizosé en seguida al Adelantado la intimacion de estilo para que, en cumplimiento de una provision real que había venido algunos dias ántes sobre límites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el Gobernador, y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldría del lugar donde se le notificaba; que hiciese lo mismo el Gobernador, y que los daños corriesen de su parte si otra cosa hacía. Esta diligencia era en realidad la declaracion de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales ni la confianza la misma. Los Pizarros tenían doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados, y todos adictos y fieles á la causa que defendían, los unos por creerla más legitima, los otros seducidos y fascinados por las magníficas promesas del Gobernador; y éste, más firme y más recio miéntras más años tenía, redoblaba sus esfuerzos y su teson para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era más celoso. Almagro, al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un carácter infinitamente ménos firme aunque más bueno, cansado de negociar inútilmen-

te, y gastado con el tiempo, no podía comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenía. Orgoñez poseía las calidades de alma que faltaban á su jefe, y las poseía en alto grado; pero carecía de la autoridad y del influjo propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos, y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los más seguros, fueran siempre combatidos por Diego de Alvarado, que más blando, más comedido, y por lo mismo más acepto á Almagro, conseguía siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demas capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenían ménos subordinacion y ménos unidad de intereses y de miras que los del Marqués. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasion, no componian un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Así no es de extrañar que todas las operaciones de las tropas de Almagro, desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no interrumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Guaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer á sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron tambien la ocasion de desbaratarlos cuando, empeñados en el paso de la sierra, se hallaron los Pizarros atacados del frio intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban fácil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictamen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entónces desamparada de fuerzas, ro hacerse allí de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputacion ocupando la

nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvación que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le aprobaron, fué contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenian, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los ríos que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos, en fin, al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó más bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á sus enemigos, que si bien eran ménos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabucería y ordenanza militar.

Pizarro, luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos para que persiguiesen á Atmagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente, gobernador y cabeza de la expedición; Gonzalo con título de capitán general. Recomendólos el Gobernador á los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos, con sus enfermeuades y su vejez: animó á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos; la cual no sería batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposición se dió la señal de marchar, tomando el ejército el camino del Cuzco, y el Gobernador el de Lima.

No faltó quien aún en el extremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadía para representar á los dos hermanos que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecucion de tantos desvarios; que se acordasen de lo que debian á Dios, al Rey y á la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razon fuese oido de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondia que D. Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el Adelantado con las banderas tendidas y al són de los atambores se habia declarado enemigo de los Pizarros: bien era menester que entendiese á qué hombres habia ofendido; y así, no habia que pensar en más que en ir á buscar al enemigo, y que las armas decidiesen cuál era el partido que debia prevalecer. El Gobernador, aunque con ménos violencia, resistia con igual dureza las sugerencias de paz: el que se atrevió á firmar «que su jurisdiccion llegaba hasta el estrecho de Magailanes (1), devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba el momento de arruinar sin recurso á su adversario para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la corte obraban como inciertos y lejanos, y seiscientos mil pesos de oro que tenia recogidos para enviar al Rey le parecian suficiente justificacion ó disculpa de cualquier atentado. No habia, por consiguiente respeto, que le enfrenase ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion

(1) Para esta expresion ambiciosa y temeraria véase Herrera, decada 6.ª, lib. 4, cap. 2.

hidrópica más insaciable en él todavía, que en su hermano la venganza. A esta disposición tan enconada en los jefes se añadía la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrían en aquella contienda. Cerróse, pues, el paso á todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse ésta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron (26 de Abril de 1538). Estas batallas de América, que en Europa apenas pasarían por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenían, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con más energía que en nuestras sábias maniobras y grandes operaciones. Dijose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devoción legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernando, armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado, y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un río y una ciénaga que había delante, se fué á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecían á la verdad los de Almagro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del día. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenían que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro, que les gritaba: «¡A las astas arboladas!» pusieron fuera

de combate á más de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida é impetuosidad de los caballos, que era en lo que podían llevar ventaja los de Almagro: Orgoñez, receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, había elegido una posición más propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo erró, y proporcionó al temor y á la fuga la ocasión que había quitado á la audacia. Su gente, hostigada con aquel fuego certero y sostenido, empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formación por irse á guarecer detrás de unos paredones arruinados que había en el campo, otros huían á la ciudad, otros, en fin, sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez general de Almagro. Ya entónces, perdido el órden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campaar solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma, conociendo de léjos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y pe juro*, y le encontró tan poderosamente, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no fuera tan bien armado. Otros hacían por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponían delante. Orgoñez, que no había olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podía esperarse de su arrojo y resolución. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto, viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente de un arcabuzazo, muerto el caballo y caído debajo de él, todavía pudo desembarazarse y defenderse peleando de la muchedumbre de enemigos que le tenían cercado y le decían que se rindiese. Preguntó si había allí algún caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro,

respondió que sí y que se diese á él. Así lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él y le degolló con una daga. Así murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace más fea y vil la acción de su matador; pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores si hubiesen caído en sus manos. Era natural de Oropesa, habia servido en las guerras de Italia, y se halló de alférez en el saco de Roma. Poco ántes de su muerte le habia dado el Rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habian caido heridos gravemente ó muertos; y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros, el campo quedó por ellos, y la ciudad fué al instante ocupada por el vencedor. Lleno de ira y de soberbia y respirando venganza, era por demas esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponía la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fria en los infelices prisioneros, que no se les podian defender. Así mataron traidoramente al capitán Rui Diaz, llevándole un amigo á las ancas de su caballo; así pereció tambien Pedro de Lerma, que cubierto de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso que le pasó á estocadas en la cama donde yacía moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióselos

acudir de todos aquellos contornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban; oyóseles al comenzar la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y despues, cuando, terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras á despojar los muertos, rematar los heridos, y, creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿qué era entretanto del sin ventura Adelantado? El día ántes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, despues de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pié, propuso á su general que se buscasen medios de paz y se excusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados ántes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Despues, no pudiendo por su indisposicion y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarlo desde léjos en un recuesto, y vió con la congoja y agonía que son de imaginar sus amigos rotos y vencidos, y á él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, adonde despues de la batalla le fué á buscar Alonso de Alvarado, y le trajo á la ciudad para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitán que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle, diciendo: «Mirad por quién han muerto á tantos caballeros.» Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad, porque ¿de cuántos sin-sabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertara aquel golpe si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué á ver Hernando Pizarro por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos, y si se tardase en venir, daria lugar á que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviese alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iria mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas: el prisionero, agradecido, respondió que iria mejor en silla, y con estas buenas palabras de dia en dia esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entretanto se le estaba formando un proceso capital, se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él, en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener más de dos mil fojas. Entregado así á las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan así por semejante estilo son una degradacion todavía peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el dia de la batalla (1), cuando pareció al vencedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva fueron iguales á la seguridad y

(1) Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido á la vista, del tesorero Manuel de Espinal al Emperador, se fija el dia de la pronunciacion de la sentencia en 8 de Julio de 1538, y por consiguiente, no era tanto el tiempo. Espinal era testigo de vista, y su carta contiene una relacion bastante manuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

confianza en que á la sazón se hallaba; y aquel hombre, que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los rios, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dése todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigurosa; pero no puede ménos de considerarse con ménos lástima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en su poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia; dijole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba; cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia podrian ablandar las piedras, mas no aquel corazon de bronce, que con un desabrimiento y dureza digna de sus malas entrañas le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte; que no era ni el primero ni el último que así acabaria; y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio (1).

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de

(1) Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando ántes de la batalla los tráfugas de Almagro le decian, para congratularse con él; que el Adelantado quedaba tan enfermo, que ya seria muerto, «no me querrá Dios tan mal, exclamaba él, que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos.»

la inutilidad de sus ruegos y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto más propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento, dejando por herederos al Rey y á su hijo, declarando que tenía gran suma de dinero en la compañía con D. Francisco Pizarro; pidió al Rey que hiciese merced á su hijo, y en virtud de la facultad real que tenía, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entónces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volvióse al capitán Alonso de Toro, que sin duda debía ser uno de los más encarnizados contra él, y le dijo:—«Ahora, Toro, os vereis harto de mis carnes.» La muerte se ejecutó en la prision, dándole garrote en ella, y sacándole despues á la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Despues le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitán Hernán Ponce de Leon, donde estuvo de cuerpo presente, y luégo le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego (1), hijo de padres humildes y desconocidos, y tenía sesenta y tres años cuando le mataron. Fué á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los caracteres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron:

(1) Herrera lo hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo más probable; Zárate, de Malagon; Gomara y Garcilaso, de Almagro; todos, pues, convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

á porfia: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento; los segundos perdian un caudillo generoso, á quien seguian y servian más por inclinacion que por interes. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion no sólo rigorosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan infuso como desagradecido. Olvidábanse entónces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar más que la amable dulzura, incansable generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazon con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre; pero la aficion que inspiran las amables prendas del Adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad; y dando lágrimas á su desastrada muerte, confesaremos, sin embargo, que él fué sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy léjos de ser cierto (1), no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazón era más fuerte; él fué flaco á su vez, y entónces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella; mas despues se fijó con más encono en el Gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto

(1) El término del paralelo de Chíncha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se habia dado á la gobernacion de Pizarro quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, determinó ponerse en marcha hácia el Cuzco para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la moderacion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviria y volveria con él á la amistad antigua. Lo mismo ofreció al jóven D. Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre cuando se le presentaron en Jauja los capitanes que se le llevaban de órden de su hermano; y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando órden cuando lo despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo D. Gonzalo. Buenas y loables demostraciones si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entretanto no se prosiguiera el proceso y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Jauja cuanto lo pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas; otros aseguraron que, cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse, y que la respuesta fué que hiciese de modo que el Adelantado no los pusiese en más alborotos. No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman politicos tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco, le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuánto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los indios, que ántes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entónces con aspereza y desabrimiento; y á las quejas que le daban por los ultrajes

que padecian de los castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y áun peor voluntad, á los soldados de Chile, como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al Rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del Adelantado su amigo, y le pidió que le mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el Adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir que dejaba aparte el debate de la ciudad del Cuzco hasta que el Rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion ni el justo y amable proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fué «que su gobernacion no tenía término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes;» dando á entender así que su ambicion no tenía límites, y que con la felicidad excesiva habia perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que ántes sobresalía.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastian de Belalcázar solicitaba de la corte el gobierno en propiedad de todas las provincias de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcázar, ni el respeto y reverencia que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir de su ánimo las sospechas y el ánsia de perturbarle de allí. Ejército no podia mandar contra él, porque el que tenía iba entónces persiguiendo al adelantado Almagro; pero dió comision á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito y despojase cautelosamente á Belalcázar de la autoridad que tenía delegada en él para gobernar aquel país, y

procurase sobre todo prenderle y enviarle bien custodiado á Lima. Su anhelo entónces era que el Rey diese en gobernacion las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto consistia el delito de Belalcázar. Por fortuna, este hombre infatigable y belicoso se hallaba entónces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del Ecuador, y no podia atender al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito. Aldana, por consiguiente, se estableció allí sin oposicion ninguna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Cuando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus hermanos, pues se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la corte le habia hecho, apresuró su viaje, recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el Rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron á las manos. Sabía él harto bien que un buen tesoro sería la mejor justificacion de sus hechos en la corte. Al despedirse del Gobernador le dió por consejo que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para quitar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretextó para cometer algun atentado contra su persona; que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba; sobre todo, que mirase por sí y anduviese siempre bien acompañado. El Marqués se burló de estos avisos, y le respondió «que se fuese su camino adelante y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la suya.» El tiempo manifestó cuán fundados eran los temores de Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al jóven D. Diego á Castilla era de hombre que sabia ver las cosas de muy léjos. Fuése Hernando (1539), y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le infundian sus procedimientos

en la guerra civil. No-se atrevió á tocar en Panamá, temiendo que allí la Audiencia le pidiese razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente así estaba dispuesto. Navegó hasta Nueva España, y desembarcando en Guaturco, le prendieron cerca de Guajaca y le llevaron á Méjico. Mas el virey D. Antonio de Mendoza, que no tenía órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde podrian hacerse los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Veracruz, y llegado á las islas de los Azores, no se atrevió á pasar adelante hasta saber por sus amigos si podia hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió á entrar en España y á presentarse en la corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Háblele precedido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el más querido del desdichado Almagro, él habia recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano moribundo; á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La desaparicion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro, fué igual á la confianza que por sus officios anteriores con el vencedor habia concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la contradiccion que habia hecho á los rigurosos consejos de Orgoñez; lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y despues de haber probado en vano si el Gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el Rey, dejando sem-

brada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando á la corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cavilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió, pues, á Hernando Pizarro un cartel de desafío en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del Rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias; y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se creyó exenta de malicia. Así acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540) este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios, y cuyo carácter, en medio de las atrocidades y alevosas que alrededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fué puesto en el alcázar de Madrid. Despues, al trasladarse la corte á Valladolid, fué llevado al castillo de la Mota de Medina, donde hasta el año de 560 (1) permaneció sepultado y olvidado de los hombres el que tanto

(1) Así viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1625 por un nieto suyo, para la vindicacion del título de marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fué hasta el año de 62.

ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal debida á los manes de Almagro y Atahualpa estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iba ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Despues de la muerte de su competidor, todo reia al parecer á la ambicion que le dominaba, y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayán no habia otra voluntad que la suya. La corte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho marqués de los Charcas, dándole tambien facultad de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y áun se preparaba á extender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entónces, de los Quixos y de la Canela. Él, roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de la Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del inca Mango, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el país, no causaba tampoco cuidado, por las pocas fuerzas de aquel príncipe y los escarmientos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, áun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del Rey á tomar informaciones sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que asi no tuviese pena ninguna por ello, pues iba más para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales

con más vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia, porque con ellas se acabaron de encorvar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su jefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados hambrientos y desnudos, vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian bajado á Lima atraídos de su amor al joven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo, privado de su herencia, echado de la casa del Marqués, arrojado de otras por adulacion al poder dominante, acogido en fin por dos amigos viejos de su padre, que se aventuraron á todo por acudirle, áun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenía medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenían y aliviar sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastantemente encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena, y no teniendo entre doce, y eran los más principales, sino una capa de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entónces los hinchaba tenían á ménos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba más y más el sentimiento de sus males, y los ponía á punto de no poderlos sufrir. Sólo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el Marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su jefe es muerto y faltan las cabezas, es interes del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion prolon-

gada despues de la victoria no hace más que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á D. Diego y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabara sus dias en paz y en todo el lustre de la gloria y poderío á que le subió la fortuna. No lo hizo así, y se perdió, y perdió aquel desgraciado país, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y sólo por culpa suya.

Alguna vez, sin embargo, trató de enmendar este mal y acudia á los trabajos que aquella gente padecia. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuco, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado, pensando en dar alli repartimientos á los de Almagro; pero los celos de los vecinos de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristóbal de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos, rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian ántes perecer que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el Rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en San Miguel de Piura y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitan. A esta comision enviaron despues un buen caballero de entre ellos, llamado D. Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar; y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la guerra á lo ménos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del Marqués, y las

otras dos á las de su secretario Picado y su alcalde mayor el doctor Velazquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El Marqués, incitado por sus amigos á que buscarse y castigase á sus autores, respondia que harta mala ventura tenian aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivia D. Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada, y sembradas en ella muchas higas de plata; paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo: cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho más enojosas de parte de un hombre que era en su concepto el que más fomentaba la pasion del Gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar que, despues de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hacía este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traia á las cosas del Marqués, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y á su valor.

Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados: veíase á D. Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del Adelantado, natural de Navarra, y hombre que, así por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponía el jóven Almagro, obtenia la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabiase que habia comprado una cota, y que la traia siempre consigo, y esto se notaba más en él y daba más que sospechar. Vino esto, como es natural, á noticia de los

amigos del Marqués, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. Él se contentó por entónces con llamar á Juan de Rada, el cual, si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fué á presentar á él sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecian á hacerlo. Llegó delante del Marqués, que á la sazón se hallaba en su huerta mirando unos naranjos; y luego que supo quién era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle, «¿qué es esto, Juan de Rada, le dijo, que me dicen que andais comprando armas para matarme?—Así es verdad, señor, contestó Rada; he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.—¿Pues qué causa os mueve ahora á proveeros de armas más que en otro tiempo?—Porque nos dicen y es público que usía recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya usía, y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los piés. También se dice que usía piensa matar al juez que viene enviado por el Rey; y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos: destierre usía á D. Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere llevar.» Conmovido y enojado el Marqués de lo que oía, respondió con grande alteracion:—«¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez; que ya estuviera aquí si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos íbamos no habia quien llevase una lanza: mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad.—Por Dios, señor, repuso Rada ya más mitigado, que he invertido más de quinientos pesos en comprar ar-

mas, y por eso traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme.—No plegue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal.» Ibase ya el capitán, cuando un loco que para su diversion tenía el Marqués, y estaba presente, le dijo: —«¿Por qué no le das de esas naranjas?» Eran entónces muy apreciadas por ser las primeras que se conocian. —«Dices bien», respondió el Marqués. Y cortando por su mano seis del árbol que tenía delante, se las dió, añadiendo al oído que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fué á encontrar con sus amigos, que viéndole, salieron del cuidado en que su llamada los habia puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del Gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temian ellos ser destruidos si el Marqués volvía á sus rencores ó á sus sospechas, miéntras que él, juzgando que ellos no trataban más que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto sólo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo habia descubierto: una de ellas cenando en casa de Francisco Martinez, su hermano; él respondió que aquello no tenía fundamento, y que le parecia dicho de indios ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á la mesa sin hacer más diligencia, aunque á la verdad no volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al dia siguiente le habian de matar los de Chile; y muy enojado, le envió en mal hora, diciéndole:—«Esas cosas no son para tí, rapaz.» A la mañana siguiente, último dia que habia de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenía dicho el paje, y se

contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor, el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile. Háblaselo mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor que ya le tenía dicho que miéntras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad, y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martinez de Alcántara, ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demas amigos, noticiosos como debian ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia alrededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oidos á todos los avisos de la prudencia, como si fuera mengua del valor ó desdoro de la grandeza suponer que alguno se les atreva. Así en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entretanto, los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aún ni del modo ni del dia. Hallábanse aquella mañana (domingo 26 de Junio de 1541) los principales en casa de D. Diego, y Juan de Rada todavia reposando, cuando un Pedro de San Millan entra y le dice:— «¿Qué haceis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos: así lo acaba de decir el tesorero Riquelme.» Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demas se arman tambien; él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la accion á que estaban resueltos, ántes conveniente á su ambicion y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven: todos le responden segun su deseo, y se pre-

cipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cuya señal debían de armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban léjos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarse los piés en un charco de agua que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va á él mal enojado, y le dice:—«¿Conque vamos á mancharnos en sangre humana, y rehusais mojaros los piés con agua? Vos no sois para el caso; ea, volveos;» y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho (1). Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. A la mitad del dia, y gritando furiosos: «¡Viva el Rey! ¡Mueran tiranos!» atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo como quien á banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mi', ninguno se opuso á su intento, y los vejan y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: «Estos van á matar á Picado ó al Marqués.»

Estaban con él á la sazón un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del Marqués, gritando:—«Al arma, al arma; que los de Chile vienen á matar al Marqués mi señor.» Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que sería, cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo

(1) Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuesto de Juan de Rada, se halla en Montesinos, año de 1541.

sus temerosos clamores. El Marqués, intrépido y resuelto, se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenía vestida, se puso una coracina y tomó un arma enastada. Asistian á su lado su hermano Francisco Martínez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna y dos pajes. Los otros circunstantes, cuál por un lado, cuál por otro, habian desaparecido, quedando en la sala solo el capitán Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si así permaneciera, como lo habia mandado el Marqués, el hecho hubiera sido más difícil. Subian ya por la escalera los matadores, guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel día y en aquel paso tan deseado de su amistad y de su rencor, repetia el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á combatir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir: entónces ellos entraron por la sala, buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia:— «¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del Marqués; yo fui siempre amigo; mirad que os perdeis.» Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del Marqués, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte un viejo de más de sesenta años (1), dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó, sin embargo, con ellos el Marqués, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas.—«¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me quereis matar? A ellos, que

(1) Los historiadores no están acordes en la edad que entónces tenia: Herrera le da sesenta y tres años, otros sesenta y cinco.

traidores son.» Así clamaba él, mientras que ellos gritaban:—«Ea, muera; que se nos pasa el tiempo.» Y diciéndose injurias y dándose cuchilladas continuaban la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedían á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin, Juan de Rada, dando un empellon á su compañero Narvaez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro para que él y los suyos, embrazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demas. Así pudieron ganar la puerta, y ya entónces la suerte del combate no podia permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martinez de Alcántara, muertos fueron tambien los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido D. Gomez. El Marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos más; pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podia ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aún y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazón tenia una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cabeza, y á la violencia de aquel golpe inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muertó de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arrastrarle á la plaza y hacerle allí pasar por la afrenta del patibulo. Los ruegos del Obispo le salvaron de este último ultraje; y el cadáver, envuelto en un paño blanco, fué llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viesen á cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recamara, donde habia por valor de más de cien

mil pesos. Sus dos hijos (1), niños aún, fugitivos y descarriados miéntras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cadáver del padre. Su muerte no fué sentida ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes que al rumor y al alboroto se armaren y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza supieron que era muerto, y se retiraron á sus casas. Todo, pues, quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del Marqués y á ejercer su autoridad desde allí.

Entónces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. Pero ¡cuán cortos fueran y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Veriale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener; divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar, arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey; vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.

(1) Véase el apéndice 8.º

THE UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SANTA CRUZ

This book is due on the last **DATE** stamped below.

